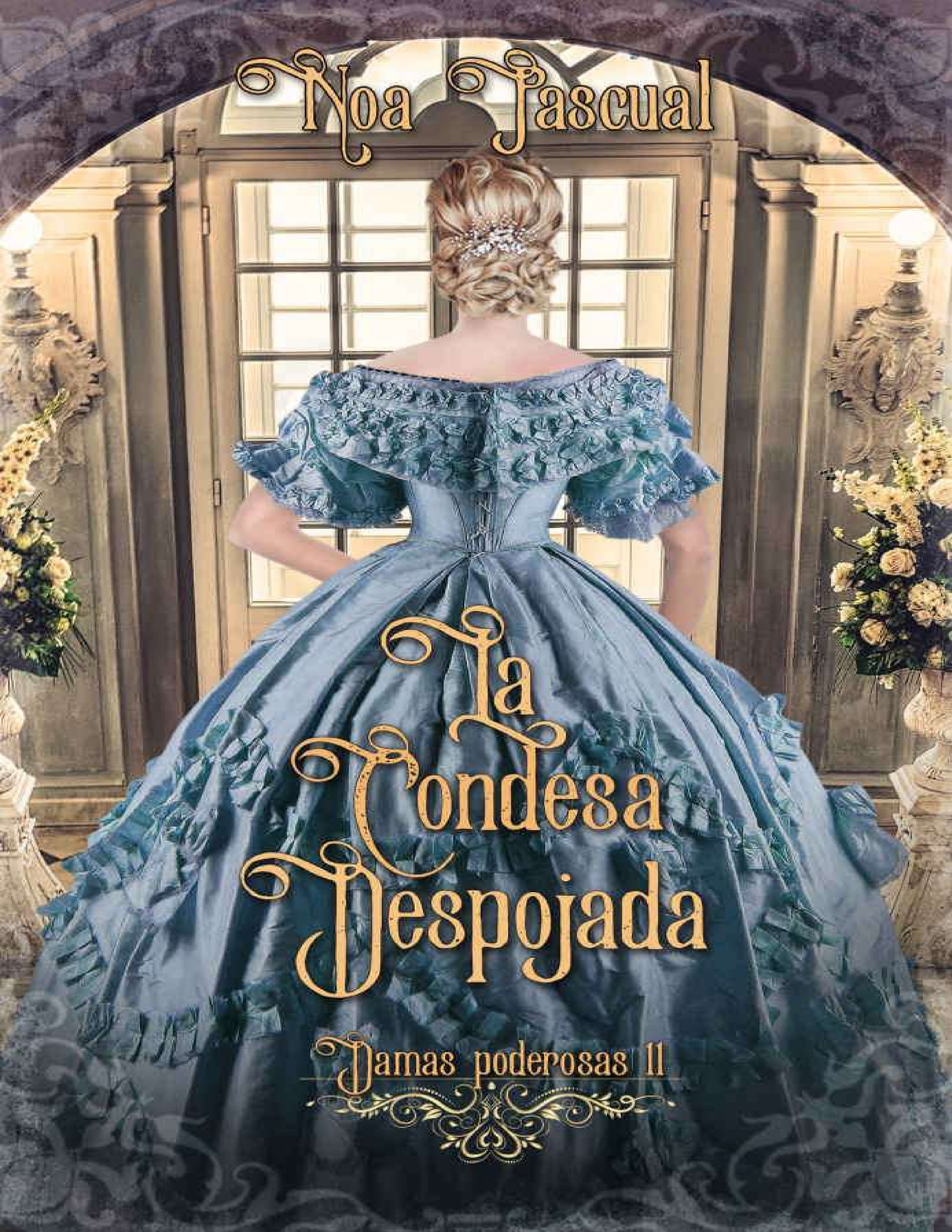

Noa Pascual
La Condesa Despojada
Damas poderosas II

Damas poderosas II

La condesa despojada

Noa Pascual

Título: Damas Poderosas II: La condesa despojada.
Autora: Noa Pascual
Ilustradora: Verónica GM
Correctora: Cristina M. Navarro

En memoria de mi madre, una gran mujer que luchó hasta el final.

Capítulo I

El primer baile no siempre sale como una dama ha soñado

Primavera de 1815

En la sala de mañanas de la residencia Stanford, los marqueses, junto con sus hijas gemelas, Abby y Sophie, almorzaban en completo silencio.

Las muchachas estaban nerviosas; ya habían sido presentadas en la corte la semana anterior, pero esa noche lo harían ante toda la sociedad, en Almack ´s.

El marqués de Stanford adoraba a sus hijas. Si por él fuera, no serían presentadas en sociedad; solo de imaginar que tendría que separarse de ellas, le desgarraba el corazón. Se negó en rotundo a que debutaran con diecisiete años, pero por desgracia, su esposa dejó constancia de su desacuerdo, y por ello, este año las dos muchachas serían presentadas y debutarían como solía ser habitual en damas de su categoría social. Tanto era su temor de ser apartado de ellas, que estaba planteándose regresar a Escocia una larga temporada. Él poseía el título de marqués de Stanford, pero el título heredado por su primogénita era escocés. Tras una ardua batalla con el rey Jorge III, antes de que su hijo tomase la regencia debido a la enfermedad de su padre, consiguió que le otorgase a su hija el título de condesa de Aberdeen.

—¿Por qué las normas sociales son tan ambiguas? Algunas no tienen ningún sentido —se quejó Abby, moviendo sus cejas rubias y clavando su azulada mirada en su madre.

El marqués sonrió; por mucho que su esposa había educado a las muchachas, esa ansia voraz de información y la espontaneidad por parte de su primogénita le aseguraba que pocos hombres estarían interesados en cortejarla. Y no es que Abby no se esforzara por reprimir sus preguntas, él sabía que la muchacha lo intentaba, pero era incapaz de retener lo que debía o no comentar en voz alta.

También jugaba a su favor que sus dos hijas habían heredado su altura, por lo que la lista de candidatos a futuro esposo de alguna de ellas se reducía en consideración.

Por el contrario, el exquisito porte y belleza de ambas iba a crearle unos cuantos quebraderos de cabeza, pues ningún hombre estaría exento de intentar conquistarlas; él había quedado prendado de su madre y eran idénticas a ella.

La marquesa miró a su esposo; al ver la sonrisa del marqués tomó partido:

—Estoy segura de que tu padre estará encantado de responder a esa pregunta.

El marqués tosió al atragantarse con la comida que tenía en la boca en ese momento.

La marquesa aguantó la sonrisa, aunque por dentro se estaba riendo.

—¿A qué norma te refieres exactamente? —se interesó el marqués, arqueando sus cejas negras.

—Hay tantas… —respondió Abby en señal de protesta—. Por ejemplo, ¿por qué no puedo hablar con un hombre si no hemos sido presentados con anterioridad? No lo entiendo. Imagina que estoy dando un paseo cerca del Serpentin y quiero entablar conversación o preguntar algo, ¿qué tendría que hacer si no pasa nadie conocido en ese momento?

—Volver a casa y preguntarme a mí —zanjó el padre.

La madre quiso dar una respuesta más correcta:

—Para empezar, Abby, nunca vas a pasear sin compañía, por lo tanto no estarás sola.

Abby puso los ojos en blanco.

—Vale, pues otra —pronunció enfadada la joven—. Si esta noche quiere algún caballero invitarme a bailar, ¿qué pasa si no nos han presentado? Debo rechazarlo, ¿no?

—Sí, así es.

—¿Y si resulta que es el único hombre en la fiesta que de verdad llama mi atención?

El padre volvió a toser.

—En ese caso, tu padre y yo —Miró al marqués de soslayo—, te lo presentaríamos.

—Ya… y puede que él, mientras os busco para que me lo presentéis, invite a bailar a otra.

Sophie sonrió; su gemela en ocasiones parecía una niña.

—Un caballero que se precie, Abby, antes de invitarte a bailar, se asegurará de haber sido oficialmente presentado —aclaró su madre—. Por lo tanto, no aceptarás el baile de nadie que no lo haya hecho.

—¿Y si solo quiero bailar con él?

La madre empezó a exasperarse, faltaban unas pocas horas y su hija parecía que en los años que llevaba instruyéndola no hubiese aprendido nada.

—Sabes que no puedes bailar más de un vals con el mismo caballero, y un tope de tres bailes en toda la noche. Por descontado, dejarás pasar un tiempo prudencial entre una pieza y otra.

—¿Ves? Son normas que no tienen sentido.

—Con o sin sentido, Abby, te comportarás como una auténtica dama —aseguró su madre con firmeza para dejar zanjado el tema—. Eres la condesa de Aberdeen, hija del marqués de Stanford, y como tal actuarás.

***

La noche no estaba siendo tan tediosa como se imaginaba que sería Abby, aunque tampoco su felicidad era plena. Había observado a todos cuantos la rodeaban, pero por más que quisiera interactuar con los nobles que habían mostrado cierto interés en ella, no encontraba a ninguno atrayente. Algo que de por sí le molestaba, era que los hombres, por su posición, tuvieran la suerte de poder estudiar y ser todo lo eruditos que quisieran ser, cuando a ella lo único que le permitían era un aprendizaje basado en la apariencia. ¡Intolerable! De qué le servía aprender varias lenguas modernas si luego tenía prohibido hablar de temas interesantes. Incluso esa misma noche, un caballero se había ofendido por haber proferido ante dos nobles un comentario, o más bien, una pequeña connotación con respecto a sus tropas en Francia, ya que le había parecido que el noble en cuestión había mostrado poco intelecto.

Resopló, intentando obviar ese suceso, pues una vez más, su comportamiento no había sido el apropiado para una dama.

Miró a su alrededor hasta que localizó a su hermana bailando en medio de la pista con el conde de Stanton. Le dio un pequeño codazo a su amiga Penelope, la duquesa de Kennt, para que no se perdiera la cara de felicidad que tenía su gemela en ese momento.

La joven duquesa también había obtenido su título gracias a la generosidad del rey. Aunque, entre el título de Abby como condesa de Aberdeen y el título de duquesa de Kennt había un abismo, pues Penelope ostentaba el decimoquinto puesto al trono de Inglaterra y, además, un segundo ducado que pronto, dada la enfermedad de su padre, el duque de

Whellingtton, heredaría en breve.

Las dos jóvenes mantenían una estrecha relación de amistad desde pequeñas. Ambas compartían la animadversión de la mayoría de aristócratas que allí se congregaba, pues a ningún varón le gustaba que una mujer ostentara título nobiliario alguno.

Tanto Abby como Penelope rieron bajito, cómplices, ya que ambas conocían los anhelos de Sophie con respecto al noble en cuestión.

Al desviar la mirada se quedó prendada y sin aliento. Fue tal la conmoción, que se llevó las manos, enlazadas, a su corazón agitado. Acababa de contemplar al hombre más apuesto que jamás había visto.

Cuando este se percató de su escrutinio, la saludó con un gesto de cabeza y volvió a girarse para atender al hombre con el que estaba manteniendo una conversación.

Abby, que no se había percatado de que estaba reteniendo la respiración, la soltó de golpe con un gran suspiro.

—¿Qué ocurre? —preguntó Penelope, alarmada.

—¿Conoces al caballero que está junto al marqués de Bristol? —indagó con un hilo de voz, pues todavía le faltaba el aliento.

Penelope buscó al hombre que había llegado a un acuerdo con su padre, el mismo que a finales de verano, si no podía impedirlo antes, acabaría siendo su suegro.

—Sí —respondió—. Es duque. Nos presentaron al llegar.

Abby suspiró de nuevo, sin poder apartar la mirada del hombre que le acababa de robar el aliento. Era alto, sin duda una cualidad que para Abby era primordial, puesto que ella casi llegaba a los seis pies[1]. Su pelo era como los rayos del sol en pleno verano, de un rubio perfecto; parecía que nada en él estuviese fuera de lugar, incluso los tirabuzones estaban hechos a la perfección para ser admirados. Cuando sus ojos, azules como el cielo en días soleados, se clavaron en ella, sintió que estaba en el paraíso.

El suspiro de Abby decía tanto, que Penelope decidió sacarla del letargo en el que se encontraba.

—Es de Escocia.

—Escocés —pronunció Abby intrigada—. ¿Crees que ha venido a Londres a buscar esposa?

Penelope la miró con intensidad; Abby estaba abstraída y, además, esa pregunta le confirmó que el duque le interesaba.

—No lo sé, creo que está aquí porque pertenece a la cámara de los lores.

—¿Conoces su nombre?

—Niall.

—Uff… precioso nombre —musitó suspirando y consiguiendo así que Penelope se riera.

—Aunque imagino que tus padres y él deben de tener un buen trato, sus tierras y las vuestras delimitan.

Abby se llevó de nuevo las manos al corazón.

—¡No me lo puedo creer! ¡Es el duque de Hamilton! —se expresó enfadada—. El año pasado nos invitó a su fiesta de aniversario y Sophie se puso enferma.

Penelope la escrutó con la mirada, su amiga parecía muy molesta.

—Y el anterior mi madre declinó la invitación porque nos mandó a Sophie y a mí al internado de señoritas en verano, alegando que nosotras éramos todavía demasiado jóvenes —continuó su explicación, poniendo de manifiesto su malestar por no haber acudido a las fiestas que el duque había organizado.

Penelope quiso calmar a Abby.

—Este año puedes acompañarme a *Green Land* si tus padres no tienen intención de viajar a Escocia en verano.

—Ahh… *Green Land*, tu residencia en Escocia, no lo recordaba —comentó Abby sin dejar de mirar la espalda del duque—. Siempre me gustó el nombre que le puso tu madre a ese lugar.

Penelope sonrió.

—Sí, es el más acertado. Es la tierra más verde que he visto nunca.

Abby asintió. Ella estaba enamorada de Escocia. Adoraba aquellas tierras tan fértiles y tranquilas. Mientras pensaba en las ganas que tenía de que llegase el verano para viajar hasta allí, pues era su residencia estival, vio a otro hombre que se acercaba al duque y al futuro suegro de su amiga.

—No te vas a creer lo que voy a contarte —susurró Abby para que nadie las escuchara—. Lord Denvore te había confundido con la hija del duque de

Wellington. Por supuesto, le he aclarado la confusión; le he dicho que el duque está muy ocupado batallando contra Napoleón.

Penelope no pudo evitar una risita.

—¿Te puedes creer que se ha ofendido? —pronunció indignada—. Primero por confundirte y segundo, ¿acaso no está al corriente de las batallas que están librando nuestros soldados? Y encima se ofende porque yo hablase de ello.

Una vez más, Abby había hablado más de la cuenta; una dama no podía tratar temas políticos, ni aunque estuviese más al corriente que algún lord, como era el caso de Denvore.

Penelope intentó cambiar de tema porque de lo contrario, Abby se pasaría toda la noche dándole vueltas al asunto.

—Me ha sorprendido lord *Byron*. No sé, lo imaginaba más… —No encontraba las palabras—. Distinto. Ya sabes, con todo lo que se había especulado sobre su persona…

—Mi padre no quiere que lea nada de él. —Volvió a acercarse para hablar en susurros—. Pero tengo un libro escondido en mi dormitorio.

Ambas se rieron bajito, como era de esperar de dos damas.

—Su esposa Annabella me ha parecido una verdadera dama.

—Lo es, Anne Isabella Milbanke. ¿Quién iba a decir que después de haber rechazado su primera propuesta de matrimonio se acabaría casando con él hace dos meses? —informó Abby por si Penelope no estaba al tanto de esa información. Hasta hacía un mes, su amiga había pasado tres años guardando luto riguroso por el fallecimiento de su madre. Aquello fue una desgracia que conmocionó a la alta sociedad, pues un accidente fortuito al caer por las escaleras acabó con la vida de la que hasta entonces había sido la duquesa de Whellingtton y Kennt.

La duquesa siempre fue admirada tanto por su belleza como por su sofisticación.

Penelope había heredado el color rojo fuego de su cabello y los ojos violetas que tanto parecían admirar los hombres que allí se congregaban, pues pocos habían sido capaces de disimular el interés en la joven duquesa. Sin duda, el debut de Penelope estaba siendo todo un éxito social.

Otra dama se acercó a las jóvenes y su conversación finalizó.

Abby pasó el resto de la velada persiguiendo con la mirada al duque de Hamilton.

¿Qué tenía que hacer ella para que el duque se acercase a saludarla?

Negó con la cabeza. Si él hubiese estado interesado en tal proeza, ya habría recurrido a sus padres; al fin y al cabo, el duque tenía cierto grado de amistad con su padre desde hacía años.

Era una lástima que su madre se hubiera empeñado en mandarlas a Sophie y a ella a una escuela para señoritas en Baht los dos últimos años. De no haberlo hecho, habría coincidido con el duque en alguna ocasión en su propio hogar, ya que este tenía por costumbre reunirse con el marqués cada quince días cuando visitaba Londres.

Sophie se acercó a Abby y la sobresaltó al agarrarse a su brazo.

—¡Oh, Abby, qué fiesta más maravillosa!

Abby parpadeó, ¿qué le pasaba a su gemela? Estaba alterada… muy alterada.

No pudo preguntar, pues la marquesa las avisó de su inminente partida hacia *Stanford House.*

***

Abby se tumbó en la cama con un único pensamiento: si hubiese abandonado el baile, dudaba de que alguien se hubiese percatado de su ausencia. Había sido como esperaba: un debut desastroso. ¿Cómo podía Sophie tener a tantos hombres revoloteando a su alrededor y ella no tener ni siquiera uno? Bueno, para hacer acopio a la verdad, algunos sí se mostraron interesados, aunque con poco interés personal hacia ella; tan solo su dote era la que esos caballeros tenían intención de poseer.

Si al menos le hubiesen presentado al duque escocés, podría haber terminado la noche contenta, pero una vez más el destino se confabulaba para que ella fuese invisible ante aquel hombre.

Dio varias vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño hasta que llegó a una conclusión:

«Casi es mejor que no te lo hayan presentado, así no te sentirás más estúpida cuando digas algo que esté fuera de lugar.»

Capítulo II

Las damas deben controlar la compostura en cualquier situación

Por la mañana la marquesa ordenó al ama de llaves que despertasen a sus hijas y bajasen a desayunar. El día iba a ser largo, por lo menos para una de ellas.

Sophie y Abby bajaron y fueron recibidas con la gran sonrisa de su madre.

—¡Vuestro debut fue un éxito! —se expresó jovial, haciéndoles una seña con la cabeza para que la siguiesen a una de las salas.

Las gemelas siguieron a su madre hasta allí y se sorprendieron al ver la cantidad de ramos de flores que llenaban la estancia.

—¿De quién son esos ramos? —preguntó Abby, aunque estaba segura de la respuesta.

—De los caballeros que anoche se quedaron prendados con mis hijas —aseguró orgullosa—. Y por supuesto, con esta muestra floral quieren decir que están interesados en conoceros más. Aquí están las tarjetas de los posibles nobles que quieren cortejaros.

—No sé por qué hablas en plural —rebatió Abby, sin dar todavía crédito a la cantidad de ramos que su hermana había recibido.

—Abby, cariño, también hay para ti.

Por un segundo se permitió soñar despierta, ¿y si el duque había mandado uno para ella? No le duró mucho la ensoñación, pues el marqués, bastante molesto, las interrumpió:

—Me gustaría poder desayunar antes de que se enfríe el café.

La marquesa gruñó por el poco tacto y alegría que mostraba su esposo. Aun así, se dio la vuelta y pasó con la cabeza erguida demostrando satisfacción.

Abby vio dos montoncitos de tarjetas. Sin pedir permiso a su madre, cogió el que menos tenía y se lo escondió en el bolsillo del vestido.

Una vez estuvieron los cuatro sentados para dar buena cuenta del desayuno, Sophie preguntó:

—¿Hay alguna tarjeta de lord Stanton?

—Me gustaría desayunar tranquilo, os agradecería que todo lo relacionado con esos ramos… —El marqués intentó cambiar de tema, detestaba saber que algún hombre se llevaría lejos a sus hijas, pero la marquesa lo interrumpió:

—No, el conde de Stanton no ha mandado ni ramo ni tarjeta.

Sophie se mordió el carrillo interno y Abby la observó.

La marquesa, como se sentía animada, intentó alegrar a sus hijas.

—Luego miraremos las tarjetas y aceptaréis alguna invitación.

Sophie, que se había levantado nerviosa esperando que Connor le mandase una invitación para pasar la tarde juntos, se desanimó.

Abby, como era incapaz de esperar un segundo más, sacó las tarjetas y miró los nombres.

—¡No me lo puedo creer! —se expresó de tal manera que sorprendió a todos.

—¿Qué sucede? —preguntó con premuera el marqués.

—No voy a aceptar ninguna de las invitaciones.

El marqués sonrió, todo lo contrario a su esposa, que amonestó a su hija:

—Abby, no deberías leer las tarjetas mientras desayunamos…

—Hija, por favor, me gustaría saber por qué no quieres acudir con tus posibles pretendientes —intervino el marqués, ganándose una mirada furibunda por parte de su mujer.

—¿El barón Milton? No puedo salir a pasear con un hombre que me va a crear un problema en el cuello —comentó ofendida porque hubiese tenido el valor de invitarla—. Me llega al pecho. No puedo hablar con alguien que está mirándome a los senos en todo momento.

—¡Abby! —protestó la madre por su vocabulario.

—Mamá, no estoy mintiendo, anoche ese hombre solo me miraba….

—¡Basta! No quiero saberlo —reconoció el padre, alarmado al imaginarlo.

—Y hay otro lord al que no le quedan casi dientes, ¿cómo voy a aceptar un pretendiente que es más probable que acuda antes a su funeral que a mi boda?

Sophie se carcajeó; su hermana tenía razón, el pretendiente en cuestión duplicaba en edad a su padre.

Lanzó las tarjetas a la mesa y se levantó.

—Y los demás es preferible que no os cuente quiénes son porque si lo hago, a papá le acabará dando un ataque al corazón —proclamó molesta y abandonó la estancia para dirigirse a su lugar favorito, donde siempre

encontraba paz: la biblioteca.

Una hora más tarde, su hermana Sophie fue en su busca; no parecía muy animada y Abby se sorprendió.

—¿Qué sucede, Sophie?

—Pensaba que Connor me mandaría una tarjeta.

Parecía que la pequeña de las hermanas Allende se había llevado una gran decepción. Después de una charla muy reveladora por parte de Sophie, que dejó un tanto perpleja a su hermana, esta intentó animarla:

—Bueno, mira el lado positivo —dijo Abby—. Hoy podrás estrenar uno de los vestidos nuevos y serás envidiada por muchas otras damas.

Sophie hizo un mohín.

No lo iba a negar, de las dos, Sophie era la más coqueta.

—¿A ti no te interesó nadie en la fiesta? —indagó para ver la reacción de Abby.

—Sí, pero él no se fijó en mí —confesó—. Y eso que estuve toda la noche revoloteando a su alrededor.

Sophie agrandó los ojos, no era propio de su hermana tal proeza.

—¿Conozco a ese hombre?

—El duque de Hamilton.

—¿En serio? ¡Eso es fantástico! —se expresó jovial.

Abby parpadeó, confusa por el ímpetu que había mostrado su gemela.

—No sé qué tiene de maravilloso —le refutó, enojada porque Sophie no la hubiese escuchado con atención—. Me ignoró por completo. Un leve asentimiento de cabeza y nada más. Podía haber intentado acercarse para que mamá, papá, o incluso Penelope nos presentara.

Sophie se carcajeó.

—¡Ay, Abby! Con lo inteligente que eres a veces me sorprende tu inocencia.

—¿Qué quieres decir?

—El duque y papá tienen un buen trato personal. —Suspiró—. Vas a tener ventaja con respecto a otras debutantes, pues pronto pasará el duque por esta casa y tú podrás captar su atención.

Abby levantó las cejas.

—¿Cómo se capta la atención de un caballero?

—Pues como intentamos hacerlo todas. Para empezar, ponte uno de tus mejores vestidos de diario, mantén tu mejor sonrisa y cuando lo veas, utiliza esa caída de pestañas que tanto consigue ablandar a nuestro padre cuando queremos obtener algo de él. —Sonrió con picardía—. Y sobre todo, pídele a tu doncella que el día que nos visite el duque te apriete más el corsé para resaltar tus…

—¡Sophie! —protestó Abby sonrojándose.

La pequeña de las hermanas Allende se echó a reír.

—Tú hazme caso, ayer observé mucho a los hombres de la fiesta —confesó risueña—. La mayoría no me miraban a los ojos.

Abby se tapó la cara con las dos manos.

—No quiero escucharlo.

—¡Ay, Abby! Muchas veces te pareces a papá.

Se dio la vuelta y se alejó carcajeándose.

***

Abby caminaba junto a su madre por Bond Street cuando se toparon con el hombre que le había robado el pensamiento durante la noche. De nuevo se quedó sin respiración y se llevó las manos enlazadas al vientre.

—Oh, Su Excelencia, qué grata sorpresa —saludó la marquesa de Stanford.

—Es un placer poder saludarla, milady —pronunció él, haciendo una pequeña inclinación y tocándose el sombrero.

Abby estudió el rostro del duque; no se había equivocado la noche anterior, la belleza de ese hombre era casi insoportable. Se concentró en un rubio rizo que sobresalía por un lateral del sombrero, y una oleada de calor la sobrecogió al notar que anhelaba alargar la mano y recolocarlo en su sitio.

—¿Me permitiría presentarle a mi hija, lady Abby de Aberdeen?

El duque hizo una reverencia y ella lo imitó.

—Un honor conocerla —la halagó, fijando su mirada en ella.

—El honor es nuestro, Su Excelencia —respondió la madre al ver que su hija era incapaz de pronunciar una palabra, cosa rara en ella.

Otra dama se paró junto a ellos con la intención de presentar a su hija

Jezabel al duque.

Abby se percató de la gran elegancia y belleza de la muchacha. También observó con tristeza cómo el duque le regalaba una mirada intensa que a ella no le había ofrecido. Lógico. Jezabel era una mujer morena, de ojos como el chocolate y piel dorada, que podía atraer la atención de cualquier mortal. Suspiró resignada y le hizo una seña a su madre para marcharse cuanto antes; ya era bastante violento ver al hombre que le hacía perder el juicio hechizado por otra mujer, como para que ella acabase abriendo la boca y seguramente se mostrase como una dama poco adecuada.

—Si nos disculpan, nos están esperando —comentó Abby.

La marquesa se hizo la remolona; todavía no quería despedirse del duque, y mucho menos dejando a la vizcondesa Armony y a su hija con él, cuando estaba convencida de que el hombre había despertado el interés en su primogénita.

—Mamá, tenemos que ir a recoger los calzones de papá —susurró, aunque todos lo escucharon.

La risita de la vizcondesa Armony y de su hija molestaron a Abby; más, cuando el duque la miró con ojos agrandados.

—Disculpe, lady Armony, ¿he dicho algo inapropiado?

—Bueno… —Su intención era responder, pero se interrumpió por la risa.

Abby volvió a hablar, como hacía siempre que estaba nerviosa, y en ese momento lo estaba por tener al duque delante y ver cómo se burlaban de ella.

—¿Acaso vos no lleva calzones?

La marquesa cerró los ojos, su hija acababa de perder el poco sentido común que le quedaba.

—Sí, por supuesto —respondió la vizcondesa.

—En ese caso, debo considerar que también los compra, ¿cierto?

Jezabel soltó otra risita estridente que llamó la atención del duque, y Abby, molesta, se refirió a él:

—Su Excelencia imagino que también usa ropa interior.

«¡Por todos los santos! Esta muchacha no tiene contención a la hora de hablar», pensó, anonadado, el duque.

—Abby… —intentó amonestarla su madre.

—¿Sí o no, Excelencia? —inquirió ella, esperando una respuesta.

—¿Cree que es una pregunta apropiada, milady?

—No veo qué tiene de inadecuado preguntar si la gente usa ciertas prendas de diario, para dar una lección —soltó la perorata sin dejar de mirar a los ojos al duque—. Si todos las usamos, es evidente que las compramos, y por ello no tienen ningún sentido las burlas al exponer que he de ir a recoger el encargo a la casa del sastre, ¿verdad? Puesto que todos en un momento u otro lo hacemos.

El duque parpadeó para asegurarse de que esa mujer era real y de que lo que estaba escuchando era cierto.

Abby seguía incómoda, las risitas de las otras dos damas continuaban y la falta de tacto del duque al no responder la estaba dejando en evidencia.

—¿Su Excelencia padece de algún problema en el oído?

—¡Abby! —la recriminó su madre, con las mejillas encarnadas.

—No, milady, no aquejo de ninguna anomalía.

—¿Entonces por qué no responde a mi pregunta?

El duque se tensó, ¿qué debía responder ante una pregunta impertinente?

Abby, agobiada porque sus nervios le habían hecho perder el control, puso fin a la conversación salvando al duque de tener que responder.

—Ah, claro, son sus sirvientes quienes van a comprar por usted.

Dejó de mirar al duque e instó a su madre.

—Vamos, mamá, apropiado o no, hay unos calzones esperándome —declaró refiriéndose solo a ella, con la intención de dejar a su madre al margen de la vergüenza que su comportamiento incorrecto le estaba haciendo pasar; no estaba bien visto hablar de ciertos temas en pleno Bond Street y en hora punta.

En cuanto desaparecieron, la vizcondesa aprovechó para ridiculizar a Abby.

—Para ser condesa, le queda mucho todavía por aprender; su comportamiento es impropio, ¿no le parece, Excelencia?

Niall, que todavía no había apartado la mirada de Abby mientras se alejaba, respondió:

—Lo que no es apropiado es criticar a una dama, ¿no le parece, milady?

—Y nada más responder, dio un toque con el dedo a su sombrero y se alejó.

***

Las risas del marqués enfurecieron a su esposa.

—¿Ves? Por culpa de tu actitud nuestra hija no encontrará marido.

El marqués no prestó atención a la reprimenda de la marquesa hasta que ella se puso más seria de lo normal.

—No estás ayudando con tu comportamiento —le recriminó sin dejar de mirarlo—. Hoy en día quedan muy pocos nobles casaderos.

—Eso no es cierto, anoche en el baile había unos cuantos y en nuestra sala hay cientos de ramos que confirman mis palabras.

La marquesa quiso aclararle a su esposo su temor, y le habló con sinceridad:

—Phillip, por favor, en los salones de té se escucha todo tipo de cosas. No estamos pasando buenos tiempos, muchos nobles están desesperados por encontrar las dotes que salven sus haciendas. La mitad de los pretendientes de Sophie, puedo asegurarte que están llevando vestuario de temporadas pasadas. ¿Es eso lo que quieres para nuestra hija? ¿Un noble venido a menos?

—Por supuesto que no.

—Pues tendrás que dejar tu egoísmo a un lado —comentó con voz tranquila para que el marqués entendiera su cavilación—. Si no conseguimos que este año Sophie se comprometa con uno de los pretendientes que todavía no esté arruinado, será muy difícil que el año que viene estén mejor las cosas, ¿no cree, milord?

El marqués se quedó pensativo; su segunda hija debía encontrar un buen esposo ya que por ley, a ella no le correspondía heredar ni el título ni la hacienda.

—Bueno, ¿y nuestra hija ha elegido a algún pretendiente?

La marquesa asintió y torció el labio con desaprobación.

—¿A qué viene ese gesto, milady?

—Parece que Sophie se siente atraída por lord Stanton.

—Excelente elección, me consta que tiene buena posición y su capital no es nada desdeñable. Además, en un futuro será marqués.

—Sí, pero no está interesado en ella —aclaró con rapidez su resquemor—.

O no lo suficiente como para cortejarla.

El marqués lo comprendió sin necesidad de más aclaración.

—Ah… —fue todo cuanto pudo decir.

—He tenido que obligar a Sophie a responder a uno de sus pretendientes —comentó con lástima, pues hubiese preferido que lord Stanton hubiese enviado una invitación junto a un ramo—. No podemos permitir que lord Stanton y Sophie vuelvan a coincidir…

—¿Por qué?

—Nuestra hija está muy interesada en él, pero el conde no está todavía dispuesto a cortejar a nadie; por lo menos a Sophie.

—Comprendo —pronunció apretando los labios, pues él sí había estado pendiente del interés del conde la noche anterior por su hija. Una lástima que ahora corriesen malos tiempos, pues como había recalcado su esposa, debían encontrar un futuro marido para Sophie.

—Espero que nuestra hija sepa valorar al joven barón Dexter.

—Esperemos.

—En cuanto a Abby, no sé si debería prohibirle acudir a la cena de esta noche en *Oxford House* —dudó la marquesa, apesadumbrada—. A estas horas, medio Londres debe de conocer la historia de esta mañana.

El marqués sonrió recordando lo que su esposa le había narrado; al ver el gesto de la marquesa apretó los labios para que se esfumara cualquier resquicio de burla.

—Dudo que…

—¡Phillip, por favor! Por supuesto que debe de ser la comidilla del día —aseguró ofendida—. La vizcondesa y su hija habrán hecho correr la voz para que nuestra hija tenga pocas posibilidades; es competencia para ellas.

—Bueno, querida, Abby no me preocupa. Nuestro rey fue muy generoso. De momento posee un título honorífico, pocas mujeres podrán llegar a tenerlo en el futuro.

—¿Y eso importa? —preguntó con dolor—. Nuestra hija merece desposarse, aunque por desgracia, ella sola se está cavando su tumba.

—Cualquier hombre inteligente deseará desposarse con Abby.

—Milord, los errores se pagan —advirtió la marquesa—. Hoy nuestra hija

ha cometido uno, y créeme, lo pagará; por lo menos esta temporada.

Capítulo III

En las buenas fiestas, los escándalos no pueden faltar

La familia Stanford acababa de apearse del carruaje frente a la gran entrada de *Oxford House*. Asistían a una fiesta a la que solo invitaban a las debutantes más solicitadas, por ello la marquesa sonreía orgullosa; sus hijas estaban en la lista de las muchachas más interesantes de la temporada.

Abby había pasado la tarde pensando en la cita de su hermana Sophie con el barón Dexter para olvidar su patética metedura de pata delante del duque.

Como si lo hubiese invocado, su carruaje estacionó a su espalda; el grabado del cuño ducal en la puerta no dejaba equívoco de que se trataba de su excelencia el duque Niall de Hamilton.

Respiró resignada; debía alejarse de allí cuanto antes porque le era imposible mirar a la cara al duque. Se encaminó hacia la entrada de la casa. Debía subir una escalinata casi interminable, así que sin pensarlo y sin titubear, comenzó a subir aquellos peldaños para dejar atrás a Niall. Lo que ella no sabía era que el duque tenía la misma intención: llegar al interior con la mayor celeridad posible, pues odiaba que la gente —más bien, madres con hijas solteras— le prestase atención. De ese modo, se situó justo detrás de ella.

Abby, con la premura, se olvidó de levantar su vestido y lo pisó, haciendo que su entrada fuese triunfal ya que para no caer de bruces, intentó rectificar el movimiento, gran error pues en vez de caer hacia delante, su cuerpo perdió el equilibrio y no pudo evitar hacerlo de espaldas, llevándose consigo a la persona que subía acelerada y sin prestar atención.

—¡Ohhhh! —Se escuchó un barullo general de las personas que estaban arremolinadas en la escalera, viendo caer a la joven y al duque como si fuesen una peonza.

El impacto fue tremendo. Niall se dio un golpe en la cabeza que por unos segundos lo dejó aturdido, aunque durante la caída intentó por todos los medios proteger a la dama que se le había echado encima. Fue una suerte que Abby quedase justo encima del cuerpo del duque, de lo contrario los daños físicos hubiesen sido mayores.

Al abrir los ojos, Abby quiso morirse de la vergüenza. ¿Por qué tenía que pasarle a ella? Tragó saliva con dificultad, sin saber qué hacer ni qué decir en una situación tan incómoda.

El duque, perplejo por lo rápido que había sucedido todo, todavía no era consciente de dónde se encontraba ni de quién era la persona que tenía entre sus brazos.

—¿Se encuentra usted bien, Excelencia? —atinó a decir Abby, temerosa de que el duque se hubiese lastimado de gravedad.

Niall, al mirar a los ojos a Abby, vio en ellos una preocupación sincera. Esa mujer no estaba preocupada por haberse podido manchar el vestido ni por los comentarios que se empezaron a escuchar alrededor. Ella estaba preocupada por él.

«Por mí», pensó.

—Estaría mejor si pudiese ponerme en pie —respondió con una entonación más dura de la que pretendía utilizar.

Abby se llevó las manos a la boca al darse cuenta en ese mismo instante de que estaba tumbada encima de él. Como un resorte se puso en pie y tendió su mano para ayudar al duque a incorporarse, pero tres mujeres se interpusieron, dejándola a un lado y haciéndose cargo de la situación: ser las salvadoras del duque escocés.

Sophie y los marqueses acudieron a socorrer a su hija, puesto que las damas solo prestaban ayuda al duque.

—¿Te encuentras bien? —preguntó preocupada Sophie.

Abby, haciendo un esfuerzo sobrehumano por no llorar delante de tanta gente, pues se sentía avergonzada por ser el centro de atención de todas las burlas enmascaradas tras los abanicos de ciertas damas, se alisó las faldas del vestido de muselina y asintió.

Intentó no hacerlo, pero la preocupación por saber si el duque de verdad estaba bien hizo que alargase el cuello para mirarlo. Fue un gran error, pues se encontró con una mirada dura, mostrando el enfado que tenía.

—Lady Aberdeen, ¿cómo se le ocurre tirar por las escaleras al duque? Podía haberlo matado —le recriminó Jezabel con voz acusatoria y expresión jocosa.

—Ha sido un accidente… —intentó aclarar en vano, pues la vizcondesa Armony la interrumpió:

—Como ha dicho mi hija, podría haberlo matado —exageró con toda la intención de hacer sentir culpable a Abby—. El golpe en la cabeza…

Abby, entre nerviosa y saturada por la situación, exclamó:

—¡Ha sido un accidente! —Miró al duque directamente, y haciendo a un lado a la vizcondesa de un codazo, se plantó delante de él—. Lo lamento, no fue mi intención caerme, y por si a alguien le interesa mi estado —dijo con sarcasmo al ver que allí solo importaba él—, me encuentro bien, ¡gracias!

El duque de Hamilton clavó su mirada en Abby, estaba enfadado pero no con ella sino con las tres damas que no paraban de hablar sin parar, dando a entender cosas que a él le molestaron tanto, que cuando iba a pronunciarse para preocuparse por el estado de Abby, esta ya se había marchado, dejándolo allí con un terrible dolor de cabeza y la estúpida sensación de que la condesa se alejaba pensando que él era un grosero y, además, un blandengue que debería estar rodeado entre algodones por todo cuanto esas mujeres no paraban de comentar.

El marqués se hizo cargo de la situación, poniendo fin al espectáculo que había propiciado de forma accidental su hija. La gente comenzó de nuevo a moverse para acudir al interior. Ya se había acabado el primer escándalo de la velada y la noche prometía, pensaban los más curiosos.

Abby, algo alejada de todos y escondida tras su gemela, su madre y un arbusto, miraba al suelo.

—Mamá, con tu permiso, regresaré a casa.

La marquesa se apiadó de su primogénita; como la conocía bien, sabía que estaba rota por dentro.

—Ya he avisado al cochero —aclaró la marquesa, pues como madre ya había pensado en ello y se había anticipado.

—Gracias —premió Abby sincera, pues necesitaba alejarse sin mirar atrás.

El marqués se acercó a ellas y ofreció el brazo a su esposa para que lo acompañara.

—En cuanto Abby monte en el carruaje, entraremos los tres con la cabeza bien alta —aseguró la marquesa—. Abby, ha sido un accidente y no debes avergonzarte por nada.

Abby asintió pero le fue imposible levantar la cabeza, no quería mirar a sus padres porque intentaba retener las lágrimas.

—Podéis entrar, cuanto antes lo hagáis menos nos observarán —pidió Abby para quedarse sola.

Los padres, que en un principio no estaban dispuestos a dejarla sola allí, al final claudicaron cuando Sophie los animó con la intención de que su gemela se quedara más tranquila y relajada; bien sabía que estaba aguantando a duras penas.

El duque, que se había quedado algo rezagado para tomar el aire antes de enfrentarse de nuevo a todas las mujeres que estaban dispuestas a interesarse por lo ocurrido, vio a Abby a tan solo unos metros, escondida detrás de un árbol, con la cabeza baja. Dio un paso al frente para dirigirse hasta ella, pero en ese mismo instante el cochero detuvo el carruaje, bajó raudo y colocó el pescante ofreciendo su mano para ayudar a la joven condesa a montar. Se quedó paralizado, pues a pesar de la velocidad con la que ella se había metido en el interior, pudo ver que con el dorso de una mano se había limpiado una lágrima que recorría su mejilla.

Inmóvil, se quedó allí hasta que el carruaje desapareció por completo en la lejanía del largo y estrecho camino de grava que llevaba hasta los confines de las tierras de *Oxford House*. No pudo dejar de pensar en la última imagen que se le había quedado grabada en la mente: lady Aberdeen triste, desolada y frágil.

Apretó los labios. Durante la tarde había pensado en ella recordando el encuentro de la mañana, y no había hecho otra cosa que sonreír al recordar su atropellada perorata. Había sido tan espontánea, tan natural, tan excéntrica, tan maravillosa, tan desconcertante, tan llena de vida, que era imposible olvidar a una dama así.

Negó con la cabeza, esa era la mujer más poderosa y a la que más debía temer. Cualquier hombre caería rendido a sus pies al instante, algo que él no estaba dispuesto a hacer. Llevaba años siendo el hombre de hielo. Había visto a su padre sufrir por amor. Su madre, además de ser la mujer más hermosa, también había sido la más egoísta y traicionera. Era una mujer que vivía entre mentiras, las que ella se inventaba para que su padre no sospechara que tenía una vida paralela a la que compartía con él. No le importó romper el corazón de su padre, algo que de por sí para él ya era perturbador, ni le importó abandonar a su único hijo. Claro que el destino salvó a ambos del escándalo y la humillación pública, pues el mismo día que su madre abandonó el castillo para encontrarse con el que debía de ser su amante, perdió la vida al volcar el carruaje en el que huía de su esposo, su casa y su hijo. Por ello, con la edad de diez años se prometió no acabar como su progenitor: destrozado por haber

amado a una mujer. Por algo la mayoría de los matrimonios nunca eran por amor. De dar ese paso, sería con una mujer con la que su linaje pudiese estar a salvo; buscaría una dama de buen pedigrí pero donde no entrara el amor como base de la relación.

***

Abby, tras cambiarse y curarse las heridas de los rasguños que se había hecho en los codos, se metió en la cama. En cuanto su doncella personal cerró la puerta, no pudo retener por más tiempo las lágrimas. Sabía que era casi imposible que un hombre se fijase en ella, pero ahora, además, sería señalada durante un tiempo. Más bien, había perdido toda la temporada en una sola noche. Pero, ¿de verdad lloraba por eso? No. Para hacer acopio a la verdad, sus lágrimas se debían a que había perdido toda posibilidad, si es que alguna vez había tenido alguna, con el único hombre que de verdad le interesaba.

Capítulo IV

La vida puede cambiar en cuestión de segundos

La marquesa de Stanford entró en el salón pequeño, donde solían desayunar, con una cándida sonrisa que al marqués no le pasó por alto.

—¿Se ha levantado de buen humor, milady?

Suspiró agradecida de que su esposo, después de veinte años, todavía estuviese pendiente de ella.

—Digamos que dos jóvenes a las que proteges demasiado —le recriminó, aunque hablaba con tono de burla—, hoy sonreirán nada más levantarse.

El marqués levantó las cejas.

—¿Por algún motivo en especial?

—Unos cuantos lores han mandado ramos, interesados en cortejar a Sophie —sonrió satisfecha—. Y el duque de Hamilton también ha mandado un ramo para Abby —aclaró—. Aunque no para cortejarla, más bien ha sido un gesto de caballerosidad por lo acontecido anoche.

El marqués dobló el periódico, lo dejó a un lado del diván en donde estaba sentado y se puso en pie. Se estiró con lentitud la parte baja del chaleco, analizando las palabras de su esposa.

—Que la mayoría de caballeros quieran convertirse en pretendientes de Sophie demuestra que son inteligentes —adujo—. En cuanto al duque, ¿por qué debería alegrarse Abby?

La marquesa negó con la cabeza y puso los ojos en blanco.

—No me puedo creer que no te hayas dado cuenta, Phillip.

—¿De qué?

—Nuestra primogénita suspira por el duque. Es el único noble que ha despertado su interés.

El marqués se cruzó de brazos delante de su mujer.

—No puedes hablar en serio —se molestó—. ¿Abby suspira por Niall?

La marquesa soltó una risita.

—No le veo la gracia, ese hombre no puede… ¡Ni hablar!

—¿Por qué no? —preguntó la marquesa.

—¡Es el duque de hielo! No imagino a mi pequeña con semejante compañía el resto de su vida.

Estaba indignado solo de imaginarlo. No era un mal hombre, o eso creía, pero aunque sabía que ningún candidato le gustaría para su hija, justamente el duque más frío de Escocia, todavía menos.

—Sería una gran alianza, sus tierras y las nuestras en Escocia colindan. En el futuro cuando herede Abby…

—¡No pienso morirme! —sentenció enfadado.

La marquesa no pudo evitar soltar una carcajada.

—Olivia, ese hombre es muy… —No sabía cómo definirlo—. Frío.

Con un mohín que encandiló al marqués, la mujer se acercó a él muy sinuosa.

—Si no recuerdo mal, milord, cierto joven arrogante era igual de frío y calculador hasta que me conoció —bromeó, quedándose a un paso de él.

Por más que hubiese querido negar tal afirmación, le fue imposible; acabó sonriendo mientras alargaba sus brazos para rodear por la cintura a su mujer y pegarla más a él.

Bajó la cabeza para mirarla a los ojos.

—Era distinto —se defendió—. Con diecisiete años me vi obligado a heredar el título. Debía aparentar ser una persona fría y calculadora para que me tomasen en serio.

—¿De veras? —preguntó con sorna.

—Odiaba cualquier acto social, más donde habían madres con hijas casaderas. —Pegó su frente a la de ella—. Por eso me mantuve firme en mi papel de marqués arrogante hasta que cumplí los veintitrés y cierta damita me hechizó con sus encantos.

Sus labios se unieron y disfrutaron del momento.

Era una pareja enamorada, su matrimonio fue por amor y durante casi veinte años la atracción del uno por el otro no había cesado, más bien todo lo contrario. Como todavía eran jóvenes, pues el marqués solo tenía cuarenta y cuatro años y la marquesa treinta y siete, seguían disfrutando de una relación fogosa en la intimidad.

Sus labios se separaron pero sus cuerpos permanecieron pegados.

—Puede que el duque esté actuando como tú —declaró Olivia—. Él también se vio obligado a hacerse cargo del ducado a temprana edad.

Phillip se quedó pensativo. Era cierto. De hecho, Hamilton se convirtió en duque con tan solo quince años, una losa muy pesada a ciertas edades.

La marquesa aprovechó el silencio para hacer rabiar un poco a su esposo; le fascinaba lo protector y nervioso que se mostraba en cuanto aludía a sus hijas como futuras esposas.

—Puede que los encantos de Abby hechicen y descongelen el corazón del duque.

El gruñido del marqués arrancó una carcajada en Olivia.

—Milord, deberíais prepararos, algo me dice que pronto vendrán a pedir vuestro consentimiento para poder cortejar a nuestras hijas.

El marqués se alejó y miró por la ventana.

¡Querían robarle lo que más amaba! No sabía si odiarlos. Al escuchar la risa de su esposa se dio la vuelta.

—¿Y ahora de qué os reís?

—Estaba pensando en tu reacción si a uno de ellos se le ocurriese actuar como tú lo hiciste.

El marqués agrandó los ojos y su esposa no pudo evitar carcajearse de nuevo.

—¡Lo mataría!

La marquesa se acercó de nuevo, alargando su brazo para acariciar la mejilla del marqués.

—Mi padre estuvo a punto de hacerlo, y eso es lo único de lo que me arrepiento.

Phillip miró con intensidad a su esposa.

—¿Te arrepientes de que no me ahorcara? —se expresó atónito.

Ella se mordió el labio, cual damisela en apuros, avergonzada ante el hombre con el que llevaba compartiendo lecho desde hacía veinte años.

—No, de haberte echado de mi alcoba —confesó al tiempo que pestañeaba, encandilando a su esposo—. Debí ceder a tus encantos. Al fin y al cabo, milord, te encargaste de hacerle creer a mi padre que me habías comprometido.

El marqués sonrió.

—No me diste otra opción, milady. Habías confesado que me amabas y no

podía esperar más tiempo para hacerte mía.

Olivia levantó la cabeza en una clara invitación a ser besada con ardor por su esposo. Phillip no desaprovechó el gesto, unió sus labios a los de ella y en un arrebato la levantó, quedando los pies de la marquesa a un palmo del suelo.

La voz del mayordomo les hizo separarse.

—Disculpe, milord —se excusó por la intromisión, avergonzado—. Ha llegado una misiva urgente de *Whellingtton House*.

El matrimonio se miró, mientras el mayordomo alargaba el brazo donde portaba una bandejita de plata con la misiva y un abrecartas.

El marqués la tomó con una mano y le hizo una seña al mayordomo para que se retirara.

Al leerla junto a su esposa, la marquesa se llevó las manos a la boca.

—Que avisen a nuestras hijas, hay que partir para Somerset de inmediato.

La misiva no portaba buenas nuevas, más bien todo lo contario: el anuncio del fallecimiento del duque de Whellingtton.

Mientras la marquesa iba a dar aviso a las damas de compañía de sus hijas, el marqués se quedó pensativo.

—Que el buen Dios te ampare, Penelope —pronunció en voz alta—, porque muchos nobles intentarán acceder a tus arcas.

Una preocupación por la mejor amiga de sus hijas que sabía que antes o después llegaría. Una muchacha joven y soltera, poseedora de dos ducados, era el blanco perfecto para cualquier sinvergüenza.

La idea lo estremeció, pues nadie estaba exento de que le llegase su hora. Él tenía una mujer y dos hijas por las que velar.

Por primera vez no le resultó desagradable la idea de casar a sus gemelas, así se aseguraría de que cuando él faltase tendrían quien velase por ellas.

Capítulo V

Si a una dama intenta intimidar, tenga cuidado porque igual sabe contestar

Abby observaba con admiración a su amiga Penelope. Ahí estaba delante de todos, una vez más de luto riguroso, mostrando una entereza admirable, pues conociendo el amor que sentía por su padre, bien sabía ella que Penny estaba rota por dentro, aguantando con estoicismo delante de todos los que la miraban con malos ojos por poseer dos ducados. ¡Una mujer con dos ducados nada menos!

En un cuarto de hora daría comienzo el oficio para despedir al duque.

Se había congregado toda la alta sociedad, como era habitual en los entierros de personas tan importantes. El hecho de que el mismísimo regente acudiese al funeral mostraba el poder de los ducados que había heredado su amiga Penelope.

Un corrillo de tres hombres criticando a Penelope y riendo en medio de los jardines de *Golden House* llamaron la atención de Abby. El comentario que acababa de escuchar era ante todo ofensivo y ridículo. Daban por sentado que una mujer no podía gobernar un ducado, que deberían hablar con el regente y hacerle entender que cuando el rey llegó al acuerdo con el duque de Whellingtton, debía de estar ya enfermo. Se enervó hasta tal punto, que una vez más, sin pensar en las consecuencias, se paró junto a los tres caballeros y se pronunció sin un ápice de temblor en su voz:

—Su comentario ha sido tan grosero como ofensivo —se expresó mirando al vizconde Urrea a los ojos—. Debería medir sus palabras al referirse a la decimoquinta persona que aspira a la corona —hizo alusión a Penelope, pues ese era el puesto que ostentaba al trono.

El vizconde soltó una carcajada, provocando que sus dos acompañantes, el baronet Luscrett y el barón Holkan, se uniesen a él.

Abby no se amilanó ante esos hombres que se creían caballeros, pues no había nada de caballerosidad en las injurias y despropósitos que tenían en mente, que afectaban y ridiculizaban a Penelope.

El vizconde dio un paso adelante intentando intimidar a Abby, pero esta no se movió de su sitio; permaneció erguida y sin acobardarse ante él. Además, ser un palmo más alta le daba cierta seguridad.

—Vaya, vaya, vaya —se mofó—. Parece que mis palabras la han ofendido, ¿acaso espera la *señorita* una disculpa?

Las risitas de los dos acompañantes molestaron más a Abby, si es que eso era posible, pues dudaba que nada pudiese enojarla más de lo que lo estaba en ese momento. Tragó saliva y sin medir sus palabras, pues llegados a ese punto ya no había contención en ella, volvió a expresarse. Ya era hora de poner a ciertos caballeros en su sitio.

—Condesa —sentenció para dejar constancia de su estatus. Les gustase o no, en la jerarquía ella estaba por encima de los tres impresentables que tenía delante—. Condesa de Aberdeen… Futura marquesa de Stanford.

El baronet dejó de reír en el acto.

El barón Holkan se miró los pies avergonzado.

Pero el vizconde no era dado a disculparse ante ninguna mujer. Dio de nuevo otro paso hacia ella, consiguiendo que los dos acompañantes hiciesen lo mismo para darle a entender que continuaban a su favor, apoyándolo ante la condesita.

—Y bien, *condesa* —pronunció con cierto retintín—. ¿Os ha molestado mi comentario? —Abby iba a responder, pero él continuó—: Jamás me disculparé ante una mujer, ni aunque se trate de una futura marquesa.

La carcajada del baronet consiguió que Abby desviara por un segundo su afilada mirada. Fue tal la rabia que sintió, que dio un paso adelante, dejando su cuerpo a un paso del vizconde, quien todavía tenía esa sonrisa petulante estampada.

—Pues en esta ocasión lo haréis, *milord* —pronunció con el mismo desprecio que él había utilizado—. Estoy segura de que no habéis medido bien vuestras palabras, y dudo que un caballero que se precie, se niegue a pedir perdón a tanta ofensa.

—Igual no soy tan caballero —se mofó y alzó la mano como si fuese a tocar el rostro de la joven, en un vano intento por sonrojarla—, pero sigo teniendo un título que me permite dar mi opinión con total libertad.

Esa fue la gota que colmó el vaso, consiguiendo que los otros dos volviesen a reírse y que Abby estallara.

—¡Su libertad termina cuando ofende la memoria de nuestra reina Isabel[2]!

Las risas cesaron.

El vizconde se echó atrás con los ojos agrandados y el brazo en alto. Ya no

veía gracioso ridiculizar a la joven.

Abby continuó para demostrar quién tenía en esa ocasión la última palabra:

—Parece ser que después de todo, una *mujer* sí puede reinar *soltera* —adujo y desvió la mirada de uno a otro; ya no parecían reírse tanto—. La próxima vez que quieran humillar a la duquesa Penelope de Whellingtton y Kennt, recuerden que está muy por encima de todos ustedes y aspira a ser reina.

El vizconde tragó con dificultad. La condesa no se había apocado, y si sus palabras hubiesen sido escuchadas por más gente, habría podido traerle problemas. Nadie se atrevía a insultar a la difunta reina Isabel sin tener consecuencias. Había sido muy astuta la joven rubia al utilizarla, pues ellos tan solo querían denigrar la imagen de la nueva heredera.

El carraspeo de un cuarto hombre a la espalda de Abby llamó su atención. Se giró lentamente, con la respiración abrupta todavía por haberse expresado con tanta vehemencia.

Los ojos del duque de Hamilton se clavaron en ella. Abby, todavía nerviosa, no supo reaccionar. El duque se percató y le ofreció su brazo.

—¿Me permitiría acompañarla, lady Aberdeen?

Abby, sin pronunciar palabra, se aferró a aquel brazo salvador y se alejaron en completo silencio.

Caminaron unos cuantos metros, ambos sumidos en sus propios pensamientos.

La joven esperaba que de un momento a otro el duque la amonestara por sus palabras. Puede que ella tuviese razón ante aquellos… (no podía nombrarlos), pero sabía que una vez más, su boca debería haber permanecido cerrada. No era propio de una dama.

A Niall todavía le quemaba la sangre al recordar cómo el vizconde se había acercado a Abby intentando intimidarla. Y no podía creer que esa muchachita, que parecía tan delicada y dulce, casi de porcelana y algodón, hubiese tenido valor de plantarle cara. Cualquier otra, al escuchar las burlas de los majaderos que se encontraban ante ella, se hubiese venido abajo y habría acabado llorando por la falta de tacto. Pero ella no. Esa mujer había pasado de ser una gatita asustadiza a la más fiera de las panteras. Y ahí continuaba su exasperación, porque su mente no paraba de repetir: «¿Cuán

osada y apasionada sería ella en la intimidad de su alcoba?». Tragó saliva. Precisamente esos no eran los pensamientos más apropiados tratándose de ella; había llegado a la conclusión con anterioridad de que la condesa de Aberdeen era la mujer más peligrosa de todas.

«¡No la mires y aléjate cuanto puedas de ella!», se repitió durante un buen rato.

Sin poderlo evitar y haciendo caso omiso a su propio consejo, la miró de soslayo; en ese momento parecía abatida. Y lo estaba, pero no por lo que él pensaba, sino por la pena de haber cometido otro error delante del duque. Jamás se fijaría en ella.

Al llegar a una zona más concurrida, el duque dejó de andar. A pocos metros se encontraban la madre de Abby y su hermana. Sabía que era el momento de despedirse de la joven.

Abby soltó el brazo del duque y tomó fuerzas para levantar la cabeza y afrontar las consecuencias. Pero al hacerlo se encontró con unos ojos que destilaban comprensión.

Sin poderlo evitar, se llevó las manos enlazadas al estómago. Fue tal el impacto en ella, que notó revolotear mariposas. Agradecida porque él no la sermoneara, sonrió con dulzura.

El duque la observó y, aunque no manifestó públicamente su gozo al verla sonreír de aquella manera tan perfecta y delicada, interiormente sintió satisfacción. Y de una manera tácita e inexistente ante los ojos de los demás, entre ellos surgió una compenetración arrolladora, un lazo que, inesperadamente, unió a esa pareja.

—Gracias —musitó Abby.

El duque apenas hizo una pequeña reverencia que pasó desapercibida para todos excepto para dos personas: para Abby, porque estaba pendiente de él; y para el marqués de Stanford, que había estado observando con gran curiosidad a su hija y a su acompañante.

Capítulo VI

Los que espían tras un matorral, escaldados pueden quedar.

A la familia Stanford le dolió abandonar *Golden House*. Habían permanecido allí una semana entera.

El marqués se ofreció en todo cuanto Penelope pudiese necesitar, pero la joven parecía muy segura de sí misma. Fue la propia duquesa quien animó a la familia a regresar a Londres. La temporada estaba en pleno auge y tanto Abby como Sophie merecían disfrutar de ella.

Por eso, Abby se encontraba paseando por los oscuros jardines de *Armony House*.

La vizcondesa había organizado una cena, y aunque ella hubiese preferido eludir el evento, su madre se lo impidió. Y ahí estaba, escapando de la tortura constante de la vizcondesa y de su hija Jezabel. Parecía que ambas estaban dispuestas a ridiculizarla delante de todos.

Se había prometido comportarse como la dama que todos esperaban —o que su madre deseaba— que fuera. Por ello, apenas había pronunciado palabra en toda la velada. Además, no conseguía dejar de preguntarse si los dioses se habían confabulado contra ella para tener de compañero de cena al vizconde Urrea, o si simplemente había sido una casualidad. Al fin y al cabo daba igual, había sido una cena angustiosa, sin poder hablar y con los nervios tan a flor de piel que apenas pudo pegar bocado.

Miró a un lado y a otro. Tras comprobar que nadie podía verla, se hizo paso entre los matorrales más altos y se escondió. Notó una presencia a su lado.

—¡Por Dios, Su Excelencia! —exclamó, llevándose las manos al corazón—. Menos mal que es usted, me había asustado.

El duque de Hamilton la miró atónito.

«¿Qué hace esta mujer aquí?», pensó. ¿Acaso no se daba cuenta de la insensatez de su comportamiento?

—¿De veras? ¿Y podría decirme qué hace escondiéndose? —preguntó, ofuscado.

Abby apenas reconoció el tono molesto de su voz. Cuando estaba cerca del duque perdía la razón.

—Bahh… —Hizo un gesto con la mano restando importancia—. No me

estoy ocultando. Necesitaba respirar aire fresco y en la escuela para señoritas siempre nos decían que una dama no debe caminar por los jardines de noche. Mi reputación podría verse comprometida.

¡Increíble! No sabía si estaba más molesto porque ella no viese que en ese instante estaba siendo una situación más que comprometida, o porque a él lo hubiese dejado fuera de esa ecuación. ¿Acaso no lo veía a él como un hombre capaz de comprometerla? Y lo más intrigante, ¿lo había descartado porque lo tomaba por un caballero o porque pensaba que él no era un hombre apasionado?

—¿Y Su Excelencia de qué se esconde? —preguntó la joven.

El duque abrió los ojos como platos.

—Un duque no se esconde ante nada.

Abby lo miró con el ceño fruncido y de pronto dio un saltito.

—¡Ay! Está… está… —titubeaba por los nervios—. ¿Está esperando a una dama?

El duque hizo un gesto de incomprensión.

—Sí, supongo que sí —Ella misma se respondió—: He oído que algunos hombres se esconden en los jardines para tener una cita clandestina.

El duque levantó una ceja.

—Perdonadme, ya me voy… —se disculpó Abby.

No había dado un paso cuando el duque la retuvo con su mano sujetándola del brazo. Se escucharon las voces de dos personas; si la veían salir de allí, la situación sería realmente comprometida.

—Jezabel, vamos —suplicó el hombre—, llevo toda la velada viendo cómo le pones ojitos al *duque de hielo*.

—Arthur, te lo he dicho —se defendió la joven—, mi madre está obsesionada con el duque de Hamilton.

Abby abrió los ojos, y sin poderlo evitar, ladeó la cabeza para ver la reacción de él.

Niall apenas parpadeó; aunque ya sabía que lo apodaban así, por primera vez se enfureció. No quería que Abby lo viese como todo el mundo. Detestó que ella hubiese escuchado aquel comentario.

—¿Y qué tiene él que no tenga yo? —inquirió el hombre, molesto.

—Un ducado, Arthur.

—¡Soy vizconde, por el amor de Dios!

Niall y Abby, sin darse cuenta se acercaron el uno al otro. Sus brazos se rozaban mientras intentaban atisbar a los interlocutores a través de las ramas de los arbustos que los parapetaban.

Vieron cómo Jezabel acariciaba la mejilla del vizconde Sunsett sin guante.

Abby tragó saliva.

—Mi amor, ningún otro hombre ocupará mi corazón y mi lecho por voluntad propia —aclaró—. Siempre ocuparás tú ese lugar.

—Lo ves, no puedes desposarte con ningún otro —aseguró—. Me perteneces, Jezabel, tendré que hablar con tu padre y pedir tu mano.

La joven se separó de él.

—¡Ni lo intentes! Mi padre jamás te dará su consentimiento, necesita un yerno rico.

—¿Y cómo sabe tu padre cuánto poseo yo?

—Tienes tanto como él.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el vizconde.

—Tu familia no está pasando por su mejor momento, y te aseguro que la mía tampoco. Por eso, mi madre organizó esta velada para que el duque viniese, necesita que yo lo enamore.

Abby volvió a ladear la cabeza. Niall, al notarlo, hizo lo propio y sus rostros quedaron demasiado cerca. Sus ojos no se despegaban.

—Y tu madre sé que está desesperada. ¡Quiere desposarte con la *condesa calzones*! La dote de lady Aberdeen es un gran reclamo.

Al escuchar su nombre, Abby se irguió y pegó su espalda a la pared que confinaba los jardines. El duque la imitó, aunque se quedó ladeado mirándola a ella.

—Ningún hombre en su sano juicio querría casarse con *la condesa calzones*. Ni siquiera su dote compensa su estupidez. El hombre que se case con ella sufrirá jaquecas el resto de sus días.

Jezabel y el vizconde se carcajearon.

Abby cerró los ojos, avergonzada. ¿Le habían apodado así por la conversación de hacía unos días? Sin poderlo evitar, se llevó las manos a la

cara para enfriar con ellas el rubor de su rostro. Poco a poco fue bajando una de las manos por su cuello, pasando por su pronunciado escote y acabando en su pecho. Necesitaba intentar mantener calmado su agitado corazón.

El duque tragó con dificultad. Había perseguido con la mirada cada movimiento de la joven. Cuando su mano se deslizó por su estirado y fino cuello, sintió ganas de lamerlo. Pero cuando apoyó su mano en el corazón y vio cómo la respiración abrupta de ella ensalzaba unos senos muy apetecibles, notó cierto movimiento en su epicentro. No debía seguir mirándola, sabía que era un error, pero aun así, fue incapaz de dejar de hacerlo.

Se escuchó a lo lejos la voz de la vizcondesa llamando a su hija.

—Corre, que nos van a encontrar.

La pareja salió corriendo y todo quedó en silencio.

Abby, avergonzada por lo que había escuchado, se irguió y echó los hombros hacia atrás; era hora de salir de allí antes de perder la poca dignidad que le quedaba.

—Ya puedo salir, por lo visto no corro peligro por los jardines —pronunció con derrota—. Ningún hombre querría comprometerme.

Y sin dar tiempo a que el duque se despidiera, salió de entre los arbustos tan rápida como había entrado.

—Os equivocáis, milady —dijo en voz alta él, aunque nadie lo escuchó—. Sois la única mujer capaz de doblegar a cualquier hombre.

Abby se dirigió al interior de la casa. Deseaba abandonar aquella estúpida fiesta. Se sentía tan humillada que apenas podía respirar.

«¡Condesa calzones!», recordó, enojada.

Cuando el rumor llegase a oídos de su madre, no quería ni pensar cómo se lo tomaría. Sin poderlo evitar, la buscó con la mirada. Estaba junto a su padre, bailando una cuadrilla. Sonrió, agradecida de ver que sí existían matrimonios por amor. Ella era fruto de uno de ellos.

Se dirigió al balcón; había unas cuantas personas reunidas hablando. Aprovechó para seguir tomando el aire. Estaba tan inmersa en sus pensamientos, que no se percató de que todos habían abandonado la balconada ni de que se encontraba sola, o lo estaba, hasta que escuchó una voz muy varonil a su espalda:

—Debes de ser Abigail.

Sobresaltada, se dio la vuelta.

Se quedó atónita al contemplar al hombre en cuestión, tan elegante, de cabello oscuro, tez bronceada y barba cuidada de varios días. Era todo un dandi. Hasta ese momento había visto bigotes, barbas e incluso perillas, pero la que ese hombre lucía era muy distinta; parecía estar creada para tocar, besar… Se ruborizó por sus pensamientos. El caballero debió de intuir sus elucubraciones, pues sonrió. Ese fue un gesto que Abby memorizó de inmediato: sonrisa tierna con cierto matiz de engreimiento. Aun así, sus ojos chispeantes y oscuros hablaban por sí solos. Detrás de todo ese porte, había un hombre risueño esperando una respuesta. Claro que, ¿qué debía responder a un desconocido que la había tuteado sin haber sido presentados?

El hombre esperó con paciencia. Al ver que la joven no respondía, se pronunció de nuevo:

—¿Me equivoco?

Abby estaba a punto de negar con la cabeza, cuando otra voz grave y con tono molesto se lo impidió:

—Es Lady Aberdeen. Y no puede referirse a la dama sin haber sido presentados con anterioridad.

El duque de Hamilton parecía enfadado.

Abby suspiró derrotada; una vez más quedaba mal delante de Niall.

El hombre, sin apartar la mirada de ella, ensanchó su sonrisa petulante y habló:

—Ah, ¿y no es una suerte que estés aquí para hacer los honores?

A Abby se le escapó una pequeña risita. ¡Ese hombre no tenía modales, no conocía ningún protocolo!

Al duque le golpeó la risa de la condesa; pensó que se estaba burlando de él, o más bien, del trato que el sujeto que tenía delante le había proferido.

De mala gana pero demostrando su educación, cedió.

—Señor Boston, permítame presentarle a Lady Aberdeen.

Capítulo VII

Si un caballero pide ayuda a una dama, sin duda es que los tiempos cambian

Como todas las mañanas en *Stanford House*, la familia al completo estaba desayunando.

El marqués no quitaba ojo a sus dos hijas. Ambas lucían amplias sonrisas, y eso era, cuanto menos, preocupante.

La marquesa, por el contrario, no podía dejar de especular en su interior. La felicidad de Sophie era palpable. Teniendo en cuenta que el conde de Stanton había pedido consentimiento a su esposo para cortejarla, no había mucho más que pensar. Ahora bien, el motivo de la extraña alegría que Abby irradiaba todavía se le escapaba de las manos, pero no se iba a quedar sin averiguarlo.

—Se te ve muy animada, Abby.

Sophie y su padre la miraron. Esta asintió con una amplia sonrisa.

—Lo estoy. ¡Voy a ser institutriz!

La marquesa agrandó los ojos, no esperaba esa respuesta, y menos, tanta efusividad. Contagiada por la alegría de la joven, también se animó.

El marqués escuchaba atento.

—¿Estás segura?

—Mamá, ¿no me crees capaz?

—En absoluto, tu exquisita educación te convertirá en una gran institutriz —admitió—. Pero no sabía que estuvieses interesada.

—Bueno, yo tampoco lo había pensado con anterioridad, pero anoche me lo propusieron y acepté.

El duque se llevó la taza de café a los labios y dio un sorbo.

—¿Y quién es el niño afortunado? —preguntó curiosa la madre.

—El señor Boston.

El duque escupió todo el contenido tras atragantarse al escuchar la respuesta.

Sophie se tapó la boca con las dos manos.

La marquesa, durante unos segundos permaneció inmóvil, ¿qué había dicho su hija?

—Habrás querido decir, el hijo del señor Boston.

Abby negó con la cabeza sin dar importancia al asunto, pues no creyó que hubiese dicho nada ilógico.

—No, el señor Boston no tiene hijos —aclaró con celeridad—. O eso creo.

Abby no se esperaba la mirada reprobatoria de Sophie, suponía que su hermana la apoyaría delante de sus padres.

El marqués se puso en pie como un resorte, limpiándose con la servilleta las manchas de café del pañuelo blanco que lucía en el cuello. Se acercó al tirador y lo giró con tanta fuerza que por poco lo rompe.

El mayordomo no tardó en llegar.

—Avisad a mi ayuda de cámara, que me prepare un nuevo vestuario —ordenó, alterado.

La marquesa cerró los ojos intentando apaciguar su ánimo. Su hija, cuando lo pretendía, sabía sacarla de quicio.

—Abigail Yvaine Allende de Aberdeen —pronunció el marqués con rotundidad—. De todas las insensateces que he escuchado a lo largo de mi vida, y te aseguro que han sido unas cuantas, la tuya es con diferencia la mayor de todas —soltó del tirón, sin apartar la mirada de su hija, que estaba sentada con la cabeza ladeada sin inmutarse.

Abby se ofendió, se puso en pie y se encaró a su padre:

—¿Acaso no veis la generosidad del señor Boston?

—¡Generosidad! —exclamó el marqués fuera de sí.

—Sí, generosidad —repitió Abby—. Por primeva vez un hombre pide ayuda a una dama. Es toda una revelación y esperanza de que los tiempos cambian.

—¡Es una insensatez! ¡Eso es lo que es! —espetó el marqués.

—No, no lo es —respondió la joven con voz rota—. Para los hombres no hay restricciones, pueden estudiar y hablar abiertamente sin ser juzgados. Todo cuanto hacen o dicen está permitido y, sin embargo, las mujeres tenemos que callar cuando escuchamos comentarios de hombres o nobles con ínfulas de todopoderosos que no tienen más que paja en la cabeza.

La marquesa se apretó las manos con nerviosismo.

Sophie se quedó petrificada, suponía que su progenitor entraría en cólera tras las palabras de su gemela.

—Soy la primogénita de un marqués, y usted ha tenido que suplicar que se me concediera un título —explicó Abby sin titubear. Se dirigió a su padre con austeridad para que supiese hasta qué punto era importante todo cuanto tenía que decir, y continuó—: Usted imploró por el mismo título que se le concede a un hijo varón nada más nacer. Pero como hay una ley ambigua, que todo un parlamento se niega a cambiar ya que a ningún hombre le gusta verse de igual a igual con una mujer…

—Abby —la amonestó la marquesa con tranquilidad para calmar a su hija.

La muchacha no apartó los ojos de su padre. Extendió el brazo para pedirle a su madre que no la interrumpiera.

—Debería tener los mismos derechos que cualquier primogénito —adujo —. Sin embargo, me veo obligada a ver cómo los demás hacen y deshacen a su antojo mientras yo tengo que ver, oír y callar, porque eso es lo único que se me permite y espera de mí, por muy primogénita y condesa que sea.

Al marqués, las palabras de su hija pronunciadas con tanto dolor le llegaron al corazón. Por ser hombre no había tenido que sufrir ningún desaire, nada más nacer heredó el título de conde de Briginton. Con los años también recibió el condado de Aberdeen, y al fallecer su padre se proclamó como marqués de Stanford. Poco había pensado en los deseos o necesidades de ninguna mujer, hasta que fue padre de dos niñas. Ahora comprendía la reacción de su hija pues él, de haber nacido mujer, también se habría sentido frustrado.

—Por lo tanto, debo agradecer al señor Boston que me haya pedido instruirle, ya que por una vez en la vida, un hombre me ha elegido a mí. De esta manera podré demostrar que mis conocimientos, por pueriles que puedan parecer a los ojos de otros caballeros, para él son instructivos. Permitirle a una mujer ampliar los conocimientos de un hombre, ¡eso es generosidad! —siguió aduciendo Abby.

El marqués resopló.

La marquesa se relajó, ese gesto de su esposo decía mucho.

Sophie sonrió; su hermana iba a ganar esa batalla.

—El señor Boston tiene treinta años, Abby —informó, calmado, el padre —. ¿Qué puede una jovencita de dieciocho años enseñarle?

Abby sonrió, derribando por completo la coraza del marqués, como tantas veces había hecho.

—Protocolo —aclaró—. El señor Boston es americano. —El marqués hizo una mueca de desagrado—. Nuestras costumbres son todo un reto para él.

La marquesa, al ver de nuevo el brillo en los ojos de su hija mientras demostraba lo importante que era para ella poder instruir al señor Boston, intentó mediar:

—Y todo un reto para ti, Abby —intervino con dulzura, consiguiendo que el marqués y su hija la mirasen—. ¿Estás segura de poder instruir a ese hombre?

El marqués miró con intensidad a su esposa, ¿estaba apoyando a su hija en tal despropósito?

Olivia, sin dirigirse a su esposo sabía que este estaba recriminándole con la mirada su decisión. Por dentro sonrió, aunque no lo demostró abiertamente para no molestar más de lo debido al marqués; bastante compungido se le veía por tener que dar su brazo a torcer en una decisión tan descabellada.

—Sí, estoy convencida de que puedo convertir al señor Boston en un auténtico caballero.

El aplomo de Abby y su positividad aceleraron los latidos del corazón de su madre. Ella también era mujer y comprendía el anhelo de su primogénita por demostrar su valía ante todos. Por eso mismo, se puso en pie.

—Milord, podéis estar orgulloso —medió ante el marqués—. Vuestra hija podría convertirse en una gran embajadora entre Inglaterra y América.

A Abby se le empañaron los ojos, emotiva. Pocas veces se le reconocía a una hija su mérito.

El marqués iba a protestar, pero al mirar a Abby se rindió.

—Bien sabe Dios que los americanos necesitan aprender mucha disciplina —comentó el marqués con ironía—. Espero que le enseñes bien que los ingleses estamos muy por encima.

Sophie aguantó la risa al ver la reacción de Abby, dando saltitos y aplaudiendo como una cría.

—Ahora bien —imperó el marqués de nuevo—. Impartirás las clases en esta casa y, por descontado, se mantendrá en secreto.

Como Abby ya había contado con ello, asintió enérgica con la cabeza.

Sophie se puso en pie y le hizo una seña a su hermana para alejarse de la sala.

Al quedar el matrimonio a solas, el marqués se pronunció con celeridad:

—Más vale que nadie… —advirtió, y recalcó—: ¡Que nadie se entere de esto!

Olivia se acercó con paso lento hasta él.

—Milord, reconoceréis que vuestra hija es idéntica a vos —bromeó—. Impulsiva, pasional e inteligente.

El marqués intentó ocultar su sonrisa de orgullo y satisfacción.

—Y sobre todo… —Olivia hizo una pequeña pausa para dar más énfasis a sus palabras—. Cabezota.

El marqués se carcajeó. Su esposa tenía razón, así era su hija.

—Sí, unas cualidades muy apreciadas por cualquier caballero —ironizó el marqués—. Si esto transciende podemos olvidarnos de que nuestra primogénita acabe desposada.

La marquesa hizo un mohín y se quedó pensativa.

—¿Es eso lo que te preocupa? —preguntó estudiando la reacción de su esposo.

—Bien sabes que no —respondió honesto—. Te casaste con un marqués poco convencional.

Olivia sonrió; era cierto.

Durante un par de años, su esposo fue el centro de todas las burlas y críticas de Londres. ¿Dónde se había visto que un noble estuviese tan pendiente de sus hijas y que hasta jugase con ellas? Rumores que a Phillip poco le importaban; su único cometido era conseguir la felicidad plena de su familia. Habían pasado dieciocho años y él todavía seguía sintiendo la necesidad vital de ser el padre que sus gemelas adorasen.

La mujer levantó la mano y acarició el rostro de su esposo, enamorada, orgullosa y emocionada.

—En nombre de nuestras hijas y en el mío propio, te damos las gracias por ser como eres.

Phillip se inclinó y besó a su esposa. Al separarse, intentó ocultar su sonrisa.

—Espero que nuestra hija no propicie un altercado internacional.

La marquesa se carcajeó.

Capítulo VIII

El duque de Hamilton estaba leyendo unos documentos en el despacho del marqués de Stanford.

Desde hacía seis años mantenían una estrecha relación. De las plantaciones del marqués y las del duque, de cebada, trigo y maíz, obtenían el mejor *whisky* de Escocia.

Phillip cruzó los brazos y los dejó apoyados sobre la mesa observando al joven que tenía delante. Su trato hasta la fecha había sido correcto y profesional. Hasta que lo vio junto a su hija en el entierro del duque de Whellingtton, no había reparado en él como un posible yerno. Incluso en ese mismo instante pensaba que su rectitud y frialdad no eran las mejores cualidades para un hombre que quisiera casarse con su hija.

Era una idea descabellada pero, ¿y si su esposa tenía razón respecto al duque? Puede que al heredar el título en tan temprana edad, se hubiese visto obligado a aparentar ser un hombre frío e inaccesible. ¿Acaso él no intentó durante unos años fingir ser el mayor déspota de todo Londres para que lo dejasen en paz?

—¿Qué sabéis del señor Boston? —soltó sin pensar.

El duque levantó la cabeza y clavó la mirada en el marqués.

—No mucho —respondió conciso.

—¿Pero le conocéis?

Hamilton se irguió en su asiento sin comprender por qué el marqués le preguntaba sobre Boston.

—Nos presentaron hace un par de semanas.

El marqués asintió, a él también se lo habían presentado en la misma fiesta.

—Y bien, ¿qué os parece?

El duque estaba algo descuadrado.

—¿Por algo en particular? —preguntó con cautela y sin mucha motivación, pues no era un hombre que le despertase ningún interés.

El marqués se encogió de hombros, un gesto que él reconoció de inmediato, pues la condesa tenía ese mismo tic; en varias ocasiones la había visto realizarlo.

—No, simple curiosidad —respondió, al tiempo que gesticulaba con la mano para restar importancia—. Mi hija Abby me habló de él y sentía curiosidad.

El rostro del duque se tensó tanto como lo hicieron sus hombros.

El marqués se percató de inmediato.

Niall carraspeó para hacer tiempo mientras se debatía interiormente entre preguntar o simplemente comentar lo que conocía de Boston. Ardua lucha interior, pues por extraño que pudiese parecer, lo que más le interesaba en ese momento era saber qué había dicho exactamente la condesa que últimamente siempre acababa robándole algún pensamiento.

—Por lo que sé, es un adinerado americano —dijo al fin, guardándose para sí mismo su auténtico interés—, que ha venido a Inglaterra con la finalidad de expandir sus negocios.

El marqués hizo un gesto extraño. El duque, sin poderlo evitar, habló de nuevo:

—O igual ha venido en busca de una futura esposa.

Nada más expresarse bajó la cabeza, fingiendo prestar interés de nuevo en los documentos que tenía delante. Aunque muy lejos estaban ahora sus pensamientos como para concentrarse.

El marqués se sorprendió, no esperaba una respuesta como esa. Por un segundo llegó a pensar que su esposa una vez más podía tener razón. Llegados a esa conclusión, mejor sería averiguar si a partir de ahora iba a tener que mirarlo como a un futuro ladrón de hijas o si debía seguir mirándolo como el hombre con el que compartía negocio.

—Pronto lo averiguaré —aseguró—. Tengo una cita con el señor Boston hoy.

El duque de nuevo se irguió.

—¿Aquí? —preguntó con tanta premura, que el marqués aguantó la risa.

—Sí. No sé si viene por negocios o para pedirme permiso para poder cortejar a una de mis hijas.

El duque se quedó paralizado.

Phillip, por el contrario, estaba disfrutando. Al final le iba a caer bien y todo el muchacho. Se notaba su inquietud. Estaba convencido de que le encantaría indagar, pero también sabía que no era un hombre que mostrase

sus debilidades, y tonto el marqués no era; su reacción había dejado al descubierto que Abby se estaba convirtiendo en una gran debilidad para el duque.

—Es posible —opinó por fin el joven—. Desposarse con una dama, más cuando la mujer en cuestión pertenece a la nobleza —reflexionó—, le abriría todas las puertas. De hecho, entraría en Inglaterra por la puerta grande.

Ahora, al que se le descompuso el rostro fue al marqués. No había barajado esa posibilidad. ¿Y si el señor Boston había acudido a su hija con doble intención?

Se puso en pie como un resorte y gruñó, levantando los brazos al aire.

—¿Es que no podré tener un solo día de tranquilidad? —se preguntó en voz alta, sin importarle que el duque estuviese presente.

Hamilton no se inmutó, pero llegó a una conclusión: Abby era idéntica a su padre. Le hizo gracia su reacción, aunque fue fiel a su costumbre de no exteriorizar sus sentimientos.

Stanford le señaló con un dedo.

—¡Dios os libre de tener hijas!

—No entra en mis planes… —aseguró, pero la frase quedó en el aire cuando la imagen de una pequeña Abby se le apareció. Se quedó pensativo, sonrió, y acabó añadiendo—: De momento.

El marqués se dejó caer en su asiento.

Lo que le faltaba, ¿había sonreído el duque? No, no, esa no era la pregunta importante ni la más preocupante. ¿Acaso esa sonrisa, junto a su mirada soñadora, lo había provocado pensar en su hija? ¡Por todos los santos! Claro que sí. Estaba convencido, pues él también había sido joven y había escuchado infinidad de veces cómo le recriminaba su mejor amigo esas sonrisas de bobo enamorado.

Se centraron de nuevo en los documentos y continuaron trabajando.

Una hora más tarde dieron por concluida la reunión.

El marqués pidió disculpas al duque por no poder acompañarle hasta la salida, pues por lo visto un imprevisto en las cuadras requería de su atención de inmediato. Hamilton le dijo al mayordomo que acompañase a su señor; él conocía la salida. Firmó el último documento y se levantó.

Caminó con decisión, cualidad que era habitual en él. Pasó por delante de

dos salas que estaban abiertas, donde las doncellas se esmeraban en limpiar.

Al pasar por delante de la biblioteca sus pies se detuvieron. La puerta estaba entreabierta y allí estaba ella, la joven que llamaba tanto su atención.

Se echó un poco hacia atrás, con sigilo, para poder admirarla. Pocas veces había visto a una mujer en esa posición: recostada en el diván, descalza. Abrazaba un libro, pegado a su pecho, y con la cabeza ladeada, miraba a través del ventanal el frondoso paisaje de los jardines exteriores de *Stanford House*.

Tragó con dificultad al ver cómo la joven sonreía. Era una sonrisa perfecta, la clase de mohín que conseguiría derretir a cualquier hombre.

Negó con la cabeza, era turbador sentir celos de un libro. ¡Esa mujer no era una dama! ¡Era una hechicera!

«Deja de mirarla, sabes que es la más peligrosa».

Decidió que era mejor marcharse cuanto antes de allí, pero un suspiro por parte de la condesa le impidió dar el paso definitivo.

«¿En quién pensáis para suspirar con tanto sentimiento?», preguntó el duque en su interior, como si pudiera traspasar su duda a la joven, incapaz de apartar la mirada de ella.

Los pasos de un lacayo le hicieron reaccionar. Continuó su camino.

—Excelencia, su carruaje está en la puerta.

Asintió con la cabeza y el lacayo le devolvió el sombrero, los guantes y la capa que había entregado al entrar.

Mientras bajaba las escaleras de la entrada principal, otro carruaje se detuvo junto al suyo. De él descendió el señor Boston muy elegante, con un pantalón y chaqueta de buen corte, de color azul marino, y un chaleco gris plata que conseguía darle un brillo especial a su bronceado rostro.

—Buenos días —saludó el americano, afable.

El duque no pudo evitar mirarlo con inquietud, la misma con la que se dirigió a él sin poderlo evitar.

—¿Qué os trae por *Stanford House*?

Los ojos del señor Boston centellearon. Era un hombre curtido y sabía apreciar al segundo a un hombre molesto; o más bien, a un hombre intrigado por su reciente y estrenada relación de amistad con cierta dama.

—Tengo unos asuntos que tratar con el marqués —respondió y, antes de continuar, ensanchó su sonrisa—. Y además vengo a ver a Abby.

—Lady Abby —le corrigió el duque con acritud.

—Eso he dicho, ¿no?

El duque vio la burla en sus ojos. Se acopló el sombrero con fuerza y montó en su carruaje.

Boston se dio la vuelta y se carcajeó. «¡Qué raros son los ingleses!», pensó.

Después de una reunión bastante satisfactoria con el marqués, Boston se encontraba junto a Abby en la sala amarilla: una habitación amplia, con ventanales gigantes, mobiliario de gran calidad y cortinas a juego del mismo color amarillo pálido que las empapeladas paredes. Una chimenea gigante en invierno caldeaba la estancia, convirtiéndola en una de las salas favoritas de las gemelas.

Ambos estaban sentados en el mismo sofá. Enfrente de ellos, una dicharachera Sophie los observaba, sentada en una de las seis butacas aterciopeladas de color marfil, respaldo largo y brazos anchos, que presidían el centro de la sala. La joven aguantaba la risa.

Llevaban una hora allí y Abby no había parado de recriminar al señor Boston. Se compadeció de su gemela; iba a necesitar mucha paciencia porque el americano en las lides protocolarias estaba muy perdido. Y lo más gracioso era verlos juntos, no sabía decir quién de los dos era más testarudo.

—Señor Boston, créame —se pronunció Abby—, acabaré convirtiéndole en un auténtico caballero.

El americano se inclinó hacia ella, acercándose más de lo que se consideraría respetable.

—Abby. —Al ver la expresión de desacuerdo en la joven, inmediatamente rectificó—: Lady Abby, os equivocáis. Yo ya soy un auténtico caballero.

A Abby le hizo gracia la respuesta y sonrió con ternura.

—Me temo que en Inglaterra el concepto de caballero es distinto.

Él asintió y respondió a la sonrisa con una idéntica.

—Ese es el problema —pronunció con burla, ya que la joven había insistido en que aprendiera bien cómo referirse a una dama—. Los ingleses son muy complicados. Se creen que por nacer en una familia perteneciente a

la nobleza o con un estatus elevado, ya son caballeros. Pero créame, mi dulce institutriz, cuando le digo que en el resto del mundo un caballero se hace con el paso del tiempo. La caballerosidad no la da un título, la consiguen los actos.

Abby se quedó pensativa. El señor Boston tenía razón, ¿cuántos nobles había oído que eran auténticos tiranos y se les consideraba caballeros? Pero como institutriz, debía enseñarle que sus costumbres eran distintas a las del resto del mundo, por lo que no expresaría en voz alta que él tenía razón.

Sophie permaneció callada, esperando la reacción de su hermana.

—Como no está en otro lugar, sino que se encuentra en nuestro Gran Imperio Británico, tendrá que aceptar que aquí un caballero nace —adujo Abby sin apartarse.

—No lo aceptaré —aseguró Boston—. Pero delante de todos los nobles de su *Gran Imperio,* fingiré creerlo.

Sophie se carcajeó, pues le fue imposible contenerse más. Lo dicho, ¡ambos eran igual de testarudos! Abby iba a necesitar mucha paciencia, y Boston, asimilar que si quería ser aceptado en los mejores círculos de Londres, tenía mucho que cambiar.

Capítulo IX

Por extraño que parezca, no todos quieren que sus hermanas sean reinas

El veinte de junio, en el palacio de Westminster, donde se reunía “La Cámara de los Lores”, había un pleno de urgencia. Esperaban a Robert Banks Jenkinson, conde de Liverpool, que como Primer Ministro, se había reunido con el regente para darle el parte de las últimas noticias recibidas desde Francia. El duque de Wellington, junto a su aliado, el ejército prusiano del mariscal de campo Gebhard von Blücher, consiguieron derrotar dos días antes a Napoleón en Waterloo. El francés se retiró, dejando en el campo de batalla a miles de muertos y heridos.

En Londres se respiraba tanta euforia como consternación tras los titulares más llamativos de los periódicos, en donde las palabras del duque de Wellington hacían alusión a los muertos y heridos:

«Al margen de una batalla perdida, no hay nada más deprimente que una batalla ganada.»

El señor Boston había acudido a su cita con el marqués de Stanford. Iban a reunirse junto a su socio, el duque de Hamilton, pero tuvo que cancelar la entrevista para acudir al Parlamento. Por ello, el americano estaba en la sala de baile acompañado por las hijas del marqués.

—Haremos un receso —informó Abby al ver que el señor Boston estaba agobiado.

—No comprendo la necesidad imperiosa de saber bailar para poder integrarme en la sociedad inglesa.

Abby y Sophie sonrieron.

—Porque un caballero inglés que se precie ha recibido clases —aseguró Abby—. Lo crea o no, las invitaciones a los bailes le concederán el privilegio de codearse con los más altos cargos de la alta sociedad.

—¿Para bailar? —preguntó con ironía.

—¡Entre otras cosas! —se ofendió Abby porque se burlara de ella—. Tenga en cuenta que mientras las mujeres se divierten en las fiestas, los hombres se reúnen y pueden tratar sobre sus temas.

—¿Qué temas, milady? —se volvió a mofar.

—Ah, no lo sé, señor Boston, a las mujeres no nos dejan participar en esas

reuniones.

Boston soltó una carcajada. Esa muchacha era un encanto. En el mes que llevaba instruyéndole había empatizado tanto con ella, que podría decir que leía sus pensamientos. Y era tan divertido poder enfadarla. Tenía algo especial su institutriz cuando se molestaba.

Dobló el brazo con elegancia, una invitación educada para que ella lo acompañara.

Abby hizo una pequeña reverencia con la cabeza mostrando su conformidad y a la vez su alegría por el avance que mostraba el señor Boston. Sus modales habían mejorado con respecto al primer día.

Caminaron hasta un diván que había al otro lado de la sala.

Sophie se levantó del piano, pues ella era la que tocaba mientras el señor Boston y Abby bailaban, y se acercó hasta ellos.

Había sido una suerte para Abby que su gemela fuese una erudita de ese instrumento.

—Hoy hace una buena tarde, he pedido que nos sirvan el té en el jardín.

—Una excelente idea —reconoció Abby.

—¿Significa eso que ya no danzaremos más por hoy? —preguntó el hombre ilusionado.

Sophie asintió con la cabeza.

—Pero mañana volveremos a practicar —le informó Abby.

—Déjeme soñar con lo contrario —replicó el señor Boston.

Abby y Sophie se carcajearon, ¡era tan divertido el americano!

Volvió a ofrecer sus brazos, en esta ocasión a ambas jóvenes, y lo acompañaron hasta el jardín.

Tomaron asiento alrededor de una mesa que ya estaba dispuesta para tomar el té.

—Cuando le escriba a mi hermana que estoy aprendiendo a bailar… —Hizo un gesto cómico—. Pensará que me he trastornado.

—¿Tiene una hermana? —se interesó Sophie.

—Sí, tengo un hermano y una hermana; toda una dama aunque no sea inglesa —bromeó, levantando las cejas en dirección a Abby.

—Estoy convencida de ello —respondió con una ligera sonrisa—. Y

dígame, ¿qué edad tiene su hermana?

—¿No me dijo que era de mal gusto preguntar la edad a una dama?

Abby puso los ojos en blanco, ese hombre podía con ella.

Sophie, como siempre, se mantenía un poco al margen aguantando la risa.

—Sí, eso dije.

—Entonces no debería preguntarlo.

Boston estaba encantado, su estancia en Londres estaba siendo más fructuosa de lo que esperaba. Y pasar las horas con las gemelas Allende era un regalo del cielo.

¡Cuánto las iba a echar de menos!

—Boston…

—¿Abby?

Sophie se disculpó, necesitaba ir al excusado; una lástima tener que alejarse cuando sus acompañantes iban a discutir una vez más. Así terminaban todos los días, él haciendo rabiar a su gemela y ella cayendo en la trampa.

La condesa clavó su mirada más gélida en él, inclinándose hacia adelante, y el señor Boston aceptó el reto, pues la imitó, quedándose sus rostros muy cerca.

—¿Cree que no me he dado cuenta de lo que hace?

—¿Y eso es?

—Utiliza mis propias palabras para desacreditarme.

Un par de ojos contemplaban la escena desde la distancia. La marquesa de Stanford pocas veces se inmiscuía en las clases que impartía su hija; Sophie era su gran aliada, pues le contaba al final del día todo cuanto había sucedido, con diversión.

Pero ese acercamiento no era apropiado, por lo que decidió por una vez, acompañar a sus hijas junto al invitado.

Soltó la cortina que sujetaba para mirar tras el ventanal, y salió de la biblioteca para dirigirse al jardín.

—Está bien, por una vez y sin que sirva de precedente, cederé —dijo el señor Boston con una sonrisa ladeada—. Tiene tres años menos que tú.

—¿De veras? —se sorprendió—. ¿Y la presentará en sociedad?

Boston se echó hacia atrás y soltó una carcajada.

—No.

—¿No le gustaría que se convirtiera en una debutante?

Negó con la cabeza.

Abby entrecerró los ojos, ¿por qué tanta negatividad? Estaba a punto de indagar cuando su madre hizo acto de presencia.

El señor Boston se puso en pie, como buen caballero.

—¿Milady? Es un placer que nos honre con su presencia.

Olivia miró a su hija con satisfacción, no se podía negar que el hombre que estaba frente a ella había mejorado mucho su cortesía.

—Gracias, señor Boston —respondió—. El placer es nuestro de que se una a nosotras. Por favor, continúen.

El hombre, antes de tomar de nuevo asiento, arrastró con galantería la silla en la que la marquesa iba a descansar. Luego se retiró y tomó de nuevo asiento. Nada más hacerlo, se puso de nuevo en pie al aparecer Sophie.

Una vez estuvieron los cuatro reunidos, Abby rompió el silencio:

—Le comentaba al señor Boston si no le gustaría que su hermana debutara cuando cumpla la edad apropiada.

—Ah… ¿Está interesado en buscarle un pretendiente inglés a su hermana? —cuestionó la marquesa.

Boston agrandó los ojos.

—¡No! —se expresó con celeridad—. Discúlpeme, milady, pero no desearía para mi hermana un caballero inglés.

Las tres mujeres se miraron.

—¿Y eso por qué? Si debutara ante la corte podría incluso llegar a ser reina —cuestionó Abby, que era la que tenía más confianza con él. Además, le resultaba divertido imaginarse a Boston emparentado con la realeza.

Al ver el desconcierto en las tres mujeres, a Boston le entró la risa, pero intentó ocultarla. Un gesto vano, pues sus ojos hablaban y vieron en ellos la chanza.

—Mi querida institutriz… —La marquesa sonrió con disimulo, el tono utilizado era afectivo y burlón—. Ya sé que está obcecada al pensar que en Inglaterra sus nobles son muy caballerosos, pero no permitiría que mi

hermana se desposara con un rey. Créame, no me gustaría que acabase decapitada —declaró, haciendo alusión a Ana Bolena, la esposa de Enrique VIII.

Abby y Sophie agrandaron los ojos, sincronizadas, y se ruborizaron.

La marquesa, por el contrario, sintió un gran afecto por Boston.

Él sonrió satisfecho, una vez más ganaba la batalla a su institutriz.

Sophie le dio un toque con el codo a su madre para que mirase a Abby, sabía de sobra que no estaba dispuesta a que él tuviese la última palabra. Así, su madre comprobaría en primera persona lo testarudos que eran los dos, como le solía contar por las noches antes de acostarse.

—Ah… Veo que siempre se queda con los datos negativos —repuso Abby —. Debería pensarlo mejor porque, a pesar de todo, el triunfo sería que su sobrina acabaría siendo reina —dijo aludiendo a Isabel I—. Imagínese —guaseó—. Un americano siendo el tío de la reina de Inglaterra. ¿No sería el mayor logro de su vida?

Ahora, quien se quedó perplejo fue Boston. «¡Eres lista, pequeña!», pensó.

El mayordomo interrumpió, una amiga de la marquesa reclamaba su presencia.

—Acompáñela a la sala verde —ordenó la marquesa, pues desde allí no se veía el jardín trasero. Así sus hijas podrían continuar con las clases del señor Boston sin que nadie las interrumpiera y, lo más importante, sin ser descubiertos.

Media hora más tarde, retiraron los sirvientes el té y las pastas.

Abby, como buena institutriz, continuó con la enseñanza. Pasaron casi una hora, en la que Sophie optó por leer un libro mientras aprovechaba los últimos rayos de sol.

—La jerarquía es lo más importante —aseguró Abby—. Voy a intentar resumirla en ascendente para que le sea más fácil de memorizar.

Boston asintió y prestó atención.

—Está el baronet, el barón, el vizconde, el conde, el marqués, el duque, el príncipe y el rey.

—Excluyendo al príncipe y al rey, pues dudo que vaya a tener trato con alguno de ellos… —comentó Boston—. ¿Al resto los debo tratar por igual?

A Abby le gustó que él se tomase el aprendizaje con interés.

—Bueno, excepto al duque y al baronet, se referirá a todos ellos como *lord* —aclaró—. Por ejemplo, cuando trate con mi padre, se dirigirá a él como lord Stanford o marqués de Stanford. Y si tiene confianza, incluso lord Phillip.

—¿Y al baronet?

—Se referirá a ellos como *sir* —respondió, y antes de que él preguntara de nuevo, aclaró—: El título de baronet en realidad es más bien por cortesía, por lo que no se les llega a considerar auténticos aristócratas.

Boston asintió.

—En el caso de las damas, ya lo comentamos con anterioridad, ¿cierto?

—Sí, milady —bromeó.

Abby le devolvió la sonrisa.

—De acuerdo, continuemos. Cuando le presenten a un duque, su trato será el de *Su Excelencia*. O, su excelencia el duque de… O el duque de…

—¿Por qué ese trato distinto al resto?

—Porque es la máxima autoridad jerárquica.

Boston se quedó pensativo, ahora entendía la reacción del duque de Hamilton.

Sonrió y miró a Abby con esa mirada burlona y petulante.

Abby levantó las cejas, sabía que iba a mofarse de ella… una vez más.

—Dime, Abby, ¿cuando hablas con *tu duque* te diriges a él como *Su Excelencia*? —preguntó curioso y, además, volvió a tutearla.

Sophie levantó la cabeza y cerró el libro al escuchar la pregunta.

Abby hizo un gesto de incomprensión.

—¿Mi duque?

—Sí, el rubio que nos presentó.

La condesa de Aberdeen se sonrojó de inmediato.

Sophie se mordió el labio a la espera de la respuesta de su hermana.

Boston se felicitó por haber dado en el blanco. «Qué bonita te pones cuando te sonrojas».

—El duque de Hamilton —le corrigió Abby, solemne—. No puede llamarle rubio, eso es… es…

—Es la verdad, ¿acaso no es rubio?

—Sí, lo es. Pero no es apropiado hablar de él en esos términos —recriminó Abby a Boston—. Y no me tutee, acordamos que para acostumbrarse al trato oportuno con las damas, practicaría conmigo.

—Tiene razón, milady —reconoció—. Aunque es muy interesante.

—¿El qué?

—No ha negado en ningún momento que Hamilton sea *su duque*.

Sophie se carcajeó.

Desde luego, Boston sabía cómo irritar a su hermana. Y lo más sorprendente, cómo leer su mente.

Capítulo X

Si a un duque quieres engañar, no dejes cabos sueltos al azar

La vizcondesa Armony estaba nerviosa. Había organizado un fin de semana en sus tierras de Bath, donde residía la familia en su temporada estival. Una casa que, si no cambiaba la situación, acabaría perdiendo.

Muchos nobles habían perdido grandes cantidades de dinero en la guerra. Inglaterra no estaba pasando por un gran momento, o más bien parte de la nobleza, pues por el contrario, muchos hombres visionarios habían visto crecer su patrimonio. Era la cara oscura de la batalla: unos ganaban mucho y otros lo perdían todo.

El dispendio de la fiesta apenas podía costearlo, pero como cualquier noble desesperado por cazar un duque para su hija, estaba resuelto.

Miraba por la ventana de la cámara de su hija a sus invitados, ya habían llegado prácticamente todos.

Al ver al duque de Hamilton sonrió satisfecha. Tenía esperanzas, pues el duque hasta la fecha no había aceptado ninguna invitación por parte de otras anfitrionas, y eso que lo habían intentado diversas madres de debutantes desde que el duque cumplió los dieciocho años.

La doncella se retiró al ver que la vizcondesa le hacía un gesto para dejarlas a solas.

—Jezabel, espero que sepas aprovechar esta oportunidad —aconsejó a su hija—. La condesa de Sunsett y yo nos hemos tomado muchas molestias para que nada salga mal. Su hijo, el vizconde, será el acompañante de la *condesa calzones* —se mofó y las dos rieron—. Y el duque, por descontado, será tu acompañante.

Jezabel, con un vestido de diario veraniego, rosa, que ensalzaba su cabello negro, se miró en el espejo; a través de él dirigió su mirada a la vizcondesa.

—Madre, lord Sunsett es un buen hombre —reconoció—. Tenemos una buena amistad desde que éramos pequeños —informó como si su madre no lo supiese—. Sé que está interesado en cortejarme.

—Sería un buen candidato si su padre no estuviese buscando una gran dote —respondió la vizcondesa—. Yo también aprecio a Arthur —confesó la mujer, mirando con cariño a su hija. Era cierto, lo conocía desde pequeño, sabía que no era un mal hombre.

—Su padre es el que está buscando esa dote, pero Arthur me aseguró que él no la necesita —argumentó, para convencer a su madre—. Posee ciertas tierras que ganó al conde de Linnon en una partida de cartas, además de una gran cantidad de dinero.

La vizcondesa se acercó lentamente y posó sus manos en los hombros de su hija desde atrás.

—No es suficiente —sentenció—. Tu padre necesita que te desposes con el duque.

Jezabel iba a protestar pero su madre levantó un brazo para detenerla.

—No hay nada más que hablar, Jezabel —pronunció con autoridad—. Haz lo que tengas que hacer hoy, porque mañana tu padre espera con ansias que el duque pida tu mano… O por lo menos, su propuesta para cortejarte.

En los jardines de la entrada principal se congregaban los invitados de la vizcondesa Armony: El duque de Hamilton, el conde de Stanton, el vizconde Sunsett, el vizconde Urrea y el barón Holkan.

Frente a ellos: Jezabel, Sophie, la condesa de Aberdeen, Elizabeth Graig y Rose Graig, hijas de los marqueses de Breigton.

La anfitriona, junto a su amiga, la condesa de Caraban, madre del vizconde Sunsett, estaba a punto de entregar unas papeletas a los hombres. Los jóvenes iban a pasar la mañana a la caza del tesoro por parejas. Por descontado, sabía muy bien a quién darle las dos tarjetas que a buen recaudo tenía para que nada saliese mal. Su hija pasaría la mañana junto al duque y Arthur lo haría junto a la condesa de Aberdeen.

En cuanto los caballeros tuvieron sus papeletas, caminaron hacia las damas. A ellas les entregarían las primeras pistas del tesoro.

El vizconde Sunsett no pudo esperar, desdobló el papel y vio la inscripción de Lady Aberdeen. Soltó un suspiro de derrota que llamó la atención al duque.

Hamilton miró de soslayo la nota y apretó los dientes con fuerza. ¿Qué hacía él en ese lugar? No era un hombre propenso a aceptar invitaciones. Se maldijo en su interior por haberlo hecho.

Había accedido porque era hora de empezar a codearse con la sociedad. Sí, era por eso.

«Mentiroso», pensó.

Miró al frente, buscando a alguien. Al verla se tensó.

«Has venido por Abby», se dijo.

El vizconde imaginó que su madre y la de Jezabel habían conspirado juntas. Miró a su alrededor y se fijó en el duque; lo odió.

Se dio la vuelta con premura para alejarse de allí, ya buscaría una excusa. Con su ímpetu golpeó al duque, y a ambos les cayeron las papeletas.

El duque se agachó con mayor celeridad que el vizconde y vio ante él la oportunidad de cambiar su humor.

Recogió los papeles doblados y le entregó al vizconde el que le pertenecía.

—De acuerdo —se pronunció la vizcondesa Armony con alegría—. Ahora nos dirán los caballeros con quién van a buscar el tesoro.

Abby estaba muy nerviosa, la sola idea de tener que acompañar al vizconde Urrea, después de su encuentro en el entierro del duque de Whellingtton, le provocaba nauseas. Él lo sabía. Por ello, cada dos por tres la miraba con una sonrisa petulante y su natural arrogancia.

—¿Urrea? —preguntó la condesa de Caraban.

El joven desdobló el papel.

—Soy muy afortunado —halagó—. Mi acompañante es la bella lady Rose.

La joven se sonrojó y se acercó hasta él.

Abby respiró tranquila.

—¿Sunsett? —continuó la condesa.

El joven, con desgana, iba a pronunciar el nombre de Lady Aberdeen, pero al desdoblar de nuevo el papel sus ojos se iluminaron.

—El gran afortunado soy yo, es un honor acompañar a lady Jezabel.

—¿Qué? —preguntó alarmada la madre de la susodicha.

Los marqueses de Stanford y los de Breigton la miraron.

—¿Estás seguro, Arthur? —indagó la madre del vizconde.

Él levantó la hoja y sonrió.

Las dos mujeres se miraron, ¿cómo había podido salir mal? Delante de sus invitados no podían hacer nada para cambiarlo.

—¿Duque de Hamilton? —preguntó con inquietud, ya daba lo mismo.

Pero Elizabeth era una joven hermosa que también aspiraba a un duque.

—Lady Aberdeen, ¿es tan amable de acompañarme? —pronunció el duque, ofreciendo su brazo.

Abby asintió y sonrió al salir a su encuentro.

Mientras continuaban las damas emparejando a los jóvenes, la madre de Abby se acercó a su esposo. Este se inclinó para escuchar lo que su esposa quería comentarle.

—Me ha parecido ver que a la vizcondesa Armony le salía humo por la nariz.

El marqués sonrió, comprendía a su esposa. No eran ciegos, estaban deseando que el duque se comprometiera con Jezabel.

—Bien, pues que empiece la caza del tesoro —avisó la vizcondesa de mal humor.

Las parejas desdoblaron sus pistas y cada uno tomó un camino distinto.

Abby leyó en voz alta:

—Si nieva y no te quieres congelar, entra y te calentarás.

Los dos se miraron y se quedaron pensativos.

—El refugio —dijeron a la vez.

Se sonrieron por haber respondido lo mismo.

«¿Hamilton ha sonreído? Es la sonrisa más hermosa que he visto en mi vida», pensó la joven.

Abby hizo un gesto extraño.

—¿Sucede algo, milady?

—Ummm… No sé, Excelencia —dudó—. El refugio está bastante alejado de aquí. ¿Cree que la vizcondesa ha ido tan lejos para dejar una pista nueva?

Hamilton lo meditó durante unos segundos. Abby tenía razón, era un paseo largo. Claro que, la vizcondesa pretendía que esa caminata la diese junto a su hija…

—Sí, estoy convencido de ello —aseguró—. ¿Lo comprobamos?

Abby se encogió de hombros y el duque sintió que ese gesto tan suyo lo excitaba. Apartó la mirada, era mejor no pensar en ello cuando iba a pasar junto a la joven toda la mañana… a solas.

A pesar de no querer mirarla, no pudo evitar fijarse en ella. Estaba tan

bonita con ese vestido amarillo a juego con su cabello… Y ese sombrerito de paja con dos cintas blancas que llevaba sueltas, rozando sus sensibles hombros… Sí, definitivamente no debía mirarla porque esa muchacha tenía algo especial que le atraía en demasía, y no quería verse atrapado por ella.

Caminaron en silencio la mitad del camino.

Abby se preguntaba si había hecho algo mal porque el duque parecía evitarla.

Hamilton elucubraba sin parar. Necesitaba escuchar la voz de la joven, pero de hacerlo estaría perdido ya que se estaba convirtiendo en una adicción.

Miró de soslayo y vio que Abby tenía la frente perlada en sudor, sacó su impoluto pañuelo del bolsillo y se lo entregó.

Abby se lo agradeció con una sonrisa que fue toda una tentación para el duque.

«Deja de mirarla o cometerás el mayor error de tu vida», pensó.

Estaba convencido de que si se dejaba llevar, acabaría besando a la condesa porque era lo que más deseaba desde que la conoció.

Luego pensó en su madre. Era el mejor remedio para ahuyentar sus deseos. Abby era muy parecida: espontánea, atrevida, sin miedo, aventurera… Sí, eso era lo que él debía evitar. Su padre se lo advirtió millones de veces: «Nunca elijas a una mujer que no puedas dominar, porque a la larga te abandonará».

Volvió a mirarla.

«Definitivamente no podrías dominarla», se convenció.

Abby sabía que no debía preguntar, lo mejor era mantenerse callada, pero era difícil caminar junto al duque sin saber por qué él parecía irritado con ella.

Dejó de mover los pies y se giró para mirar al duque de Hamilton.

—¿He dicho o hecho algo inconveniente?

El duque levantó las cejas pero no respondió.

—Puede que hubiese preferido la compañía de lady Jezabel —dijo Abby con pesar—. Pero la suerte no ha estado de su parte.

—¿Qué le hace pensar que hubiese preferido su compañía?

—Usted.

—¿Yo?

—Desde que emprendimos el camino me ha ignorado —adujo, molesta porque él no le prestase atención—. Ni siquiera parece mostrar interés en mantener una conversación.

—¿Eso cree?

—Es lo que demuestra, Excelencia.

Él la observó durante un buen rato, recreándose en esas facciones tan marcadas que Abby mostraba cuando se enfadaba.

«Cada vez más perfecta», no pudo evitar pensar.

Se llevó las manos a la espalda y enlazó los dedos.

—Bien, milady, ¿de qué queréis hablar?

Abby soltó un bufido en señal de protesta.

—No. No hagáis eso, os lo suplico —rogó—. Prefiero que mantengáis silencio antes de pedirme algo que no deseáis.

Hamilton se miró los pies, no sabía muy bien qué decir.

«El problema es que os deseo a vos».

Abby emprendió el camino y se amonestó interiormente por haber abierto la boca: «Perfecto, Abby, como siempre, tenías que fastidiarla».

Aún no había dado dos pasos, cuando la voz de Hamilton a su espalda la detuvo.

—Soy un hombre parco en palabras —confesó—. No acostumbro a mantener conversaciones con damas —se sinceró como pudo, para no dejar al descubierto su temor—. Vuestra compañía era la única que me interesaba.

Abby se volteó con lentitud, analizando sus palabras.

—Lo lamento, Excelencia —se disculpó—. Sé que no debí reprocharle nada, pero por desgracia… —Se quedó callada y bajó la cabeza, muy avergonzada.

El duque caminó hasta detenerse justo delante de ella, a tan solo un paso.

«Miradme, por favor, miradme con esos ojos chispeantes que tanto he extrañado durante estas últimas tres semanas», rogó interiormente.

—Por desgracia, ¿qué? —la invitó a que continuara.

La joven levantó la cabeza, con las mejillas sonrosadas.

—Soy un completo desastre —reconoció—. Cada vez que he coincidido con vos lo habéis podido comprobar. Desearía poder cambiar, actuar como se espera de una dama bien educada. Borraría tantas cosas que he hecho, o más bien, que he dicho, que de poder hacerlo estoy segura de que tendría que volver a nacer, porque son tantas…

Hamilton se sorprendió, ella no debía cambiar nada, su espontaneidad era su mayor encanto.

—No deberíais desear tal cosa —dijo con seriedad—. De hacerlo, no habría nada que os distinguiera de cualquier otra dama.

—¿Y de qué me sirve ser distinta?

—Para que yo solo desee encontrar el tesoro con vos.

Abby se sorprendió. Él le ofreció de nuevo su brazo.

—¿Sabéis, milady? Si hubiese tenido que compartir estos momentos con lady Jezabel, es posible que ya me hubiese marchado a casa.

La condesa ladeó la cabeza para mirarlo mientras paseaban.

—¿Por qué?

Hamilton sonrió de medio lado.

—Está deseando cazar al *duque de hielo*.

Abby se tensó, él la miró y ella suavizó su gesto.

—Ah, yo también me hubiese marchado de tener que acompañar a lord Sunsett —reconoció—. Ya sabéis, quiere la dote de la *condesa calzones*.

Sincronizados, se carcajearon.

«¡Dios, por qué tenéis que ser tan perfecta!»

Prosiguieron su camino entre risas.

—¿Sabéis, Excelencia? Creo que soy una persona muy afortunada.

—¿Por?

—Os he visto reír, ¿creéis que hay mucha gente que lo haya comprobado?

—Eso es porque los demás no son tan divertidos como usted, milady —respondió sonriente—. Ese mérito es solo vuestro.

Capítulo XI

Abby miraba al duque y no podía parar de reír.

—¿Os hace gracia? —la increpó, al sentirse ridículo.

—Es que… Perdonadme, Excelencia. —Le costaba hablar por la risa—. Jamás pensé que un duque se convirtiera en un deshollinador.

Hamilton utilizó su mirada más gélida. Bastante vergonzoso era haber caído en la gigante chimenea, que por lo visto llevaba años sin limpiar, como para encima tener que sentirse el bufón de la condesa.

Ese viejo refugio llevaba estaciones inutilizado. Las mesas rotas, las sillas tiradas en el suelo y la gran chimenea medio derruida, confirmaba que desde hacía años no había pasado ninguna persona por allí.

—Pues usted también se ha manchado la cara —la informó.

Abby se encogió de hombros y Hamilton se quedó paralizado.

Cada vez que ella hacía ese mohín, inconscientemente su rostro se dulcificaba, provocando una oleada de atracción en el duque.

«Dadme fuerzas para no besarla», rogó interiormente.

La condesa, al notar la rigidez de Hamilton, pensó que él estaba realmente enfadado con ella. Se avergonzó. Intentó no reírse, pues en parte había sido culpa de ella. Si no se hubiese asustado al ver una rata gigante, no habría brincado hacia atrás, arrastrando al duque hasta la chimenea y provocando su caída.

¿Por qué todo le salía mal? Justo cuando parecía que el duque estaba disfrutando de su compañía, va y lo tira, manchándolo de hollín.

—Lo lamento —se disculpó—. No era mi intención.

—No os disculpéis, lo hecho, hecho está —comentó sin dar mayor importancia. No le gustaba que ella perdiera la sonrisa.

«Deberías alegrarte, esa sonrisa se está convirtiendo en tu perdición».

Abby se mordió los labios; le habría encantado decirle al duque que incluso mancillado por completo, seguía siendo el hombre más guapo de Escocia. Aunque para ella, lo era del mundo entero.

—¿Qué sucede? —indagó Hamilton.

Ella negó con la cabeza y se dio media vuelta para salir al exterior, pero él,

en un acto reflejo involuntario, alargó su mano y la sujetó del brazo.

Abby se tensó tanto como él, pues ninguno llevaba guantes. El calor que emanaba la mano del duque penetró por los poros de su piel.

Niall sintió como si un relámpago lo hubiese alcanzado, fue una sensación demoledora; su piel era más suave de lo que había imaginado.

La condesa ladeó medio cuerpo y él fue incapaz de soltarla.

Al ver que uno de los rizos del duque se le había quedado pegado a la frente, Abby, atraída y hechizada por el momento, alargó su mano para retirárselo.

Hamilton tragó saliva.

—¿En qué pensabais, milady? —preguntó casi en un susurro.

—Que incluso moreno sois un hombre muy apuesto.

La confesión fue turbadora para los dos.

Sus miradas no se separaron durante unos segundos eternos.

La respuesta del duque fue sonreír con plenitud, una mueca que perturbó el poco juicio que le quedaba a Abby cuando estaba cerca de él.

—Deberíais sonreír con asiduidad —comentó fascinada—. Sois capaz de iluminar cualquier estancia.

El duque levantó las cejas y soltó a la muchacha, ¿no debería ser él quién pronunciara esas palabras? ¿Acaso había leído su mente?

Abby se llevó las manos a la cara.

«¡¿Cómo se te ocurre decir eso?!», se recriminó.

Al bajar las manos, se rompió la magia del momento y la risa del duque embriagó el refugio abandonado, destartalado y sucio. Ella pensó que se burlaba de su frase, quiso morirse por la vergüenza y la humillación.

—Os habéis manchado el rostro —declaró el duque con celeridad, para que no pensara que se mofaba de sus palabras.

Abby se miró las manos, las tenía manchadas de hollín por haber ayudado al duque a levantarse. Agradeció en silencio que el negro tinte cubriera sus mejillas encarnadas.

Se encogió de hombros y el duque no lo soportó. La sujetó por los hombros y pegó su frente a la de ella.

—Lady Abby, no gesticuléis más o conseguiréis que cometa una locura —

musitó, enardecido por lo que la condesa provocaba en él.

La joven vibró, se sentía… enamorada.

—Vos no sois persona capaz de cometer fechoría alguna —susurró con los ojos cerrados, pues tenía la boca del duque muy cerca, tanto que casi se rozaban.

—Solo cuando os tengo cerca —confesó.

Abby sintió que el corazón se le aceleraba.

«Me va a besar», más que un pensamiento, fue un ruego silencioso.

El duque también respiraba agitado, aunque intentaba mantener la calma. Sabía que no podría controlar más su deseo por Abby, pero cuando sus labios estaban preparados para besarla, la imagen de su madre saliendo de su castillo sin mirar atrás le hizo reaccionar.

Separó su frente, se agachó y la tomó en brazos.

Abby abrió los ojos sorprendida. Él sonrió de medio lado.

—Veréis como sí soy capaz de cometer una locura —pronunció sin apartar la mirada de ella. Y sin previo aviso, la llevó hasta la gigantesca chimenea que un día debió de ser la salvación de muchos peregrinos y la depositó allí con mimo para no lastimarla.

—¡Noooo! —gritó Abby risueña.

El duque se apartó y la imitó, encogiéndose de hombros y dando gracias en su interior por haber tenido la contención suficiente para apartarse de la única mujer que podría destrozarle la vida.

Al intentar salir de la chimenea, se le enredó el vestido y rodó, quedando totalmente cubierta de hollín como el duque. Este se apiadó de ella y la ayudó a levantarse.

Se miraron.

—¿Creéis que me ahorcarán o decapitarán? —preguntó la condesa.

El duque entendió sus palabras; conociendo a la vizcondesa Armony, haría responsable a Abby del desaguisado de ambos.

—Si os soy sincero —bromeó—, opto más por la decapitación. Morena se os ve muy hermosa —la halagó—. Seríais un buen reclamo para cualquier entendido en arte.

Abby pestañeó varias veces, preguntándose: «¿Ha dicho hermosa?».

—Ah, en ese caso, oblígueles a que me expongan en *The British Museum*.
—Si esa es vuestra última voluntad, personalmente me encargaré de ello.
Se miraron por un segundo y estallaron en carcajadas.

Capítulo XII

Hay damas con espontaneidad y otras con maldad

El duque de Hamilton estaba recostado en la bañera, con una sonrisa perpetua en la cara. Cada vez que pensaba en su paseo con la condesa, no podía más que sonreír.

Al recordar los semblantes de la vizcondesa Armony y de la marquesa de Stanford al ver a su hija, soltó una carcajada.

El ayuda de cámara se sorprendió, ¿había escuchado a su señor reírse con anterioridad? No, estaba convencido de que era la primera vez.

Dejó la ropa encima de la cama y salió de la cámara, concediéndole la privacidad que el duque deseaba.

Hamilton se quedó pensativo, ¿cuándo fue la última vez que se había divertido tanto? Y lo más importante, ¿cuándo se había sentido tan liberado y gracioso? Era *el duque de hielo*; sin embargo, había conseguido hacer reír a lady Abby.

Su sonrisa se amplió de nuevo, era una sensación tan extraña como gratificante; quería hacerla reír de nuevo.

***

La condesa de Aberdeen también disfrutaba de un baño, solo que ella no se encontraba sola; su hermana Sophie estaba recostada en un diván de estampado floral, mirándola.

—¡Ay, Abby! Ha sido tan divertido —se mofó.

—Cállate —amonestó a su gemela.

—Es que veros aparecer, caminando con elegancia y llenos de mugre… —Estalló en risas—. ¡Tenías que haber visto la cara de mamá! Pensé que arderían en llamas sus mejillas.

Abby cerró los ojos.

—Y al vizconde Armony por poco se le salen los ojos. —Bufó, imitando al lord—. Llevaba más de una hora nervioso, instigando a todos para ir a buscaros.

—¿Qué? —preguntó Abby, alarmada—. ¿Por qué?

—Tardabais mucho en regresar —respondió su hermana. Se incorporó y se inclinó para bajar la voz y que nadie más las escuchara—. Está casi arruinado, necesita que Jezabel se case con el duque.

Abby no dijo nada, ella mejor que nadie lo sabía.

—Vuestra tardanza podría deberse a… —Dejó en el aire la frase.

—¿A qué?

—Ya sabes —Movió las cejas.

—No, no sé.

Sophie se acercó más.

—Un hombre y una mujer a solas…

Abby abrió los ojos.

—¡Sophie! —se ofendió—. El duque es un caballero.

La pequeña de las gemelas Allende se carcajeó.

—Y esa ha sido tu suerte —dijo sonriente—. Porque al vizconde le hubiese encantado salir a vuestro encuentro con una escopeta.

—Si hubiese matado al duque no le serviría de nada…

—No, el tiro te lo hubieses llevado tú —se mofó.

Abby achicó agua para mojar a su hermana.

—¡Abby! —le recriminó.

—Déjame sola, quiero disfrutar de mi baño.

Sophie se puso en pie.

—Por cierto, papá se enfadó mucho con la vizcondesa —aseguró—. No entendía cómo había sido capaz de dejar una pista de la caza del tesoro en el antiguo refugio. ¡Casi salís de la comarca!

Abby se encogió de hombros. La verdad es que ella tampoco lo entendía, pero había merecido la pena haber podido pasar tanto tiempo junto a Niall.

En la cena, Abby se sintió molesta; la vizcondesa se había asegurado de mantenerla alejada del duque. Sus dos acompañantes a la mesa eran el vizconde Urrea y el vizconde Sunsett.

—Es una lástima que el tiempo no nos acompañe —rompió el silencio Sunsett.

Abby asintió. Tenía razón, una tormenta de verano muy típica por esas tierras había echado a perder el festejo organizado por la vizcondesa en el jardín. A pesar de haber amainado, la noche era muy gélida.

El vizconde Urrea, cada dos por tres intentaba incomodar a Abby, aunque ella permaneció estoica y no respondió a ninguna de sus afrentas.

El duque, por más que en su interior se amonestaba por pensar en Abby, su mirada acababa traicionándolo. Estuvo toda la cena buscándola con los ojos.

En varias ocasiones sus miradas coincidieron y, Abby, a pesar de querer disimular, acababa regalándole una sonrisa.

El duque odió la etiqueta que exigía al hombre de mayor rango social compartir asiento en la mesa junto a la anfitriona. Por un segundo estuvo tentado de pedirle a la vizcondesa que su acompañante fuese lady Aberdeen, pero eso hubiese supuesto un agravio hacia ella y habría tomado represalias contra Abby.

Una vez terminada la cena, los invitados pasaron a la sala principal. Excepto el marqués de Stanford, el marqués de Breigton, el conde de Carabal, y el anfitrión, el vizconde Armony, que se reunieron en una sala dispuesta para los hombres, donde podían fumar sus puros, beber buen brandy y charlar.

Abby mantenía una conversación extendida junto al lord Stanton, Rose y su hermana, sobre literatura.

—Vaya, no me diga, milady, que está buscando a Romeo —insinuó el vizconde Urrea, aludiendo a la novela de Shakspere[3]—. Ya os imagino, tal Julieta esperando en el balcón.

Abby miró a su hermana y esta le pidió calma con la mirada. Era absurdo el comentario de Urrea, pues ella estaba asegurando que su obra favorita era *The Tragedy of Macbeth*, no *Romeo y Julieta*.

El vizconde se molestó porque Abby no fuese capaz de girarse para mirarlo, por lo que decidió continuar:

—¿Cree que algún día encontrará a su Romeo?

El tono de voz utilizado molestó en demasía a Abby, por lo que su contención desapareció. Se dio la vuelta y se encaró a Urrea bajando la mirada, pues él medía un palmo menos que ella.

—¿Acaso usted se considera Romeo?

—¿Por qué no? Igual usted es mi Julieta —ironizó.

—Ah, eso lo explica todo —habló ella con despreocupación.

Sophie negó con la cabeza, la entonación utilizada por Abby dejaba a las claras que iba a decir lo que pensaba, y eso, viniendo de su gemela, podía ser cualquier cosa.

—¿Qué explica, milady?

—Su petulancia, milord —sentenció.

El sonido gutural de la risa ahogada del conde de Stanton enfureció a Urrea.

Abby continuó, ya estaba cansada del vizconde y de sus insinuaciones durante toda la velada.

—No dice mucho a su favor que se considere Romeo, pues el engreimiento del personaje era tan notable como su falta de palabra.

—Me temo que no entendió la novela —adujo Urrea—, pues el personaje de Romeo era un hombre…

—Comprendo que por tratarse de una obra tan compleja —lo interrumpió ella—, no haya captado la semántica de los personajes. Pero dudo que una mujer intelectual desease desposarse con alguien como Romeo.

—¿Y usted se considera esa mujer? —inquirió con desprecio.

—Sí —aseguró, asqueada del comportamiento del vizconde—. Espero de mi futuro esposo un hombre de honor.

—Me temo, milady, que por ser una mujer no comprendió la obra, pues no hay ningún personaje con mayor honorabilidad que Romeo.

Abby apretó los dientes, una vez más intentaba dejarla a ella como una lerda por ser mujer.

—Más bien era un hombre enajenado —respondió con voz firme—. Incapaz de cumplir una promesa.

—¿Le parece poco quitarse la vida por jurar amor eterno a su Julieta?

—Ahí demostró lo poco racional que era —señaló—. Suicidarse por no tener el valor suficiente para soportar el dolor, dice muy poco de él.

Rose apretó los labios.

Urrea entrecerró los ojos, estaba llamando a Romeo, entre otras cosas, cobarde. Y eso le molestaba, pues había dicho que se consideraba como él.

—¡Era un hombre de palabra! —explotó.

—Déjeme dudarlo, pues antes de jurarle amor eterno a Julieta, lo juraba

por Rosalinda. En mi humilde opinión, era un hombre trastornado necesitado de amor. Y la joven Julieta, una muchacha desesperada por salir de la estricta tiranía a la que su padre la tenía sometida. Se aferró a él para poder escapar; de haber tenido la libertad de poder elegir a su futuro esposo en un ámbito de tranquilidad, dudo que se hubiese marchado con él.

Al vizconde se le ampliaron las fosas nasales, indignado.

Abby continuó, ya era hora de retirarse de esa conversación.

—Es una suerte que estemos en 1815, milord, y que mi padre, gracias a mi estatus, me conceda esa libertad de decidir —añadió, sabiendo que eso en parte era por su título, algo que a Urrea le mortificaba—. Así no tendré que desposarme con alguien como Romeo.

Connor Stanton se rio.

Sophie sonrió con timidez.

Rose apretó los labios.

Urrea se dio la vuelta y se alejó dando grandes zancadas.

Abby suspiró y, al darse la vuelta, se topó con los ojos inquisitivos del duque.

—Pensaba, milady, que Romeo y Julieta era una de sus obras favoritas —indagó, pues durante el largo trayecto de vuelta desde el viejo refugio ella lo había comentado. Al igual que su gran pasión por la obra de Dante.

Abby se avergonzó y se acercó a él con disimulo, tras comprobar que sus otros acompañantes estaban distraídos en una nueva conversación.

El duque inclinó la cabeza para escuchar su confesión.

—Y lo es, pero debía bajarle a *cierto vizconde* sus ínfulas de intelectual.

El duque se irguió y la miró a los ojos.

Abby esperó una amonestación por parte de él.

—Algo me dice que esta noche *cierto vizconde* —utilizó sus palabras—, va a pasar por la biblioteca antes de retirarse a sus aposentos. Querrá repasar la novela.

Abby se rio.

La marquesa de Stanford observó desde la distancia toda la escena. Le cautivó el grado de confianza que mostraban el duque y su hija, la forma en que ella se había acercado a él y cómo el duque había reaccionado para

atender a sus palabras, de una manera tan cotidiana y confidencial, que denotaba una actitud más típica de una pareja que de dos interlocutores.

La vizcondesa Armony, que también estaba atenta a todos los movimientos del duque, presintió lo mismo, por lo que decidió actuar. Cogió del brazo a su hija y la llevó hasta donde se encontraban el duque y la condesa.

—Querida —se dirigió con falsedad a Abby—, deberíais alejaros de la chimenea. No nos gustaría que volviese a tirar al duque.

Hamilton dedicó una mirada afilada a la vizcondesa, pero ella lo ignoró.

La risita de Jezabel molestó a Abby.

—Siempre es un peligro estar cerca de usted, lady Aberdeen —pronunció, risueña, Jezabel—. El duque ya ha sufrido dos accidentes ocasionados por vos, primero en las escaleras y hoy en la chimenea. ¿Cree que podrá mantenerse alejada para que la vida del duque no corra peligro? Todavía es un hombre joven, sería una desgracia que no pudiese enamorarse antes de morir.

Abby aguantó el tipo, no quería responder.

«No respondas, compórtate por una vez como una dama bien educada», se aconsejó a sí misma.

Hamilton, por el contrario, no tenía por qué tolerar tanta estupidez.

—No tengo intención de hacer ninguna de las dos cosas: ni enamorarme ni morirme —dijo mirando directamente a Abby e ignorando a las otras dos mujeres—. Por lo tanto, no hay necesidad de que se aleje de mi lado. Al contrario, le agradecería que me honrara con su compañía lo que queda de velada, es harta interesante siempre su conversación.

Abby intentó ocultar su sonrisa pero sus ojos hablaban por sí solos, estaban risueños.

El duque la observó con detenimiento y se sintió tan agradecido como sorprendido de la complicidad que existía entre ellos dos.

La vizcondesa decidió intervenir, que él no tuviese intención de enamorarse no era un problema.

—Los matrimonios por amor son escasos a la par de complicados. Nunca salen bien —alegó—. Por ello todos los desposorios son por convención.

Abby esta vez no pensaba mantenerse callada.

—¡Todos no! —sentenció—. Mis padres son una muestra de que hay matrimonios por amor.

La vizcondesa hubiese deseado coserle la boca a Abby, pero tuvo que ceder.

—Cierto, son una excepción —continuó—. Pero el duque ya está en una edad que demanda desposarse.

Abby pestañeó, ¿qué hubiese pasado de haber sido ella quien dijese esa frase tan fuera de lugar? Seguro que las dos mujeres que estaban delante se lo habrían echado en cara.

Escucharon una voz familiar justo detrás de la vizcondesa.

—¿No le parece grosero insinuar que su invitado más loable se está haciendo mayor?

Abby sonrió, su madre había formulado la pregunta con intención de darle un toque de atención a la vizcondesa. Y sabía que lo hacía por ella, porque estaba cansada de las insinuaciones constantes hacia su persona.

—No… no… yo no he insinuado… —titubeó la aludida.

Niall y Abby se miraron de nuevo. Fue una mirada que decía mucho: se entendían sin hablar.

—Ah, pues es lo que me ha parecido. —Se regocijó la marquesa por haber dejado a esa mujer sin palabras.

—Discúlpeme, Excelencia, no era esa mi intención —se disculpó la vizcondesa ante el duque—. Lo que trato de decir es que un ducado como el suyo necesitará una continuidad; un legado a quien dejar.

Abby le hizo una mueca. «Menuda encerrona», quiso decir con ese mohín.

El duque puso los ojos en blanco como respuesta, dando a entender lo intolerable que le parecía el asunto.

Abby se rio con timidez.

Entre los dos mantuvieron tal conversación sin usar palabras, que molestó tanto a la vizcondesa, que acabó perdiendo las buenas formas.

—Un duque debe elegir bien —aseguró—. Dar un heredero no es suficiente, necesita una mujer de buen pedigrí, de gran educación y, sobre todo, que demuestre sofisticación.

Niall y Abby prestaron atención a las palabras de la vizcondesa.

—No me lo toméis a mal, lady Aberdeen, pero usted es un ejemplo de que se puede tener buen pedigrí y buena educación, y sin embargo, faltar la sofisticación; su comentario sobre cierta prenda —aludió a los calzones—, en plena calle delante de un duque, o responder a caballeros, es una muestra de lo que hablo.

Abby se mordió la lengua.

—Por ello, alguien como mi hija Jezabel, de sofisticación y comportamiento intachable, sería una gran candidata. Debería conocerla mejor, seguro que les depararía un gran futuro juntos.

Jezabel se avergonzó, el comentario delante de Abby había sido humillante y ruin.

—Meritorio por parte de vuestra hija —se pronunció con calma la marquesa, demostrando ser una gran dama—, pues no ha heredado vuestros pésimos modales. —Se giró hacia Jezabel y añadió—: Mi más sincera enhorabuena, milady. Ser el paradigma de la sofisticación cuando no ha recibido esa educación en su propia casa, es digno de admiración.

Regresó a su posición inicial.

—Excelencia, si nos disculpa, mi hija y yo vamos a retirarnos —se despidió Olivia—. No queremos ser testigos de la pedida de mano más absurda e inapropiada de la historia; es poco sofisticado que una madre pida en matrimonio a un duque para su hija.

Niall apenas escuchaba, solo tenía ojos para Abby. Se la veía consternada y dolida. Sabía que las palabras de la vizcondesa la habían herido, pues ella esa mañana se había mostrado afligida al pensar que su espontaneidad era un defecto, como había insinuado ahora la vizcondesa.

Abby enlazó su brazo con el de su madre, incapaz de mirar al duque por la vergüenza.

Él deseó que Abby le regalara una última mirada. Pero no se la ofreció, se alejó junto a la marquesa. La persiguió durante todo el recorrido con los ojos, hasta que desapareció de la sala.

Enfadado por la humillación que había recibido Abby, volvió a mostrar su lado más gélido. Por algo le llamaban *el duque de hielo*.

—Me temo, milady, que su hija no podrá llegar a ser la duquesa de Hamilton —aseguró rotundo—. La elección de la duquesa perfecta no se basa solo en la dama. Debo comprobar que su familia está a la altura de tal cargo,

y he acreditado esta noche con su comportamiento que la suya no puede ostentar tal posición.

A la vizcondesa le flaquearon las piernas.

Jezabel la sujetó con disimulo.

Hamilton hizo una pequeña reverencia dirigida a Jezabel y se retiró a sus aposentos.

Capítulo XIII

Las damas que muestran su naturalidad, regalan momentos mágicos sin pretenderlo

La condesa de Aberdeen se sentía desmoralizada; tanto, que le era imposible conciliar el sueño.

Después de unos cuantos intentos infructuosos, se levantó de la cama. Se acercó a la ventana y vio la luna llena.

Sin pensarlo, cogió una bata de fina seda que su doncella había dejado preparada para el día siguiente y se la puso. Apretó bien el cordón y bajó al jardín trasero de la casa.

Desde pequeña, cuando se sentía triste, salía al exterior para contemplar las estrellas; siempre le transmitían paz y tranquilidad.

Estaba tan absorta mirando el firmamento, que apenas prestó atención al frío que la envolvía.

El duque de Hamilton tampoco podía dormir. En su mente solo aparecía una imagen: Abby.

Cerró los ojos y se recreó en aquella esbelta figura femenina, que esa noche había sido tocada por los dedos de Afrodita. Su rostro angelical, adornado con esa tímida sonrisa, capaz de enloquecer al más cuerdo… Y ese vestido color cereza que incitaba a la imaginación… ¿Sabría ella tan dulce como la fruta? Estaba convencido de que así sería. Por más que deseaba alejar esos pensamientos, le era imposible, pues esa ropa creada para amoldarse a la perfecta figura de Abby era el mayor de los castigos para los mortales. Ver resaltadas todas sus curvas y no poder tocarlas…

Necesitaba aire para enfriar sus ideas. Se asomó a la ventana. No se podía creer lo que veían sus ojos: Abby estaba en los jardines.

Abby en los jardines de noche.

Abby en los jardines de noche, sola.

Abby en los jardines de noche, sola y en bata.

Negó con la cabeza.

¿Acaso pretendía enfermar?

Se dio la vuelta, se vistió con celeridad y agarró la manta de la cama al vuelo cuando se disponía a salir en su encuentro.

Bajó las escaleras y salió al jardín por la puerta trasera como si fuese un

ladrón.

El gélido fresco de la noche lo recibió mientras caminaba con decisión al encuentro de Abby. En el camino no dejaba de maldecir interiormente, consciente de todo cuanto le iba a recriminar por la insensatez de estar allí. También se recordó por qué no debía fijarse en ella: era la mujer más testaruda, insensata, irracional… Al llegar a la altura de ella, se quedó paralizado al ver su perfil. Era la dama más bonita, dulce y hermosa que jamás antes había visto.

Todo cuanto tenía pensado recriminarle se esfumó, dando paso a un lado protector que desconocía que tuviese.

Abrió la manta y la arropó por detrás. La sorpresa fue ver que ella no se inmutó y que él fue incapaz de soltar la prenda; al contrario, la sujetó con sus manos, dejando a Abby completamente rodeada entre sus brazos.

Agachó la cabeza lo justo, pues era de agradecer que ella fuese tan alta, y dejó su barbilla apoyada en el hombro de la joven.

—¿No os parece lo más hermoso que vuestros ojos han contemplado nunca? —musitó Abby, abstraída en el firmamento.

El duque, pensando en ella en lugar de contemplar el cielo estrellado, respondió:

—Sí, es lo más hermoso que he visto nunca.

Sus susurros quedaron flotando en el aire, envolviéndolos en una estela mágica difícil de romper.

—Fíjese, las estrellas brillan con luz propia —musitó casi en un suspiro—. Debemos de parecer tan insignificantes para ellas.

«Vos si que brilláis con luz propia», pensó el duque.

A la vista de cualquiera sería una situación inapropiada y comprometida, pero para el duque lo único inusual era la paz que sentía en ese instante, mirando aquella brillante luna llena, con miles de estrellas como testigos silenciosas, y teniendo a Abby entre sus brazos.

—Cuando quiero relajarme siempre salgo al jardín para contemplar las estrellas —murmuró Abby—. Se respira tanta paz... A veces pienso que desde allí arriba todo se debe de ver tan distinto... Todos somos iguales ante ellas. No importa si eres hombre o mujer, noble o pobre. Para ellas somos meras hormigas.

El duque inhaló el suave perfume que desprendía Abby. Era fresco, con cierto matiz a azahar. En ese mismo instante, decidió que ampliaría su invernadero y ordenaría a su jardinero plantar naranjos y limoneros en su interior.

—No importa que cometamos errores —musitó casi para sí misma—. Allí no los ven.

Niall se percató al instante. Abby parecía una muchacha de gran vitalidad y temperamento, pero sus palabras demostraban que cargaba con una pesada losa: creía tener más defectos que virtudes.

Esa mañana, cuando ella lo comentó, él pensó que tan solo era un pensamiento pasajero, pero ahora, comprendía que era un gran lastre para ella. Las palabras de la vizcondesa la habían afectado más de lo que él imaginaba.

No quería romper esa atmósfera especial que los envolvía, pues a sus casi veintiocho años jamás había experimentado tanta tranquilidad y bienestar como sentía en ese preciso instante.

Pero por algún motivo desconocido, el bienestar de Abby para él era más importante que el suyo propio.

Con Abby todo era ambivalencia: por un lado, deseaba alejarla; pero al final, la necesitaba cerca.

—Una lástima, porque hoy hubiesen disfrutado al ver la forma tan inapropiada en que se ha comportado la vizcondesa. No habrán visto su sonrojo y casi desfallecimiento cuando le confesé que no podría casarme con su hija por no estar su madre a la altura de la futura esposa de un duque.

Abby ladeó la cabeza, y como el duque no se apartó, sus frentes quedaron pegadas.

—¿De veras?

Con languidez, asintió, recreándose en la agradable sensación de rozar sus rostros.

La conexión entre ellos era perfecta.

—¿Creéis que mañana debería desayunar aquí? —indagó el duque entre susurros—. Puede que a la vizcondesa le apetezca envenenarme.

La risita tímida de Abby le hizo estremecer.

Había logrado muchas cosas en su vida, pero el mayor éxito con diferencia

era ese sonido hechizante que recordaría cada día por haberlo conseguido él.

Abby también se estremeció, el contacto con el duque trastocaba todo su interior.

Niall echó la cabeza hacia atrás, obligando a que Abby se girase para tenerla de frente.

—Estáis helada —afirmó, preocupado. Lo que no sabía era que ese escalofrío no se debía al frío sino a su cercanía—. Deberíais regresar a la cama antes de que enferméis.

No quería separarse de ella, lo que más deseaba era acariciar esa tersa piel con las yemas de los dedos hasta memorizar todo su cuerpo, pero ante todo, su prioridad era la necesidad imperiosa de protegerla. Algo perturbador, teniendo en cuenta que él no era un hombre con intención de proteger a nadie…

«Solo a ella», pensó.

Capítulo XIV

Una dama debe aprender a comportarse como tal, por las buenas o por las malas

La marquesa de Stanford había pasado unos días en Londres. Su viaje de regreso a Escocia, donde su esposo e hijas la esperaban, no estaba siendo como ella deseaba.

Se encontraba afligida, mareada y rabiosa.

Su estómago revuelto, por una vez no se debía al largo camino. Por primera vez, ese estado lo había provocado la rabia e indignación que sentía en su interior.

Nada más tocar tierra firme, inspiró con fuerza. El viaje había sido agotador, pero más fatigoso era lo que tenía que hacer.

El mayordomo la recibió con una sonrisa y la marquesa se expresó con un tono de mando poco habitual en ella.

—¿Dónde están mi esposo y lady Abigail?

—Regresarán de un momento a otro, salieron a cabalgar, milady.

Vio a lo lejos tres jinetes que se acercaban a la casa.

—Avisadles de que les espero sin demora en el salón de mañanas.

El mayordomo inclinó la cabeza.

La marquesa entró en la casa sin esperar a su familia; quería refrescarse antes de recibirlos y mantener una conversación que debería haber tenido a su debido tiempo. Esperaba que no fuese demasiado tarde.

Cuando el marqués recibió el recado de su amada esposa, sonrío; por fin la tenía de nuevo en casa. Odiaba separarse de ella por corta que fuese su estancia en Londres.

Desmontó del caballo y fue raudo a saludarla.

Al entrar al salón, nada más cruzar sus miradas, supo que algo no iba bien. En primer lugar, no lo había recibido con el entusiasmo que esperaba o creía merecer. En segundo lugar, estaba pálida, no tenía buen semblante; claro que Olivia siempre se mareaba en los viajes largos. Y en tercer lugar, su saludo fue desconcertante.

—¿Han avisado a nuestra primogénita de que quería verla de inmediato?

El marqués asintió.

Las voces de Abby y Sophie irrumpieron en el salón.

—¡Mamá, qué alegría! —saludó con júbilo Abby.

La marquesa la miró con frialdad. Su abrazo fue tímido y sin mostrar un ápice de cariño.

—Dentro de un momento dudo que pienses lo mismo —vaticinó, descolocando a su hija.

Sophie también se sorprendió, aun así se acercó para abrazarla.

—Hola, cariño —pronunció con afecto.

El marqués estudió el semblante de Abby.

—Sentaos —ordenó—. Tengo mucho que decir y quiero retirarme cuanto antes a descansar.

El marqués tomó asiento en el mismo sofá que su esposa.

Abby y Sophie utilizaron dos banquetas que estaban encaradas hacia sus padres.

—¿Qué sucede, Olivia? —se interesó el marqués.

—Que nuestra hija por lo visto no ha aprendido nada de lo que le he enseñado —la acusó sin perder tiempo—. La vizcondesa Armony ha tenido a bien ponerme al corriente de la poca educación con la que la he instruido en todos estos años.

Sophie se apretó las manos, nerviosa.

Abby permaneció en silencio, muy segura de que se refería a ella.

—¡¿Qué majadería es esa?! —se expresó el marqués muy enfadado.

—La misma que se comenta por todo Londres —informó sin pestañear—. Y parte de culpa la tienes tú —le recriminó a su esposo—. Cuida tu lenguaje delante de tus hijas.

El marqués la miró con desafío, pero debía reconocer que acababa de utilizar una expresión poco apropiada delante de las jóvenes.

—Parece ser que Abby ha intentado ridiculizar a lord Urrea en varias ocasiones —explicó, para que su marido supiese hasta qué punto su hija se había extralimitado.

Sophie respiró tranquila, la bronca no iba con ella.

—¿Acaso yo te he enseñado esos modales? —preguntó a su primogénita con el rostro pálido y serio.

Abby negó con la cabeza.

—No te he escuchado —la increpó.

—No —respondió la joven.

—He pasado muchos años instruyéndote para que fueses una dama perfecta —alegó la marquesa—. Te he consentido más de lo que debería; craso error por mi parte.

El marqués intentó mediar.

—La vizcondesa tiene ojeriza a nuestra hija…

—Razón de más para que sus palabras me hiriesen —lo interrumpió, enojada—. No pude defenderla, pues su comportamiento es inadmisible.

Abby tragó saliva.

Sophie la miró con lástima.

—Es posible que exagerara —opinó el marqués.

—¡La condesa calzones!

Abby cerró los ojos, quería morirse por la vergüenza.

—¿Qué? —preguntó sin comprender el marqués.

—Así llaman a nuestra hija —declaró—. Y si eso no fuese suficiente, Urrea se ha dedicado a proclamar a los cuatro vientos que Abby tiene la cualidad de responder e intentar desprestigiar a cualquier noble.

—¡Eso no es cierto! —se defendió Abby.

—¿No?

—No, yo no respondo a cualquier caballero —aseguró—. Solo a él.

La marquesa cerró los ojos, intentando controlar su malestar.

Se puso en pie.

Su esposo la imitó.

—¿Cuándo te enseñé yo a comportarte con tan poco respeto?

Abby se mordió el labio inferior.

—¡¿Cuándo?! —bramó.

—Nunca.

La marquesa asintió con ímpetu, estaba furiosa.

—En tal caso no es por mi culpa, ¿cierto? —preguntó irguiéndose.

—Cierto.

—Pues tendrás que meditar mucho qué es lo que no has aprendido bien —señaló—, porque no volverás a asistir a ninguna fiesta ni participarás en los eventos de la próxima temporada, hasta que consigas comportarte como la hija del marqués de Stanford.

Sophie agrandó los ojos, su madre no podía hablar en serio. Abby estaba muy ilusionada con la invitación a la fiesta de cumpleaños del duque de Hamilton. Tan solo faltaban tres días para su aniversario.

—Olivia… —terció el marqués.

—No permitiré que defiendas su mal comportamiento —puntualizó—. He sido muy benevolente con ella —aseguró—. No merezco que mi prestigio se vea afectado por su falta de respeto y educación. Y bajo ningún concepto volverá a arrastrar nuestro apellido con tales mofas.

Abby se sintió desfallecer. Su madre tenía razón, el marquesado de Stanford no merecía ser ridiculizado por su culpa.

—No volverá a suceder —se pronunció Abby con voz rota, tal cual se sentía.

—Por supuesto —aseguró la marquesa—. Lo que reste de año te mantendrás alejada de toda la sociedad —comunicó—. Aprenderás a comportarte como una condesa y daremos tiempo a que los rumores cesen.

Sophie no sabía si intervenir o no, pero necesitaba ayudar a su hermana de alguna manera.

—Pero este sábado ya hemos aceptado la invitación que nos han hecho para pasar el fin de semana en *Great Castle* —expuso. “El gran castillo”, como bien anunciaba su nombre, era la propiedad del duque de Hamilton.

La marquesa miró a los ojos a Abby. Le dolía tener que llegar a esos extremos, pero su hija merecía una lección; de seguir por esos derroteros acabaría siendo la diana de todas las mofas de Inglaterra.

—Acudiremos todos excepto Abby.

El marqués se pronunció.

—No podemos hacer tal cosa. El duque podría tomárselo como una ofensa; parece que siente aprecio por nuestra hija.

La marquesa eso ya lo sabía.

—En ese caso —accedió—, aceptaremos la invitación pero Abby se

mantendrá al margen de la fiesta —declaró mirando a su esposo, pues no tenía valor de encararse a su hija—. Tan solo en el almuerzo se codeará con los invitados. Por la tarde se mantendrá recluida en la alcoba que le destine el duque y estará exenta de acudir al baile de máscaras. Alegaremos una indisposición.

Abby bajó la cabeza, no pensaba protestar.

Sophie sintió la pena de su gemela. Era el primer baile de máscaras al que iban a acudir y eso lo hacía todavía más especial.

El marqués no pensaba poner en entredicho las decisiones tomadas por su esposa delante de su hija.

—¿Algo que objetar? —preguntó la marquesa.

—No —respondió Abby en un hilo de voz.

—Entonces me retiro —se despidió—. Necesito descansar del agotador viaje.

Capítulo XV

Las madres no castigan, siempre ayudan

El duque de Hamilton estaba dando las últimas instrucciones a su ama de llaves y mayordomo.

—Quiero que instaléis a lady Aberdeen en la alcoba plateada.

El mayordomo y el ama de llaves se miraron.

—Excelencia —pronunció la señora Mayes, cauta—. Ese dormitorio nunca ha sido utilizado con anterioridad —le informó—. Era el de su difunta madre.

Hamilton fusiló con la mirada a la mujer. ¿Acaso él no era consciente de ello? ¡Por supuesto que fue el de su madre! Por ello quería a Abby en esa alcoba. Era la más lustrosa de todo el castillo, además de ser la contigua a su habitación. Una vez más necesitaba tener a la condesa cerca, por más que se había recriminado a todas horas que debía olvidarla.

—¿Debo entender que la cámara plateada no está preparada para recibir a una invitada?

—No, no, Excelencia —respondió con celeridad el ama de llaves—. La habitación está inmaculada.

Era cierto, los sirvientes del castillo se esmeraban en tenerlo todo impoluto. El dormitorio de la duquesa era casi un templo en ese lugar para ellos.

—Entonces no se hable más.

Se dio la vuelta y dejó allí a los dos sirvientes.

Entró en las caballerizas y fue directo a por su mejor caballo, Relámpago: cuerpo largo y esterilizado, de cabello negro como el carbón y brillante como el río en noches estrelladas. Un auténtico pura sangre de linaje Herod.

Necesitaba cabalgar. No era aficionado a dar fiestas, tan solo daba una al año, la de su aniversario.

Una fecha que poco le ilusionaba, pues en su décimo cumpleaños su madre, en vez de organizarle una fiesta, le regaló el abandono. Odiaba aquella fecha tanto como odiaba a su madre. Desde aquel día, no volvió a celebrar su cumpleaños hasta que cumplió los veintiuno. Le gustase o no, un duque tenía que codearse de vez en cuando con la sociedad para mantener buenas alianzas.

En esta ocasión quería que todo saliese perfecto. Abby estaría por primera vez en su castillo, y por extraño que pareciese, quería que ella se sintiera a gusto.

Negó con la cabeza, no era bueno pensar tanto en esa muchacha. «Pero lo haces constantemente», se recriminó.

Cabalgó al trote, saltando obstáculos, sintiéndose libre.

Al llegar al cruce que delimitaba sus tierras con las del marqués de Stanford, hizo un alto a su caballo.

De nuevo negó con la cabeza. Nunca tomaba esa dirección, pues de diario su recorrido era en sentido contrario. Le gustaba acercarse a su cantera de granito.

Pero ahí estaba, a tan solo una milla de *Valley of Thistles*. Un nombre apropiado, pues la casa estaba ubicada en medio de un valle de cardos de gran variedad, la flor más preciada por los escoceses.

Sonrió al recordar cómo Abby, con gran pasión le narró por qué adoraba esas tierras, y cómo se había convertido esa flor en su favorita, gracias a la leyenda de que los cardos violetas habían protegido con sus espinas a unos guerreros que dormían al raso. Se salvaron de ser atacados por unos guerreros nórdicos al pisar uno de ellos las espinas, dando un grito de dolor que despertó a los escoceses y, así, pudieron acabar con el enemigo.

Como si la hubiese invocado con su pensamiento, apareció Abby en su corcel blanco, a sentadillas.

Se miraron y Abby saludó con un ligero movimiento de cabeza.

El duque intensificó su sonrisa, algo que no ocurrió en ella. Parecía triste.

—Es un placer verla, milady —saludó Niall, intentando averiguar qué tenía tan apenada a Abby.

—El gusto es mío, Excelencia —pronunció con acritud.

Abby notó que su corazón se aceleraba y su estómago se contraía. Llevaba todo el mes esperando coincidir con el duque; claro que, justo ese día no era el más oportuno. Había pedido permiso para salir a cabalgar, en vista de que estaría durante mucho tiempo recluida en la casa. Su padre fue benévolo y accedió a su petición, pero no esperaba encontrarse con el duque, más cuando por una vez ella no llevaba compañía.

Le temblaron las manos, ¿qué pensaría su madre si se enteraba de que

estaba con el duque sin carabina? Sería inadecuado, así que lo mejor sería alejarse cuanto antes. Había prometido que no volvería a poner en peligro el buen nombre de la familia.

—¿Me permitís que os acompañe en vuestro paseo?

«Me encantaría», pensó ella, aunque respondió:

—Agradezco su ofrecimiento, Excelencia, pero debo declinar su petición.

Niall levantó las cejas.

—¿Acaso no os es grata mi compañía? —indagó, molesto.

—Oh… No, no, todo lo contrario —se apresuró en responder—. Mirad a vuestro alrededor, mi doncella personal no me acompaña, por lo que debo regresar antes de que me vean a solas con usted.

El duque se tensó. ¿Desde cuándo Abby era tan comedida? ¿Dónde estaba la joven intrépida que él recordaba? ¿Fueron ilusiones suyas la complicidad que entre ellos había surgido en el pasado?

—Por supuesto —accedió, aunque molesto porque ella se mostrara tan fría con él—. Que tengáis un buen día.

—Igualmente, Excelencia —se despidió Abby, con otra inclinación de cabeza.

La vio alejarse, sin comprender el inusual comportamiento de la condesa con él.

Tiró de las riendas de su caballo y lo obligó a girar, era hora de alejarse de allí. Si Abby no deseaba su compañía, mejor no perder el tiempo pensando en ella.

Espoleó con el talón a su semental y emprendió la marcha de nuevo tal y como había llegado: a galope.

Abby, por el contrario, regresaba a trote a *Valley of Thistles*. Le escocían los ojos de tanto aguantar las lágrimas. Por ello, necesitaba tiempo para que nadie la viese en ese estado.

No quería, y sabía que no debía, pero giró el cuello para mirar al duque, que se alejaba a gran velocidad.

Cuánto hubiese dado por poder pasar un rato junto a él.

Suspiró con derrota.

—Olvídalo —pronunció en voz alta—. Nunca estarás a la altura de un

duque.

Se resignó. Si no era capaz de dar la talla como condesa, ¿cómo pretendía aspirar a ser duquesa?

El marqués se sorprendió al ver regresar a su hija.

—Qué extraño —reflexionó.

—¿El qué, milord? —preguntó su esposa, que estaba sentada junto a la ventana, bordando.

—Abby ya está de vuelta.

La marquesa pinchó la aguja en la tela y dejó la labor a un lado.

—¿Le habrá sucedido algo? —preguntó, inquieta.

El marqués no respondió. Conociendo a su hija, era extraño que no hubiese disfrutado de su paseo a caballo, adoraba montar y explorar las tierras.

Cuando la joven entró en la casa, mientras entregaba los guantes y el sombrero al lacayo escuchó la voz de su padre.

—Abby.

Respiró hondo antes de dirigirse a la sala de mañanas, donde se encontraban sus padres.

—¿Sí?

—Has regresado muy temprano, apenas has tenido tiempo de cabalgar —afirmó el marqués, invitando a su hija a dar una explicación.

La joven miró a su madre antes de responder.

—Me encontré con el duque de Hamilton —informó—. Fue muy amable por su parte al querer acompañarme, pero tuve que declinar el ofrecimiento. Salí sin compañía.

La marquesa sintió lástima por su hija, se notaba en su voz afligimiento.

—Era lo correcto, ¿cierto? —se dirigió a su madre.

—Sí.

Abby asintió con lentitud.

—¿Deseáis algo más o puedo retirarme? Debo cambiarme de ropa para el almuerzo.

—Eso es todo —respondió la madre.

Abby giró sobre sus talones y se marchó.

El marqués miró a su esposa.

Ella ignoró su mirada y regresó a sus quehaceres.

Phillip permaneció en silencio un largo tiempo. Al igual que Abby, él no era proclive a mantenerse callado, por lo que se expresó con tranquilidad:

—La celebración de mañana es una gran oportunidad para nuestra hija —afirmó, convencido—. Deberías permitirle que disfrute de la fiesta de máscaras.

La marquesa levantó la cabeza.

—Lo haría si tuviese la plena confianza de que se comportará como es debido —se lamentó—. Los invitados de Hamilton suelen ser ilustres, por ello es más peligroso que Abby cometa alguna imprudencia respondiéndoles sin pensar en las consecuencias.

El marqués negó con la cabeza.

—Olivia, el vizconde Urrea es un charlatán sin conocimiento —expresó su desacuerdo, pues no sentía ninguna simpatía por el vizconde—. Creed la mitad de lo que haya dicho de nuestra hija.

La marquesa volvió a hacer a un lado su labor y se puso en pie.

—No se trata de lo que yo crea —comentó con seriedad—. Se trata de lo que el resto de Londres piensa de ella.

—¿El qué?, ¿que nuestra hija respondió a un majadero?

La marquesa agrandó los ojos, ¿su esposo se tomaba a chanza los rumores que corrían por Londres?

—No entendéis mi actitud respecto a nuestra hija —se ofendió—. ¿Creéis que la estoy castigando?

—¿No es lo que has hecho?

Ella negó con la cabeza.

—Estoy ayudándola. Si no es capaz de contener su boca delante de un noble, no creo que pueda desposarse con uno.

—Lo dudo —le refutó el marqués, sin comprender a su esposa.

—Lógico, tú eres su padre y no ves su comportamiento negativo —explicó con pesar porque el marqués no razonase como ella—. Debes agradecer que nuestra hija goce de cierto privilegio —comentó, haciendo alusión al título

que ostentaba de condesa—. Decidme con sinceridad, si fuese Sophie quien se comportara como Abby, ¿cuántos nobles desearían cortejarla?

—Todo aquel que gozase de inteligencia —respondió honesto, pues así lo sentía.

La marquesa se desesperó. Él no entendía lo preocupante que era la situación de Abby, por lo que habló como mujer y no como madre:

—Abby es una muchacha demasiado inteligente —reconoció con orgullo —. Pero eso es una cualidad poco admirada por los hombres.

—¿Qué tratas de decir?

—¿Acaso no lo ves? Nuestra hija tiene un gran problema. No podrá casarse con ningún hombre que no esté a su altura intelectual porque se consumiría y aborrecería su vida. Necesita un hombre culto, a quien admirar y retar con su inquietud constante de conocimiento —dijo del tirón, apenas sin tomar aire—. Pocos nobles casaderos quedan que cumplan las expectativas de Abby.

El marqués se quedó pensativo. Su esposa tenía razón, la guerra había acabado con muchos jóvenes, y los que no se alistaron, ya habían contraído matrimonio por las dotes.

—Hay más muchachas con edad de casar que nobles disponibles —confesó su inquietud—. La competencia entre las jóvenes es muy elevada, milord. Una mala reputación, un chisme que se convierte en mofa, una mala palabra, es más que suficiente para que un noble interesado en desposarse obvie a nuestra hija como futura esposa, pues tiene una elevada suma de candidatas para elegir.

El marqués se dejó caer en el sofá. Ahora entendía por qué su esposa mantenía una actitud drástica con Abby, quería convertirla en la candidata perfecta para un duque. Una vez más tenía razón; había demasiada competencia. El mínimo error de Abby podría ahuyentar al duque y centrarse en otra mujer como futura esposa.

La marquesa por fin comprobó que su marido la entendía.

—Si se hubiese fijado en un conde… —opinó Olivia con una sonrisa en la cara.

El marqués puso los ojos en blanco.

—Solo a nuestra hija se le ocurre interesarse por un duque.

La marquesa rio con timidez.

—No habría reto, milord —bromeó—. No sería propio de nuestra Abby.

El marqués también sonrió. Ambos estaban orgullosos del carácter de su primogénita.

Capítulo XVI

Hay damas que brillan en cualquier circunstancia

Cuando Abby entró en la alcoba plateada se maravilló. Era elegante, femenina, lustrosa y soleada.

La cama con dosel, cubierta de una fina seda blanca, era espectacular; jamás había visto algo igual.

Las cortinas plateadas brillantes reflejaban en la habitación una luz única, cumplían a la perfección lo que se pretendía: que pareciese que estaba todo bañado en plata.

Un biombo separaba la cámara del tocador, donde un armario lustroso se veía desde su posición. Se preguntó quién habría dormido en esa habitación con anterioridad.

La doncella personal de Abby se dirigió al armario para colgar la ropa antes de que se arrugara, sacándola del baúl que dos lacayos habían subido con celeridad.

Un tocador presidía la estancia, grande y lujoso como el resto del mobiliario. Un espejo digno de cualquier rey. Un poco más apartado, una bañera profunda y lacada, donde poder gozar de un buen baño. Al lado, una base alta que sujetaba una palangana de porcelana, junto a una jarra con agua para ser usada cuando la condesa la necesitara.

El ama de llaves permaneció en silencio observando la reacción de la condesa.

—Es una habitación maravillosa —reconoció Abby.

—Lo es, milady —comentó la señora Mayes—. Perteneció a la duquesa.

Abby agrandó los ojos.

—¿De veras?

Asintió con la cabeza.

—La puerta del fondo comunica con el dormitorio del duque.

La doncella se giró para mirar a Abby.

Por primera vez se había quedado sin palabras. ¿Qué debía comentar ante esa información? Si a ella la habían instalado en la alcoba de la difunta duquesa y Niall utilizaba el dormitorio contiguo… ¡estaba en la alcoba conyugal!

—Oh —atinó a decir—. Imagino que será tan lustrosa como esta.

El ama de llaves asintió.

En cuanto se quedó sola, su primera reacción fue quedarse paralizada frente al tocador.

Escuchó un ruido y sus pies se movieron con celeridad. Se acercó a la puerta que separaba el vestidor con la alcoba del duque y apoyó la cabeza ladeada, intentando escuchar su voz. Su corazón estaba acelerado y se sintió ridícula por lo que estaba haciendo, pero se negó a retirarse. Por más que se había reprendido una y mil veces, consciente de que nunca estaría a la altura del duque, su lado romántico anhelaba todo lo contrario y esperaba con ensoñación que el duque acabase enamorándose de ella.

Lo que jamás imaginaría la joven era que al otro lado el duque estaba en la misma posición, recriminándose interiormente su comportamiento. No era propio de él espiar. Aun así, no se apartó.

Estaba a punto de retirar su oreja de la madera de cerezo de la puerta, cuando un atisbo de suspiro llegó a su oído.

Sorprendido, se echó hacia atrás. Parecía tan cercano… ¿Acaso Abby también estaba pegada a la puerta? Pestañeó con incredulidad y negó con la cabeza. No, seguro que no.

El almuerzo para los cuarenta comensales estaba preparado para tomarlo al aire libre en uno de los seis jardines que rodeaban el castillo, aprovechando el buen día que hacía. Así sería más informal, ya que por la noche la cena sería de gala. A continuación, se celebraría la fiesta de máscaras.

El duque tomó esa decisión en el mismo instante en el que Abby confesó en su paseo hasta el viejo refugio, que nunca había asistido a una fiesta de máscaras y que anhelaba acudir a una, pues le parecía fascinante disfrazar sus rostros y poder conversar con la gente, oculta tras el antifaz.

El duque estaba en el exterior, saludando a los invitados. Aunque su mente estaba muy lejos de allí, rememorando el momento en el que Abby, agarrada a su brazo y manchada de hollín, caminaba con una gran sonrisa, iluminando el camino, pues esa mujer tenía luz propia. Desde luego, los marqueses atinaron con el segundo nombre de Abby, no solo porque fuese escocés sino por su significado: Yvaine, estrella de la mañana.

«Tu estrella».

Se sobresaltó al llegar a esa conclusión.

—¿Se encuentra usted bien? —preguntó el duque de Manfford.

Niall carraspeó intentando salir del letargo en el que se hallaba. De no haber sido el duque de hielo, el hombre que llevaba tantos años controlando sus emociones y mostrándose ante los demás como el más hermético de todos, se habría avergonzado delante de su invitado.

—Sí, ¿decía usted?

El duque fue interrumpido en ese momento, pues llegaron hasta ellos los marqueses de Stanford y sus hijas.

Se saludaron todos con la educación exigida y en cuanto sus ojos se clavaron en los de Abby, sintió que por primera vez en su vida se alegraba de celebrar un cumpleaños.

—¿Habéis venido solo, Excelencia? —preguntó la marquesa al duque de Manfford.

—Oh, no —respondió—. Me pareció una ocasión notable para presentar a mi hija Victoria —informó—. El mes pasado cumplió su tiempo de luto por la muerte de su madre.

—Una excelente decisión —declaró la marquesa.

—Sí, tendrá que esperar a la siguiente temporada para ser presentada en la corte —aclaró con rapidez para dejar constancia de la importancia de su hija —. También ha sido invitada en Almack's.

—Una lástima que no pudiese ser presentada hace unos meses —lamentó la marquesa—, hubiese coincidido con mis hijas.

El duque de Manfford sonrió y se fijó en que Sophie se había alejado, agarrada del brazo del conde de Stanton.

—Por lo que puedo observar, fue un debut exitoso.

Abby y Niall miraron en la misma dirección que el duque de Manfford. Luego se miraron y sonrieron de esa manera tan especial entre ellos.

«¡Por fin!», bramó Niall en su interior, pues había echado de menos esa sonrisa. La complicidad entre ellos dos no había sido una alucinación de él como pensó el otro día. Estaba ahí, era palpable.

Abby tembló como un flan.

Nunca, ni en sus mejores sueños, hubiese imaginado que ver al duque con

su kilt le iba a producir tantas sensaciones: calor, emoción, alegría, rubor…

Suspiró sin darse cuenta, y no pudo evitar mirarlo de arriba abajo. Su pelo rubio brillaba como los rayos del sol. Su rostro estaba tenso, recalcando así sus fuertes rasgos. Los ojos, que ya no eran ojos sino luceros para Abby, mostraban en ese momento un brillo especial. O quizá no era eso. Más bien parecía que le estaban hablando, diciéndole: «Te echaba de menos». Y claro, ella no podía hacer más que responder: «Yo también te echaba de menos».

Se mordió los labios, nerviosa, y se fijó en los labios del duque; esa boca carnosa que de pronto se le antojó a Abby muy… muy… muy apetecible.

Pestañeó repetidas veces, por si era un sueño.

No, no lo era. Y como una mujer hipnotizada, continuó su escrutinio.

El tartán rubí y endrino favorecía la blanca piel de Niall.

Fue bajando la mirada sin poder reprimirse, hasta que se topó con el causante de su temblor: unas fuertes y musculadas rodillas que se convirtieron, así, sin previo aviso, en la mayor obsesión de Abby. Quería mirarlas y tocarlas. Deseaba levantar aquella falda y…

Se sonrojó al comprender que no estaba sola en aquel lugar y que sus pensamientos no eran apropiados. Más que eso, eran pecaminosos.

Tragó con dificultad, porque acababa de encontrar sentido a la palabra *sensualidad*.

Apretó los labios y volvió a subir la mirada, hasta que los chispeantes ojos de Niall la recibieron de nuevo.

Él no pudo evitar sonreírle, no sabía qué le pasaba a Abby, pero sí tenía claro que fuera lo que fuere, el rubor de sus mejillas acentuaban sus pómulos provocando en él un calor sofocante, que lejos de hacerle sentir incómodo, le agradaba hasta el punto de no querer alejarse de la mujer que debería intentar olvidar.

—Tengo grandes esperanzas en Victoria —declaró el duque de Manfford, rompiendo ese momento mágico entre Abby y Niall—. Mi esposa la crio bajo la estricta norma inglesa. Sabe perfectamente cuál es su posición y lo que debe esperar del matrimonio. —Miró directamente a Niall—. No es de esas muchachas soñadoras que esperan un enamoramiento de novela. Sabe que el matrimonio se basa en el respeto, buena apariencia, lealtad y en engendrar un heredero.

Abby pestañeó.

—Mi querido amigo —dijo posando una mano en el hombro de Niall—, debéis buscar una mujer como mi hija. Los duques tenemos un estatus social que mantener.

Niall no respondió.

El duque le soltó el hombro y continuó ensalzando las virtudes de su hija.

—Bueno, es hija de un duque, hermana de un marqués. —Sonrió al pensar en su primogénito—. Tiene un pedigrí inigualable. Sabe comportarse como se espera de ella, su madre se encargó de darle esa educación.

—Entonces no me cabe duda de que tendrá un gran debut —afirmó sincera la marquesa, pues había llegado a conocer a la duquesa.

—¡Por supuesto! Su madre era una gran dama.

—Desde luego, doy fe de ello.

Abby cerró los ojos sin darse cuenta, apenada tras escuchar esa respuesta tan categórica del duque. Se sintió culpable, pues con su comportamiento impropio no solo la juzgaban a ella, sino también a su madre.

Niall fue el único en percatarse de la reacción de la joven, porque una vez más, sin darse cuenta estaba mirándola.

Cuando ella abrió los ojos, notó en ellos tristeza.

«¿Qué os tiene tan apenada?», se preguntó.

Iba a disculparse y a invitar a Abby a que lo acompañara a dar un paseo mientras terminaban sus sirvientes de preparar el almuerzo, cuando el marqués de Frotell se acercó junto a su hermana Victoria.

—Excelencia, permítame presentarle a mi hermana lady Victoria Stewart —pidió el joven marqués.

—Excelencia —pronunció la muchacha con voz angelical, al tiempo que hacia una genuflexión.

Abby la observó.

Si pensaba que Jezabel era hermosa, estaba equivocada de lo que era la belleza y la perfección, pues Victoria, con sus rasgos tan acordes a su voz, parecía un ángel.

Si alguna vez había pensado que los ángeles existían, ahora estaba segura de ello. Los brillantes rizos castaños de Victoria, junto a unos ojos marrones

tan cálidos como el sol, demostraban que había sido tocada por la mano divina.

Su elegancia le pareció exquisita incluso al realizar esa pequeña reverencia.

El duque respondió al gesto con una leve inclinación de cabeza.

—Lady Victoria, es un placer —la saludó Niall.

La joven sonrió con candidez.

«Sí, lady Victoria es un ángel caído del cielo», se dijo Abby.

Se acercaron más invitados y Abby se alejó junto a sus padres.

Niall, a pesar de saludar a los recién llegados, no dejó de observar a Abby. Hubiese deseado apartar a manotazos a todos los que se interponían en su camino, para poder llegar hasta ella y averiguar qué la tenía tan decaída.

El almuerzo no salió como el duque esperaba. Apenas había mantenido una pequeña conversación con lady Aberdeen. Parecía que todos tenían que interponerse entre ellos dos.

Las damas se estaban retirando, deseaban descansar para estar presentables y frescas para la fiesta.

Algunos hombres también prefirieron retirarse, otros decidieron entrar en el castillo y pasar las horas jugando a las cartas o leyendo algún libro.

Niall vio la oportunidad perfecta para interceptar a Abby, que caminaba junto a su padre en dirección al castillo.

—Lady Aberdeen —pronunció para llamar su atención.

La condesa se dio la vuelta.

El marqués se quedó en su sitio.

El duque miró al padre.

—Stanford, ¿me permitís robaros a vuestra hija por un instante? —solicitó—. Sería un placer para mí poder mostrarle a lady Aberdeen mis invernaderos.

A Abby el corazón le dio un vuelco, Niall tenía ese poder sobre ella.

—Por supuesto —concedió el marqués.

El duque ofreció el brazo a la joven y ella lo tomó con agrado.

Caminaron despacio, como si ambos deseasen detener el tiempo.

Pasear por el jardín de los rosales era turbador para Abby. Aquel vergel era su favorito. Habían creado un pasadizo con tablas de madera pintadas de blanco, y las rosaledas se extendían tanto por las paredes laterales como por el tejadillo, como si se tratase de las típicas salvajes enredaderas.

Era tan romántico pasear por aquel lugar, que de no haberse sentido tan apática, ese momento se habría convertido en un gran recuerdo.

El silencio entre ellos nunca era incómodo. Esa conclusión hizo sonreír a Abby, que sin poderlo remediar, ladeó la cabeza y miró directamente al duque. Cuando estaba con él todo su malestar desaparecía como por arte de magia.

Niall la imitó y se sintió pleno.

—Por fin os veo sonreír —premió él sin apartar la mirada de ella—. ¿Qué os tiene tan afligida?

Abby se sorprendió, ¿cómo se había dado cuenta de su estado de ánimo?

—No es nada —respondió y volvió a mirar al frente.

El duque se detuvo, alargó su brazo y llevó sus dedos a la barbilla de Abby, obligándola así a que lo mirase de nuevo.

El contacto de ese pequeño roce los hizo estremecer a ambos.

Abby clavó su brillante mirada en él.

—No me mintáis, por favor, vos no —suplicó el duque.

La voz de él fue tan dolorosa que a Abby le entraron ganas de llorar; no sabía si por vergüenza de tener que contar la verdad o por la emoción que sintió en ese momento.

Ella podía ser muchas cosas, pero jamás había sido mentirosa y, por alguna extraña razón que todavía desconocía, no quería hacerlo bajo ningún concepto con él.

Decir la verdad completa era demasiado humillante, por lo que decidió no mentirle, pero tampoco confesárselo todo.

—Tuve ciertas desavenencias con mi madre —exhaló un suspiro antes de continuar—. No es nada de lo que os debáis preocupar.

Él la estudió detenidamente durante un buen rato preguntándose qué habría pasado, o quizá fue la necesidad imperiosa de intentar memorizar en

su retina la imagen de ella.

Por fin asintió con la cabeza y emprendieron de nuevo el camino.

Al llegar al primer invernadero, Abby se quedó maravillada. La gran variedad de flores la dejó sin habla.

—Es… es… —No encontraba las palabras apropiadas—. Es tan hermoso este lugar que apenas lo puedo describir.

«Vos si sois hermosa», pensó él al ver el rostro de Abby.

Y una vez más, igual que la noche en la que ambos se quedaron contemplando las estrellas, Niall tuvo un gesto inapropiado a la par de placentero, como si fuese algo habitual entre ellos dos: entrelazó los dedos de su mano con los de ella y la guio por todo el invernadero, comentándole cada planta que encontraban en su camino.

Abby estaba maravillada. El duque conseguía alejar su malestar y decaimiento. Y lo admiraba por su templanza, su educación exquisita, su inteligencia…

Se acercaron a la última planta, que estaba protegida en un lateral.

—Esta se llama *Atropa belladona* —informó Niall, estudiando el rostro de ella, que parecía embriagada—. Está ubicada estratégicamente en este lugar, para que no le dé mucho la luz del sol. Además, hay que tener especial cuidado con ella, pues es venenosa.

—¿En serio? —preguntó fascinada.

Niall tragó con dificultad, ver a Abby tan excitada tan solo por descubrir una planta peculiar… ¿cómo sería ella en la intimidad?

No, no podía permitir que sus pensamientos fuesen por esos derroteros.

Al darse cuenta de que ella lo estaba mirando con una sonrisa tentadora, desvió la cabeza con brusquedad y tiró de su mano para continuar.

Abrió la puerta y le cedió el paso para que ella pasara primero. Eso sí, nada más entrar volvió a enlazar su mano con la de ella; puede que no debiese dejar volar su imaginación pero no quería privarse de su suave contacto.

—¡Naranjos! —exclamó Abby.

Niall sonrió pleno y de su boca salió una frase sin pensar:

—Sí, los encargué porque su olor me recuerda a vos.

Abby ladeó su cuerpo con suma lentitud.

Niall sintió que todo a su alrededor desaparecía.

—¿De veras? —musitó tan bajo que apenas fue audible.

Él asintió con la cabeza.

Y entonces sus cuerpos se buscaron al unísono, quedando tan cerca el uno del otro que podían notar el calor de sus cuerpos.

Abby notó que sus piernas empezaban a temblar en cuanto él posó su mirada en los labios de ella. «¡Me va a besar!», pensó, y no se equivocaba.

Niall inclinó la cabeza lentamente, rozando con su nariz la suave piel de la mejilla de Abby. Se recreó en aquel contacto tan íntimo y especial.

—Abby… —suspiró su nombre emocionado, embriagado por el aroma que los envolvía y por la calidez de la mano de la joven acariciando la suya con el dedo pulgar.

Tan solo los latidos de sus corazones se escuchaba, una melodía que sonaba envolviéndolos en una estela mágica que incitaba a dejarse llevar y a pegar sus labios, sellando con sus bocas a través de un beso una unión que parecía irremediable por parte de ambos. Por más que él luchara por ahuyentarla de sus pensamientos y por más que ella estuviese convencida de no estar a la altura de un duque, sus destinos se cruzaban y los había llevado hasta allí para amoldar sus cuerpos el uno al otro.

Con el pulgar de la mano que tenía libre, trazó todo el mentón de Abby, memorizando su rostro y preparándola para recibir su invasión, pues iba a besarla.

En cuanto la boca de Niall rozó su labio, un roce tan efímero que a Abby le entraron ganas de llorar por la emoción del sentimiento que él parecía mostrar en ese acto, se sobresaltaron y se separaron de forma abrupta, postergando un beso tan deseado y desesperado que llegaba a doler porque parecía que nunca se llegaría a entregar. Pero la voz del marqués de Frotell acercándose les interrumpió.

—¡Hamilton! —exclamó con júbilo el marqués—. Tenéis un invernadero digno de admiración.

El duque hizo un gesto con la cabeza, agradeciendo el cumplido.

El marqués Benedick de Frotell miró en rededor.

—Lady Aberdeen —pronunció con un timbre de voz que alertó a

Hamilton, el tono que utilizaban muchos hombres para flirtear—. De no estar rodeados de naranjos, hubiese asegurado que usted había impregnado con su perfume este lugar.

Abby miró de soslayo al duque. «Los encargué porque su olor me recuerda a vos», esas habían sido sus palabras.

Se ruborizó.

El duque se tensó.

Su encarnado no le había pasado desapercibido y equívocamente llegó a la conclusión de que la joven se había ruborizado por el tonteo que mostraba el marqués. No le gustó; de hecho, se sintió rabioso.

—Si nos disculpa —interrumpió Hamilton—. Debo acompañar a lady Abby al castillo.

El marqués hizo un asentimiento de cabeza y se hizo a un lado para dejarles paso.

Caminaron en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos, sin disfrutar del vistoso y agradable paseo por los jardines de nenúfares, el cual se ubicaba en la parte este del castillo, en una gigante charca. Era tan admirado por las gentes de la región, que una vez al mes el duque permitía que los aldeanos pasearan por ellos.

Al llegar a la entrada principal se soltaron del brazo.

El marqués de Stanford los interceptó nada más entrar por el umbral.

—Abby, tu madre desea verte —anunció.

La joven asintió con la cabeza.

—Excelencia, no encuentro palabras de agradecimiento para premiarle la visita a sus invernaderos.

«¡No quiero palabras, quiero tus besos!». Se quedó petrificado por haber llegado a esa conclusión, y más con la vehemencia y desesperación con la que se había expresado interiormente.

¡Dios bendito! Había estado a punto de besarla. Eso era un error, y no uno cualquiera: era el mayor error que podría cometer. Pero incluso siendo conocedor de las consecuencias, su mente insistía en que deseaba besar a Abby.

—Debo retirarme a descansar —informó la condesa.

Se dio la vuelta, pero antes de dar un paso, el duque de nuevo se expresó haciendo caso omiso a sus propias advertencias: «Aléjate de esta mujer».

—Lady Aberdeen, ¿me concederíais el honor de acompañarme esta noche a la mesa?

Abby se volteó lentamente, casi hechizada por la voz trémula que él había utilizado.

—¿Deseáis que sea vuestra acompañante? —musitó, emocionada.

—Lo anhelo —respondió él sin prestar la atención debida al hecho de que no estaban solos.

El marqués, que los había estado observando, permaneció estoico, sin mover un solo músculo.

Abby se llevó las manos al corazón. Estaba tan turbada, tan feliz, tan… enamorada, que asintió enérgicamente con la cabeza.

El duque sonrió y se dio la vuelta.

Abby lo vio alejarse y su sonrisa se quedó estampada en su rostro. Un suspiro embriagador surgió de sus labios.

—Abby —pronunció el marqués, trayéndola al presente. Un presente que le golpeó en el pecho como si fuese una daga.

Se dio la vuelta y miró a su padre con los ojos tan brillantes que el marqués sintió un nudo en la garganta. ¿Su hija iba a llorar?

—Lo sé —aseguró en un hilo de voz—. No soy digna de acompañar a un duque.

Dio un paso con decisión y caminó por delante de su padre.

El marqués jamás había sido un hombre dado a ser parco en palabras, pero la frase de su hija lo había dejado paralizado. No supo qué decir.

Exhaló profundamente, debía mantener una conversación con su esposa de inmediato.

Hizo ademán de salir a buscarla, pero la mano del conde Livinton le retuvo.

—¡Ahh, viejo amigo! Es hora de que nos divirtamos —pronunció alegre —. Te estamos esperando. La partida va a empezar.

El marqués no pudo negarse, habían hecho un receso en la partida de cartas porque el conde se había ausentado para ir al aseo.

La conversación con su esposa quedaría pendiente un rato; eso sí, lo iba a escuchar.

Capítulo XVII

Hay verdades que se clavan como dagas

Abby salió de la alcoba que le habían asignado a su madre con la cabeza agachada y una pena en el alma casi imposible de soportar. Sus súplicas habían sido escuchadas por su progenitora y le había concedido regresar esa misma noche a su casa, mientras los demás disfrutaran de la fiesta.

Suspiró derrotada y rota.

Menos mal, porque no hubiese soportado desayunar al día siguiente escuchando lo bien que se lo habían pasado mientras ella estaba recluida en su habitación.

«Mentirosa», se dijo.

Esa había sido su excusa ante su madre, pero la verdad era muy distinta; no hubiese podido mentir al duque a la cara. Eso era algo que no podría soportar.

Abrió la puerta de su cámara y se encontró allí a su hermana y a su doncella personal.

Sophie la miró con lástima.

Abby intentó fingir delante de su doncella. Era de vital importancia que nadie, excepto sus padres y su gemela, supiesen la realidad. Para el resto de invitados, incluido el servicio, ella debía aparentar estar indispuesta.

No necesitaba mentir descaradamente, pues se sentía mal. Muy mal.

—¿Os encontráis bien? No tenéis buena cara, milady —se preocupó su doncella.

—Lo cierto es que no, me siento algo… —La frase quedó en el aire cuando una sirvienta del castillo llamó a la puerta, unos segundos antes de entrar.

—Milady, vuestra madre nos informó de que os sentíais indispuesta y os he traído estas sales.

Abby, con un movimiento de cabeza agradeció a la mujer su gesto.

Mientras la condesa removía en la copa de agua las sales que le habían preparado para su indisposición, Sophie cogió un pañuelo bordado que estaba encima de la cómoda.

—¡Qué preciosidad!

Abby tragó el contenido de la copa y se la devolvió a la joven.

—Gracias.

La sirvienta hizo una pequeña inclinación de cabeza.

Sophie le tendió el pañuelo a su hermana.

—Mira, Abby.

La joven condesa lo cogió con sus manos, notó el suave tacto de la prenda y se vislumbró por el bonito grabado de dos iniciales: N. H.

—Es precioso —reconoció.

La sirvienta del duque, que estaba a punto de retirarse, se pronunció:

—Ese fue el último bordado de la duquesa —informó—. El ama de llaves siempre dice que la señora tenía manos divinas para la costura.

Abby asintió. Era cierto, ese bordado tan delicado no era sencillo. Quiso contemplarlo mejor, el cielo se había ennegrecido y ráfagas de aire anunciaban una posible tormenta veraniega.

Se acercó a la ventana y extendió el pañuelo entre sus dos manos. Se veía tan delicado que Abby lo sujetó con mimo entre sus dedos y lo admiró a través del trasluz.

—Es una maravilla… ¡Ahhhhhhh!

A su grito lo acompañó su cuerpo extendiéndose hacia afuera del alféizar de la ventana, intentando alcanzar la prenda, pues la doncella, en su amago de salir de la habitación, al abrir la puerta había producido tal corriente de aire que le arrancó de los dedos la prenda.

—¡Oh, no!

Sophie y las dos doncellas se acercaron también a la ventana.

Abby sintió que la tierra se abría a sus pies.

¡El último bordado de la duquesa!

No podía pasarle eso a ella. No podía perder el último recuerdo que el duque poseía de su madre.

—¡Vigilad dónde ha caído! —gritó mientras salía corriendo de la alcoba.

A Sophie no le dio tiempo a reprender a su hermana. No podía salir al exterior, acababa de ponerse a llover y se había girado un aire gélido.

Abby tenía el corazón en un puño, no podía pensar en nada excepto en recuperar aquella prenda.

Salió al exterior y la lluvia la recibió de pleno.

Ella no pareció darle importancia, su misión era otra, no podía detenerse por niñeces.

Achinó los ojos, el agua le golpeaba con fuerza. Se dirigió a la parte norte del castillo, miró a lo alto y gritó:

—¿Dónde está?

Las tres mujeres señalaron con el brazo en la misma dirección. Abby se dio la vuelta y allí lo vio, enganchado en la rama de un árbol.

Se dirigió rauda hasta allí y alargó su brazo cuanto pudo, pero le fue imposible llegar, por lo que buscó una rama caída.

—Vamos, vamos, vamos… por favor, por favor… —imploraba en voz alta oteando en todas direcciones.

Una ráfaga de viento desprendió el pañuelo y Abby gritó:

—¡Noooo!

Salió corriendo tras él, sujetándose el bajo del vestido para no tropezar.

El duque de Hamilton estaba apoyado en una viga del mirador de piedra gris que tenía en el jardín trasero. Había ido a caminar en un vano intento de sacar de su mente el momento más íntimo que había tenido con la condesa en su invernadero. Pero con cada segundo que pasaba, en lugar de ahuyentar esos pensamientos, conseguía excitarse más. Recordar esos labios tan tentadores le provocaba una excitación mayor.

«Demasiado tiempo sin intimar con una mujer», se recordó.

Era cierto, no era un hombre dado a mantener amantes, eso implicaba cierto grado de intimidad y encariñamiento, algo que él había rehusado desde que su madre se fugó. Tampoco le gustaba frecuentar a cortesanas, por lo que sus escarceos siempre solían tener algo en común: mujeres casadas con hombres muy mayores o mujeres descaradas que no buscaban más que una noche de pasión.

Sí, debía buscar a alguien con quien desfogarse porque sus pensamientos hacia la condesa seguramente debían de ser provocados por esa situación.

—¡Qué…! —Se despegó de la columna y se irguió.

¿Qué demonios hacía Abby corriendo como una gacela con el agua torrencial que estaba cayendo?

La persiguió con la mirada sin dar crédito a lo que veía.

Abby corriendo bajo la lluvia.

Abby corriendo bajo la lluvia, empapada.

Abby bajo la lluvia, empapada… ¡Metiéndose en el río!

Hizo amago de caminar para salir en busca de la condesa, y ¡por Dios, que tuviese una explicación coherente para su comportamiento irracional o él mismo la ahogaría en las aguas heladas del río!

Se detuvo en el último escalón del mirador cuando la vio salir del río y dirigirse hacia el otro extremo, corriendo casi sin resuello.

El duque sintió una hinchazón en su entrepierna al ver salir a Abby del río. Maldijo interiormente la moda femenina, vestidos ligeros por la mañana, de colores pálidos y tan delicados. Más, el que Abby había elegido, con un corsé bajo que realzaba sus senos atrayendo los ojos de cualquier hombre. Y ahora, viéndola ahí, con ese vestido veraniego azul claro, que bajo el agua se había pegado a su cuerpo como una segunda piel, y mostrando que en esa ocasión la joven tan solo llevaba una enagua que apenas parapetaba su silueta... Bufó tres veces consecutivas, intentando mantener el control en su ser, pero era casi imposible.

Abby empapada.

Abby empapada, con la ropa pegada a su piel.

Abby empapada, con la ropa pegada a su piel y los pezones duros.

—Dame fuerzas, buen Dios, solo soy un hombre —imploró al cielo.

A Abby le castañeteaban los dientes, estaba aterida. Se había tenido que meter en el río cuando el pañuelo quedó allí en medio, entre dos rocas. Justo cuando iba a alcanzarlo, como si alguien le estuviese gastando una mala broma, volvió a escaparse de entre sus dedos.

Trastabilló y se dio de bruces en un barrizal.

Al levantarse, de su cuerpo tan solo se podían ver sus ojos azules, el resto estaba embadurnado de barro.

Escupió la tierra que se le había quedado en los labios. Gracias a la lluvia, de su rostro se desprendió el fango, aunque no tuvo la misma suerte su vestido, que ahora parecía más pesado.

«Esta vez si la has hecho buena, te has coronado», se lamentó e intentó ahuyentar los reproches que tendría que soportar de su madre si la veía en ese estado. Más valía que recuperara el bordado con premura para que nadie la descubriera.

Con el corazón agitado porque pensaba que jamás alcanzaría el pañuelo, vio cómo este iba a parar al bebedero de los animales.

Abby se recogió el vestido, saltó la valla de madera y se lanzó a por el objeto.

Una vez en sus manos, lo apretó con fuerza, soltó un suspiró y se lo llevó al pecho.

—Ejem… —un carraspeo a su espalda la inmovilizó.

Deseó que la tierra se la tragara en ese mismo instante. Como parecía que las fuerzas divinas no escuchaban sus plegarias, tragó saliva con dificultad, temerosa de darse la vuelta.

—Lady Aberdeen —sonó la voz del duque de Hamilton un tanto áspera.

Abby apretó los labios. ¿Por qué tenía que pasarle eso a ella?

Se giró lentamente, avergonzada hasta la médula.

—¿Sí? —preguntó con naturalidad, como si no fuese la situación más surrealista de su vida, al tiempo que se llevaba las manos a la espalda para que el duque no viese lo que portaba.

—¿Podríais explicarme qué estáis haciendo en mis porquerizas?

Abby se quedó petrificada, ¿estaba de verdad dentro de una porqueriza? ¿Rodeada de cerdos?

¡No, no, no! No, no podía ser. La situación era surrealista pero no podía ser tan patética y sucia, ¿verdad?

Oteó de soslayo, intentando mantener el tipo.

«¡Cáspita! ¡Estoy en las pocilgas!», exclamó en su interior.

El duque le dio tiempo para responder.

Abby intentó buscar una explicación lógica que no la hiciese parecer una… ¡Loca!

Hamilton se cruzó de brazos, dando a entender que su paciencia estaba llegando al límite.

La joven carraspeó, anunciando que estaba incómoda y buscando las

palabras adecuadas.

—Decir que pasaba por casualidad no serviría, ¿verdad?

El duque levantó una ceja.

Abby hizo un gesto rápido de disculpa.

—Vale, vale… —se apresuró—. Necesitaba recuperar un objeto muy valioso.

El duque no cambió de posición.

—¿Tan valioso como para arriesgar su vida? —la recriminó con acritud.

Ella asintió lentamente, con un nudo en el estómago.

Hamilton dio un paso hacia adelante para estar más cerca de ella.

—¿Y bien? ¿Sería tan amable de mostrarme ese objeto tan preciado?

Abby, inconscientemente apretó el puño donde lo sostenía.

—¿Es necesario? —preguntó con la esperanza de que el duque dejase pasar por alto esa petición.

—Lo es.

Abby exhaló con fuerza antes de mostrar la prenda.

Al hacerlo, los ojos de Abby brillaron, parecía que fuese a llorar. O eso le pareció al duque, y no se equivocaba. En cuanto la joven vio el pañuelo tan sucio, arrugado y casi insalvable, sintió que quería morirse de la impotencia y la rabia por haber destrozado esa prenda.

—Lo… Lo lamento —se disculpó emotiva—. Tan solo quería admirar este pañuelo a la luz, y se me escapó de entre los dedos por la ventana.

Hamilton bajó la mirada, no entendía nada.

—Fue el último bordado de su madre —confesó—. Imagino que para vos es un bien muy preciado.

Niall clavó sus ojos en los de ella, ¿se había jugado la vida metiéndose en el río por un pañuelo?

Iba a reprenderla cuando Abby se anticipó, y le puso una mano en la boca para acallarlo.

—Os prometo que yo misma me encargaré personalmente de limpiarlo.

Niall no escuchó una sola palabra; en cuanto la suave piel de Abby rozó sus labios, su concentración desapareció. Estaba luchando interiormente

consigo mismo para no estrujar a Abby entre sus brazos, besarla hasta dejarla sin aliento y hacerla suya allí mismo.

«¡Estáis en los corrales!», se recordó.

La lluvia empezó a amainar.

El duque se quitó el tartán, se lo puso a Abby y esta, al ver los ojos encendidos del duque, no tuvo valor de protestar, aunque esa prenda quedase insalvable por culpa del barro.

En cuanto la joven estuvo protegida, volvió a enlazar su mano, tal cual había hecho en el invernadero, y la ayudó a salir de aquel sucio lugar.

Caminó junto a ella sin soltarla, llevándola hasta los establos, donde podría refugiarse hasta que cesase del todo la llovizna.

Nada más entrar, se dio la vuelta hacia ella con la intención de regañarla, pero escucharon unas voces y tiró de su mano para poder esconderse de la vista de cualquiera.

Se quedaron atrapados entre la semioscuridad y los bultos de heno de los animales. Él le hizo una seña para que guardase silencio.

Abby dudaba mucho de que los que por allí andaban no la escuchasen, pues los latidos de su corazón eran tan fuertes que estaba convencida de que se oían hasta en Londres, y eso que estaba en Escocia.

El duque notó que el tartán se le desprendía de un hombro dejando al descubierto su escote, y no pudo apartar los ojos de sus senos; se marcaban a la perfección. Y para colmo, la respiración abrupta de Abby los ensalzaba una y otra vez… y otra vez… y otra…

Haciendo un esfuerzo sobrehumano, levantó la vista y se topó con los ojos de ella.

Abby sonrió nerviosa, consciente de que se encontraban en una situación de lo más comprometida a los ojos de los demás.

Él entendió el mohín y acabó sonriendo también. Aquello parecía un mal sueño. ¿Cómo habían llegado a esa tesitura sin pretenderlo?

—Al duque de Hamilton se le ve bastante apuesto.

Sonó la voz del marqués de Frotell, tanteando a su hermana Victoria, que se encontraba a su lado, refugiándose de la lluvia.

—Sí, es muy apuesto —reconoció ella, honesta.

Abby y el duque, que se habían girado para buscar a los interlocutores, volvieron a su posición para mirarse entre ellos.

La sonrisa petulante del duque no tenía nada que ver con la respuesta de la joven, más bien se sentía feliz porque la primera vez que ambos hablaron y estuvieron a solas, fue parapetados tras los arbustos de *Armony House*. Y ahora ahí estaban, cinco meses después, escondidos entre balas de heno… juntos.

—A nuestro padre le haría muy feliz que el duque acabase siendo tu esposo —informó el marqués a su hermana—. Imagínate, ser cortejada por un duque, incluso antes de presentarte en sociedad.

Abby tragó saliva, estudiando la reacción de Hamilton.

—Si el duque tiene a bien fijarse en mí —pronunció la joven, carente de emoción en la voz—. Aunque dudo que eso suceda —anunció, dándose la vuelta y mirando a su hermano de frente—. Parece que Hamilton tiene en gran aprecio a lady Aberdeen.

El comentario agradó a Abby y sonrió plena.

Hamilton también lo hizo.

—Sí, todos lo hemos notado —afirmó el marqués—. Pero no está tan interesado en la condesa como para que sea su mujer.

Abby intentó mantener la sonrisa, aunque le fue imposible.

—¿Cómo lo sabes?

—Se conocen desde hace tiempo, sabe que es una debutante y no ha dado muestras de querer cortejarla —razonó—. De ser así, ya sería del conocimiento de todos, ¿no crees?

La joven se quedó pensativa.

—Sí, es posible.

Abby notó como si una daga atravesase su estómago. «Nunca estará interesado en mí», pensó.

Niall observó el rostro de Abby, su sonrisa había desaparecido.

Se sintió un auténtico estúpido.

—Aunque a mí no me ha pasado desapercibida —reconoció el marqués.

—¿Quieres decir que estás interesado en la condesa?

Abby pestañeó.

El duque esperó casi sin respirar la respuesta.

—Lo poco que he podido tratar con ella durante el almuerzo ha despertado mi curiosidad, me ha parecido interesante —confesó a su hermana—. Además, es una muchacha muy bonita.

Niall estudió la reacción de Abby, no le gustó el modo en que se sonrojó.

—Estoy convencida de que tendrá la aprobación de nuestro padre —afirmó Victoria—. Es condesa.

—Sí, dudo que ponga objeción alguna —pronunció pensativo—. ¿Crees que debo cortejarla?

Abby se llevó las manos a la boca para no emitir un gritito.

El duque apretó los dientes.

—¿Es lo que espera la dama? —preguntó Victoria mirando a su hermano fijamente—. No veo la necesidad de un cortejo.

Abby bajó las manos y miró al duque con intensidad buscando en sus ojos una respuesta, algo que indicara que estaba molesto, ofendido… celoso.

Lo único que encontró en ellos fue frialdad. Se sobrecogió, pues hasta ese momento, en las veces que se habían encontrado nunca había visto en ellos esa mirada tan gélida.

No sabía qué pensar al respecto, pero se repitió en su mente la frase que le daba la respuesta: «No ha dado muestras de querer cortejarla».

—Con cualquier otra dama me bastaría con pedir su mano —razonó el marqués—. Pero el matrimonio de los marqueses de Stanford fue por amor y, por lo que he averiguado, lady Aberdeen tiene el favor de su padre; ella tiene la última decisión.

—Benedick, eres marqués, heredarás un ducado —anotó su hermana, con tranquilidad—. Cualquier dama aceptará encantada tu proposición.

—Sí, supongo que tienes razón —respondió dubitativo.

—¿Entonces por qué estás preocupado?

—No lo sé, pero… Al igual que tengo la certeza de que Hamilton no está interesado en ella, estoy convencido de que no sucede lo mismo en el caso contrario.

Abby tragó con dificultad. ¿Tan evidentes eran sus sentimientos por el duque para los demás?

Hamilton apretó tanto los dientes que se le marcó la mandíbula. ¿Qué sabía ese idiota para afirmar que él no estaba interesado en Abby?

—No debes preocuparte —aconsejó Victoria—. Razón de más para que la condesa acepte tu propuesta de matrimonio. Si el duque no está interesado en ella ahora, ¿por qué iba a estarlo más adelante?

Otra daga atravesó a Abby. ¡Qué gran verdad! ¿Por qué iba a estarlo más adelante?

Bajó la cabeza derrotada.

El duque llevó de nuevo su mano a la barbilla de ella, obligándola a mirarle. Necesitaba ver sus ojos y que ella viese en los suyos la verdad.

«¿Qué verdad quieres que vea? ¿Que eres un hombre incapaz de abrir su corazón?», se preguntó. Y sí, quería que ella lo viese, que supiese que no era por ella, que él no podía… ¿o sí podía? Estaba aterrorizado, él, el hombre de hielo, el que era incapaz de sentir empatía por nada ni nadie…

La tormenta cesó y los hermanos salieron de las caballerizas para entrar de nuevo al castillo.

Abby estaba temblando y no era por el frío.

—Debería regresar a mi alcoba —pronunció Abby con voz queda—. Es mejor que me seque antes de que…

No pudo terminar la frase, se le quebró la voz.

El duque se interpuso en su camino, impidiendo que se alejase de él.

—Soy el *duque de hielo*, Abby —dijo con voz ronca—. El amor es un sentimiento que no está a mi alcance —confesó en voz alta—. Vos sois una mujer soñadora que anheláis enamoraros y casaros como lo hicieron vuestros padres.

Abby pestañeó, sin comprender qué significaban las palabras del duque.

—No puedo cortejaros prometiéndoos amor, porque no merecéis que os mienta —reconoció con tanta honestidad que Abby sintió que se iba a desfallecer—. De poder conocer o creer en el amor y amar con libertad, os aseguro que vos seríais la única mujer a quien pediría en matrimonio.

En un acto reflejo, Abby se llevó las manos unidas al estómago.

Se quedaron en silencio.

Se miraron a los ojos.

Ella encontró la súplica del duque; necesitaba tiempo.

Él reconoció en los de ella que lo había entendido.

De manera unísona, sonrieron como dos tontos enamorados, sin ser ninguno de los dos conscientes de ello.

Capítulo XVIII

Incluso a un duque la infancia se le puede truncar

Después de entrar en el castillo por la puerta de servicio, a escondidas y con la ayuda del duque, Abby gozó de un buen baño reparador.

Fiel a su promesa, se encargó personalmente de limpiar el pañuelo. Lo tenía entre sus manos y estaba sonriente, había quedado impecable.

—El carruaje está preparado, milady —anunció la doncella.

Abby asintió y le pidió que se adelantara, ella tenía una última cosa que hacer antes de regresar a *Valley of Thistles*.

—¿Sabéis dónde está el duque? —preguntó antes de que su doncella cerrase la puerta.

—Está reunido con algunos invitados en el salón principal.

En cuanto la mujer cerró la puerta, Abby, con el corazón acelerado, exhaló con profundidad antes de colarse en el aposento del duque.

Al entrar le temblaron las piernas, si alguien la descubría allí sería su ruina.

Oteó con atención, la habitación estaba pulcra y era inmensa. Nunca había visto una cama tan grande, tragó con dificultad al imaginarse al duque allí postrado.

Negó con la cabeza para quitarse esos pensamientos, y continuó su reconocimiento del lugar.

Era muy elegante, desde luego, pero también parecía muy impersonal… frío.

Se le encogió el estómago. «Soy el duque de hielo», esas habían sido sus palabras y a ella le hubiese encantado en ese momento acariciar su rostro, cubrirlo de besos y susurrarle que para ella no había nada de frío en él.

Sonrió y suspiró.

Sus pies se movieron sin control, atraídos hacia esa enorme cama, donde *su duque* dormía cada noche.

«¿Mi duque?».

Sí, para qué lo iba a negar, pues para ella no había nadie más.

Se sentó en el borde y la sensación no le fue desagradable, más bien lo contrario, por lo que se aventuró a tumbarse por completo. Cerró los ojos y se

recreó con el mullido almohadón de plumas de oca.

Giró la cabeza y el aroma que aspiró le recordó al duque. Sus pensamientos vagaron libremente, lo veía a él sonriendo, rozándole la mejilla y acercándose a ella para besarla. Y sin previo aviso, como un resorte, saltó de la cama.

Nerviosa por lo que había sentido, se echó a temblar. Tragó saliva. Sin saber cómo, su cuerpo se había calentado de una forma irracional, y entre sus piernas pareció notar un cosquilleo inusual.

Dejó el pañuelo sobre la almohada y salió corriendo al aseo; necesitaba un orinal, o eso pensaba ella, aunque esa humedad entre sus piernas no era por ganas de orinar.

***

El marqués de Stanford entró en la alcoba de su esposa.

—Debes levantarle a Abby el castigo —ordenó.

—Me temo que eso no…

—Vas a ir a su recámara a avisarla de que debe arreglarse para la cena. —la interrumpió el marqués, no estaba sugiriendo y su palabra era ley.

—Milord…

El marqués levantó el brazo tajante.

—Nunca me he inmiscuido en la educación de nuestras hijas —adujo con voz severa—. Pero jamás toleraré que por chismorreos de indeseables —aludió a la vizcondesa Armony y al vizconde Urrea—, mi hija piense que es indigna de sentarse a la vera de un duque.

La marquesa se tensó.

—¡Por supuesto que no!

—Bien, me complace que estemos de acuerdo —pronunció ofendido porque su hija hubiese llegado a esa conclusión—. Por ello, ordenarás que le preparen su mejor vestido. Bajará a cenar y demostrará que no solo está a la altura de un duque, sino que además, nadie puede poner en entredicho que la hija del marqués de Stanford no es una verdadera dama.

A la marquesa se le iluminaron los ojos.

—¿Acaso ella piensa que no lo es? —indagó con voz temblorosa.

El marqués se quedó mirándola, no necesitó respuesta.

La marquesa se llevó las manos a la cara para ocultar sus lágrimas.

—Nunca pretendí que ella pensara tal cosa —lloriqueó—. Mi intención era salvaguardarla de los rumores que circulan por Londres, pero jamás, ¡jamás pretendí que nuestra hija se sintiese infravalorada!

El marqués se acercó a su esposa y le puso una mano en el hombro.

—Lo sé —aseguró—. Y ahora avisa a nuestra hija, porque el duque la ha elegido a ella para acompañarlo a la mesa.

La marquesa se derrumbó sobre el pecho de su marido.

—Eso es imposible, nuestra hija partió para *Valley of Thistles* hace una hora.

***

El duque estaba ansioso por ver aparecer a Abby, sus ojos no paraban de desviarse hacia la escalera.

¿De qué color iría vestida? ¿Y qué mascara habría elegido para la fiesta? Daba igual, no existían colores que pudiesen desfavorecer a la condesa.

Vio acercarse a los marqueses de Stanford en su dirección.

—Excelencia —intervino la marquesa—. Le ruego disculpe la ausencia de Abby esta noche, se sentía indispuesta.

El duque se tensó.

¿Acaso había enfermado por meterse en el río?

El marqués se sorprendió, el duque había palidecido.

—En tal caso daré la orden de que avisen al médico —se preocupó.

—Oh, no, no, Excelencia —negó la marquesa con celeridad—. Ya ha sido debidamente atendida.

El marqués, al ver que el joven no parecía tranquilo, intervino:

—No hay por lo que preocuparse, tan solo se trata de una indisposición momentánea.

El duque asintió lentamente con la cabeza.

El reloj marcó la hora, y a pesar de que desde ese momento se sintió sin motivación para continuar con la velada, se vio obligado a seguir adelante. Él era el anfitrión y un año más, su cumpleaños iba a ser un suplicio.

El duque de Manfford pasó por detrás de Hamilton con su hija del brazo.

—Lady Victoria —pronunció con voz áspera, sin preguntar y sin ser apenas cortés. Tan solo extendió su brazo para que la joven lo acompañara.

La muchacha hizo una pequeña reverencia y se aferró a su brazo, con gran diligencia y educación.

Todos siguieron al duque de Hamilton y su pareja hasta el comedor principal.

El duque de Manfford sonrió de oreja a oreja, mostrando el agrado que sentía al ver a su hija como la invitada más especial.

La marquesa, por el contrario, fingió una sonrisa, pues era su hija quien merecía ese puesto.

La opípara cena, como era de esperar, estuvo a la altura del anfitrión. Unos entrantes de albóndigas de hígado de cordero y el típico *haggis*, preparados por las manos divinas de la afamada cocinera de *Great Castle*, abrieron la cena. A continuación le siguió una sopa de Eglefino ahumado. El salmón a la plancha con espárragos salteados fue un éxito. Aunque los platos estrella fueron el pastel de carne de ternera con riñones a la salsa de romero y el faisán acompañado de patatas rellenas de queso. Por último, el postre eclipsó a todos: ocho fuentes con diversos pasteles, más el típico *Yorkshire pudding*, acompañado de las afamadas peras al vino de la señora White.

La cena transcurría y los invitados parecían pasarlo bien, el ambiente era agradable. Excepto el anfitrión, que como venía siendo habitual en él, no mostraba ningún tipo de emoción.

La fiesta de máscaras tampoco pareció animar al duque, más bien lo contrario, sus pensamientos estaban muy lejos de aquel lugar. Fue una suerte que nadie pudiese verle el rostro, al estar parapetado por un antifaz, pero sus ojos hablaban por él. La única persona que se los estudió a fondo fue el marqués de Stanford.

En cuanto entró en sus aposentos, su ayuda de cámara le informó de que la condesa había abandonado *Great Castle*. El duque exigió a Otto que se retirara, no tenía ánimo para ningún tipo de compañía.

«Excepto la de Abby», pensó.

Al quedarse a solas, se desprendió de su levita y la lanzó de malas maneras al otro lado del vestidor.

Respiró hondo y se encaminó hacia la puerta que separaba su recámara de la que había pertenecido a su madre, la abrió con brío, y nada más pasar a la

estancia que separaba ambos aposentos, se detuvo en el acto.

Cerró los ojos.

Allí olía a Abby.

Al abrirlos, buscó con la mirada la bañera y sonrió, pensando que ella la había utilizado horas antes. Se acercó al tocador y prendió el candil. En cuanto la luz alumbró el lugar, caminó hasta la bañera; estaba vacía y sin embargo, allí seguía su perfume, metiéndose por los poros de su piel, ¿cómo podía seguir oliendo a ella?

Fue a darse la vuelta y entonces lo vio, allí estaba su respuesta, la pastilla de jabón junto a la jofaina de agua. Alargó su brazo y la tomó con una mano para llevársela a la nariz.

Sí, era su aroma. Con ella en la mano, regresó a su dormitorio.

Se quitó toda la ropa excepto sus calzas, y se metió en la cama. Notó algo en su almohada y, lo más curioso, el perfume de azahar lo volvió a embriagar.

Se incorporó y encendió el candil que había junto a su cama.

El pañuelo que Abby tanto se había afanado en recuperar estaba ahí, eso significaba que…

«¡Ha estado en mi habitación!», exclamó.

Su corazón se aceleró como si hubiese descubierto oro.

Lo tomó entre sus manos y lo aspiró, su sonrisa fue plena. Abby lo había lavado con su propio jabón.

En ese instante, sus ojos se clavaron en un bucle largo y dorado.

No podía ser verdad, debía tratarse de una alucinación. Alargó la mano y lo agarró para verlo mejor. No, no era una quimera, era un cabello de ella.

Abby había estado en su dormitorio.

Abby había estado en su dormitorio y se había tumbado en su cama.

¡En su cama!

Se dejó caer, dejando las piernas flexionadas tocando el suelo, y se cubrió el rostro con el pañuelo.

¿Cómo se había llegado a convertir en el duque de hielo? La respuesta fue rápida: el día que su madre los abandonó.

Ese mismo día él encontró la carta; la nociva nota que destrozó a su

familia, a su padre y su infancia.

Notó desasosiego al recordarlo.

Ahí estaba él, con diez años de edad, entrando en el despacho de su padre, donde halló el infierno sin buscarlo.

Su padre estaba tumbado en el diván, con los ojos enrojecidos, el pelo alborotado, la corbata desanudada y los brazos caídos, aferrando en una mano la nota en la que su madre confesaba que ser la mujer de un duque no era suficiente; quería vivir aventuras nuevas.

Y por supuesto, esa fue su última aventura. ¿Suerte o desgracia? ¿Quién sabía la respuesta? Él, después de dieciocho años seguía sin comprenderlo.

Lo único que tenía eran los malditos recuerdos. Recordaba cómo él mismo, después de leer aquella carta en la que su madre no mostraba ninguna pena por abandonar a su hijo, la tiró al fuego para que nadie llegase a saber la verdad.

Y ahí empezó todo, cuando decidió que no permitiría que ninguna otra persona le causase tanto dolor.

Se convirtió en un niño hermético, sin amigos, sin distracciones, sin sueños…

La respiración empezó a tornarse fuerte, se notaba su desasosiego.

Si solo hubiese sido la muerte de su madre una desgracia pasajera: pero no, ese mismo día se abrieron las puertas del infierno para él, pues nunca más volvió a ver a su padre como antes. Apenas podía admirar la figura paterna que tanto había venerado en el pasado y en la que quería convertirse, porque ese mismo día el gran duque de Hamilton empezó a beber, como si aquel líquido fuese a borrar todos sus recuerdos y su amor desesperado por su mujer.

El pañuelo que todavía cubría su rostro subía y bajaba; la respiración del duque era ansiosa, amarga y desesperada.

Tan solo una persona compartió parte de su carga, un empleado fiel que jamás cuestionó el comportamiento lastimero y reprochable del duque: su ayuda de cámara. Lo único decente que desde ese día hizo su padre, fue emborracharse en su habitación, lugar que Niall visitaba a diario en busca de su peor pesadilla: su padre tirado de cualquier manera y rodeado de vómito.

Y así, sin más, con diez años su infancia se vio truncada. Cambió el jugar

con otros niños, por limpiar a escondidas para que nadie viese los estragos que su padre ocasionaba. Y lo hizo durante cinco años más, hasta el día en que su padre falleció.

Podría haber dejado que sus empleados lo hiciesen por él, pero era tan vergonzoso y humillante que encontrasen a su padre en ese estado de embriaguez diario, que él mismo tomó esa decisión, hasta que dos años después, una mañana, su ayuda de cámara lo encontró antes de que llegase él.

El hombre debió de sentir tanta lástima por el niño, que de su boca jamás salió una palabra de aquello.

Niall se removió, aunque continuó en la misma posición, tumbado, cubierto y con la respiración acelerada.

Así fue, sí, así fue como se convirtió *en el niño de témpano*, para más tarde acabar siendo *el duque de hielo*. Sin acudir al colegio que tenía destinado, pues su padre, en un momento de lucidez, escuchó sus súplicas para quedarse en *Great Castle* con los mejores tutores de Escocia, porque no podía alejarse y que todos descubrieran el rastrojo en el que se había convertido el gran duque.

Todos pensaron que había enfermado de melancolía, y en parte era cierto, pues hasta el día del abandono su padre nunca se había emborrachado. Sintieron lástima por él, pero era mejor la lástima que la vergüenza.

Apretó los puños y de su boca salió un exabrupto.

El día antes de morir el gran duque, Niall, con quince años de edad, escuchó de la boca de su padre ebrio: «Si no quieres acabar como yo, no te cases por amor.»

Se incorporó y se quedó sentado en la cama, le faltaba el aire.

Se levantó y se dirigió a la ventana, miró el cielo y sin pensarlo se giró, se puso los pantalones y, sin camisa y descalzo, abandonó la habitación.

Salió al exterior y buscó un claro donde sentarse a contemplar las estrellas, un hábito que se había convertido casi en costumbre desde que compartió con Abby aquel momento tan especial. Y allí, en silencio, contemplando el infinito empezó a sentir paz.

El marqués de Stanford, que estaba cerrando la ventana en ese instante, observó al duque.

Se metió en la cama, junto a su esposa.

—Acabo de descubrir que el duque comparte cierto hábito con nuestra hija.

—¿Cuál?

—Contemplar las estrellas.

La marquesa miró a su esposo, y al cabo de unos segundos sonrió.

—¿Quién sabe, milord? Igual un día las contemplan juntos.

Capítulo XIX

El duque fue el primero en bajar a desayunar, vestido con ropa de montar.

El salón de mañanas estaba preparado con todo tipo de enseres para el desayuno de sus invitados.

Para esa mañana había organizado la misma actividad de todos los años, aprovechando la temporada de la caza de la perdiz.

Tomó un plato y se acercó a las viandas; se sirvió huevos revueltos, beicon, pan de calabacín recién horneado, y dudó entre alubias o arenque. Al final se decidió por las alubias.

Desayunó embriagándose del silencio, como estaba acostumbrado.

El mayordomo entró para comprobar que todo estaba en orden.

—William, ¿ha llegado algún aviso de *Valley of Thistles?* —preguntó ansioso, por si había alguna nueva de Abby y su estado de salud.

—No, Excelencia —respondió el mayordomo.

El duque continuó dando cuenta de su desayuno.

El señor Henkin, que sentía cariño por el duque desde que en su día fue el ayuda de cámara de su padre, sintió la necesidad de ayudar al joven duque. A su parecer, el hombre que tenía delante podía tener al alcance de su mano la felicidad de nuevo, la misma que el destino le había arrebatado a los diez años.

—Es posible que lady Aberdeen esté recuperada de su indisposición —comentó de pasada, para que no se percatase de que tramaba algo más: que el duque volviese a sacar a la luz todos los sentimientos ocultos. Por eso, continuó hablando porque necesitaba saber hasta qué punto él estaba en lo cierto con respecto a lo que su señor sentía por la joven—. Claro que también puede que haya empeorado y no den aviso para que sus padres y usted disfruten de los eventos organizados para el fin de semana.

Niall se quedó pensativo, arrastró el plato hacia delante y se puso en pie.

—Que preparen mi montura —ordenó.

—Ya está todo dispuesto, Excelencia.

El duque se dirigió a los establos con premura.

El mayordomo sonrió. No se equivocaba, su señor sentía por la joven

condesa más de lo que nadie pudiese imaginar. Incluso el duque era ajeno a esos sentimientos que antes o después tendría que mostrar ante los demás, y sobre todo, ante él mismo.

Hamilton cabalgó sin descanso hasta *Valley of Thistles* con un único pensamiento: Abby.

El mayordomo le guio hasta la sala de mañanas; a un duque no se le dejaba a la espera en la sala pequeña.

En cuanto se cerró la puerta, Niall se quedó de pie esperando a que de un momento a otro Abby entrara. Fue un alivio cuando el mayordomo le aseguró que iría a avisar a la condesa de su llegada, eso significaba que no estaba tan indispuesta; de lo contrario no le harían esperar, pues ella no le recibiría en su alcoba.

«Lo que daría por ser recibido en su… », negó con la cabeza, amonestándose por llevar sus pensamientos por unos derroteros tan inapropiados.

Un movimiento extraño a su espalda le llamó la atención. Se dio la vuelta y agrandó los ojos, pues lo único que se veía desde esa posición eran los pies y las faldas en movimiento de una mujer pataleando en el aire.

Dio un par de pasos para observar con más detenimiento.

No, no era cualquier mujer, era la condesa colgada de un árbol.

Se encaró a la puerta acristalada que daba al exterior, justo donde se encontraba la joven, la abrió y le preguntó:

—¡¿Qué hacéis colgada de la rama de un árbol?! ¡¿Habéis perdido por completo la razón?! —sonó muy enervado, tal y como se sentía.

Abby, que hasta ese mismo instante había estado enganchada de la rama intentando rescatar a su gato, cayó de golpe.

—Ahh… —Su queja de dolor casi fue inaudible, no quería mostrarlo pues el duque… ¡El duque se enfadaría!

El corazón se le aceleró, ¿qué hacía Hamilton en su jardín?

—Estoy esperando una respuesta por vuestra parte, milady.

La condesa apretó los labios, ¿qué responder a su imprudente comportamiento?

—¿De verdad queréis saberlo? —indagó con esperanza. Igual, si lo pensaba mejor el duque, pasaría por alto su curiosidad.

—Mi respuesta es taxativa: sí.

La joven miró en rededor buscando a Romeo, pero el felino cobarde la había dejado sola.

—Romeo había trepado al árbol y no podía bajar.

El duque levantó una ceja, instándola a dar una aclaración mayor.

—Romeo es mi gato, Excelencia —informó, estudiando el grado de enfado del duque.

Si Hamilton estaba confuso, la aclaración no le satisfizo. Abby se podía haber lastimado con gravedad de haber caído mal.

—Imagino que sois consciente de que un felino está capacitado para trepar, ¿verdad? —pronunció jocoso.

—Es obvia la respuesta, así que por favor, ahorradme vuestra ironía —respondió, molesta, la condesa.

Vale que trepar a un árbol no fuera una actividad diaria en una dama. Bueno, ni diaria ni nocturna. Que el duque estuviese molesto por verla en esa tesitura, hasta podía comprenderlo. Ahora bien, lo que no iba a permitir es que la tomase por una necia.

La súplica consiguió aplacar el enfado del duque. Aunque ella debía comprender que si él estaba en ese estado de inquietud no era por querer amonestarla, sino porque estaba preocupado.

—Os podíais haber lastimado —dijo mirándola a los ojos.

Abby tragó con dificultad, ¿cómo decirle que se había dañado el tobillo sin que él le echase en cara su irresponsabilidad?

Pensándolo detenidamente, se dio cuenta de que podía haber esperado un poco más, ver si Romeo actuaba como se esperaba de él y saltaba del árbol, como había hecho en cuanto ella intentó cogerlo. O bien, podría haber avisado a un criado.

El duque, que no apartaba los ojos de ella, leyó la súplica en ellos.

Frustrado porque Abby no hubiese sido capaz de confesar la verdad nada más caer del árbol, rugió al tiempo que doblaba sus rodillas para alzar a la condesa entre sus brazos.

Ella no protestó, tan solo llevó sus manos alrededor del cuello del duque para sujetarse. Avergonzada y con las mejillas ardiéndole, dejó caer su cabeza en el hombro de él para que no pudiese mirarla.

Caminó hasta la puerta por la que había accedido al jardín y traspasó el umbral con ella en brazos, sin pensar en nada. Tan solo deseaba dejarla en un lugar seguro donde no sufriera daño alguno. Halló un butacón enorme que estaba convencido de que era el que usaba el marqués cuando estaba en esa estancia.

Abby suspiró resignada y su aliento fue directo al cuello del duque. Fue tal el placer que sintió, que por poco se queda paralizado en mitad de la sala, pero consiguió llevarla hasta la butaca y la dejó allí sentada, mientras él se arrodillaba delante de ella.

—¿Dónde os habéis lastimado?

—En el tobillo izquierdo —confesó.

Sin pensar en lo impropio de aquella situación, cogió el pie de Abby, la descalzó, y al ver la hinchazón de la zona afectada, colocó sus dos manos ahí, como si con ese gesto pudiese borrar el dolor de la joven.

Levantó la cabeza y la miró.

Ella tembló al sentir su mirada, parecía tan consternado.

—No es tan grave como parece —intentó tranquilizar al duque.

Este volvió a bajar la cabeza para mirar de nuevo.

Con sumo cuidado, dejó el pie en el suelo. Se levantó y fue directo al tirador para avisar al mayordomo.

No tardó en llegar el hombre y, nada más entrar, se disculpó.

—Perdonadme, Excelencia, la condesa no se encuentra… —dejó la frase en el aire al verla allí sentada.

—Traed una palangana con agua fría y ungüento para el dolor —ordenó el duque como si fuese el dueño y señor de la casa en la que se encontraba—. Mandad recado al médico para que venga de inmediato.

El mayordomo no replicó, hizo una reverencia digna ante el duque y salió de la sala.

Hamilton se dio la vuelta y observó a Abby, que lo miraba con inquietud.

Se quedaron en silencio durante un buen rato, hasta que la doncella personal de Abby entró junto a otra sirvienta con el mandado del duque.

Se acercaron a la condesa y dejaron la palangana con el agua en el suelo, la toalla en un reposabrazos del sillón, y el bote del ungüento en el otro.

Cuando la doncella se fue a agachar para curar a Abby, el duque se pronunció:

—Pueden retirarse —ordenó de nuevo.

La doncella le miró como si le hubiesen salido dos cabezas, pero la frialdad de los ojos del duque consiguió que ambas mujeres se alejaran sin pronunciar palabra.

El duque se volvió a arrodillar y tomó la pierna de Abby como si fuese de porcelana.

—No… no es necesario que… —se calló ella, pues le dedicó tal mirada afilada que se sintió incapaz de continuar.

Él llevó el pie de Abby hasta su pecho y lo dejó ahí apoyado mientras con delicadeza, una que ninguno de los dos hubiese jurado que existía en el duque, deslizaba los dedos suavemente, subiéndole las faldas a la condesa hasta la rodilla; eso les hizo estremecer a los dos. Ella mantuvo la respiración, ¡era impropio y descarado! Aunque apartó ese pensamiento, pues el contacto de los suaves y largos dedos del duque le producía una sensación de bienestar inaudita.

Él la observó y su respiración se acrecentó cuando sus dedos rozaron su pálida y sensible piel.

Tragó con dificultad al comprobar que la condesa utilizaba unos calzones cortos, por lo que tuvo que meter sus manos por dentro, a la altura de la rodilla, para bajar la media.

Abby se paralizó e intentó ocultar un gritito de satisfacción.

El duque bajó la mirada con lentitud, pasando de sus ojos a su cuello, para notar cómo ella tragaba. Recorrió aquel cuello con esmerada parsimonia, memorizando cada reacción de Abby ante su contacto. Y lo notó, sintió ese cambio febril en su cuerpo, subiendo su temperatura hasta alcanzar un calor sofocante, el mismo que él sentía en ese momento.

Se quedó ahí, pensando si sería una mala decisión continuar o no, pero su lado humano, el que junto a Abby no podía controlar, tomó la decisión por él. Continuó con aquella exploración visual hasta que llegó al escote cuadrado desde el que vislumbró dos senos apetitosos. Los que él tenía grabados en su mente desde el día anterior.

De nuevo se quedó mirándola fijamente durante unos segundos, los mismos en que sus manos se deslizaron con agrado, acariciándola desde la

rodilla hasta el tobillo, provocando en la condesa un suspiro que no pudo retener.

Hamilton se sintió satisfecho, él había provocado ese sonido embriagador que hizo eco en la estancia. Más cuando a continuación, se marcaron de nuevo esos pezones que le habían impedido pegar ojo esa noche.

Eso fue el toque de gracia, él no podía seguir en ese estado de endurecimiento, su miembro viril pedía a gritos acabar con aquella molestia continua que suponía estar tan cerca de la condesa y no saciar su apetito por ella.

Volvió a mirarla a los ojos, necesitaba su aprobación. Sabía que iba a cometer el mayor error de su vida, pero estaba con Abby, y por ende, excitado sin control.

Abby no tenía contención, cada caricia del duque provocaba una sensación nueva, extraña y muy, muy placentera. Apenas se reconocía, tan solo deseaba seguir sintiendo aquella placentera y gustosa inquietud que él le provocaba. Le miró a los ojos y perdió del todo el sentido común, pues alargó su brazo y acunó el rostro del duque, como si con ese gesto lo invitase a dar un paso más, uno que podía acabar mancillándola, pero que bien merecía ese sacrificio con tal de poder besar, acariciar y dejarse llevar entre los brazos de él.

Niall por fin sonrió, aceptando que ya no había vuelta atrás, iba a besarla y seguramente mucho más.

Acercó su cara a la de Abby en busca de esos tentadores labios que ella le estaba ofreciendo, cuando el maullido de Romeo lo paralizó.

Giró la cabeza y la realidad lo golpeó de pleno.

Se tensó, se echó hacia atrás y apartó las manos de la condesa como si ella quemara.

Abby se quedó paralizada, ¿qué había hecho mal? Seguramente haberse mostrado como una mujer libertina.

El duque volvió a coger el pie de Abby con una sola mano, mientras con la otra acercaba la palangana para dejarlo allí en remojo y apartarse de inmediato.

«¡Te mintió!», se dijo.

Esa era la realidad, pues una mujer indispuesta no hubiese sido capaz de

subirse a un árbol para salvar a su mascota.

Recordó a su madre y sus mentiras.

Clavó la mirada en ella, la que todo el mundo conocía; la del duque de hielo.

—Mentisteis —se expresó sin más.

Observó cómo Abby se avergonzaba y decidió que debía marcharse de allí cuanto antes.

Giró sobre sus talones y dio dos pasos para abandonar *Valley of Thistles,* cuando la voz lastimera de Abby le retuvo:

—No era digna de sentarme a vuestra vera —confesó, aguantando el llanto.

Hamilton no se movió, permaneció allí, inmóvil, dándole la espalda.

—Hubiese dado la vida por disfrutar de vuestra fiesta, pero mi madre me lo prohibió.

Él ladeó la cabeza sin apenas girar el cuerpo, atónito por la amargura de su voz.

—Hace un par de semanas mi madre viajó hasta Londres —le informó porque deseaba que él supiese la verdad—. Por lo visto, el vizconde Urrea ha pregonado que tengo cierta tendencia a menospreciar la inteligencia de los caballeros.

Niall se dio la vuelta por completo, quería mirarla de frente, pero no la interrumpió.

—Y la vizcondesa Armony y su hija Jezabel han estado muy ocupadas mofándose en todas partes de mi nuevo título: *La condesa calzones*.

No podía seguir mirando al duque a la cara, por lo que agachó la cabeza para continuar con su explicación:

—Al llegar a los oídos de mi madre, tomó la decisión de apartarme de la sociedad durante el resto de temporada de este año. —Se le quebró la voz—. Aunque me permitió acudir a vuestro almuerzo para que vos no os sintierais ofendido por mi desplante.

El duque, obnubilado con la aclaración, sintió que la sangre le hervía.

—Debo aprender a comportarme —siseó casi para sí misma—. No era mi intención mentiros —aseguró, todavía con la cabeza agachada—. Aunque

debo agradecer a mi madre su decisión, pues estoy convencida de que habría cometido algún error y podría haberos avergonzado ante vuestros amigos.

Se le volvió a quebrar la voz, no quería llorar delante del duque.

—En cualquier otro lugar, los dimes y diretes me hubiesen dado igual —se sinceró de corazón—. Ante vuestros invitados no me lo habría perdonado, porque sé que son importantes para vos.

Niall apretó los puños. Si hubiese tenido a Urrea delante le habría partido la cara sin compasión por haber llevado a Abby a ese estado de aflicción.

—Miradme —suplicó, consiguiendo que Abby levantara la cabeza y fijase su mirada en él.

Se acercó para no tener que alzar la voz. No quería sonar áspero, por lo que intentó mantenerse frío, algo que de normal no le costaba, pero que ante Abby parecía imposible.

—De los cuarenta invitados tan solo os considero amiga a vos.

Abby parpadeó con rapidez, intentando retener una lágrima que se asomaba peligrosamente. Una reacción tardía, pues esa solitaria gota recorrió su mejilla.

El duque no pudo permanecer pasivo, se arrodilló de nuevo, alargó su brazo y la paró con su dedo pulgar.

—Sois la única persona que yo deseaba tener a mi vera —declaró con humildad—. Vuestra vitalidad, honradez, inteligencia, sinceridad y espontaneidad son vuestro mayor encanto —halagó sin apartar los ojos de los de ella—. No volváis a pronunciar que no sois digna, pues me ofendéis y os ofendéis a vos también.

—Pero… —Él le puso su dedo índice en los labios, acallándola.

—Nunca he tenido amigos —confesó con vergüenza—. Permitidme que actúe como tal y os proteja.

Abby sintió que todo se desvanecía a su alrededor.

Él quería abrazarla, susurrarle palabras de ánimo al oído y protegerla como el amigo que se sentía que era. Y esa protección comenzaba por ayudarla a dejar de infravalorarse por la necedad de personas cuyas palabras y actos no tenían ningún valor para él.

La condesa, al ver plasmada la preocupación en el rostro del duque, sonrió para aliviarle. Un mohín que consiguió su propósito, pues él respondió de

igual manera, recuperando esa magia que existía entre los dos.

Alargó el brazo y tomó la toalla para secar el pie de Abby.

Acto seguido, le esparció el ungüento por el tobillo con sumo cuidado, intentando no caer de nuevo en la tentación.

Una vez terminada su tarea, se lavó las manos y se puso en pie.

—Podíais habérmelo contado —la recriminó con cariño, pues el día anterior él le había brindado la oportunidad de confesar su desconsuelo—. Así hubiésemos urdido un plan para acudir a la fiesta de máscaras sin que nadie se percatase.

Abby se carcajeó, un sonido que envolvió la sala, provocando una agitación y satisfacción en el duque.

—¿De qué os reís? —preguntó por preguntar, pues él tan solo quería seguir escuchando esa música celestial.

—¿Con mi estatura? —se mofó y volvió a reír—. ¿Cuántas invitadas con mi porte había en la fiesta?

El duque lo pensó y al final también se carcajeó. Ella tenía razón, la hubiesen descubierto de inmediato.

Vieron acercarse el *gig*[4] del médico.

Abby miró la hora en el reloj que estaba sobre la repisa de la chimenea y se sobresaltó.

—¿No teníais que ir de caza hoy? —preguntó alarmada.

—Sí.

Esa respuesta, dicha con tanta tranquilidad, la dejó pasmada.

—Entonces, ¿están esperándoos vuestros invitados?

—Sí.

Abby agrandó los ojos tanto, que el duque no pudo evitar reír.

¿Había dejado a sus invitados para estar con ella?

—Os dais cuenta de que es una grosería por vuestra parte, ¿verdad?

El duque hizo un gesto despreocupado.

Abby se tapó la cara con las dos manos.

Él sintió que por una vez en su vida, estaba donde debía y quería estar.

—Milady, soy un caballero, y vos mi única amiga — pronunció bromista,

algo inusual, tanto, que hasta a él le sorprendió—. No puedo dejaros sola hasta que estéis bien atendida.

—Pues más os vale que vuestros invitados no se enteren de vuestra caballerosidad —comentó Abby, muy alegre y dicharachera—, porque os quedaréis sin vuestra única amiga.

Los dos se miraron y, sincronizados, se carcajearon.

—No sé si me conviene vuestra amistad —intentó hacerse la ofendida—. Una vez mi cabeza estuvo a punto de ser expuesta en el museo, por cortesía de los vizcondes Armony. Y hoy, treinta y nueve invitados deben de estar tramando cómo acabar con mi vida.

El duque volvió a reír con gusto.

—¿No os parece que gracias a mí vuestra vida se ha convertido en toda una aventura? —preguntó el duque.

Ella forzó un mohín, dando a entender que estaba pensando la respuesta, mientras él, maravillado, la observaba. De pronto, Abby hizo ese gesto tan suyo y encendió de nuevo al duque; al verla encogerse de hombros su cordura desapareció. Se acercó hasta ella en dos zancadas con una única misión: besarla.

Dos golpes en la puerta anunciaron la entrada del mayordomo, junto al médico y la doncella personal de la condesa, y el duque tuvo que apretar los puños y los labios para no maldecir por haber arruinado su deseo más ferviente.

Capítulo XX

En las veladas musicales no siempre la música es agradable

Un mes más tarde, la familia Stanford, que ya se encontraba en Londres, tenía por delante una velada musical que les fue imposible eludir.

Abby, que hasta la fecha continuaba castigada, se vio obligada a acudir para cubrir a su hermana Sophie, que se encontraba indispuesta.

La madre, que en un principio fue reacia a que su primogénita se hiciese pasar por Sophie, al final accedió. Eso sí, en vista de que la mayor de las Allende no era una erudita al piano como su gemela, le vendaron un dedo, pues conociendo a los anfitriones le pedirían que los deleitase con una pieza musical.

Y ahí estaban la marquesa de Stanford y su supuesta hija Sophie en la sala de música, junto a sus anfitriones, el barón Treinton y su esposa.

—Lord Treinton, agradezco su ofrecimiento, pero debe disculparme —se justificó Abby, al tiempo que levantaba su mano derecha y mostraba su dedo corazón vendado—. He sufrido un pequeño percance y me es imposible tocar el piano.

—Oh, es una lástima —se expresó el barón.

Abby asintió con la cabeza y se alejó. Caminó hasta la puerta encristalada y se quedó allí parada, intentando esquivar a cualquier invitado, aunque no lo consiguió; una voz masculina la tensó.

—Lady Aberdeen, por fin sale de su escondite —pronunció el vizconde Urrea con su típico tono descortés hacia ella.

Abby respiró dos veces antes de dar media vuelta, recordándose a sí misma que esa noche, para todos ella era su gemela.

«Eres Sophie, piensa como Sophie, actúa como Sophie».

Fingió su mejor sonrisa y dulcificó su voz, pues su hermana cuando hablaba utilizaba un tono de voz aterciopelado.

—Buenas noches, milord —saludó afable—. Me temo que me ha confundido con mi gemela.

Urrea entrecerró los ojos, él juraría que tenía delante a Abby. Para cerciorarse, nada mejor que intentar molestar a la condesa; conociéndola, respondería con rapidez y sin pensar en las consecuencias.

—Perfecto, así podrá contarme por qué se está escondiendo su hermana.

Abby, que estaba muy metida en su papel, hizo un pequeño mohín para aparentar su desconcierto.

Urrea continuó:

—Desde el verano no hemos podido disfrutar de la presencia de la condesa, exceptuando la fiesta de aniversario de sus padres.

La sola idea de tener que dar explicaciones al ser más miserable de toda la sociedad, no le hacía gracia alguna, pero se guardó para ella misma lo que pensaba, e imitando la sonrisa traviesa e ingenua que Sophie utilizaba para encandilar a su padre, se pronunció:

—Milord, ¿me estáis diciendo que echasteis en falta a mi hermana en todas esas fiestas? —preguntó con picardía—. Estoy segura de que a mi gemela le hará mucha ilusión conocer de vuestra inquietud por volver a verla.

Urrea abrió los ojos como platos. Él no había insinuado tal cosa.

Abby se llevó una mano a la boca, ocultando una risita fingida, típica de muchachas escandalizadas y, con un movimiento grácil se acercó a él, hizo una caída de ojos que perturbó el buen juicio o el poco que tenía el vizconde, y le susurró cerca del oído:

—No se preocupe, milord, guardaré su secreto si así lo desea.

Urrea parpadeó varias veces, sin comprender cómo había malinterpretado sus palabras la bella joven que tenía a su lado. Él lo único que pretendía era desenmascarar a la condesa, no que creyera que estaba interesado en ella. Una cosa estaba clara; era Sophie quien tenía delante. Esa gracia, timidez, belleza y sensualidad, no pertenecían a la condesa.

—Lady Sophie —intervino un hombre a su espalda—. El concierto va a comenzar, si es tan amable de acompañarme.

Abby conocía esa voz, de hecho no necesitó darse la vuelta para saber de quién se trataba. Y aunque sabía que le pediría una explicación, se alegró por la intromisión.

—Lord Urrea, ha sido un placer hablar con usted —se despidió—, pero el señor Boston ha sido muy amable al ofrecerse para ser mi acompañante.

Urrea asintió e hizo una ligera inclinación de cabeza para despedirse.

Abby se dio la vuelta y miró al americano, que la recibió con una gran sonrisa traviesa. Enlazó su brazo al del señor Boston y caminaron hacia el medio de la sala.

—Le aconsejo los asientos más alejados —sugirió Abby.

—Como desee, *lady Sophie* —pronunció con sorna.

Abby le dio un pequeño apretón en el antebrazo para que se callara.

Boston, en respuesta, soltó una risotada que llamó la atención de todos los que se encontraban cerca.

Las hijas del barón Treinton se acomodaron, una delante del piano y la otra en una butaca sosteniendo con delicadeza el violín con el que iba a deleitar a sus invitados.

En primer lugar, actuó la hija mayor al piano. Intentó impresionar a todos con la *Sonata número once en la mayor*, de Mozart. Pero se quedó en eso, en un intento, pues sus dotes musicales todavía estaban muy lejos de llegar a la perfección.

El señor Boston miró a Abby de soslayo; ella estaba ahí, estoica, con una sonrisa fingida como si esas notas musicales fallidas no la afectaran.

Al terminar la muchacha, todos aplaudieron como si hubiesen disfrutado de semejante temeridad.

Abby ladeó la cabeza, y cuando se topó con los ojos sorprendidos del señor Boston, sonrió plena. Conociendo al americano, sabía que estaba haciendo un gran esfuerzo por reprimir sus comentarios.

Él le hizo una seña dando a entender que no comprendía cómo aplaudían y fingían haber disfrutado de semejante destrozo de una obra tan maravillosa del gran compositor Mozart.

La baronesa se dirigió al público congregado:

—Ahora Alice y Margaret nos ofrecerán la *Sonata para violín y piano número 21 en mi menor*, de Mozart.

El silencio se apoderó de la estancia y las jóvenes, una al piano y la otra al violín, comenzaron.

El señor Boston se tensó y apretó los dientes cuando la violinista falló y el sonido estridente llegó a sus oídos. Aquello no podía ser cierto, esas dos mujeres estaban totalmente desacompasadas y, además, estaban destrozando no solo los oídos de los presentes, sino también una pieza maravillosa. ¡Era un delito!

Se inclinó lo suficiente para susurrarle a Abby en el oído:

—Wolfgang Amadeus Mozart murió, ¿cierto?

Abby ladeó la cabeza con lentitud y asintió.

—Ah, qué suerte —ironizó—. Así no seremos testigos esta noche de un asesinato.

Abby tuvo que llevarse las manos a la boca, no quería reírse. El señor Boston tenía razón, si el compositor hubiese podido escuchar cómo destripaban su obra, es posible que hubiese matado a las hijas del barón.

El americano regresó a su posición y de nuevo tuvo que apretar los dientes; a ese paso, acabaría partiéndose una muela. Entre dientes habló, y por suerte solo le escuchó Abby.

—Pobre hombre, debe de estar revolviéndose en su tumba —aseguró convencido—. Así no hay quien descanse en paz.

Abby intentó no moverse y, además, tuvo de nuevo que contener la risa; se veía tan consternado al señor Boston.

Este ya no podía más, hizo ademán de levantarse pero Abby fue rauda, alargó su brazo y apretó la rodilla del americano.

Sin girar la cabeza, inclinó su cuerpo hacia la derecha; el señor Boston hizo lo propio al lado contrario, hasta que sus hombros se rozaron. Así, en esa posición y sin mirarse el uno al otro, la condesa musitó:

—No se le ocurra abandonar la sala. Sería un desaire por su parte hacia las hijas del barón.

—¿Aunque ellas estén atentando contra mi capacidad auditiva?

Abby de nuevo reprimió la risa.

—Quédese en su asiento y aplauda en cuanto terminen —sugirió—. Permítame comprobar que de verdad es un caballero.

La violinista volvió a fallar y al americano le rechinaron los dientes, el vello se le puso de punta y tuvo que cerrar los ojos con fuerza para intentar mantener la calma.

—Abby, no sé si me compensa serlo en esta ocasión.

Ambos permanecían en la misma posición, pero esta vez la condesa giró el cuello para mirarlo.

—No se trata de si compensa o no, se trata de que lo demuestre.

El señor Boston, que de nuevo tuvo que reprimir un grito por el dolor auditivo ocasionado por la mala ejecución de la violinista, también miró a

Abby.

—Para demostrarte que soy un verdadero caballero me quedaré sentado —afirmó. Abby sonrió satisfecha—. Pero si esto no acaba antes de diez minutos, como caballero me veré obligado a defender el honor y la obra del compositor; prepárate porque igual soy yo quien las acaba matando a las dos.

Abby no pudo retener más la risa. Por suerte, justo en ese momento las hijas del barón finalizaron su actuación y los aplausos ahogaron el sonido de su voz.

Un suspiro brotó del señor Boston.

—¡Gracias a Dios! —premió en voz alta, pues para ser sincero, no estaba muy seguro de si sería capaz de quedarse allí más tiempo.

Capítulo XXI

Los celos no se pueden controlar

En *Stanford House* todo estaba preparado para partir a mitad de semana hacia las tierras de Escocia, donde la familia al completo más dos invitados, pasarían la temporada invernal y celebrarían las navidades.

Abby llevaba varios días preocupada por su gemela, parecía que su melancolía aumentaba con el paso de los días; por ello, insistió en que sus padres invitaran a pasar esas fechas a la señorita Hook y al señor Boston. A la primera, porque su reciente amistad con Sophie era palpable; ambas habían sufrido un engaño amoroso y parecían disfrutar de su mutua compañía. Al segundo, porque el americano siempre conseguía sacarles una sonrisa tanto a su hermana como a toda la familia. El marqués, que en un principio se había mostrado reticente, abdicó a la petición de Abby pues en el fondo él también disfrutaba de la compañía del americano.

En ese momento, el marqués estaba dando por finalizada su reunión con el duque de Hamilton, quien también partiría hacia Escocia esa misma tarde.

El duque disculpó al marqués, por lo visto la visita inesperada del barón de Belloncont trastocaba la agenda del padre de las gemelas.

—No se disculpe, ya habíamos terminado —reconoció el duque.

El marqués hizo un asentamiento de cabeza y se dirigió a la sala de mañanas, donde lo esperaba el barón.

El duque siguió sus pasos, pero a mitad de recorrido se llevó la mano a su bolsillo del chaleco y se detuvo.

—Disculpad, Stanford, me he dejado el reloj en su despacho.

El marqués hizo ademán de llamar al mayordomo.

—No, no, no os preocupéis, atended a vuestra visita —lo disculpó—. Yo mismo me encargaré, conozco bien el camino.

El marqués lo miró dubitativo, algo le decía que intentaba retrasar su marcha de la casa.

Se encogió de hombros y continuó caminando.

El duque giró sobre sus talones y regresó al despacho. Recogió el reloj de oro que había dejado en la mesa unos minutos antes y salió de nuevo, solo que no se dirigió por el pasillo que lo llevaba directamente a la salida, sino que se desvió hacia el del ala este, el que conducía directamente a la sala de

baile, donde se escuchaba música y risas.

La curiosidad pudo con él, o más bien fueron sus ganas de ver a Abby. Se acercó como un ladrón, intentando no hacer ruido. Lo que no esperaba era encontrarse con la escena que tenía delante.

Sophie estaba sentada frente al piano, tocando una pieza muy conocida en los bailes. Abby, delante del señor Boston, reía a carcajadas junto a una joven, que estaba a su lado.

—Por favor, señor Boston, no es tan complicado. Consiguió aprender a bailar el vals sin el menor contratiempo y ahora tendrá que esforzarse por aprender a bailar una cuadrilla —amonestó Abby al americano.

—Este baile requiere más gente, es imposible que lo aprenda… —Se quedó callado al ver al duque en el umbral de la puerta, con los brazos cruzados y gesto hosco.

Abby ladeó la cabeza y sonrió plena.

—Ohh… Excelencia —se expresó dicharachera y se acercó rauda hasta el duque—. Su presencia no podía ser más prodigiosa. Por favor, acompáñenos —invitó a Hamilton a unirse a ellos—. Así enseñaremos al señor Boston a bailar correctamente.

El duque parpadeó. ¿Bailar?

No pudo expresar su desacuerdo, pues Abby tiró de él hasta acercarlo al centro de la sala.

El americano sonrió y le hizo una pequeña reverencia.

El duque lo miró con escepticismo.

Sophie comenzó a tocar la canción y los cuatro danzaron. Por fin, el señor Boston parecía estar sincronizado con el resto de los bailarines.

Abby no apartaba la mirada del duque y este, sin ser consciente, hacía lo mismo con ella. Era como si todo hubiese desaparecido a su alrededor, solo la sonrisa de Abby iluminaba aquella estancia para él.

El baile terminó y las tres mujeres aplaudieron, había sido muy divertido.

La marquesa interrumpió en la sala.

El duque no parecía muy contento, más bien todo lo contrario, y así lo hizo saber:

—Marquesa —pronunció rotundo—. Me gustaría poder hablar con lady

Abby un momento —y aclaró—: A solas.

La marquesa miró a su hija, luego al duque. Por lo visto, Hamilton no gozaba de buen humor esa mañana. Parecía molesto por haber encontrado a Abby junto al señor Boston en su sala de baile.

—Por supuesto —declaró la marquesa.

Abby se pronunció:

—Si le parece bien, podríamos dar mientras un paseo por los jardines —lo invitó—. No sé si ha gozado alguna vez de nuestra colección de estatuas, que tan afamadas son en Londres.

Al duque le daban igual las famosas estatuas de *Stanford House*, lo único que quería era hablar con Abby y entender qué diantres hacía el americano en su casa.

—Excelente idea —reconoció la marquesa.

El duque apenas se pronunció. Lo que sí hizo fue girarse, caminar con decisión y abandonar la estancia.

Abby lo siguió.

Sophie y la señorita Hook se miraron cómplices. Ambas conocían los anhelos de Abby por el duque.

El señor Boston, por el contrario, se carcajeó en cuanto abandonaron la sala.

—¿Qué le hace tanta gracia? —preguntó la señorita Hook.

—Lo complicado que son ustedes los ingleses —reconoció sonriente—. Fíjese en ellos. —Señaló con la cabeza al exterior, por donde caminaban Hamilton y Abby, él con su abrigo y sombrero, y ella con su pelliza de piel, protegiéndose del frío.

—¿Qué debo mirar?

—Que se comportan como una pareja de enamorados —bromeó—, y ni siquiera saben que lo están el uno del otro.

La marquesa sonrió.

Sophie miró a su hermana a través del gran ventanal y la señorita Hook respondió:

—¿Cómo está tan seguro de ello?

—Porque solo un hombre enamorado se molestaría al ver a su amada

danzando con otro hombre —pronunció sin apartar la mirada de la señorita Hook—. Lo que no entiendo es por qué no está cortejando a Abby.

La marquesa suspiró y se pronunció interiormente: «Eso nos preguntamos Phillip y yo, ¿por qué no la corteja públicamente?».

Mientras caminaban por el extenso jardín, Abby miraba de soslayo al duque sin comprender el enfado que parecía tener en ese momento.

—¿Podríais explicarme por qué el señor Boston se encuentra en su sala de baile a estas horas de la mañana? —indagó molesto.

Abby dejó de caminar, se apretujó la pelliza y miró a los ojos al duque.

—Porque hasta hace unos meses, era un pésimo bailarín.

La respuesta no fue del agrado de Hamilton.

—¿Creéis que es una respuesta adecuada? —se expresó tan enfadado que Abby tembló.

—No sé si es la adecuada, pero sí es la verdad —reconoció sin tapujos—. Me comprometí a enseñarle a bailar y estoy cumpliendo mi palabra.

—Imagino que será de su conocimiento que en Londres gozan de unos cuantos profesores de baile, ¿verdad?

La ironía utilizada por el duque molestó a Abby.

—Por supuesto, a mí me impartió clases el mejor de todo Londres —respondió molesta—. Y gracias a mi gran capacidad de aprendizaje ahora puedo impartir yo las lecciones del señor Boston.

—En su casa —adujo con soberbia.

—¿Sería más apropiado impartirlas en la de él?

El tono utilizado por Abby encrespó a Hamilton, que estalló:

—¡Lo apropiado sería que un profesor lo hiciera! Decidme, ¿os habéis parado a pensar en lo que podría afectar a vuestra reputación si esto trascendiera?

—Usted ha participado y no creo que hayáis visto nada inapropiado —declaró rotunda—. Además, el señor Boston y la señorita Hook gozan de la hospitalidad de *Stanford House*, al igual que lo harán en *Valley of Thistles* durante las fiestas navideñas.

El duque se quedó helado, y no precisamente por el frío que los rodeaba.

Abby, por el contrario, sentía un calor inusual; su enfado iba *in crescendo*

por momentos y, como siempre, su lengua se soltó sin pensar:

—Llevo nueve meses educando al señor Boston —informó con los ojos clavados en los del duque—. Me convertí en su institutriz y creo que nadie hasta la fecha puede poner en tela de juicio mi reputación.

El duque se llevó las dos manos a la cara y se la frotó, intentando contener su rabia interior.

—¡Es inconcebible! —estalló—. ¡Institutriz de un caballero!

Abby se ofendió.

—Lo sorprendente es que os enojéis en vez de felicitarme —le recriminó—. Debéis reconocer que el aprendizaje del señor Boston ha sido notable.

Hamilton sabía que el americano había mejorado mucho desde que lo conoció, pero no estaba dispuesto a admitir en voz alta tal afirmación, más que nada porque era tan inadecuado como escandaloso, que Abby declarara abiertamente que era la institutriz de un hombre mayor. ¿Acaso ella no era consciente de eso? Y lo peor de todo era que eso significaba que pasaba muchas horas junto a Boston, un hecho que removió al duque hasta lo más profundo, sin ser consciente de que esa alteración tenía un nombre: celos.

Mientras él se encendía hasta lo más insospechado, Abby se pronunció:

—Si deseáis comprobarlo con más detenimiento, estoy convencida de que para mi madre sería un honor que nos honraseis con vuestra presencia en Navidad.

La condesa llevaba días soñando con llegar a Escocia e invitar al duque personalmente, lo que menos imaginaba era hacerlo justo en un momento en el que ambos estaban enfadados.

—Debo declinar vuestra invitación. No quiero verme implicado en el escándalo que antes o después estallará cuando sea del conocimiento público vuestra descarada actitud, al convertiros en la institutriz de un americano.

Abby agrandó los ojos.

—¿Si fuese inglés no sería reprochado mi comportamiento? —inquirió alzando la voz, pues el enfado de los dos cada vez era más palpable. No le dio tiempo a responder, se dio la vuelta para alejarse cuanto antes.

Al duque, que lo dejasen con la palabra en la boca no era algo a lo que estuviese acostumbrado. Aunque no fue ese hecho lo que lo perturbó, sino que Abby lo dejase plantado, alejándose de él para llegar a la casa y poder

seguir gozando de la compañía de Boston. Eso era lo que más lo irritaba, por lo que, encendido como nunca antes lo había estado, se expresó justo detrás de ella:

—Es posible que la vizcondesa Armony tuviese razón, puede que todavía os falte mucho para convertiros en la dama sofisticada y perfecta que se espera de vos.

Abby se quedó paralizada, las palabras del duque habían sido ofensivas a la par de hirientes.

El duque se lamentó nada más cerrar la boca, pero ya nada podía hacer; pedir perdón en ese momento acrecentaría más sus erradas palabras.

La joven condesa inspiró antes de ladear el cuello para mirar al duque, no quería llorar delante de él.

—Es una suerte que usted sea *el duque de hielo* —pronunció con los ojos brillantes—, el hombre al que no le importa ni afecta nada. Así, cuando caiga en desgracia, vos estaréis alejado del escándalo y no os perturbará el sueño.

—Yo… —quiso disculparse, todo en él se removió al ver el rostro desencajado de Abby, pero ella lo interrumpió:

—Alejaos cuanto antes, no quisiera que alguien os pudiera relacionar conmigo —demandó casi en un hilo de voz—. Mantened intacta vuestra intachable reputación. Por mi parte, os aseguro que me mantendré alejada de vos; no podría soportar que por nuestra amistad os vieseis salpicado y criticado, más, cuando os merecéis encontrar a vuestra dama sofisticada y perfecta.

Capítulo XXII

No todos los hombres son caballeros

El señor Boston estaba sentado en una butaca de la sala más concurrida del club Whitte´s.

La conversación de tres hombres, o más bien, sus risas y mofas con respecto a una dama en cuestión, llamó su atención. Dobló el periódico con parsimonia, alargó el brazo y lo dejó en la mesita baja que tenía delante, junto a su vaso de brandy.

Si la mujer de la que se burlaban hubiese sido una desconocida, era muy posible que no hubiese tomado partido, pero la joven era nada menos que su institutriz, y eso lo irritó, por lo que se puso en pie.

Carraspeó antes de pronunciarse y, sin alzar la voz, llamó la atención del vizconde Urrea, el baronet Luscrett y el barón Holkan.

—Cuando me inscribí como socio de este club tan selecto, me aseguraron que era un club de caballeros.

—Así es —respondió el baronet Luscrett.

—Lo dudo, ya que ustedes pertenecen a él —adujo sin un ápice de burla en sus palabras.

Los tres hombres se miraron, pero ninguno dijo nada, por lo que el señor Boston continuó:

—Es posible que por provenir de otro país, no conciba el concepto de caballero como lo hacen ustedes, pero les aseguro que en el mío, un caballero que se precie, no pierde su tiempo criticando a una dama —comentó pasando la mirada de uno a otro—. Esos menesteres tan banales son más típicos de las alcahuetas.

Las sonrisas de los tres hombres se esfumaron de sus rostros; el americano los había insultado.

—Le aseguro que en Inglaterra también —aseguró una voz grave justo a la espalda del señor Boston—. Puedo asegurarle que estos tres hombres acaban de perder su derecho a llamarse caballeros, por lo que pediré su expulsión inmediata del club.

Boston se dio la vuelta con lentitud, aunque no necesitaba hacerlo para saber quién era el hombre que se encontraba a su espalda: el duque de Hamilton.

No se equivocaba, ahí estaba el duque con la pose típica de un todopoderoso, la mirada gélida y el mentón tenso. Sin duda, también había escuchado la conversación de los tres majaderos y estaba tan molesto como él.

—Tan solo era… —titubeó el baronet—, una conversación entre amigos. No había intención de perjudicar a la dama.

El señor Boston regresó a su posición, frente a los tres hombres.

El duque dio varios pasos y se situó justo al lado del americano.

—Exijo una disculpa de inmediato —ordenó el duque—. No consentiré agravio alguno con respecto a lady Aberdeen.

Boston observó en silencio la premura con la que los tres individuos se disculpaban. Por primera vez admiró al duque, que permaneció estoico, sin mostrar clemencia ni interés en lo que los hombres tuviesen que decir al respecto.

—Espero que no se repita —amenazó el duque de Hamilton—. Cualquier agravio referido a la condesa me lo tomaré como una afrenta personal.

Los tres asintieron temerosos; nadie se atrevía a ofender a un duque, y menos al «duque de hielo», cuyas influencias eran notables y poderosas.

Boston apretó los labios al ver cómo los hombres desaparecían despavoridos, casi a trompicones entre ellos, con urgencia por salir cuanto antes de allí.

Una vez solos, el americano miró al duque, extendió su mano y esperó a que este se la estrechara. En cuanto lo hizo, habló:

—Un placer, Excelencia —aseguró, honesto.

El duque simplemente asintió con la cabeza.

Boston se alejó.

Hamilton se quedó pensativo.

Su intención era partir esa tarde hacia Escocia, pero el debacle con Abby le había dejado tan perturbado, que su ánimo le impidió salir como tenía estipulado. Prefirió posponer su viaje un día más. Encerrado en su habitación, su mente no dejaba de torturarle una y otra vez con el último recuerdo de la condesa. Por ello, decidió pasarse por Whitte´s; con suerte se distraería. Lo que no esperaba era escuchar a tres mentecatos burlándose de la mujer que hasta esa misma mañana había sido su única amiga. Sin pensarlo, se acercó,

pero alguien se le adelantó: el hombre que menos esperaba y al que menos deseaba ver. ¡Qué ironía! Precisamente él había sacado la cara por Abby del mismo modo en que el duque tenía intención de hacer.

Suspiró resignado, pues tenía que admitir que el comportamiento del americano había sido de lo más loable; por mucho que a él le molestase tener que admitirlo, sintió aprecio por él.

Capítulo XXIII

Si un caballero sabe escuchar, es muy posible que una dama se llegue a enamorar

A falta de unos días para Navidad, Sophie enfermó. Aunque poco a poco parecía reponerse, su estado era muy melancólico, algo que al marqués le preocupaba porque además, las gemelas llevaban varios días sin hablarse.

Lady Aberdeen tampoco estaba pasando por su mejor momento. Desde que había llegado a Escocia no se había encontrado con el duque de Hamilton, y para mal de males, había discutido con su hermana y todavía no había hecho nada por solucionar su enfrentamiento. Llevaban varios días sin hablarse y eso estaba reconcomiendo a Abby; nunca había llegado a tal extremo por una disputa.

Y además, no podía dejar de pensar en Niall. Todas las mañanas se levantaba con la esperanza de que él acudiese a *Valley o*f *Thistles*, aunque no fuese por verla a ella; al menos así podría contemplar con sus ojos que él estaba bien.

Esa mañana habían decido salir a cabalgar el señor Boston, la señorita Hook y ella. Querían pasear por el pueblo y conocer los alrededores.

Pero un problema en la herradura de su jamelgo hizo regresar a Abby a *Valley of Thistles* para cambiar de cabalgadura. Se negó a que sus invitados regresasen con ella, los alcanzaría en cuanto cambiase de caballo.

Esa era la idea inicial, pero una tormenta le impidió salir al encuentro de sus amigos y la obligó a desviarse hacia las tierras de Hamilton para resguardarse en el refugio, un lugar bien equipado que ya había utilizado con anterioridad, ya que no era la primera vez que se había visto forzada a quedarse allí. De hecho, la última vez había sido el año anterior, con su padre; tuvieron que pasar cuatro horas de encierro.

Al desmontar del caballo miró a lo lejos, con la esperanza de que el señor Boston y Beatrice anduviesen cerca y recordasen dónde estaba el refugio.

Entró corriendo y cerró la puerta haciendo un gran esfuerzo ya que el viento le impedía la labor. Se giró y sus faldas volaron enredándose con su capa. Se quedó apoyada en la puerta con los ojos cerrados y sonrió. ¡Lo había conseguido antes de que el agua la empapara!

Bajó la cabeza y dio un par de pasos; al levantar el mentón sus ojos se agrandaron. No esperaba encontrar a nadie allí, pero justo delante de ella,

mirándola con intensidad, estaba el duque de Hamilton.

Niall acababa de prender fuego en la chimenea, el lugar estaba muy frío y seguramente tendría que pasar un buen rato metido allí. El aire gélido que se había levantado mientras cabalgaba, anunciaba una buena tormenta.

Lo que no esperaba por nada del mundo era la entrada de la condesa de Aberdeen, con su risita celestial, las mejillas sonrojadas, el cabello suelto y alborotado por el aire y los ojos cerrados.

Se quedó aturdido, incapaz de mover un músculo para no asustarla y que ella dejase de sonreír. Esa sonrisa la había echado mucho de menos y ahora deseaba recrearse mientras la contemplaba.

—Ohh… —fue lo único que atinó a decir Abby.

Él no se movió.

Ella hizo ademán de salir corriendo, pero Hamilton, en dos zancadas la alcanzó y la agarró del brazo, obligándola a quedarse donde estaba.

—¿Adónde creéis que vais? —preguntó, molesto. Esa mujer era una inconsciente, prefería arriesgar su salud antes de estar cerca de él.

Abby dio un paso atrás, sin poder apartar la mirada de la del duque.

—Yo… —titubeó.

—¿Vos? —la incitó a que continuara, mientras daba un paso adelante.

—Yo… —repitió, dando otro paso atrás, hasta que se quedó apoyada en la puerta.

El duque también adelantó sus pasos, dejándola atrapada entre la puerta y él. Extendió los brazos alrededor de Abby, a la altura de su cabeza, y los dejó apoyados en la puerta, impidiendo de esa forma que ella pudiese escapar de allí.

Abby tembló. Tenía el rostro del duque a menos de un palmo, podía sentir su olor, su respiración, y lo más peligroso, su aliento en su boca.

—¿Sí? —insistió, impaciente por que ella respondiera.

—No quería incomodaros con mi presencia.

La respuesta martirizó al duque. ¿Incomodarle? ¡Si llevaba días añorando verla!

Los nervios se apoderaron de la joven; no era capaz de pensar con racionalidad por culpa de la proximidad de él.

—Es mejor que me marche antes de que alguien nos encuentre aquí —dijo del tirón—. No soy la compañía más recomendable para…

El duque le tapó la boca con la mano.

—No os atreváis a terminar la frase —amenazó.

Abby parpadeó.

Él sintió que todo su cuerpo se tensaba, sobre todo su entrepierna, tras haber sentido el fresco aliento de Abby en sus labios.

Apartó con lentitud la mano de la boca de ella, pero sin cambiar de posición. Le importaba poco el dolor de su endurecimiento con tal de sentirla cerca.

Durante unos segundos, los dos permanecieron callados, intentando acompasar sus respiraciones agitadas.

Fue el duque quien reaccionó primero. Lo que no esperaba Abby era que juntase su frente con la de ella, acunase su rostro con delicadeza y se expresase entre susurros, como si no quisiera que aquella confesión fuese escuchada por otros mortales.

—No tengo por costumbre pedir perdón —musitó con los ojos cerrados y casi rozando los labios de Abby—. No alcanzo a recordar si alguna vez lo he hecho con anterioridad, pero con vos haré una excepción. Perdonadme.

Abby se estremeció.

—Mis palabras os ofendieron y os aseguro que lamento mi desafortunado comentario —declaró, honesto—. Me ofusqué porque no consigo comprender por qué una dama como vos pone en riesgo su reputación, convirtiéndose en la institutriz de un americano.

—Su petición me hizo sentir valorada —respondió la joven, tan honesta como el duque merecía.

—¿Como institutriz?

—Como mujer.

La respuesta tensó al duque. Dio un paso atrás.

Abby odió aquella separación, deseaba sentir de nuevo el calor que él emanaba y se dio cuenta de que se merecía una aclaración mayor.

—No sé si comprenderéis lo que trato de explicaros.

—Intentadlo —rogó, porque él necesitaba entender sus palabras.

Abby se mordió los labios, meditando cómo explicarse para que el duque comprendiera lo que guardaba en su interior.

—Me han criado para llegar a ser una dama sofisticada —sonrió con tristeza—. Para ello he estudiado varias lenguas modernas, me han impartido clases de dibujo y música… En fin, que he recibido una educación exquisita, ¿y para qué? Para ser ignorada.

El duque frunció las cejas, seguía sin comprender.

—No hay mayor crueldad que aprender a leer y que te nieguen la libertad de ser tú misma ante la sociedad. Tener todo ese conocimiento a tu alcance y entre tus manos… Aprender tanto y empaparte de todo cuanto deseas… para nada. No soy libre, Excelencia, ninguna mujer aristócrata lo es.

Hamilton permaneció en silencio, sin interrumpir.

—¿Creéis que importa que hable cinco lenguas distintas? No importa, porque no me dejan expresarme. Esa es la realidad. A ningún caballero le apetece conocer mi opinión. Solo esperan que sonría, que me muestre delicada, y sobre todo, que permanezca callada —se entristeció—. Esa es la realidad, Excelencia. Una dama tiene privado hablar con libertad y sinceridad. Somos una pequeña distracción. Tan solo somos valoradas por nuestras dotes… Y eso que yo puedo sentirme agradecida porque mi padre me haya dado el beneplácito de elegir; pocas damas pueden correr mi misma suerte. Y a los hombres poco les importa si nos sentimos vendidas. —Sus ojos se iluminaron, tenía ganas de llorar. Era penoso confesar en voz alta la realidad.

Hamilton notó su pena.

—El señor Boston me dio la oportunidad de sentirme útil —sonrió con desgana—. Imagino que le parecerá pueril lo que le estoy contando.

—En absoluto.

Abby le miró a los ojos, reconoció sinceridad en ellos.

—Él me pidió ayuda, ¿os lo podéis creer? ¡A mí! —se expresó gesticulando, arrancando una sonrisa al duque—. Me sentí especial, importante y agradecida. Por eso acepté convertirme en su institutriz —concluyó al tiempo que bajaba la cabeza.

El duque llevó su mano hasta su barbilla, instándola a levantarla.

—Y vuestro trabajo ha sido encomiable —reconoció—. Los modales del

señor Boston han mejorado de manera ejemplar.

Abby sonrió plena. ¿De verdad el duque la estaba felicitando?

El duque sintió que la sonrisa de ella conseguía desvanecerlo todo a su alrededor. Necesitaba besarla y que Dios se apiadase de él.

Se inclinó con lentitud, ofreciendo la oportunidad a Abby de rechazarlo, pero no lo hizo.

Por fin sus labios iban a unirse.

Un sonido los sorprendió, por lo que se separaron con celeridad.

La puerta se abrió y aparecieron el señor Boston y Beatrice.

El americano se fijó en las mejillas encarnadas de su institutriz y sonrió de medio lado.

Se saludaron con educación todos los presentes y el duque les invitó a acomodarse.

El refugio siempre estaba preparado, él mismo ordenó en su día que cada semana uno de los lacayos fuese a revisar el lugar. Que el mobiliario, compuesto por una mesa alargada, dos bancos largos alrededor de la mesa y un par de butacones, estuviesen limpios. También mandó provisionarlo de leña, mantas, agua, hojas de té, whisky y frutos secos, porque durante el invierno, tanto él como la familia Stanford se habían visto obligados a usarlo.

—¿Habéis encendido vos el fuego? —preguntó Abby, incrédula.

Hamilton asintió con lentitud. Comprendía el asombro de la joven, no estaba dentro de las actividades de un duque encender una chimenea. Él aprendió siendo un crío para que la habitación de su padre siempre estuviese cálida; incluso en verano, cuando el cuerpo del difunto duque se quedaba tendido en el suelo por su estado de embriaguez, él prendía la lumbre para mantenerlo caliente. Ahora, mirando a la condesa incluso llegó a sentirse orgulloso; de no haber aprendido a la fuerza, se habría sentido estúpido delante de ella por no haber podido ofrecerle ese calor que reconfortaba el lugar, algo que para él habría sido inaceptable. Abby merecía, o más bien, el duque deseaba que ella se sintiese siempre protegida por él.

El rostro de Abby mostró una ligera mueca de satisfacción y orgullo que consiguió remover al duque por dentro, tanto, que le fue imposible ocultar una sonrisa plena.

Los dos se miraban con cariño, un gesto que captó la atención de la

señorita Hook.

El señor Boston interrumpió aquel momento íntimo entre el duque y Abby, reconduciendo la conversación a la que estaban manteniendo un segundo antes de que la condesa se interesara por saber quién había prendido la lumbre.

Pasaron un par de horas que Abby jamás olvidaría. El duque de Hamilton la había escuchado, por ello las integró en la conversación, tanto a ella como a la señorita Hook, ofreciéndoles la oportunidad de dar a conocer sus opiniones.

Por un segundo, mientras Beatrice expresaba en voz alta su opinión, Abby suspiró. No podía mentirse a sí misma, el gesto del duque la había enamorado por completo. Sí, no podría amar a ningún otro hombre, él era el único que la entendía y que conseguía hacerle latir el corazón.

El señor Boston observaba atento; Abby parecía tan feliz, tan radiante... ¿cuándo fue la última vez que la había visto sonreír así? La respuesta le llegó rauda: la última vez que el duque visitó su casa en Londres. Sin lugar a dudas, Hamilton era el único hombre capaz de proporcionar a su institutriz la felicidad plena. Ahora venía la pregunta a la que él deseaba obtener respuesta: ¿Por qué el duque no daba el paso definitivo? Era obvio que a Hamilton también le atraía Abby, aquello era incluso más que atracción, pues el deseo que radiaba al tenerla cerca era cuasi palpable. Entonces, ¿por qué no le pedía la mano de Abby al marqués?

La tormenta amainó.

—Perfecto, justo a tiempo para el almuerzo en *Great Castle* —comentó el duque de Hamilton sin preguntar, acostumbrado a dar órdenes sin que nadie se opusiera a sus mandatos. Sin embargo, en esa ocasión no sonó a orden sino a invitación.

Sin demora, se dirigieron al exterior, a la parte trasera donde se resguardaban los caballos bajo un pequeño techado de madera.

Mientras el duque ayudaba con galantería a Abby a montar en su jamelgo, el señor Boston miró fijamente a la señorita Hook.

—¿Sucede algo, Beatrice? —preguntó con curiosidad, pues la joven se mostraba algo intranquila.

La muchacha miró primero hacia la derecha, para cerciorarse de que el duque no podía escucharla.

—Creo que es mejor que yo regrese a *Valley of Thistles*— musitó avergonzada.

El americano se acercó más a ella.

—¿Por qué?

La mujer se mordió el labio inferior, estaba nerviosa.

—Beatrice —la instó a que respondiera.

Ella levantó la cabeza, la diferencia de altura era notable entre ellos.

—No sé si es consciente de que el ducado más importante de Escocia es el de Hamilton —informó al americano—, seguido del ducado de Kennt. *Great Castle* posee cuatrocientas cincuenta habitaciones y dudo que haya pisado ese lugar alguna persona con título inferior a conde o marqués.

El señor Boston desvió la mirada hacia el duque.

—Yo solo soy la hija de un caballero —admitió, y corrigió—: De un caballero venido a menos.

Los ojos oscuros del americano se clavaron en los de ella. Acababa de comprender el desasosiego de Beatrice, esas estúpidas normas protocolarias inglesas conseguían que la mujer que tenía delante se sintiese inferior.

—Mire a Hamilton y dígame qué ve —pidió el americano con voz rotunda.

Beatrice ladeó la cabeza y respondió:

—A un duque.

El señor Boston negó con la cabeza y apretó los labios con fuerza. ¡No podía con los ingleses! Eran tan obcecados.

—No. No es eso lo que ve —dijo al tiempo que apoyaba sus manos en los hombros de ella, para girarla y que mirase de frente y con atención—. Fíjese bien.

La señorita Hook tembló, las manos del americano desprendían calor incluso a través de su capa; lo había sentido.

El señor Boston se inclinó lo justo para susurrar en el oído de ella:

—Yo veo a un hombre que durante unas horas ha disfrutado de la compañía de tres personas más —cuchicheó pegado a ella por la espalda—. Que nuestra presencia le ha alegrado el día. Que se siente pleno y desea compartir su almuerzo con nosotros, porque no le importa que tengamos o no

un título como él, pues lo único que necesita y desea es compañía —adujo sin tomar aire—. Yo no veo un duque en este momento, tan solo veo a un mortal, que como tal necesita sentirse rodeado de otros seres humanos para evadirse por un momento de la soledad.

Beatrice, por un instante no vio en Hamilton la figura recta y admirada de un duque.

Se dio la vuelta con lentitud y el señor Boston retiró sus manos de los hombros de ella.

—Tan solo es un hombre, Beatrice —sentenció.

Capítulo XXIV

Las damas con encanto son admiradas por el personal

Al llegar a *Great Castle* el duque mandó aviso a *Valley of Thistles* para que los marqueses estuviesen al tanto del paradero de Abby y sus invitados.

El ama de llaves miró a la condesa y la señorita Hook, y las instó a seguirla, convencida de que las dos jóvenes desearían adecentarse antes de almorzar. Tanto Abby como Beatrice la siguieron hasta el aseo, donde la mujer mandó llamar a una doncella para que las atendiera como se merecían las invitadas de su señor.

Abby agradeció al ama de llaves el gesto, su estado era lamentable. El viento le había hecho perder el sombrero y su cabello se había soltado de la redecilla. Mirándose al espejo, se llevó las manos a la cara, avergonzada por su reflejo.

Beatrice sonrió.

—No es tan desastroso —la animó—. Además, tu melena rizada es larga y sedosa, un gran atributo en una dama.

Abby negó con la cabeza.

—Sí, pero esto… —Señaló cogiendo un bucle con la mano—. No es una melena sedosa. ¡Es un nido de paja! —se expresó con tanto pesar, que consiguió arrancarles una carcajada tanto a Beatrice como a la doncella.

—No os preocupéis —pronunció la muchacha con una sonrisa tierna—, fui la doncella personal de una marquesa, voy a dejarla preciosa.

Abby se percató enseguida de lo que ocurría en *Great Castle*; para esa doncella, poder arreglar su cabello era gratificante, pues no había ninguna duquesa a la que peinar.

Se dejó hacer por la doncella, mientras pensaba en la imagen que había mostrado ante el duque.

Suspiró con derrota, una exhalación que Beatrice reconoció y que le hizo soltar una risita cómplice.

Abby la miró y pidió silencio, solo le faltaba que los sirvientes del duque se enteraran de su anhelo por Niall.

Cuando la muchacha terminó, Abby la felicitó; había conseguido que su pelo enmarañado estuviese sedoso, recogido y perfecto.

El ama de llaves no se pronunció; parecía expectante, estudiando cada

movimiento y reacción de la condesa. Mientras la doncella se afanaba en peinar a Beatrice, llegó a una conclusión: le gustaba como futura esposa de su señor. La sonrisa de Abby había encandilado a varios sirvientes en el cumpleaños del duque. Ahora, observándola con detenimiento, podía afirmar que la joven condesa poseía cierto encanto; sus modales y su cortesía tanto con la doncella como con ella, presagiaban una buena mujer como ama y señora del castillo. No es que la joven que acompañó al duque a la mesa el día de su cumpleaños hubiese mostrado ser una mala persona, pero tampoco dio muestras de cortesía con los sirvientes.

Se quedó pensativa. ¿Sería del conocimiento de la condesa que el duque de Manfford había visitado el castillo en cuatro ocasiones desde el aniversario del duque, acompañado por su hija con el fin de que su señor y Victoria intimasen más? No podía entrometerse en ese asunto, el duque no era un mal amo; era serio, discreto y frío, pero también era honesto, leal y protector con sus trabajadores. Desde que ella regentaba el castillo, no había despedido más que a dos hombres, uno por robar y el otro por charlatán. Por ello, en *Great Castle* se sabía que los chismes estaban prohibidos a no ser que quisieses quedarte sin trabajo.

Una lástima, porque a su parecer, la condesa debería estar al tanto de esas visitas, para que actuase con rapidez en caso de estar interesada en el duque.

—Las horquillas son preciosas —pronunció Abby, tocando una de las que la doncella le había puesto en su cabeza.

—Sí, lo son —reconoció la joven doncella—. Me sabe mal tener que decir esto —se apenó y avergonzó—, pero os ruego que en cuanto os sea posible me las devolváis.

—¡Rose! —la amonestó el ama de llaves, por el atrevimiento y la descortesía.

Abby iba a defender a la joven, pero la muchacha, con las mejillas encarnadas, se apresuró en aclarar su inquietud respecto a las horquetas.

—Lo lamento —se disculpó—. Si fuesen mías os las regalaría de buen gusto —se sinceró, pues así lo sentía—. Pero estas horquillas pertenecen a lady Victoria.

Abby pestañeó.

El ama de llaves tragó saliva, en parte aliviada sin pretenderlo; la doncella acababa de sacar a la luz lo que ella no hubiese podido decir en voz alta.

—No sé si se las dejó la última vez que nos visitó —confesó con pesar—. Imagino que su doncella personal querrá recuperarlas la próxima vez que visite *Great Castle*.

Beatrice permaneció atenta a la reacción de su amiga. Hacía poco, le había narrado el día que conoció a lady Victoria y lo hermosa que le parecía. Le confesó que algo dentro de ella le decía que el duque se había quedado prendado de Victoria, y ahora, al escuchar a la doncella, pensó que su temor podía ser cierto. Abby igual no estaba del todo equivocada, por más que Sophie y ella misma la habían intentado animar diciéndole que se equivocaba.

—Por supuesto —atinó a decir, intentando mantener la calma—. Mañana sin falta mandaré a un lacayo para que las traiga de vuelta.

—Rose, retírate —ordenó el ama de llaves.

La joven hizo una pequeña genuflexión y se marchó.

Abby se quedó pensativa.

Beatrice sonrió al ama de llaves y agradeció de corazón que se hubiesen tomado la molestia de adecentarlas.

La mujer gesticuló con la cabeza y salió del aseo, dejando a las dos jóvenes solas.

—¿Estás bien? —preguntó Beatrice.

—Sí —mintió—. Salgamos, nos están esperando para almorzar.

—Abby —Detuvo a su amiga antes de que abriese la puerta—. Que Victoria haya visitado el castillo no quiere decir nada.

La condesa torció el labio antes de pronunciarse.

—Quiere decir que ha sido invitada por Niall. —Se entristeció—. Un hecho que dice mucho.

—No sabemos si él la invitó —intentó animarla—. Conoces al duque de Manfford, es muy posible que se presentara en *Great Castle* sin invitación.

Abby la miró y por un segundo se sintió esperanzada.

Salieron y miraron en ambas direcciones. Como era de esperar en aquel lugar, los pasillos eran muy largos. Ninguna de las dos se había fijado en ello cuando llegaron, pues ambas habían seguido al ama de llaves sin prestar atención.

—Abby, creo que ni viviendo en este lugar diez años sería capaz de memorizar cada una de las salas y habitaciones —reconoció Beatrice, dando a entender que ella no estaba acostumbrada a vivir en casas de tales dimensiones.

Abby, por el contrario, sí estaba acostumbrada, pero reconocía que el castillo también la intimidaba.

Se miraron entre ellas y se rieron.

Uno de los lacayos de librea, al escuchar las risas se aproximó para acompañarlas hasta el salón, donde el duque y el señor Boston las aguardaban para almorzar.

Con una sonrisa fingida, Abby entró en el comedor.

Niall necesitó tan solo un segundo para percatarse de que a Abby le sucedía algo, esa no era la sonrisa que él admiraba.

El almuerzo transcurrió como se esperaba, buena comida y conversación.

El duque no dejaba de estudiar el rostro de Abby. Una cosa tenía clara: no saldría de allí sin contarle qué le pasaba.

En cuanto terminaron de dar cuenta al almuerzo, Niall instó al mayordomo para que hiciese de guía del castillo, una excusa para que el señor Boston y Beatrice permaneciesen ocupados mientras él retenía a Abby en la sala familiar, lugar al que se habían dirigido hacía unos minutos.

—¿Hay algo que debáis decirme? —indagó sin apartar la mirada de ella.

Abby no quería mentirle, pero tampoco estaba dispuesta a mostrarse celosa ante él. ¿Tenía derecho a estarlo? No, no podía reclamar nada, pues el duque no había dado muestras de estar interesado en ella.

Sus ojos vagaban por toda la estancia, contemplando los retratos que colgaban en las paredes.

—¿Son todos los duques de Hamilton? —inquirió sin responder a su pregunta.

—Sí.

Abby asintió lentamente.

—Falta el vuestro —observó, dándole la espalda.

—Sí.

—¿Por qué?

Niall no respondió; esperó a que ella se diese la vuelta para mirarla de frente.

—¿Y bien? —lo instó Abby a que respondiera.

Él se tomó su tiempo, intentando adivinar a qué se debía el cambio de actitud de ella. En el refugio se había mostrado tan dicharachera y ahora parecía tan esquiva...

—No poseo la paciencia necesaria para que un artista me retrate —confesó sin ambages.

Abby no lo pudo evitar, sonrió al escuchar la respuesta. Sin duda, Niall no era un hombre paciente. Lo imaginó desesperado frente al pintor y sacando su mirada más gélida.

—¿Vais a responder a mi pregunta? —le recordó él, serio.

—¿Qué queréis saber exactamente?

Él se irguió, mostrando así su creciente enfado por que ella estuviese fingiendo no saber a qué se refería. Al ver que Abby no tenía intención de responder sin más, molesto, se pronunció:

—¿Debo despedir a alguien?

Abby agrandó los ojos.

—¿Por qué habríais de hacer tal proeza?

—No lo sé, decídmelo vos —rugió.

Abby estaba anonada por el enfado que mostraba el duque ante ella.

—Despedir a un sirviente tan a la ligera no habla muy bien a su favor —recriminó Abby sus palabras.

—Cuando mi invitada llega a mi hogar sonriente, y tras retirarse con dos de mis sirvientas aparece fingiendo una sonrisa y se muestra esquiva y molesta ante mi presencia, no me deja más alternativa que pensar que ha sido agraviada por ellas —explicó, con acritud.

Abby levantó los brazos como si pidiese paciencia al cielo.

Hamilton, por el contrario, cruzó los brazos delante del pecho y esperó la respuesta que tanto ansiaba.

La condesa estalló, los nervios se apoderaron de ella.

—¡No es culpa de sus sirvientas, sino mía por haber creído en vos!

El duque levantó las cejas y descolgó los brazos.

—Más vale que me deis una aclaración mayor —la amenazó, pues esa frase no presagiaba nada bueno.

Abby negaba con la cabeza sin parar, un tic nervioso que parecía no poder controlar.

—Estoy esperando una respuesta —insistió, enojado.

—¡Me mentisteis! Y yo os creí —exclamó fuera de sí.

El duque agarró a Abby por los codos y la atrajo hacia él.

—¿Cómo os atrevéis a dudar de mi palabra? —preguntó entre dientes, encolerizado por la acusación de ella —¡Responded!

—Dijisteis que yo era vuestra única amiga, ¡y no es verdad!

Niall soltó a Abby como si quemara.

Un lacayo llamó a la puerta y entró.

—¡Fuera! —gritó el duque, asustando a Abby y al sirviente.

—Lo… lo lamento, Excelencia, pero el duque de Manfford y su hija desean ser recibidos.

—¡Pues tendrán que esperar! —sentenció a pleno pulmón— ¡Largo!

El lacayo cerró la puerta con temblores en las manos. En los ocho años que llevaba trabajando para el duque, jamás lo había visto en ese estado.

A Niall le importaba poco lo que pensaran de él. Ni siquiera le afectaba dejar al duque de Manfford en espera. Nada le importaba, excepto la mujer que tenía delante acusándolo de ser un hombre falto de palabra, una acusación que de haberse tratado de otra persona, ya estaría pidiendo clemencia por su vida. Pero se trataba de Abby, por lo que tendría que lidiar con ella hasta llegar a la verdad.

Abby apretó los labios con pesar.

—Ahí está la respuesta que tanto anhelabais —reconoció con tristeza, al tiempo que se llevaba las manos a la cabeza y se desprendía de las horquillas, dejando caer su larga melena rizada como una cascada de aguas bravas—. Tomad. —Extendió la mano y las dejó caer en las del duque—. Devolvédselas a vuestra amiga.

Niall no entendía nada, su mirada pasaba de las horquillas a Abby.

Ella lo miró. Al ver su desconcierto, quiso aclarar la situación antes de salir de allí, seguramente por última vez. Después de haber llegado al límite y

de haber perdido por completo el control de su persona, dudaba que el duque quisiera volver a verla.

—Son de lady Victoria —informó—. Se las dejó la última vez que la invitasteis.

Hamilton se mordió el labio inferior para no volver a gritar. Apretó los puños sin importarle siquiera clavarse las horquetas en la palma de la mano. Ahora lo entendía todo.

Abby inspiró con fuerza e hizo ademán de retirarse, necesitaba salir de allí cuanto antes, pero el duque se lo impidió. Lanzó con todas sus fuerzas las horquillas al otro extremo de la sala y volvió a sujetar a Abby por los codos, atrayéndola de nuevo hacia su cuerpo. Necesitaba sentirla cerca. No podía permitir que ella se marchara pensando que él no era un hombre de palabra.

Abby tembló sin estar segura de que sus pálpitos se debiesen a la proximidad entre sus cuerpos, o a la rabia que se reflejaba en los ojos de Niall; una ira que había provocado ella.

—El duque de Manfford era amigo de mi padre —aclaró con toda la tranquilidad que pudo reunir para que ella no saliese corriendo—. Exceptuando el día de mi cumpleaños, puedo aseguraros que las siguientes visitas que ha hecho a *Great Castle,* no han sido porque yo le hubiese invitado.

Abby pestañeó, nerviosa.

—Se presentó con su hija, al igual que ha hecho hoy —informó sin soltarla—. Por cortesía los acogí en mi hogar como invitados…

Abby lo interrumpió. Se sentía estúpida; habían discutido por su culpa y eso la entristecía. ¿Cómo había llevado al duque hasta esos extremos de cólera y frustración?

—No me debéis ninguna aclaración —se sinceró—. No tenía ningún derecho a recriminaros nada.

—Por supuesto que lo teníais si pensabais que os había mentido.

A Abby se le aceleró el corazón, sus pupilas se encharcaron y su voz se quedó ahogada en su garganta. No quería llorar, pero su cuerpo no respondía a su voluntad. ¿Qué le estaba sucediendo?

—Os pido perdón —se disculpó en un hilo de voz, sus labios temblaban por aguantar las lágrimas—. Me siento rota y apenada, pues aunque no me

creáis, siempre he sabido que sois un hombre de honor. Por ello me duele más, porque mi comportamiento y mi acusación no han demostrado lo que de verdad pienso y siento con respecto a vos.

Niall sintió un alivio interior imposible de manifestar, que Abby creyese en él era todo cuanto necesitaba.

Sin ser conscientes, los brazos del duque ya no agarraban a la condesa por los codos; la tenía rodeada por la cintura. Y ella, sin control alguno sobre su voluntad, pasaba sus manos arriba y abajo a las solapas de la chaqueta de buena lana de él. Si alguien los viese, sería una situación comprometida; para ellos, en cambio, era algo natural.

Abby dejó caer su cuello, colocando su frente entre el hombro y el cuello de Niall. Inspiró con fuerza, intentando encontrar el valor para disculparse.

El duque sonrió al escuchar su inspiración y, mientras con un brazo seguía rodeándola, con el otro jugueteaba con los bucles sedosos de su pelo.

—Mi comportamiento ha sido irracional —reconoció la joven entre susurros—. Jamás me he comportado de forma tan egoísta como hoy. Por ello, os pido perdón.

Niall reaccionó de una manera inusual, inclinó su cuello hacia el lado derecho para dejar su mejilla apoyada sobre la cabeza de ella.

¡Dios! ¿Qué tenía esa mujer que conseguía llevarlo al estado más exaltado, y un segundo después, conseguía que se sintiese pletórico y en paz?

—Os juro que no sé qué me ha pasado —musitó Abby con los ojos cerrados, embriagándose del aroma que él desprendía—. Al pensar que no era vuestra única amiga me he sentido posesiva y muy egoísta —confesó media verdad, pues sí era cierto lo que había dicho, pero ocultó que su verdadera reacción había sido provocada por los celos—. No tengo derecho a privaros de mantener más amistades, por ello os pido perdón.

El duque sonrió, le gustaba escuchar aquella confesión.

—Entonces estamos en paz —respondió Hamilton en voz baja—. A mí me ocurrió lo mismo cuando me enteré de vuestra amistad con el señor Boston.

Abby abrió los ojos de golpe. Echó el cuello hacia atrás para mirar al duque a la cara.

—¿En serio?

Niall asintió lentamente con la cabeza mientras volvía a rodear a la

condesa con sus dos brazos.

Abby sonrió plena, sus ojos se iluminaron y su iris se oscureció tanto como el de él; ambos se deseaban.

Fueron acercando sus cabezas, sin apartar la mirada el uno del otro, conscientes de que sus labios se reclamaban.

—¡Esto es intolerable! —bramó el duque de Manfford a uno de los lacayos en mitad del pasillo—. ¿Dónde se ha visto que un duque tenga que esperar? ¡Avisad al duque de Hamilton de inmediato o me encargaré de que no volváis a trabajar en toda Escocia!

Abby se sobresaltó.

Niall maldijo interiormente, Manfford había roto la magia del momento. Se separó de Abby y esta agrandó los ojos.

—¡Oh, no! —lamentó, dejando confuso al duque.

—¿Qué sucede?

Abby empezó a moverse por toda la sala, buscando con la mirada en todas direcciones.

—¡Las horquillas de lady Victoria!

El duque se quedó mirándola sin comprender.

—Vamos, ayudadme a encontrarlas —lo apremió, indicando con la mano que se acercase hasta ella para buscarlas.

Él no tenía intención de hacer tal proeza. Claro que, cuando, tras encontrarlas, Abby se inclinó para recogerlas, sus faldas se pegaron a su cuerpo mostrándole una retaguardia que calentó al duque hasta lo más profundo de su ser. Su entrepierna se endureció de tal manera, que tuvo que acercarse raudo para evitar seguir mirándola.

Al recoger la última horquilla, sus manos se unieron. Mientras el duque la observaba, Abby frunció el ceño primero, para seguidamente mirarlo a él.

—Os habéis lastimado —pronunció preocupada.

Niall miró su mano y vio lo que a ella tanto le afligía.

—No es nada.

Abby negó con la cabeza, dejó las horquillas en la alfombra donde estaba arrodillada, tomó la mano del duque entre las suyas, y le obligó a extenderla para mirar los seis puntos de sangre que confirmaban que se las había

clavado.

La joven sacó un pañuelo de su bolsillo, alargó su mano para mojar el pañuelo en una jarra de agua que había en una mesita cercana, y limpió con mimo las heridas.

Él no podía apartar la mirada del rostro de ella, estaba tan preciosa cuando se concentraba.

—¡William! —gritó de nuevo el duque de Manfford—. ¿Dónde está ese condenado mayordomo?

Hamilton se tensó.

Abby lo notó.

—Disculpadme un segundo —se excusó el duque ante Abby.

Ella asintió con la cabeza y observó cómo a Niall volvía a cambiarle la mirada; de nuevo estaba ante el duque de hielo.

Hamilton se levantó, giró sobre sus talones y se dirigió hacia la puerta con paso decidido. El duque de Manfford en su hogar podía tratar a sus sirvientes como le placiese, en el suyo no estaba dispuesto a tolerarlo. Para empezar, nadie llamaba a su mayordomo por su nombre de pila excepto él, la jerarquía entre sirvientes estaba a la par de los aristócratas; el mayordomo, el ama de llaves y la cocinera, poseían un estatus elevado ante los demás. A él nadie lo llamaba Niall, por consiguiente a su mayordomo se le respetaría por el cargo que ostentaba en *Great Castle*.

En cuanto salió al pasillo se topó con la figura del duque de Manfford a lo lejos dándole la espalda, junto a uno de sus lacayos, justo cuando el mayordomo, el señor Boston y la señorita Hook, hacían acto de presencia en el mismo lugar, saliendo de la sala de música.

—¡William! Pensaba que erais un mayordomo ejemplar, pero está claro que me equivocaba —lo amonestó Manfford, muy exaltado—. He sido recibido por un simple lacayo, que me ha dejado en la sala de espera, ¡a mí! ¡Al duque de Manfford! ¡Esto es intolerable!

El mayordomo se quedó paralizado, no esperaba al duque y menos su reprimenda. Iba a disculparse cuando la voz grave del señor del castillo, sorprendió a todos los presentes:

—En *Great Castle* lo intolerable son los gritos, a excepción de los míos, y la descortesía con mis sirvientes —adujo.

Todos se dieron la vuelta para mirar al duque de Hamilton.

La señorita Hook le hizo una seña al americano para que la siguiera; no era apropiado escuchar la conversación que Niall iba a mantener.

Boston, de mala gana, accedió; le hubiese encantado estar presente, admiraba al duque cuando ponía a la gente en su sitio. Sin embargo, siguió a la muchacha hasta la sala familiar, donde sabían que estaría Abby esperándolos. Eso sí, la curiosidad pudo con los tres, porque dejaron la puerta abierta y se quedaron allí escuchando.

Lady Victoria, que se encontraba en la sala de espera, sonrió. Sintió admiración por el duque de Hamilton; nadie había sido capaz de amonestar jamás a su padre. Su hermano y ella, cuando eran pequeños, habían hablado de ello, el trato de su padre de superioridad con los demás era repugnante. Con los años se habían acostumbrado; aun así, no compartían la forma de actuar de su progenitor.

—¿Tenéis idea de lo que ha hecho vuestro lacayo? —pronunció con hastío el duque, señalando con la cabeza al sirviente.

Niall miró al lacayo, que bajaba la cabeza, avergonzado. Cierto era que no debería haber dejado al duque en la sala de espera como si se tratase de un visitante cualquiera, debería haberlo hecho pasar a la sala de mañanas como mínimo, pero de amonestar al lacayo se encargaría el mayordomo más tarde.

—Mi lacayo ha cumplido mis órdenes —sentenció, dejando al duque estupefacto.

—¡Esto es inconcebible!

Lo imperdonable era que el duque hubiese arruinado el momento más apacible del día junto a Abby. Por ello, su enfado se incrementó.

—Si deseáis regresar a *Great Castle,* las puertas estarán abiertas para vos —le comunicó, con su pose de todopoderoso y ser frío que lo caracterizaba —. Siempre y cuando pidáis disculpas a mi mayordomo.

William agrandó los ojos. ¿Un duque pidiéndole disculpas a él? Tragó con dificultad; su señor debía de haber bebido más de lo que acostumbraba, y eso que para ser sinceros, no era un hombre muy bebedor.

A Victoria le dio un vuelco el corazón; no pudo evitar levantarse de la butaca en la que se encontraba sentada y acercarse a la puerta para escuchar con atención. Si no hubiese sido porque era de mala educación y un acto de libertinaje que una dama besase a un caballero sin más, habría salido

corriendo para besar al duque por su autoridad.

—No podéis hablar en serio —se quejó el duque de Manfford.

—No me caracterizo por tener sentido del humor.

El mayordomo tembló, él sí conocía a su señor, pues lo había visto nacer. Justo el mismo día que Niall nació, él entró a trabajar como lacayo en la casa, con tan solo dieciocho años de edad. Un año después lo ascendieron a lacayo de librea, y tres años más tarde, como ayuda de cámara del duque difunto. Cuando Hamilton se quedó huérfano, como el tutor que había dejado a su cargo el antiguo duque vivía en Londres, lugar que no quería abandonar, dejó a su suerte al joven Niall, con la carga que un ducado suponía a esa edad. Sin amigos, sin familiares y sin vida social, acabó convirtiéndose en el hombre recto que tenía delante. Sí, él conocía muy bien a Hamilton, su señor nunca bromeaba, su palabra era ley y en su hogar nadie cuestionaba su autoridad, ni sirvientes ni invitados. ¡Nadie!

Si alguien le hubiese dicho cuando entró a trabajar allí, que el primer mandato del joven duque tras quedarse huérfano, sería ascenderlo a mayordomo con treinta y tres años, y que a sus cuarenta y seis años de edad, se vería en la tesitura de estar en el pasillo de *Great Castle* esperando la disculpa de un duque por orden de su señor, se hubiese echado a reír. Pero ahora no reía, más bien estaba nervioso, pues conociendo a Niall, si el duque de Manfford no se disculpaba, Hamilton no permitiría que volviese a pisar el castillo. Y todo por la metedura de pata del lacayo. ¡No debió dejar al duque en la sala de espera!

—¿Y bien? —apremió Hamilton a Manfford para que diese una respuesta.

Victoria se retorció las manos, estaba impaciente.

—Se da cuenta de que soy el duque de Manfford, ¿verdad?

A Niall no le gustó el tono soberbio que utilizó el duque, él seguía cabreado porque le hubiese perturbado su paz interior junto a Abby, una sensación placentera que desde que cumplió diez años no solía encontrar a menudo. Por ello, iba a pagar caro su interrupción.

—Tanto como que está en mi casa y que aquí mando yo —se expresó autoritario al tiempo que hacía un gesto con la cabeza para que el lacayo desapareciera.

—Su Excelencia…

Hamilton levantó la mano para que su mayordomo no dijese una palabra

más.

El duque de Manfford, por un momento se quedó mirando fijamente al duque de Hamilton esperando que recapacitara.

Hamilton ni pestañeó.

Manfford pensó en Victoria, su hija merecía casarse con un duque y ya había hecho planes de futuro para ella; Hamilton era la mejor elección.

—En cualquier otra circunstancia de mi boca no saldría una sola palabra de disculpa —dijo casi entre dientes—. Pero por el aprecio que os tengo y el disgusto que le ocasionaría a mi hija Victoria, ya que os tiene en muy alta estima, accederé a su petición.

Victoria parpadeó, su padre era muy ladino al nombrarla a ella como excusa.

—Os pido disculpas, William.

—Señor Henkin para vos —sentenció Hamilton.

Con desgana, Manfford rectificó:

—Por supuesto, señor Henkin.

—Gracias, Excelencia —mostró su gratitud el mayordomo—. Por favor, permitidme que les acompañe a la sala naranja y mandaré que les sirvan un té con pastas.

—No es necesario. Me temo que se nos ha hecho algo tarde —comunicó el duque de Manfford—. Nuestra visita de hoy no tenía mayor transcendencia que invitaros a pasar la Navidad en nuestro hogar. Fue mi hija Victoria quien manifestó su interés por invitaros en persona.

Victoria se mordió los labios, ¡ella no había transmitido tal interés a su padre! Aunque, por una vez, la idea de pasar la Navidad con el duque no le desagradó, más bien lo contrario.

Abby, sin querer apretó la mano de Beatrice, suplicando interiormente que el duque no aceptara la invitación; ella lo había hecho el día que se pelearon en *Stanford House*. ¿O no llegó a ser una invitación oficial?

Beatrice le dio una palmadita de ánimo.

El señor Boston se manifestó en voz alta, impidiendo que Abby escuchase la respuesta del duque.

—Debo admitir que Hamilton cada día me cae mejor —reconoció—. Al

igual que admitiré por una vez y sin que sirva de precedente —bromeó—, que durante el paseo por el castillo me he llegado a sentir abrumado.

Beatrice sonrió, a ella le había pasado lo mismo.

El castillo era enorme, todo de piedra y el suelo de un mármol tan exquisito que incluso daba miedo caminar para no mancharlo. Las alfombras persas y las cortinas de la mejor calidad. El techo de altas bóvedas, al mirarlas les hacía sentirse hormigas. Las seis torres, ya mostraban desde el exterior el poderío y la importancia de los que allí habitaban. Pero en su interior todas las expectativas se magnificaban, pues no había lugar más grande y hermoso en toda Escocia. Todas las salas por las que habían pasado estaban bien cuidadas y sobre todo limpias. Ahora comprendía los cotilleos que tanto había escuchado en Londres por muchos sirvientes, cuando decían que el duque de Hamilton no escatimaba a la hora de contratar personal.

Ella se había visto obligada a trabajar como doncella durante un año en la casa de un barón. Una mansión grande de cuarenta habitaciones, en la que el avaro del barón y su esposa pretendían mantenerla impoluta con tan solo una doncella, un mayordomo, un ama de llaves y una cocinera.

El duque, por el contrario, si exigía pulcritud era consciente de que necesitaba personal para tales exigencias. La cantidad de empleados en *Great Castle* confirmaba esa afirmación. De pronto recordó una frase del señor Boston durante el recorrido por el castillo y no pudo evitar reírse.

«—La casa posee cinco cocinas, aunque desde que falleció la duquesa tan solo utilizamos una —informó el mayordomo.

—¿Por qué? ¿Acaso la duquesa comía por cuatro? —preguntó el americano, consiguiendo que el mayordomo lo mirase atónito.

—Más bien se debe a que la duquesa era la encargada de organizar los eventos sociales, y desde su muerte me temo que pocas veces se ha gozado aquí de fiestas multitudinarias, ¿me equivoco, señor Henkin?

—En absoluto, señorita Hook, ha explicado con exactitud el motivo por el que las cocinas están cerradas.

—Ah… menos mal, por un momento imaginé a la duquesa como esos barriles de ahí. —Señaló el señor Boston unas barricas de Whisky que habían en la bodega.

Los tres se rieron.»

Boston miró a la joven y ella negó con la cabeza, suplicando que no

preguntara el motivo de su risa. Él accedió y sus ojos se quedaron fijos en un retrato colgado; era una mujer, la más hermosa que jamás había visto.

—¿Quién es esa dama? —preguntó acercándose al retrato para observarlo mejor.

Abby y Beatrice lo imitaron, situándose junto a él.

—Es la madre del duque —respondió Abby.

—Era muy hermosa —reconoció Beatrice.

—Sí, lo era —confirmó Abby.

Boston estudiaba los rasgos de la mujer, tan delicados, tan bellos, tan… Sus ojos fueron lo que más le llamaron la atención, chispeantes, risueños, llenos de vida, eran… eran…

—Abby, os parecéis a ella —sentenció el señor Boston.

Niall entró justo en ese momento, pero ninguno de los tres notó su presencia.

—¿Yo? —preguntó alarmada—. ¡Señor Boston! La duquesa era muy bella, no nos parecemos.

—Por supuesto que os parecéis —bromeó el americano—. Sus ojos hablan igual que los suyos.

—¿Y qué dicen? —continuó la broma Abby.

Niall se tensó, la sola idea de que su madre y Abby se pareciesen era perturbadora, así que prefirió zanjar el tema antes de que el americano respondiera algo que a él le pudiese trastocar el sueño.

—Que el señor Boston tiene demasiada imaginación.

Abby se sobresaltó.

Beatrice notó algo extraño en la voz del duque.

El señor Boston se carcajeó; de no haber interrumpido el duque, ahora Abby estaría avergonzada a más no poder, pues iba a responder: «Que las dos están enamoradas».

El mayordomo llamó a la puerta, aunque estaba abierta.

—¿Desean tomar el té?

Abby respondió con celeridad.

—Oh, no, no, gracias, debemos regresar a *Valley of Thistles*.

—Por supuesto —reconoció el mayordomo—. El *landó*[5] está preparado para cuando lo dispongan.

—No es necesario, señor Henkin —intervino Abby de nuevo—. Regresaremos con nuestras monturas.

Niall permanecía en silencio, hubiese deseado que sus invitados no tuviesen que alejarse tan pronto.

—El tiempo ha empeorado de nuevo —informó el mayordomo—. Mi señor ya ha dispuesto del carruaje para su regreso a *Valley of Thistles*.

Beatrice y Boston se miraron; Abby podía encelarse de Victoria, pero Niall solo tenía ojos para ella. Ese hombre construiría si hiciese falta un puente hasta la luna si ella quisiera tocarla.

—Gracias —premió Abby con una sonrisa tímida al duque por tomarse la molestia de estar pendiente de ellos.

El duque hizo un pequeño asentimiento de cabeza.

El mayordomo no sabía cómo pronunciarse, durante el almuerzo de su señor y los invitados, en las cocinas hubo un pequeño revuelo. Por lo visto, uno de los lacayos que servía la mesa, había bajado acelerado para compartir con el resto que el duque sabía reír. Nadie daba crédito, ¿el duque de Hamilton riendo? No lo habían visto nunca sus ojos.

—Milady —pronunció con nerviosismo—. Sé que es una dama muy solicitada y… —Se quedó paralizado al ver el cuerpo en tensión del duque—. Disculpe mi atrevimiento pero...

El señor Boston sonrió; no sabía qué pretendía el hombre, pero era muy gracioso ver al mayordomo tan incómodo y avergonzado. Justo ese hombre, que mostraba tanta rectitud ante los demás, ahora estaba ahí, tartamudeando.

—¿Sí? —apremió Abby con dulzura al notar la zozobra del hombre.

—Sería un honor para la servidumbre de *Great Castle* que fuese nuestra invitada de honor en la fiesta de los sirvientes.

El duque ni parpadeó, de hecho aguantó la respiración ansioso por escuchar la respuesta de Abby. Aunque en ese momento tuvo una revelación: el día de Navidad sus sirvientes tendrían un cuantioso aguinaldo.

Abby se emocionó.

—¿Quieren que yo acuda a su fiesta?

—Sí, nos gustaría que fuese nuestra invitada de honor —afirmó el hombre

con esperanza—. Por descontado, esperamos que transmita nuestra invitación a su hermana, sus padres y a sus invitados también.

A Abby se le iluminó la mirada, amplió su sonrisa más sincera y se pronunció jovial:

—El honor es mío, señor Henkin —agradeció la invitación—. Puede contar con el señor Boston, con la señorita Hook y conmigo. Por desgracia, deberá disculpar a mis padres y a mí hermana; Sophie se encuentra convaleciente.

—Gracias —respondió relajado el hombre—. En nombre de los trabajadores de *Great Castle*, le transmito que nos ha hecho muy felices.

El duque soltó el aire, por fin podía respirar.

Al ver la satisfacción, dulzura y alegría en el rostro de Abby, confirmó en su interior: «Definitivamente, este año el aguinaldo será cuantioso».

Capítulo XXV

Las damas enamoradas se encelan sin necesidad

En *Great Castle* la fiesta organizada por los sirvientes estaba siendo todo un éxito.

Habían obsequiado al duque y a sus invitados con los mejores manjares.

Abby estaba sonriente, dichosa y algo achispada; había tomado unas cuantas copas de clarete y se sentía desinhibida.

El duque la observaba atento, le gustaba verla feliz.

Llegaba la hora del baile y Hamilton ni se había percatado, por lo que Abby, con una gran sonrisa en el rostro, se acercó a él y musitó, para que nadie más que él la escuchase:

—Me temo, Excelencia, que están todos esperando a que sea usted quien tome la iniciativa de empezar el baile.

El duque miró a su alrededor y vio cómo sus sirvientes disimulaban, a la espera de su reacción.

De normal, él solía cenar y retirarse antes del baile. Pero este año era diferente, la presencia de Abby le obligaba —más bien, le procuraba una diversión placentera poder alargar la velada— a invitar a bailar a su ama de llaves.

Hamilton hizo una pequeña reverencia ante Abby y se dirigió con paso firme hacia la señora Mayes; cuando estuvo ante ella le ofreció su brazo para que empezara el baile.

La mujer, muy halagada, sonrió y le tomó de la mano para situarse junto a su señor en el centro de la sala.

Abby imitó a Hamilton, y como la invitada de honor que era, alargó su brazo para que el mayordomo la guiara.

Boston, que había sido aleccionado por Abby y Beatrice con respecto a cómo debía actuar esa noche como invitado, sabía que debía ofrecerse ante alguna sirvienta también, así que le pidió a la cocinera que le concediese el honor de su primer baile.

Beatrice, tras recibir una seña de su amiga Abby, se acercó a uno de los lacayos; el hombre sonrió pletórico y la acompañó.

Una vez las cuatro parejas estuvieron preparadas, los encargados de amenizar la fiesta comenzaron a tocar.

Danzaron con elegancia y naturalidad.

El resto de sirvientes observaban atentos. Era la primera vez que el señor del castillo se mostraba tan cercano, tan radiante, tan sonriente.

Una de las doncellas más antiguas se llevó las manos al corazón al ver cómo Hamilton soltaba una carcajada tras escuchar algo que le decía la condesa de Aberdeen, cuando en uno de los cruces le tocó bailar con ella.

La danza terminó y todos aplaudieron.

Como era de esperar, continuó la fiesta y, para sorpresa de todos, el duque no se retiró; permaneció integrado y bailó con la mayoría de sus sirvientas.

Ya entrada la madrugada dieron por finalizada la velada, una que ninguno olvidaría, pues había sido la mejor de todas.

Abby se retiró a su alcoba, la misma que había usado en otra ocasión: la de la duquesa.

Nada más salir su doncella personal, escuchó unos golpecitos en la puerta que daba al dormitorio del duque.

Sin apenas darle tiempo a responder, se escuchó cómo se abría y a Abby se le aceleró el corazón.

—¿Estáis despierta? —pronunció en voz baja el duque.

—Sí.

—Abrigaos bien —ordenó—, quiero enseñaros algo.

—De acuerdo —atinó a decir.

Abby se dirigió al baúl y sacó uno de sus vestidos de montar, algo sencillo de poner sin necesidad de ayuda. Como estaba convencida, o eso creía, de que no montaría a caballo, dejó abotonado el botón que enganchaba la parte trasera de su vestido, así no se lo pisaría al caminar. Se protegió con una capa con capucha y miró su reflejo en el espejo.

Estaba sonriente y radiante, el duque tenía ese poder sobre ella. ¿Qué querría mostrarle a esas horas?

Cruzó rauda el vestidor que separaba ambas habitaciones y llamó a la puerta del duque.

Este, que estaba esperándola con impaciencia, la abrió tan rápido que la joven se sobresaltó. Apenas le dio tiempo a reaccionar, alargó su brazo y tomó la mano de Abby para guiarla a través de la oscuridad del castillo.

Abby notaba su corazón acelerado, pero no se mostró temerosa; todo lo contrario, facilitó al duque su andadura sin mostrar reticencia.

Hamilton, que se conocía al dedillo los pasillos, sin necesidad de utilizar un candil se dirigió hasta las cocinas de nuevo.

Al llegar allí, una pequeña lumbre los iluminó.

Abby lo miró a los ojos y vio un brillo inusual, aunque le encantó. Estaba risueño.

—Tomad —El duque ofreció una taza de chocolate caliente a Abby.

—¿Lo habéis preparado vos? —preguntó, un tanto conmocionada.

Él soltó una carcajada.

—No. Le pedí a la señora White que lo preparase antes de retirarse.

—Ahh…

El duque volvió a entrelazar su mano con la de ella y, con su taza de chocolate en la otra, la guio hasta la puerta trasera.

Al salir al exterior, la fría noche los recibió.

Sin pararse, caminaron por el jardín de rosales hasta llegar al mirador, donde el duque había llevado minutos antes una manta del mejor visón para proteger del frío a Abby.

Se sentaron en los escalones y él soltó la mano de ella, dejó su taza a un lado, desplegó la manta y la cubrió.

Abby pestañeó, hipnotizada por la muestra de protección y delicadeza que Hamilton le profesaba en ese momento.

Se quedaron allí sentados, mirándose a los ojos.

—Mirad —musitó el duque, señalando con la cabeza el cielo.

La condesa obedeció y pestañeó varias veces para asegurarse de que no era un sueño.

Ante ellos se mostraba una luna llena tan deslumbrante y grande, que se reflejaba en las congeladas aguas del río, reflectando halos de luz tan brillantes que parecían estar rodeados de plata.

—Ohh… —atinó a decir, perpleja ante tanta belleza.

Hamilton no podía apartar la mirada de Abby. Le era imposible. Ella para él era con diferencia «la estrella más brillante».

Durante un buen rato Abby permaneció embelesada y en silencio.

El duque se llevó la taza a la boca y bebió el chocolate caliente, consiguiendo así templar su interior. Aunque no estaba seguro de que fuese por la bebida; era posible que su calor interno se debiese a los rasgos tan bellos que tenía delante y que no conseguía dejar de contemplar.

—¿Tenéis una amante? —preguntó Abby, rompiendo el silencio.

El duque por poco se atraganta.

Dejó la taza a un lado y, sin apartar la mirada de Abby, respondió:

—No.

Abby, antes de continuar, también ingirió el chocolate. No sabía por qué había preguntado aquello, pero su interior clamaba a gritos conocerlo todo sobre él.

También dejó la taza a un lado y giró su cuerpo ligeramente hacia Hamilton; necesitaba mirarlo a los ojos.

—Comprendo.

—¿Qué comprendéis? —indagó el duque.

—Que sois de los que acuden a cortesanas.

¡Por todos los santos! ¿Qué responder a eso? El duque no estaba muy seguro de cómo explicarse, si es que había explicación a una pregunta tan comprometida. Claro que, con Abby todo parecía tan natural. De tratarse de otra mujer, él se habría sentido molesto y ofendido por haber sacado un tema de índole personal y tan descarada. Sin embargo, con ella tan solo sentía la necesidad de aclarar las cosas.

—Os equivocáis —aseguró—. No suelo frecuentar lugares donde poder relacionarse con meretrices —informó—. Tampoco tengo una amante, eso implicaría cierto grado de intimidad y encariñamiento con una dama, algo que hasta la fecha de hoy ni me he permitido ni lo he necesitado.

Abby sabía que debía callar, que era el momento de cerrar su boca, pero él le había otorgado, junto a su amistad, el poder de sentirse segura y protegida. Con cualquier otro hombre se moriría de vergüenza por haber formulado aquella pregunta tan indiscreta, pero con Niall tan solo se sentía curiosa. Que él respondiera con tanta franqueza sin mostrar enfado alguno, le proporcionaba tranquilidad.

Su corazón palpitó al darse cuenta de que su relación con el duque era casi plena. ¿No era eso lo que cualquier mujer soñaba encontrar en un hombre?

¿La confianza plena? Sí, había pasado muchas noches soñando con un matrimonio bien avenido, y eso solo se podía conseguir junto a un hombre que la entendiera y no la juzgara. Era consciente de todos sus defectos, y su curiosidad y su falta de contención para obtener respuestas era el mayor, pero ahí estaba el duque de Hamilton, respondiendo a todo sin mostrar desacuerdo a su curiosidad.

«Nunca podrás dejar de admirar y de amar a este hombre», reconoció. Era imposible que pudiese encontrar otro hombre que la comprendiera como él.

—Pero sois un hombre —comentó curiosa—. Dudo que no saciéis vuestras necesidades.

Niall no parpadeó. La curiosidad de Abby en ciertos menesteres le sorprendía, aunque una vez más, se sinceró:

—Mis relaciones íntimas con mujeres no son tan asiduas como vos creéis.

Abby se sonrojó.

Él deseó besarla, estaba tan hermosa con aquellas mejillas encarnadas.

—Hasta la fecha, las he mantenido con mujeres casadas o viudas que no estaban dispuestas a casarse de nuevo.

Esa confesión les sorprendió a ambos.

Abby le regaló una sonrisa en señal de gratitud por su sinceridad.

—En ese caso, me temo, milord, que vos sois el amante y no al contrario.

—¡¿Cómo?! —se expresó, ofendido.

—No os alteréis, no es mi intención ofenderos —suplicó Abby—. Pero si las damas son casadas…

—Un duque nunca…

Abby le tapó la boca con su mano.

—De acuerdo, lo entiendo, pero reconoced que si fuese al contrario, si vos fueseis el casado, esa mujer sería vuestra amante.

Él no pensaba reconocer semejante afirmación. Un hombre no era el amante de ninguna mujer. O por lo menos, él no era el amante de nadie.

Abby, al notar el creciente enfado que parecía mostrar en ese momento el duque, prefirió cambiar de tema.

—¿Sabéis? Os envidio —reconoció, honesta.

Aquel comentario descuadró al duque, no entendía nada.

—¿A qué os referís?

Abby, durante unos segundos permaneció callada buscando en su interior las palabras adecuadas antes de exponer su razonamiento.

—No sé si sería correcto expresar en voz alta mis pensamientos —reconoció Abby, avergonzada.

A Niall el comentario le despertó mayor curiosidad. En parte, algo dentro de él deseaba que Abby fuese tan natural y espontanea como siempre; por lo menos junto a él. Le gustase o no reconocerlo, se sentía pleno cuando ella compartía ante él sus inquietudes.

—Me gustaría poder escuchar lo que pensáis.

Abby apretó los labios antes de decidirse. Pensó en su hermana y algo en su interior se reveló.

Él la observó atento.

—Verá, como hombre se puede permitir el lujo de *intimar* —Se sonrojó de nuevo—, bien con cortesanas, esposas de otros hombres, viudas, e incluso con damas solteras —declaró seria—. Y jamás sois juzgado por ello.

El duque notó el azoramiento en su voz, por lo que permaneció callado. Al ver que se le desprendía la manta que la cubría, alargó sus brazos y la recolocó en sus hombros para que no se enfriara.

—¿Os habéis parado a pensar qué pasaría si fuese al contrario? —No le dejó responder, ella lo hizo por él—: Las esposas y damas solteras serían tachadas por la sociedad de inmediato.

Abby se entristeció por su gemela.

El duque pudo sentir su pesar.

—¿No os parece injusto?

Niall no sabía qué responder. Así eran las normas, él no las había inventado.

Abby, con la imagen de su hermana clavada en su retina, bajó la cabeza y, con voz trémula, se pronunció; necesitaba la opinión de un hombre:

—Imaginad que os enamoraseis de una dama…

El duque llevó su mano a la barbilla de Abby para que ella levantara la cabeza. Necesitaba mirarla a los ojos, saber qué apenaba tanto a la joven.

Ella lo hizo y se encontraron sus miradas.

—Sé que no creéis en el amor —musitó—, pero por un segundo, imaginad que estáis locamente enamorado de una mujer —No apartó la mirada de él—, y que esa muchacha, en el pasado pecó una única vez con otro hombre, algo que vos habéis hecho con asiduidad con otras damas.

Hamilton tragó con dificultad, ¿acaso ella había copulado con alguien?

—¿Seríais capaz de rechazar a la muchacha a pesar de amarla?

La pregunta la expuso con tanto temor y dolor, que Hamilton necesitó su tiempo para asimilar las palabras.

Abby ya daba por perdida la respuesta, él no parecía dispuesto a contestar.

—¿Alguien os ha comprometido? —preguntó, casi en un hilo de voz. No sabía por qué, pero algo dentro de él temblaba al imaginar la posible respuesta. Y bramaba en su interior, que mataría al hombre en cuestión.

—No —respondió con tanta honestidad que a él no le quedó resquicio de duda—. Pero podría ocurrir que os enamoraseis de una mujer a la que le hubiese pasado. ¿Qué haríais si estuvieseis locamente enamorado? ¿Qué seríais capaz de hacer por amor?

Niall alzó su mano para llevar un bucle que se le había resbalado detrás de la oreja, escondida en la capucha.

—No puedo responderos a esa pregunta —reconoció con la misma honestidad que ella había mostrado—. No sé de lo que sería capaz de hacer un hombre locamente enamorado porque ni siquiera creo que exista el amor.

Abby premió su sinceridad con una sonrisa tímida cargada de gratitud.

Él no se había dado cuenta, pero en el rato que llevaban conversando, no había apartado su mano de ella. Al ver aquel mohín, su mano tomó vida propia y acarició la mejilla de Abby con tanto mimo y ternura, que a ella se le aceleró el corazón; lo tenía desbocado. Su respiración se acrecentó.

—¿Recordáis vuestro primer beso?

Ella odió al instante a todas las mujeres a las que el duque había besado. Sin conocerlas, las envidió y se sintió celosa. ¿Tenía derecho a estarlo?

El duque negó con la cabeza.

—No sentí ninguno tan importante como para recordarlo.

«Solo si os besara a vos sería capaz de recordarlo eternamente», pensó.

La respuesta fue un bálsamo para Abby.

Los dos se miraron con tanta ternura y complicidad, que poco a poco se fueron acercando el uno al otro.

El sonido de una lechuza los sobresaltó, ambos se separaron y se giraron en busca del intruso.

Abby, al regresar a su posición no lo pudo evitar, se rio y el duque acabó sonriendo también.

La joven, una vez más se mostró tan a gusto junto a él, que se reclinó sobre su hombro. Este, al igual que siempre que estaba cerca de ella, actuó también con naturalidad, la rodeó con su brazo y se quedaron mirando el horizonte, donde empezaban a despuntar los primeros rayos del alba.

—No hay mejor panorámica de la aurora en este valle, que desde el punto en el que nos encontramos —aseguró orgulloso el duque.

Abby, maravillada por los colores tan hermosos que mostraba el cielo, se sintió dichosa de estar allí.

—Cuando era niño me encantaba salir al alba con mi padre para ir a pescar.

Ella escuchó atenta la historia que él comenzó a narrar, y se entristeció al notar nostalgia y pesar en su voz al terminar la anécdota. Le confesó que un día su madre, enfadada porque el duque se hubiese olvidado de recibir a sus invitados en una de las fiestas que ella había organizado por haber ido a pescar con su hijo, le prohibió sus habituales salidas de excursión al río con el pequeño Niall. Y para enfatizar sus palabras, partió la caña de pescar y la echó al fuego.

El duque estaba tan sorprendido de haber compartido con Abby sus secretos de la infancia, que no sabía cómo calificar aquello.

—¿Abby? —susurró, al darse cuenta de que ella estaba demasiado callada, algo inusual.

Sonrió encantado al notar que estaba dormida.

Dormida entre sus brazos.

La rodeó con más fuerza y la levantó, llevándola de regreso al interior del castillo.

Nada más poner un pie en *Great Castle* se topó con el mayordomo.

Al ver la expresión del señor Henkin se avergonzó como si volviese a tener cinco años y hubiese sido pillado haciendo una de sus fechorías

infantiles.

Al final, se encogió de hombros y acabó sonriendo.

El mayordomo no pudo evitar sonreír también. Le hizo una seña para que lo siguiese, así abriría las puertas sin que el duque tuviese que soltar a la muchacha.

Nada más dejarla sobre la cama, el mayordomo hizo ademán de retirarse.

Niall, en susurros, ordenó:

—Que nadie perturbe su descanso hasta el mediodía.

El señor Henkin asintió y cerró la puerta.

Niall sabía que debía retirarse a su aposento, pero fue incapaz de hacerlo de inmediato; se quedó hechizado, mirándola durante un buen rato. Al final, se inclinó, besó con delicadeza la frente de ella y se alejó.

Capítulo XXVI

Los enamorados dicen más con hechos que con palabras

Abby estaba nerviosa, necesitaba compartir con su gemela sus inquietudes, pero seguía enfadada con ella.

Después de tres intentos en los que fue incapaz de cruzar el umbral de la puerta de Sophie, se dio por rendida; debía perdonarla.

Tocó con los nudillos la puerta de su alcoba.

—Adelante —la invitó Sophie, sentada delante del espejo.

Cuando Abby entró, las dos se miraron.

La más pequeña tragó con dificultad, necesitaba el perdón de Abby más que respirar.

La condesa cerró la puerta y nada más girarse, se pronunció, molesta.

Durante casi una hora las dos hermanas mantuvieron la charla que habían retrasado durante varios días. Por fin consiguieron perdonarse y volver a tener la complicidad y amistad que tanto las unía.

Se abrazaron y lloraron.

Cuando Sophie dejó de llorar, Abby la ayudó a limpiarse las lágrimas.

Se sentaron en el borde de la cama, y para que Sophie supiese que ya no existía rencor por su parte, compartió con ella sus mayores secretos.

Durante un buen rato las dos sonrieron, se llevaron las manos a la boca en señal de escándalo y vergüenza, y las risas que tanto echaban de menos, embriagaron el dormitorio de Sophie.

—¡Ohh, Abby! —se expresó con júbilo—. No sé qué decirte. No entiendo por qué el duque no pide tu mano a nuestro padre.

Abby se encogió de hombros.

Sophie la observó; su hermana estaba tan radiante, tan enamorada. No comprendía que Hamilton, después de todo lo que hacía por ella, no fuese capaz de reconocer que su gemela le importaba de verdad. Sus gestos con su hermana lo delataban. ¿Qué hombre hubiese sido capaz de preparar una cita clandestina tan especial si no estuviese enamorado?

—Si la lechuza no os hubiese… —Abby se tapó la cara con las manos por la vergüenza y Sophie se interrumpió por la risa—. ¿Hubieses dejado que te besara?

—Sí —respondió con las mejillas encarnadas—. Sé que no debería pero…

Sophie la interrumpió.

—Me gustaría persuadirte de lo contrario, pero no puedo —reconoció con nostalgia.

Abby le acarició la mejilla.

—Sophie…

—No, Abby, no me duele pensar en ello —confesó—. Es complicado de explicar cuando ni siquiera yo sé cómo entenderme —se sinceró, pues con su gemela era con la única que podía hacerlo—. Por un lado le odio. Soy incapaz de perdonar su traición. Pero por otro, no puedo guardarle ningún rencor. Supongo que mi parte enamorada lo añora y quiere mantener su recuerdo intacto y puro. Sin embargo, la parte que está dolida solo quiere aferrarse a un futuro en el que él no estará presente.

Abby la miró con cariño.

—¿Crees que tiene sentido lo que digo?

—Sí.

Sophie le sonrió con gratitud.

—¿Entonces, quieres que te acompañe? —preguntó, volviendo a la conversación que previamente habían mantenido.

—Sí, pero antes debes ayudarme a elegir el retrato que voy a regalarle.

Sophie se puso en pie, encantada de volver a tener a su hermana a su lado y de poder compartir sus vidas como lo habían hecho siempre.

Salieron juntas del dormitorio de Sophie para dirigirse a la sala de pintura, lugar donde Abby solía pasar muchas horas, pues al igual que su gemela era una erudita al piano, ella siempre había destacado por sus dotes de retratista. Desde pequeña el dibujo había sido su válvula de escape. Se sentía libre a la hora de dibujar y por ello lo hacía a menudo.

Los marqueses, que estaban sentados en la sala de mañanas, sonrieron cómplices al ver pasar a sus hijas y escuchar sus risas.

Una vez dentro, Abby le enseñó cuatro retratos del duque que había pintado al óleo.

Sophie se maravilló. Era admirable la capacidad que tenía Abby para plasmar los rostros con tanta perfección.

Uno de ellos le llamó mucho más la atención que los otros tres.

—Este es precioso —reconoció obnubilada, pues la mirada del duque parecía tener vida propia—. Tiene algo especial… No sabría decir exactamente qué es, pero lo tiene.

Abby lo miró y sonrió.

Sí, tenía algo especial. Fue el primer retrato que pintó de Niall. Se había quedado tan grabado en su retina ese momento, que le fue imposible dejar de pintar hasta que lo terminó.

Aquel rostro la impactó, pues era la primera vez que el duque sonreía ante ella. Fue el día que caminaron en busca del tesoro. Incluso recordó la conversación:

« —¿Sabéis, Excelencia? Creo que soy una persona muy afortunada.

—¿Por?

—Os he visto reír, ¿creéis que hay mucha gente que lo haya comprobado?

—Eso es porque los demás no son tan divertidos como usted —dijo sonriente—. El mérito es solo suyo.»

Sophie la observó; su hermana se había quedado en un estado de ensoñación tan palpable, que incluso llegó a sentir su ternura.

—Pues este es el elegido —pronunció triunfal, Sophie.

Abby asintió con una gran sonrisa.

—Ahora tenemos que ir sin falta a comprarle el regalo.

Sophie se carcajeó. Su hermana estaba locamente enamorada del duque, ¿acaso no veía que el retrato ya era un buen regalo? Estaba segura de que Hamilton no lo esperaba y de que cuando lo recibiera se quedaría prendado, no solo de las prodigiosas manos de Abby a la hora de plasmar su retrato, sino por haberlo podido hacer sin tenerlo a él posando.

¿Acaso no decía mucho ella con ese gesto? ¿Tan ciego era el duque para no darse cuenta?

Y entonces a Sophie le dio un pinchazo el corazón. ¿Y si el duque al final no pedía la mano de su hermana? No quería pensar en ello, Abby estaba demasiado enamorada y no podía imaginarse por nada del mundo, que su gemela sufriera tal desengaño. Bien sabía ella lo doloroso que podía ser perder al hombre que amabas.

***

El duque de Hamilton también había salido de *Great Castle* de buena mañana con un fin: encontrar un regalo para Abby. Quería sorprenderla, estaba convencido de que no esperaba un regalo por su parte.

Tras regresar al castillo y dar mandado a su ama de llaves, se retiró a la biblioteca.

El mayordomo y el ama de llaves estaban en las cocinas cambiando impresiones.

—Os digo, señor Henkin, que la causante del cambio de humor de nuestro señor es la condesa de Aberdeen.

—Solo el tiempo dirá si está usted en lo cierto.

Ambos se conocían a la perfección, llevaban muchos años trabajando en *Great Castle*.

La mujer, que acababa de terminar de preparar el mandado del duque, miró con una gran sonrisa su obra.

—La condesa se alegrará mucho cuando lo reciba.

—Eso espero —deseó el mayordomo—. Nunca antes el duque se había tomado la molestia de mandar un regalo a una dama.

La señora Mayes se puso más seria.

—¿Le ha entregado la nota que ha enviado lady Victoria?

—Por supuesto —respondió ofendido, pues era su cometido.

—No se ofenda, William —dijo utilizando su nombre de pila, pues entre ellos el trato solía ser cordial y amistoso—. Tan solo me preocupa que la hija del duque entorpezca la relación entre nuestro señor y la condesa.

—Eso es algo que no nos atañe.

—¿Preferiríais a lady Victoria como señora de *Great Castle* antes que a lady Abby?

—Martha, yo no debo opinar, acataré con buen gusto la decisión del duque.

—Pues os diré algo —pronunció molesta, pues ella sí tenía opinión propia al respecto—. Lady Victoria no sería una buena elección. Sé que su porte, su pedigrí, su educación y su sofisticación son impecables, pero tiene el carácter de su madre.

—Fue considerada una de las mejores damas de Inglaterra.

El ama de llaves puso los ojos en blanco.

—Sí, su reputación la precedía —contrastó las palabras de William—. Pero sus doncellas conocían muy bien el verdadero carácter y egocentrismo de la duquesa.

—Hay sirvientes que hablan demasiado.

—Y gracias a ellos podemos conocer la verdadera cara de los que fingen ante la sociedad.

—¿Y eso qué importa?

—Que si tal como dijo el duque de Manfford, su hija fue aleccionada por su progenitora y todo lo aprendió de ella, nuestro duque se convertirá en un hombre desgraciado.

William la miró, había despertado su curiosidad.

—¿A qué os referís?

—Niall será admirado y envidiado ante la sociedad por la buena elección de la dama —dijo del tirón—, pero en la intimidad, se convertirá en un hombre solitario.

—No os comprendo.

—La duquesa de Manfford era una mujer fría y arrogante —informó—. No soportaba tener contacto con su esposo, por lo que decidió llegar a un acuerdo con él. Le dio hijos para que nadie sospechase que entre ellos no existía relación matrimonial, pero, en cuanto nació Victoria, la duquesa no volvió a intimar con el duque.

—Eso no quiere decir que lady Victoria sea como su madre.

—Déjeme ponerlo en duda. La vi junto al duque, apenas le prestaba atención —opinó, reconociendo que había estado observando a la joven—. Las cuatro veces que se han quedado en *Great Castle* ha paseado por la estancia como si todo le perteneciese y, al cruzarse con el duque, tan solo ha sabido fingir una sonrisa. ¡Ni siquiera es capaz de sonreír con naturalidad!

—Martha, creo que está haciendo una montaña de un grano de arena.

—Bien, pues cuando lady Victoria se convierta en la señora de este lugar, se muestre tal y como es en realidad, y veamos cómo nuestro duque poco a poco se convierte en un hombre huraño y desmotivado, recuerde que yo le advertí de que esto pasaría.

Se dio la vuelta y se llevó el regalo que el duque había mandado preparar, para que él diese el visto bueno.

William se quedó pensativo.

Él conocía bien a la duquesa de Manfford, aunque jamás admitiría en voz alta las palabras de Martha. Conocía sus andaduras tanto como el desprecio que mostraba ante cualquier persona de baja clase social. De hecho, él había sido víctima de las ofensas y mentiras de la duquesa cuando lo acusó de haberle robado una gargantilla, un día que visitó *Great Castle* junto a su esposo. Y todo porque en una visita a la bodega, se encontró a la duquesa allí, bebiendo a escondidas como cualquier borracho de baja casta en tabernas. Lo miró con desprecio y, con palabras hirientes, lo amenazó. En un principio pensó que se trataba de una simple amenaza por estar algo perjudicada por el alcohol, pero a la mañana siguiente vivió el peor día de su vida.

Entonces recordó a Niall, que por entonces tenía ocho años.

»Escuchó los gritos de aquella mujer acusándolo de ladrón. Niall lo miró a los ojos y fue el único que lo creyó sin necesidad de utilizar palabras. Salió corriendo y se adentró en el dormitorio que habían designado a la duquesa, rebuscó entre los baúles que había llevado y encontró la gargantilla bien escondida.

Bajó justo en el momento en que su padre iba a despedirlo, interrumpiendo a todos los que allí estaban.

—Si lo que busca es esto —levantó la joya para que todos la viesen—, estaba en el suelo. Se le había caído detrás del tocador.

La duquesa lo acribilló con la mirada; ella había guardado a buen recaudo la gargantilla de rubíes, envuelta en un pañuelo de seda, dentro de su baúl.

Niall la retó con la mirada, un gesto que a él le llegó al alma. ¡Un niño de ocho años sacando la cara por él!

La duquesa, encolerizada, sin dar muestras de piedad, se la arrebató de las manos y se alejó de allí a grandes zancadas. Decir la verdad la delataría e, insinuar que el hijo del duque mentía, no la dejaría en buen lugar.

Entonces Niall sonrió con satisfacción y le guiñó un ojo. Una sonrisa tan pura como la inocencia que tenía su señor con aquella edad. Lástima que dos años después, aquel niño cariñoso y vivaz desapareciera para convertirse en uno desangelado, triste y solitario.

—Señor Henkin. —La voz de un sirviente le sacó de su aturdimiento—. Un lacayo de *Valley of Thistles* desea hablar con usted.

William se sorprendió, ¿con él?

Se dirigió a la parte trasera, donde el lacayo de la casa del marqués aguardaba.

—Buenos días.

—Buenos días, señor Henkin —saludó el criado—. Lady Aberdeen me manda con un recado muy especial —pronunció el hombre orgulloso de que la joven condesa lo hubiese elegido a él para tal fin.

—Usted dirá.

El hombre dio un par de pasos atrás, fue directo a la carreta en la que había viajado y agarró con fuerza dos paquetes. Se dirigió de nuevo hasta la puerta donde lo esperaba William.

—Estos regalos deben ser entregados al duque mañana por la mañana —dijo el hombre al tiempo que extendía los paquetes para que los cogiera el mayordomo—. Me ha pedido la condesa que también le entregue estas notas.

El mayordomo parpadeó, pero al final miró al joven y los dos sonrieron.

—Comprendo.

—Gracias —se despidió el lacayo—. Por favor, señor Henkin, guárdelos bien y que el duque no los vea hasta mañana.

—Por descontado.

Al ver alejarse la carreta, el mayordomo se carcajeó. Abby sabía cómo ganarse el cariño de la gente. Ese lacayo era una muestra; hubiese hecho guardia con tal de que el pedido fuese entregado como ella solicitaba: en secreto.

La condesa iba a hacer muy feliz a su señor; eran sus regalos de Navidad. Desde que el duque cumplió nueve años no había recibido ninguno, ya que en su décimo aniversario la duquesa murió fatídicamente.

Niall se despertó como casi siempre, de buena mañana.

La noche anterior se había retirado muy temprano; odiaba las Navidades y así permitía a sus sirvientes gozar de la Nochebuena.

Ese año había sido invitado a pasar las fiestas junto a la familia Stanford y

la familia Manfford, pero declinó ambas invitaciones. Aunque dudó hasta el último minuto la primera invitación, pues pasar junto a Abby las fiestas era un aliciente.

Suspiró derrotado.

Debía alejar de sus pensamientos a Abby; no sabía cómo hacerlo, pero era de vital necesidad. Si continuaba así, acabaría perdiendo el juicio por completo. Y con un duque arrastrado a la miseria emocional había sido suficiente. No quería cometer el mismo error que su padre.

Se levantó y bajó a desayunar.

Al entrar en la sala de mañanas, encontró dos paquetes junto a la chimenea.

Se acercó un tanto dudoso.

Miró el más largo, lo abrió y sus ojos parpadearon.

¡Una caña de pescar!

Era perfecta y, además, habían grabado sus iniciales: N.H.

Tomó la pequeña nota que había y la leyó:

«Deberíais practicar de nuevo, algún día compartiréis vuestra afición y enseñaréis a pescar a vuestro hijo.

Abby»

Notó cómo su garganta se contraía. Hacía tanto que nadie le regalaba nada, que no sabía si se había emocionado por el detalle o porque el regalo venía de ella.

Acarició aquellas iniciales sin poder dejar de sentirse conmovido.

Dejó con cuidado la caña en el suelo y abrió el segundo paquete. Parecía un cuadro.

Rasgó el papel que lo envolvía y, al verse allí retratado, se quedó sin aliento.

Al ver la rúbrica del pintor su corazón se desbocó.

¿Abby lo veía así?, ¿con tanto brillo en la mirada y con una ligera sonrisa en los labios? No podía creer que la condesa lo hubiese retratado con tanta exactitud. Era como mirarse en un espejo, aunque él siempre se viera con la

mirada fría y la sonrisa ausente.

Una nota enganchada en el borde del marco llamó su atención. La tomó con la mano y la leyó:

«Si no es de vuestro agrado, tenéis la total confianza y libertad para guardarlo sin ser mostrado.

Abby»

El duque se puso en pie y con el cuadro entre sus manos fue directo a la sala familiar. Llamó al mayordomo y exigió que lo colgaran de inmediato.

En *Valley of Thistles* los marqueses de Stanford, sus hijas y sus dos invitados estaban reunidos en la sala principal, lugar al que la familia solía acudir la mañana de Navidad, después de dar cuenta del desayuno, para repartirse sus regalos. Y eso era lo que estaban haciendo en ese momento, junto a la chimenea. Todos sonreían y disfrutaban abriendo los regalos.

—Disculpe, milord —interrumpió el mayordomo.

El marqués se dio la vuelta e hizo una seña al hombre para que entrara.

—Hay una entrega especial para lady Aberdeen —comentó risueño.

Abby se giró y lo miró sin comprender.

—¿Para mí?

El mayordomo asintió con la cabeza.

—Entregádsela —dio su beneplácito el marqués, que ya estaba al corriente, pues una hora antes él mismo había visto llegar a un lacayo de *Great Castle* desde la ventana, y se había interesado por aquel objeto que habían llevado de parte del duque de Hamilton.

El mayordomo giró sobre sus talones, y al llegar a la puerta hizo una seña con la cabeza para que un joven lacayo hiciese la entrega.

Abby parpadeó. El muchacho portaba una cesta gigante de mimbre, adornada con un lazo rojo de seda; sin duda las manos de una mujer habían logrado aquel detalle con esmerada dedicación.

—Qué bonito —afirmó Sophie a la espalda de Abby.

La condesa asintió, sin comprender quién podía hacerle tal regalo.

El joven lacayo lo dejó en el suelo, justo delante de Abby, y esta se acercó

y acarició aquel lazo tan bien orquestado.

Un movimiento en la cesta la sobresaltó, dando un saltito hacia atrás.

—¡Ohh!

Sophie se acercó y observó con detenimiento la cesta; lo cierto es que era preciosa.

—Se ha movido —alertó Abby a su hermana para que estuviese al corriente y no se asustase si intentaba tocarla, como le había pasado a ella.

—En ese caso deberíais mirar en su interior —aconsejó el señor Boston, que también había observado el movimiento del cesto.

Abby asintió y, con mucho mimo, tiró de la lazada para abrir la canasta.

En cuanto levantó la tapa, soltó un gritito de sorpresa, alegría y nerviosismo. La cesta era la portadora de un cachorro *cavalier king charles spaniel*, precioso, blanco con las orejas y las patas negras, y los ojos marrones color chocolate al igual que sus cejas.

Vio una nota y la tomó, con las manos temblorosas.

«Debido a vuestro pésimo gusto a la hora de elegir mascotas, como buen amigo me he visto obligado a ayudaros. El nombre lo dejo a vuestra entera elección.

Niall»

La joven pestañeó varias veces, quería asegurarse de que no era un sueño. El día que almorzaron en el castillo, comentó apenada que su mascota Romeo, el gato negro al que ella adoraba, había muerto. No pensó siquiera que el duque hubiese prestado atención a su comentario, pero sí, lo había hecho y ese cachorrito de ojos marrones hipnotizadores era la muestra.

—¡Oh, Abby, es precioso! —se expresó jovial su gemela.

—Sí, es una preciosidad —afirmó, con un nudo en la garganta por la emoción.

La marquesa miró a su esposo y sonrió; no necesitaba preguntar, pero prefirió hacerlo:

—¿Quién te manda el regalo?

—El duque de Hamilton —se apresuró a responder con cautela, aunque le hubiese encantado poder gritar: ¡Niall!, tal como él había firmado aquella

nota, sin usar su apellido ni su título. Que solo hubiese usado su nombre decía mucho para ella.

Estrechó al animal entre sus brazos y repartió besos en su cabeza.

—Mi precioso cachorrillo, de ahora en adelante seréis Lord Virgilio.

—No pensarás meter a este animal en la casa, ¿verdad? —se quejó el marqués.

Abby levantó al animal extendiendo los brazos al aire para mirarlo con detenimiento. Luego se giró y clavó su azulada mirada en los ojos de su padre.

—Desde luego que sí, donde yo vaya irá él conmigo.

—Abby… —El marqués iba a persuadirla, pero la joven lo interrumpió, consciente de lo que pensaba decir su padre:

—Él no es uno de vuestros perros de caza, es mi mascota y no permitiré que se críe con los demás.

El marqués notó la amenaza en la voz. No entendía que un perro viviese bajo el mismo techo que ellos ya que él, un fiel amante de sus perros de caza, siempre los dejaba en las cuadras, a buen recaudo, por descontado. ¿Pero dentro de su hogar?

—Y ahora, si me disculpáis, voy a pasear con Lord Virgilio.

Se alejó, dejando a su padre sorprendido y a su madre sonriente.

El señor Boston, Beatrice y Sophie siguieron sus pasos; también les apetecía salir al exterior a dar un paseo.

—Olivia, juro que por más que lo intento, no llego a comprender el comportamiento de Hamilton —confesó el marqués su inquietud—. ¿Un cachorro? Lo que tenía que haberle regalado es un anillo de compromiso y dejarse de ambigüedades. ¿A qué está jugando?

La marquesa tampoco lo entendía pero intentó tranquilizar a su esposo, se notaba su preocupación.

—No lo sé, milord, pero reconoced que el gesto ha sido un aporte de felicidad para nuestra hija.

El marqués se acercó al ventanal para observar cómo su hija mayor jugaba con aquel cachorro, sin dejar de reír.

Se dio la vuelta de nuevo y, con seriedad, se expresó ante su esposa:

—No suelo ser un hombre de intuiciones, eso os lo suelo dejar a vosotras —aludió, ya que él pensaba que ese tipo de cosas lo hacían mejor las mujeres, o por lo menos su mujer e hijas, que siempre tenían a bien compartir con él sus pensamientos—. Pero en esta ocasión algo me dice que nuestra hija acabará sufriendo.

La marquesa se preocupó; su marido no bromeaba, estaba hablando muy serio.

—Reconozco que el comportamiento del duque también se escapa de toda lógica para mí —argumentó—. Puedo notar el cariño que profesa por nuestra hija, es innegable que cualquier persona con ojos en la cara puede reconocer ese afecto entre ellos.

El marqués iba a interrumpir y ella alzó el brazo.

—Puede que no esté todavía interesado en desposarse —opinó—. Hay nobles que desean alargar su soltería.

—Si ese fuese el caso, lo entendería, Olivia —reconoció, dando por sentado que su esposa tenía razón; muchos lo hacían—. Pero he visto cómo mira a nuestra hija. También sus muestras de afecto, y no me refiero al regalo sino a su comportamiento ante a ella, ¿acaso lo habéis visto sonreír ante cualquier otra persona? Porque yo presté mucha atención el día de su aniversario y os puedo garantizar que no mostró mohín alguno en toda la velada; solo con nuestra hija su rostro se relajó —alegó sin apartar la mirada, para que supiese que no mentía—. Por ello me es imposible concebir que Niall todavía no haya pedido permiso para cortejar a Abby, pues a leguas se ve que está enamorado de ella. Y creedme, un hombre enamorado lo único que tiene en mente es poseer a la dama, por ello su tardanza en pedir su mano me crea resquemor.

—¿Por qué?

El marqués se acercó más a su esposa, lo que iba a decir incluso a él le dolía, por ello tenía miedo de que Abby acabase sufriendo un desengaño.

—Me temo que el duque ya ha elegido a su futura duquesa —vaticinó—. Quiere a nuestra hija, o por lo menos parece sentirse muy atraído por ella, pero es a otra dama a la que ha elegido para tomar como esposa.

La marquesa se inquietó.

—No lo creo.

—Entonces decidme qué hombre es capaz de permanecer alejado de la

mujer que le ha robado el corazón —se entristeció pues estaba convencido de que Abby tarde o temprano llegaría a la misma conclusión—. Yo fui incapaz de perder un solo segundo en cuanto estuve seguro de que nuestro amor era recíproco.

Ella sonrió recordando aquel arrebato que tuvo su marido, al colarse en su habitación para adelantar sus votos, fingiendo ante su padre que la había comprometido.

—Oh, Phillip —se apenó—. Si tenéis razón, Abby se llevará una gran desilusión —presagió—. Nuestra hija no ha mostrado interés alguno por ningún otro caballero.

—Motivo por el que no debemos alimentar esperanza alguna con respecto al duque —advirtió—. Quizá debamos adelantar nuestro regreso a Londres.

La marquesa se quedó pensativa, nunca regresaban a Londres antes de finalizar la temporada invernal, pero igual era lo mejor. Si el duque echaba de menos a Abby, haría lo posible por estar cerca de ella. Si como pensaba su marido, ya había elegido a otra candidata para ocupar el puesto de duquesa, lo mejor era mantener a Abby alejada de Hamilton y conseguir que ella se codeara con más nobles; igual alguno conseguía llamar su atención.

—Avisaré al servicio de que partiremos el décimo segundo día[6].

El marqués asintió con la cabeza. Lo mejor para su hija era alejarla del duque antes de que le rompiese el corazón, con Sophie ya había tenido más que suficiente.

Capítulo XXVII

Una dama enamorada espera el día de San Valentín con ansiedad

Sophie miraba a su hermana, sentada en la butaca de su dormitorio, mientras la doncella personal de Abby terminaba de peinarla. Estaba realmente hermosa esa mañana. Su vestido de color turquesa claro ensalzaba el brillo de sus ojos.

—¿Por qué estás tan nerviosa? —se interesó.

Abby la miró sin llegar a comprender que su hermana no lo supiese. Le hizo una seña a su doncella para que se marchase. En cuanto la mujer abandonó la alcoba se pronunció:

—El miércoles que viene es San Valentín —dijo como si esa respuesta lo aclarase todo.

—¿Y?

Abby llevó las manos al cielo, en señal de protesta.

—El duque de Hamilton visitará a nuestro padre mañana.

—¿Y? —repitió.

Abby bufó.

Se dio la vuelta y se encaró a su gemela, que se había levantado de su asiento.

—Verás —intentó aclarar su inquietud—. Desde que regresamos de Escocia con tanta celeridad, me he estado carteando con Niall.

Sophie no la interrumpió; quería escuchar con atención, aunque no le pasó desapercibido que lo llamase Niall con tanta familiaridad.

—El duque, en su primera carta me notificó que este año no tenía intención de viajar a Londres hasta la festividad de San Jorge.

—¿No piensa venir hasta abril? —preguntó alarmada, pensando en su hermana Abby.

—¡No! ¿Es que no me has oído?—increpó a Sophie por no escuchar con atención—. Esa era su intención. La semana pasada recibí su última carta y me anunciaba su llegada a Londres para esta semana. Me comunicó que mañana se reuniría con nuestro padre.

Sophie la miró con intensidad.

—¿Va a pedir tu mano?

—¿Qué? ¡No! —respondió alarmada—. No… Bueno, no lo creo.

Sophie estudió el rostro de Abby.

—Ay, Abby, no entiendo nada —se sinceró Sophie—. Entonces, ¿a qué viene que estés tan nerviosa?

—Porque por alguna extraña razón —pronunció dudosa—, no me preguntes el motivo porque no lo sé, llámalo intuición pero… Creo que su viaje a Londres por estas fechas se debe a que quiere pedirme que sea su pareja en la fiesta benéfica que han organizado en Almack´s.

Sophie se quedó pensativa.

Era cierto que para el día de San Valentín se había organizado un baile benéfico en favor de las viudas y huérfanos de militares caídos en la batalla. Toda la recaudación se destinaría al Departamento de Guerra. Aunque para ser francos, ese evento era la excusa perfecta de las madres de jóvenes solteras para intentar cazar a los escasos nobles que todavía no se habían decidido a cortejar a ninguna dama en la temporada pasada, antes de la llegada de la primavera, donde una vez más, nuevas debutantes aguardaban su gran día. El eco del evento había recorrido toda Inglaterra. Según las organizadoras, se trataba de un baile para socializar, congregando a toda la alta sociedad en un mismo lugar. Y por primera vez, las mujeres podían permitirse el lujo de invitar a cualquier caballero con la excusa de poder recaudar más fondos.

—¿Y si no te lo pide?

Abby sonrió de medio lado.

—En tal caso, lo haré yo.

—¿Por eso estás nerviosa?

—Sí —reconoció en voz alta su excitación—. No es fácil declararle a un hombre que deseas que se convierta en tu pareja.

Sophie se inquietó.

—Solo para una noche —aclaró—. Para un baile benéfico.

Abby asintió con la cabeza.

—No sé qué te ha hecho llegar a la conclusión de que el duque viene por ese motivo.

—Le comenté que si no recibía ninguna invitación, tendría que buscar un candidato por mi parte —aclaró Abby—. Es una gala benéfica, hay que

colaborar.

Sophie sintió una extraña sensación; no quería ser pesimista, pero tampoco iba a alentar de falsas esperanzas a su gemela.

—En esa última carta que has recibido, el duque te informó de su próxima visita a nuestro padre, ¿cierto?

—Sí.

—Pero no mencionó nada en ella sobre el baile o su intención de acudir a él.

—No, no dijo nada al respecto.

Sophie cogió las manos de su hermana.

—Abby, no quiero que te hagas falsas esperanzas —pronunció con delicadeza.

—Lo sé, Sophie —reconoció—. Sé que él no ha dado muestras de estar interesado en mí. Pero por mi parte, no dejo de pensar en él a todas horas, sin descanso —confesó—. Puede que el duque necesite tiempo.

—¿Para qué?

—Para enamorarse de mí —sentenció—. No te miento Sophie, sé que él es el único hombre por el que podré sentir esto. Y cuando estamos juntos, te juro que noto en él el mismo sentimiento, solo que no quiere o no puede reconocerlo.

—Te creo, estoy convencida de ello pues yo también lo siento así —aseguró sincera—. El problema es, si Hamilton es incapaz de reconocer su afecto por ti, ¿qué harás?

—Morirme de pena.

Fue una respuesta tan sincera y honesta que llegó al alma a Sophie; estaba convencida de ello, se trataba de la misma pena que ella sentía desde…

—En ese caso, le daremos tiempo al duque para que se enamore de ti —pronunció bromista para animarla—. Vayamos a recoger tu nuevo vestido.

Abby sonrió y soltó las manos de su hermana.

Las gemelas Allende estaban caminando por *Bond Street* alegremente, cuando la baronesa Dudley, acompañada de lady Victoria, las saludó:

—Buenos días, jovencitas, ¿se dirigen a algún lugar en particular? —

curioseó.

—Buenos días, lady Dudley —respondió Sophie. Sabía de sobra que Abby no respondería, pues no tenía en alta estima a la baronesa. Más, cuando esa mujer, junto a la vizcondesa Armony, había instigado los rumores y mofas del apodo malicioso de su hermana y que luego ambas se esforzaron por divulgar en todo Londres—. Nos dirigimos a la casa de la modista.

Justo en ese momento, el carruaje de ciudad [7]del duque de Hamilton paraba próximo a ellas. Como era de esperar, a la baronesa le faltó tiempo para reclamar la atención del duque en cuanto puso un pie en tierra firme.

—¡Oh, Excelencia, qué alegría verle por Londres!

Abby sintió que su corazón se aceleraba, su júbilo aumentaba y su estómago se contraía. El duque tenía ese poder sobre ella.

Sonrió encandilada, sin ser consciente de que cierta baronesa, con ojo crítico y tendencia a chismorrear, la observaba.

El duque, al fijarse en las mujeres allí congregadas en mitad de la calle, se acercó sin quitar ojo a la única que siempre tenía el don de conseguir que un día nublado se convirtiera en soleado, gracias a esa sonrisa que en ese momento lucía en su brillante rostro.

—Miladis —pronunció con una ligera inclinación de cabeza.

—¿Qué os trae por aquí? —cotilleó, sin ambages, la baronesa.

Abby sonrió con intensidad; conociendo al duque y su poca sociabilidad, estaba convencida de que la pregunta le había irritado.

El duque levantó una ceja, señal inequívoca de su desacuerdo.

Iba a responder tajante, pero al ver el mohín de Abby acabó sonriéndole, pues una vez más, sus miradas y su entendimiento sin usar palabra alguna, se convirtió en un momento de total y perfecta sintonía.

Lady Victoria también se percató de ese grato entendimiento entre el duque y la condesa. Por primera vez se sintió molesta. Nunca antes se había visto afectada porque un hombre no le hiciese caso, pero desde su última visita a *Great Castle*, sentía admiración por el duque y se molestó al llegar a la conclusión de que Abby era una rival a tener en cuenta.

—Imagino, lady Dudley, que el duque, como gran caballero que es, se habrá tomado la molestia de viajar hasta Londres para colaborar en el baile benéfico —comentó con voz dulce—. Dice mucho de vos, Excelencia.

A Sophie no le pareció un comentario casual, en aquella entonación se escondía algo más pero, ¿qué exactamente?

La respuesta llegó rápida, pues la baronesa estudió a la joven Victoria; era su pupila y entre ellas también existía cierto grado de complicidad, por tratarse de la hija de su mejor amiga, la difunta duquesa. Había visto crecer a Victoria y la conocía a la perfección. En cuanto la joven le hizo un pequeño guiño con la cabeza señalando al duque, la baronesa sonrió satisfecha.

—Por supuesto, no podía ser de otra manera —ensalzó al duque—. Si me lo permitís, Excelencia, creo que no podríais encontrar mejor pareja para el baile que lady Victoria.

A Abby se le agrandaron los ojos.

Sophie, por el contrario, los cerró, apenada por su hermana.

El duque miró a la baronesa.

Lady Victoria intervino.

—Sería un gran honor para mí, Hamilton —prescindió del título con toda la intención, para que Abby creyera que entre ellos existía cierto grado de intimidad y confianza—. No podemos dar la espalda a nuestro Departamento de Guerra, sus viudas y huérfanos nos necesitan, es lo mínimo que podemos hacer por nuestros soldados caídos en la batalla.

Abby sintió que el suelo se abría bajo sus pies.

Llevaba toda una semana practicando frente al espejo de su tocador, cómo actuar frente al duque a la hora de reclamar su compañía para el evento.

Sophie debía intervenir y sacar a su hermana de allí antes de que cometiese la imprudencia de hablar sin pensar. Pero justo cuando estaba a punto de pronunciarse, la voz del vizconde Urrea se lo impidió.

—Qué placer ver a las damas más hermosas en un mismo lugar.

Abby cerró los puños, ¿acaso el buen Dios la estaba castigando por algo que había hecho? No era justo que encima de que acabase de esfumarse toda su esperanza de ir al baile acompañada por el duque, además tuviese que saludar al hombre que más hastío le provocaba.

—Lord Urrea, usted siempre tan encantador —pronunció la baronesa, observando el rostro desencajado de Abby. Bien sabía ella que la condesa era poco estimada por el vizconde, y viceversa, él mismo se había encargado de proclamarlo a los cuatro vientos.

—Lord Urrea —saludó Victoria.

—Qué bendita coincidencia encontrarnos hoy —se alegró la baronesa—. Llega en el momento más oportuno —afirmó con una entonación que alertó a Sophie—. Acaban de concertar una cita para el baile benéfico el duque de Hamilton y lady Victoria —anunció triunfal, sin dar opción a que el duque se pudiese negar—. ¿Tiene usted pareja para el evento, milord? Igual el destino lo ha traído hasta aquí para poder invitar a una de las hermanas Allende.

Abby apretó los puños tanto, que incluso llegó a clavarse las uñas.

Lady Victoria sonrió cómplice, dando las gracias a la baronesa por la encerrona.

El duque clavó su mirada más gélida en el vizconde.

La baronesa se sintió satisfecha, no había nada mejor que poner en un compromiso a la condesa; con suerte abriría la boca y quedaría mal ante el duque. Un triunfo sutil por su parte, para desterrarla como rival de Victoria.

Sophie, por fin reaccionó; estaba cansada de que Urrea, la baronesa Dudley, la vizcondesa Armony, Jezabel, y hasta la misma Victoria, intentasen desacreditar a su hermana, poniéndola en compromisos. Conociendo el carácter y la debilidad de su gemela… ¡No lo iba a consentir!

—No se apure, vizconde —dijo con la tranquilidad y la habitual voz melodiosa que la caracterizaba—. Lamentablemente, deberíamos declinar su oferta, pues tanto mi hermana como yo ya tenemos pareja.

Hamilton no pudo evitar mirar con inquisición a Abby. ¿Quién iba a acompañarla? ¿Por qué no le había dicho nada en su carta?

—De hecho, debo reconocer con cierta envidia, que mi hermana tuvo una ardua tarea a la hora de decidir qué invitación aceptar —comentó tan seria que incluso Abby pestañeó para recordar que lo que estaba diciendo su hermana no era cierto—. Comprensible, pues Abby hoy por hoy es una de las damas más loables de Inglaterra.

Sin duda, Sophie debía dedicarse al teatro; su interpretación fue colosal. Todos, sin excepción, creyeron a pies juntillas las palabras de la joven.

A Urrea se le ampliaron las fosas nasales; esa mujer a la que odiaba con todo su ser por ser la causante de que lo expulsaran de su club de caballeros favorito, al final siempre salía triunfadora ante él.

—Si nos disculpan —se despidió Sophie—. Nos están esperando y es de

mala educación llegar tarde.

Enlazó su brazo al de Abby y ambas hicieron una genuflexión ante el duque para despedirse.

—Buenos días —se despidió Sophie de todos, pues Abby no se sentía con ánimo de pronunciar una sola palabra.

Se alejaron con la cabeza bien alta, erguidas, sin mirar atrás y sin pronunciar palabra.

Al llegar a la casa de la modista, Abby se derrumbó moralmente. Aquel vestido que había encargado con tanta ilusión, se le antojó todo un desperdicio. Un recuerdo de lo patética que se sentía, no solo por no haber podido tener la oportunidad de invitar al duque, sino además, porque ahora debía sumarle que no había ningún hombre interesado en ser su acompañante.

Sophie la miró y le apretó una mano.

—Es precioso —alabó el vestido—. Estoy segura de que serás la dama más envidiada de la fiesta.

La modista asintió, orgullosa de su gran trabajo.

Abby, por el contrario, mostró una sonrisa falsa.

***

El duque de Hamilton entró en *Hamilton House*, una de sus cinco residencias en Londres —normalmente elegida como su estancia habitual—, con un cabreo monumental. Fue directo a su despacho y nada más entrar, pegó tal portazo que retumbó por toda la estancia.

Incluso en las cocinas lo escucharon.

Uno de los lacayos de librea bajó corriendo hasta las cocinas para avisar a todo el mundo de que el duque no estaba de humor y de que intentasen tenerlo todo a punto, o de lo contrario alguien pagaría su mal humor.

—¿No estabais vosotros para abrirle la puerta? —preguntó, preocupada, la cocinera. En esa casa, ocho lacayos de librea eran los responsables de abrir y cerrar las puertas para que el duque o sus invitados no tuviesen que hacerlo por sí mismos.

—No nos lo ha permitido, nos ha ordenado alejarnos —aseguró el hombre.

Todos temblaron. El duque no era un hombre dado a ser amigable, pero jamás se había comportado con tanto arrebato.

—Señores, basta de cháchara, se les paga por trabajar, no por cotillear —amonestó el mayordomo a los allí congregados.

El señor Henkin había viajado desde Escocia junto al duque; por lo visto, iba a pasar una larga temporada en Londres; de no ser así, él hubiese permanecido en *Great Castle*, como solía ser habitual. Tan solo acompañaba a Hamilton cuando pretendía pasar la temporada entera en otro lugar.

De las veinte propiedades que el duque poseía por toda Gran Bretaña y Europa, él había viajado a todas excepto a la que poseía en Italia.

Los sirvientes regresaron a sus quehaceres.

El duque se desprendió de su abrigo y lo lanzó con furia al sillón orejero de cuero negro que estaba a la izquierda del escritorio. Se desanudó el pañuelo y también lo lanzó con vehemencia.

¿Qué hacía él en Londres? Se irritó hasta la saciedad, pues no tenía intención de regresar esa temporada. Incluso había dejado de lado sus obligaciones en la Cámara de los lores. Pero ahí estaba, y todo por una mujer: Abby.

Apretó tanto los dientes al pensar en ella que se le marcaron las mandíbulas, produciéndole dolor.

Cuando recibió la última carta de la condesa, donde le anunciaba que el día catorce de febrero, la alta sociedad iba a reunirse en un baile benéfico y que era imprescindible que toda dama fuese acompañada por un caballero, casi se le sale el corazón por la boca. ¿En qué pensaban las anfitrionas de Almack's para tal temeridad? La idea de ver a Abby aceptando una invitación por parte de cualquier… ¡Era inconcebible!

Pegó un puñetazo a la mesa.

¿Por qué ella no le había informado sobre su acompañante? Era intolerable, pues él había viajado hasta Londres con la intención de invitarla a ese baile. Y ahora estaba ahí, asqueado, enfadado y sintiéndose traicionado. Incluso había estado a punto de ser descortés y de rechazar públicamente la invitación de lady Victoria para invitarla a ella y ¿cómo se lo pagaba? Enterándose de que ya tenía pareja. ¡Increíble!

Se acercó a guillotina de la ventana y la subió con tanta fuerza que por poco rompe en mil pedazos los cristales. Pero necesitaba aire.

Apoyó las manos en el alfeizar, sacó la cabeza e inspiró con fuerza.

Así permaneció varios minutos.

Un poco más sosegado, se dio la vuelta, se dirigió a su escritorio y tomó asiento para redactar un par de cartas. Podía avisar a su secretario, pero prefería hacerlo él mismo, así se mantendría ocupado y alejaría de su mente a la condesa.

Sus ojos se desviaron a la pila de invitaciones que tenía en la parte izquierda de la mesa. Sin mirar los destinatarios, las arrojó todas a la chimenea.

Gruño en voz alta, enfadado por no poder quitarse de su pensamiento a Abby.

Respiró varias veces seguidas para tranquilizarse de nuevo y a su mente acudió la imagen de lady Victoria.

Entrecerró los ojos.

Sí, esa muchacha podía ser su solución. Estaba convencido de que con ella podría tener lo que todo duque deseaba: un matrimonio perfecto.

¿Acaso no era eso lo que él necesitaba? Una mujer fría y distante, de buen pedigrí y sofisticación ejemplar. Criada y educada en la convicción inglesa, sin necesidad de enamoramiento y con un único propósito: dar un heredero.

Sí, era la dama perfecta para ostentar el cargo de duquesa. Una mujer a la que podía dominar, tener un trato cordial y, además, con la que estaba convencido de que no caería en la marmita del amor. Una relación beneficiosa para ambos, pues Victoria esperaba un matrimonio convencional. Además, estaba convencido de que la dama en cuestión no era partidaria de escándalos ni de relaciones extramaritales. La habían educado con la convicción de que toda mujer debía obediencia y sumisión a su esposo.

Apoyó los codos en la mesa, entrelazó los dedos de sus manos y dejó apoyada la barbilla en ellos, reflexionando con tranquilidad su reciente teoría.

Volvió a su posición y tomó una hoja para exponer las diferencias entre Abby y Victoria.

Abby: Impulsiva y descarada.

Victoria: Tranquila y comedida.

Leyó lo que había escrito y continuó.

Abby: Divertida y parlanchina.

Victoria: Aburrida y callada.

Negó con la cabeza, ¿qué estaba haciendo? Aun así, sus manos se deslizaron de nuevo para escribir.

Victoria: Hermosa.

Abby: Delicada, preciosa, sensual, atractiva, mágica, hechicera… Tiene luz propia.

Soltó la pluma. No podía creerse lo que acaba de escribir y, lo más irritante, que necesitaría mil vidas para dejar de anotar todo cuanto pensaba de ella.

Se quedó pensativo, y al final, pronunció en voz alta sin darse cuenta:

—Nunca podrás controlarla. —Se escuchó, como si esa frase no hubiese sido pronunciada por él, sino más bien fuese un recordatorio de su padre para que no sufriera como lo había hecho él.

—Sí, lady Victoria es la esposa perfecta —afirmó, corrigiéndose con rapidez—: Adecuada, es la esposa adecuada.

Capítulo XXVIII

Las buenas amigas siempre ayudan

Abby pidió, o más bien, suplicó a su padre que le permitiese alejarse unos días de Londres; necesitaba ver a su amiga Penelope.

El marqués en un principio fue reticente, pero al ver la congoja que su primogénita mostraba por un motivo que a él se le escapaba, accedió.

Por ello, las gemelas Allende, sus dos doncellas personales, más cuatro lacayos como escolta de las jóvenes, se dirigieron a Somerset, lugar que Abby había escogido para alejarse del duque y de todos aquellos que estaban deseosos de verla fracasar.

En cuanto entraron en *Golden House*, al ver a su buena amiga Penelope, sin apenas despojarse de sus abrigos, corrieron por el gran vestíbulo interior y subieron con premura las escaleras que daban acceso a la planta principal, donde la joven duquesa, todavía vestida de negro, las esperaba con los brazos abiertos.

El abrazo entre las tres fue un bálsamo para el alma de la duquesa, que desde que quedó huérfana se sentía sola… muy sola.

Abby fue la última en soltarse. Había echado tanto de menos a Penelope que le parecía un sueño tenerla entre sus brazos.

—¡Qué alegría teneros aquí! —se expresó con júbilo, Penelope.

—¡Ay, Penny, tenemos tanto que contarte!

La duquesa sonrió, Abby siempre conseguía alentar su ánimo.

—Por supuesto, estoy deseosa de escuchar vuestras anécdotas.

Después de que dos lacayos se apresuraran en recoger los abrigos y guantes de las muchachas, se dirigieron a la sala violeta.

En cuanto cerraron la puerta para gozar de intimidad, Abby se quedó observando a Penelope, muy preocupada. Estaba demasiado delgada y, además, sus ojos apenas mostraban luz, estaban apagados. Tragó con dificultad, ya que su gemela, a pesar de estar más animada, desde hacía meses tampoco mostraba su chispeante y brillante mirada, esa que siempre había sido su mayor virtud, la que conseguía encandilar a todos.

Suspiró resignada, poco podía hacer para que Sophie volviese a ser la misma de siempre. Y ahora le preocupaba también Penelope.

La duquesa la miró con ojos inquisitivos y Abby sonrió, no quería que se

percatara de su preocupación.

Tomaron asiento, y Penelope, deseosa de saber cosas de sus amigas, fue la primera en hablar:

—¿Cómo reaccionó Hamilton ante tu invitación?

Sophie se mordió el labio inferior.

Abby puso los ojos en blanco.

Puede que no se viesen, pero Abby tenía a bien cartearse con su amiga todas las semanas, poniéndola al corriente de sus avances con el duque. En la última carta que le había mandado exponía su temor, o más bien su vergüenza, pues si Hamilton rechazaba su propuesta, ella sería incapaz de volver a mirar al duque a la cara.

—No pude proponerle nada —se quejó—. La baronesa Dudley se encargó de destrozar mi plan.

—¿En serio? —preguntó alarmada—. ¿Propuso al duque como su pareja?

Sophie se carcajeó; la expresión horrorizada de Penelope pensando en la baronesa y el duque juntos había sido muy graciosa.

—¡Ojalá! —se expresó Abby, levantando las manos al aire—. Tuvo a bien emparejar al duque con lady Victoria —protestó—. ¡Delante de mí! ¿Te lo puedes creer?

Penelope agrandó los ojos.

Sophie intentó reprimir la risa.

Abby se desplomó en un gesto dramático, apoyando los brazos encima de la mesa y enterrando su cabeza en ellos.

—¡Qué desastre! —rumió, sin cambiar de posición—. Y yo practicando toda una semana delante de un espejo.

Penelope y Sophie se miraron, al final las dos se rieron.

Abby alargó un brazo e hizo aspavientos con la mano, todavía con la cabeza enterrada.

—Reíros, reíros —las amonestó—. Ya me hubiese gustado veros a vosotras en mi situación.

La verdad es que no tenía gracia, pero ver a Abby abatida como si fuese a acabarse el mundo, era muy divertido.

La condesa, a pesar de su pena interior, agradeció en silencio poder

escuchar las risas de Sophie y Penelope; bien sabía Dios que las dos parecían necesitarlas.

La puerta se abrió y las tres se sorprendieron.

—Penelope… —pronunció el señor Hook, parándose al instante, pues nadie le había avisado de que la duquesa se encontraba acompañada.

Abby se irguió con celeridad, mostrando su mejor pose, o la que había aprendido que toda dama debería mostrar ante los demás.

—Perdón —se disculpó.

Penelope lo invitó a entrar con un gesto de mano.

Él la miró y se amonestó interiormente. Penelope lucía una sonrisa en los labios que desde hacía muchos meses no había mostrado, y le apenó haber roto aquel momento alegre entre las jóvenes.

—Señor Hook, es un placer verle —saludó Abby con sinceridad.

—El placer es mío, milady —reconoció honesto.

Esas dos muchachas se habían convertido en las mejores amigas de su hermana pequeña. Desde que se conocieron, la vida de Beatrice había cambiado por completo. Más que amigas, esas muchachitas eran sus ángeles protectores. La habían acogido en su seno familiar como una más de la alta sociedad, consiguiendo así que Beatrice se sintiera más segura y, sobre todo, querida.

Por lo que a él respectaba, estaría en deuda con las hermanas Allende el resto de su vida.

—Beatrice no pudo acompañarnos —anunció Sophie—. Se había comprometido con vuestra madre en acompañarla a visitar a vuestra tía.

Hook asintió, contento y satisfecho. Desde que su situación económica y posición social había mejorado, su madre podía permitirse el lujo de volver a codearse en sociedad sin sentirse avergonzada. Ella había sido una heredera, con una dote cuantiosa que su padre dilapidó sin pensar en las penurias ni en la humillación a la que arrastraría a su familia.

Nunca más tendría que vivir de nuevo escondida.

—¿Nos acompañarás en el almuerzo? —invitó Penelope.

—Será un honor.

—¿Necesitas algo? —se interesó de nuevo Penny.

Abby y Sophie se miraron entre ellas al notar la familiaridad con la que Penelope y el señor Hook se trataban.

—No, nada que no pueda esperar. Ya te informaré en otro momento —aseguró—. Me retiro, así podrán continuar con su conversación.

El hombre se retiró.

Sophie fue la primera en intervenir.

—¿Tienes algo que contarnos, Penny?

La duquesa parpadeó sin comprender.

—Sobre el señor Hook —pinchó Abby.

Penelope las miró y se sobresaltó.

—¡No! ¡Claro que no!

La reacción de Penelope consiguió que las tres se rieran.

—Es un hombre apuesto —reconoció Sophie.

—Sí, lo es, muy apuesto —afirmó Penelope—. Y de no ser por él, me habría vuelto loca.

Las dos hermanas la miraron.

—Tengo veintiún años —confesó Penelope—. Todos me tratan con tanta austeridad que a veces me siento mayor —dijo con resignación—. Si Leighton no me hubiese brindado su amistad y su trato cordial…

Se quedó callada, un tanto desolada.

Las gemelas lo entendieron a la perfección.

—Eso es fantástico —animó Abby—. Me consta por su hermana que es un buen hombre.

—Lo es —aseguró Penny.

—Y además atractivo —quiso matizar Sophie para que Penelope sonriera de nuevo.

—Muy atractivo —sentenció.

De nuevo las tres rieron.

Pasaron el resto de la mañana entre confidencias. Al final, la conversación se centró de nuevo en Abby.

—¿Y con quién piensas acudir al evento? —preguntó Penelope.

Abby suspiró frustrada.

—Mal que me pese, tendré que fingir una indisposición de última hora.

Sophie y Penelope la miraron con lástima. Se notaba el afligimiento en su voz.

—Podría invitar yo al barón Dexter, así tú podrías ir con el señor Boston —intentó mediar Sophie, ya que gozaba de una bonita amistad con el barón.

—No, no, por favor —suplicó Abby—. Le diste tu palabra al señor Boston de que lo acompañarías, y así debe ser.

Sophie torció el labio. De haber sabido que su hermana no acudiría con el duque, estaba convencida de que el americano, dado que Beatrice no estaba, le habría pedido de buen grado ser su pareja.

Sin saber por qué, sonrió.

—¿A qué se debe tu alegría? —preguntó Penelope, contagiada por la sonrisa cándida de Sophie.

—Ah, estaba pensando en el señor Boston.

—¿Por qué? —indagó Abby.

—Estoy convencida de que si Beatrice no se hubiese tenido que ausentar unos días para visitar a su tía, el señor Boston no hubiese permitido que acudiese al evento sin él.

Las tres sonrieron. Sí, estaban seguras de ello. Incluso Penelope, ya que gracias a las cartas de Abby, conocía al americano como si formase parte de su vida, y por descontado, sabía del interés que parecía mostrar por la hermana de Hook.

—Excelencia, cuando guste, el almuerzo está preparado —interrumpió el ama de llaves.

—Avisen al señor Hook.

La mujer asintió y se alejó.

Durante el almuerzo la conversación fue amena; desde luego, el señor Hook era un gran interlocutor.

Penelope estaba atenta, su amiga Abby y Leighton congeniaban a la perfección.

«¡Pues claro, ¿cómo no lo he pensado antes?!», se dijo.

—Leighton, ¿tienes pareja para la gala benéfica?

El hombre negó con la cabeza. Él había pensado llevar a su hermana para que se codeara con la alta sociedad de nuevo.

Sophie miró a Penelope, ambas se entendieron.

—¡Oh! Pero no puede faltar al evento, señor Hook —intervino Sophie.

—Me temo, milady, que uno de los requisitos es ir acompañado de una dama —anotó, por si la joven no era consciente de ese dato—. Mi hermana Beatrice estará fuera de Londres hasta el día veinte.

Penelope sonrió plena.

Tenía ante ella la pareja de Abby para la fiesta y la dama perfecta para que Hook pudiese codearse con los más altos cargos de Inglaterra.

¡Sensacional! Por fin algo iba a salir bien a la primera.

—Es una lástima —comentó Abby sincera, sin ser consciente de que su gemela y su amiga estaban urdiendo un plan en su nombre.

—Pero puede invitar a cualquier otra dama —lanzó el dardo Sophie—. No es preciso que le acompañe un familiar.

El señor Hook hizo un encogimiento de hombros.

—No soy un hombre… —Se avergonzó— que cuente con amistades femeninas —aclaró con celeridad—. Excepto con la duquesa.

Ella le agradeció el comentario con un asentimiento de cabeza.

—Bueno, ahora su grupo de amistades femeninas ha aumentado, señor Hook —comentó Sophie, alegre.

—Cierto, gracias a ustedes —premió que las jóvenes lo aceptaran como tal.

—Entonces no te puedes negar a invitar a nuestra Abby —declaró Penelope.

La condesa agrandó los ojos.

Sophie parpadeó cual damisela inocente.

El señor Hook miró a Abby.

—Sería un honor para mí —confesó con tanta alegría y honestidad, que incluso Abby dejó de sentirse avergonzada por la encerrona.

—El placer sería mío, señor Hook —declaró.

No mintió, no podía haber encontrado mejor acompañante para el evento. Si no podía acudir con Hamilton, el señor Hook era el hombre adecuado:

inteligente, amable, caballeroso y…

Penelope se inclinó y cuchicheó en el oído de Abby:

—Apuesto… muy apuesto.

Abby se sonrojó al instante, era como si le hubiese leído el pensamiento.

Capítulo XXIX

Las miradas intensas entre un caballero y una dama pueden despertar envidias

Como era de esperar, el día catorce de febrero en Almack´s se congregó toda la alta sociedad. Nadie quería perderse el evento. Colaborar con donaciones al Departamento de Guerra, destinadas a las viudas, huérfanos y soldados heridos, se había convertido en un acto patriótico ineludible; todos se sentían en deuda con sus soldados.

Poco a poco fue entrando la gente.

Abby se encontraba en la balaustrada, cogida del brazo del señor Hook, guardando su turno para entrar, cuando escuchó cómo anunciaban la entrada del duque.

—El duque Niall Christopher Bain Trent Wexford Langfrod de Hamilton —tronó la voz del hombre quedando como un eco—. Y su acompañante, lady Victoria Eara Stewart.

Abby suspiró.

El señor Hook la miró de soslayo.

—¿Se encuentra bien? —se interesó.

—Sí, perfectamente —respondió, con una triste sonrisa.

El señor Hook la miró fijamente. Aunque su hermana no le había dicho nada al respecto, estaba al tanto de los sentimientos de Abby por el duque ya que en Navidades, durante su corta estancia en *Valley of Thistles*, pudo comprobar en persona cómo se iluminaba la mirada de la joven cuando nombraban al duque en su presencia.

—Permitidme que os diga que esta noche seré el hombre más envidiado —halagó—. Sois sin duda la dama más elegante y hermosa de la fiesta.

Abby sonrió tímida.

—Gracias, señor Hook —agradeció el cumplido—. Sin duda, yo también seré envidiada —adujo.

El señor Hook se rio, esa muchachita era un encanto.

Abby no mintió. El señor Hook, aconsejado por Penelope, había elegido un traje de color azul oscuro, de buen corte, que le favorecía. Puede que él no tuviese título, pero derrochaba elegancia a raudales tanto en su vestimenta como en su porte.

Les llegó su turno y Hook entregó la tarjeta para ser anunciados.

—La condesa Abigail Yvaine Allende de Aberdeen y su acompañante el señor Leighton Andrew Hook.

El duque, que ya estaba en el salón, al escuchar la entrada de Abby se dio la vuelta.

Se quedó petrificado.

Apenas podía parpadear.

Tragó con dificultad.

No era la primera vez que veía a Abby con un vestido de noche, pero sí era la primera que conseguía dejarlo sin aliento. El vestido que llevaba estaba creado por manos divinas.

El corazón de Hamilton empezó a latir con tanta fuerza que se asustó.

No sabía si era por el color elegido, el mismo azul turquesa de esos bellos ojos que, por más que lo intentaba, no podía quitarse de la cabeza; o por el recogido del cabello, ya que no lo llevaba como siempre. Esa noche lo lucía medio recogido, dejando unos cuantos bucles sedosos y brillantes sueltos. O por el corte del escote, que…

No, no podía ni pensar ni fijarse en ese escote, o acabaría sufriendo esa noche un mal cardiaco.

¡¿Y quién demonios era su acompañante?!

Había estado tan pendiente de ella que no había prestado atención.

Victoria se sintió desplazada. Carraspeó para llamar la atención del duque, ya que él le había dado la espalda para observar a… ¿A quién buscaba? La respuesta llegó rápida, pues Abby, al ver a Niall, se acercó para saludar. Por supuesto, se situó a su lado, entrelazando su brazo con el de Hamilton para que Abby no olvidara con quién había acudido.

—Excelencia —saludó afable—. Lady Victoria —pronunció sin mostrar su malestar interior—. Permítanme presentarles al señor Hook —Hizo las presentaciones—. Señor Hook, el duque de Hamilton y lady Victoria Stewart.

A Niall le costó su tiempo reaccionar, ya que le era imposible dejar de mirar a Abby.

Claro que al señor Hook le pasó lo mismo con lady Victoria.

—Un placer, milady —Por fin reaccionó, tomando la mano de la joven y

acercándosela a sus labios—. Excelencia —pronunció, intentando mantener la compostura.

El duque hizo una ligera inclinación de cabeza en respuesta.

Abby se mordió el labio inferior; estaba nerviosa, parecía que el duque quisiera…

«¡Abby, no seas tonta! ¿Cómo va a querer comerte?», se amonestó por haber pensado algo tan ridículo. Y sin poderlo evitar, soltó una risita.

Hamilton pestañeó; necesitaba comprobar si ella estaba ahí o si, por el contrario, era el mejor sueño de su vida.

El señor Hook era muy observador, por lo que también sonrió; el hombre que tenía delante estaba totalmente anonadado con Abby. No se había equivocado, él iba a ser el hombre más envidiado de la velada. Claro que para ser sincero consigo mismo, él envidió a Hamilton por la bella dama que lo acompañaba. Esa mujer era tan hermosa que incluso dolía mirarla.

Abby se pronunció; si no lo hacía acabaría más nerviosa todavía:

—El señor Hook es el hermano de la señorita Beatrice —informó, para que el duque supiese quién era.

Parecía que Hamilton no prestaba atención, ¿estaba enfadado con ella? Porque apenas había dicho una palabra desde que se habían presentado ante él.

¡Ay, si ella supiera!

—¿Excelencia? —se preocupó Abby por su mutismo.

—¿Perdón? —Por fin reaccionó al ver que a ella se le borraba la sonrisa.

—Le comentaba que el señor Hook es el hermano de Beatrice.

Niall inspiró, debía centrarse en la conversación. Sí, eso tenía que hacer para dejar de estar sometido al embrujo de Abby.

—Ah, tuve el placer de conocer a su hermana en diciembre —comentó Hamilton.

—Permítame agradecerle su hospitalidad —agradeció Hook—. Puedo asegurarle que mi hermana se sintió muy complacida en su hogar, tanto por su hospitalidad como por la de sus sirvientes al invitarla a la fiesta.

—¡Fue una noche maravillosa! —se expresó con tanto júbilo Abby, que llamó la atención de sus tres acompañantes.

Las miradas del duque y de la condesa se encontraron y, como era habitual en ellos, se entendieron sin hablar.

Ella esbozó su mejor sonrisa.

Él, por el contrario, en esa ocasión no pudo devolvérsela, pues entre lo excitado que se sentía al mirarla, lo rabioso que estaba porque ella hubiese elegido al señor Hook como acompañante, y la desesperación que lo embargaba al pensar que esa noche la mitad de los hombres que allí se congregaban iban a querer bailar con ella, le hizo reaccionar con más dureza de la que esperaba. Por lo que, sin pensar, tomó del brazo a Victoria y se alejó con ella sin pronunciar una sola palabra de despedida.

Abby no entendió el motivo de su enfado. ¿No era él quién había elegido a Victoria como acompañante? ¿No debía ser ella la ofendida? ¿Podía serlo? ¿Tenía derecho a enfadarse con él?

—Me temo, mi querida Abby, que habéis conseguido derrotar al duque — Se escuchó una voz risueña a su espalda.

Abby se dio la vuelta con los ojos agrandados.

—¿Yo?

—Sí —aseguró el señor Boston, aguantando la risa—. ¿Tengo o no tengo razón, Hook?

El administrador asintió y, al ver la cara de confusión de Abby, a ambos les fue imposible retener la risa.

Durante la visita de Hook a Escocia, había crecido una amistad palpable entre él y el americano.

—Mi querida Abby —pronunció con cariño Boston—. Sois tan inocente… Ese hombre ha tenido que huir antes de cometer la locura de raptaros e impedir que el resto de hombres disfruten de vuestra compañía esta noche.

—¡Boston! —lo amonestó Abby, con las mejillas encarnadas.

Sophie no quería reírse, pero estaba convencida de que las palabras del señor Boston eran ciertas.

El americano se encogió de hombros, imitándola a ella en su gesto habitual.

—La culpa es vuestra por presentaros aquí luciendo tan hermosa —la halagó—. Eclipsáis al resto de damas —miró a Sophie—. Por descontado, no

os incluye a vos; sois gemelas.

Sophie no pudo retener su risa. El señor Boston era tan gracioso.

Pero se sentía orgullosa de Abby. Aunque el americano hablaba con burla para que su hermana no se sintiera más avergonzada, tenía que darle la razón, su gemela esa noche eclipsaba a cualquier mujer presente en la sala.

Hook tomó los mandos; se sentía en la obligación de relajar a su acompañante. Esa muchachita estaba, además de nerviosa, avergonzada. Por lo que la instó a acompañarlo hasta la pista central, donde estaba a punto de dar comienzo el primer baile.

Tomaron posiciones para bailar una contradanza.

Abby se relajó, dispuesta a disfrutar de la velada, pero al empezar a rodar se dio cuenta de que otro de los bailarines era Hamilton, quien una vez más, estaba con los ojos clavados en ella.

La música empezó a sonar y las miradas de Abby y de Niall apenas se despegaron.

Podría haber caído una estrella en aquel salón abarrotado de gente, y ni la condesa ni el duque hubiesen sido conscientes de ello, pues para ellos había desaparecido todo a su alrededor. Solo estaban ellos dos. Daba igual tener que girar a la derecha que a la izquierda, que unirse en el centro, que alejarse… Nada importaba, pues ellos estaban unidos a través de sus iris.

Lady Victoria fue testigo de aquella mirada y sintió envidia.

Odió a Abby.

En ninguna de sus visitas al castillo del duque, él la había mirado de aquella manera. Una mirada tan pura… tan brillante… tan excitante… tan posesiva…

Apretó los dientes, rabiosa.

La música cesó y la gente aplaudió. Aunque tres personas no lo hicieron: el duque porque seguía obnubilado; Abby porque estaba hechizada por él; y Victoria porque su enfado era tan grande que le prohibía reaccionar a cualquier otro estímulo.

Hook y Boston se miraron. Tenían que intervenir, pues el duque y Abby se habían quedado en medio de la pista, uno frente al otro, mirándose, y eso levantaría especulaciones, si es que no estaban ya circulando por el lugar.

—Excelencia —pronunció el señor Boston para llamar su atención.

Hook aprovechó para llevar la mano de Abby al hueco de su brazo y alejarla.

Caminaron hasta la zona de los refrigerios, la joven necesitaba una limonada.

Victoria se acercó a la baronesa Dudley con el rostro desencajado; echaba humo.

—Debéis ayudarme —ordenó—. La condesa de Aberdeen se ha propuesto arruinar mi velada.

La baronesa levantó las cejas.

—Querida, eso es imposible —alegó oculta tras su abanico, ya que iba a hacer una confidencia que nadie más debía escuchar—. Tu padre, desde que ha llegado no ha hecho más que anunciar que su hija, sin haber debutado, ya está a punto de ser cortejada por el duque de Hamilton.

Victoria lo imaginaba, en cuanto le dijo a su progenitor que iba a ser la acompañante del duque, sus palabras fueron: «Todo un triunfo. No podía ser de otra manera. Mi hija no podía ser cortejada por un hombre de menor categoría.»

—Me temo que sus planes de cortejo quedarán descartados si Abby no abandona la fiesta —aseguró convencida—. ¡De inmediato!

La baronesa asintió con la cabeza.

—He oído que el mayor número de abandonos de las damas en los bailes son por los vestidos manchados —comentó con sorna—. Y tú, mi querida Victoria, siempre has sido muy torpe llevando vasos en las manos.

Victoria entendió lo que insinuaba la baronesa y sonrió de medio lado.

—Cierto, siempre lo he sido —respondió al tiempo que se cogía del brazo de la baronesa y ambas se dirigían a la zona de las bebidas, donde se encontraba Abby.

—Lady Aberdeen —pronunció la baronesa.

Abby se giró y Victoria fingió tropezarse, derramando la bebida de su vaso sobre la suave muselina de su vestido. Desde el escote hasta la mitad del faldón, todo quedó manchado.

—¡Oh! Lo lamento —se disculpó—. Perdonadme, ha sido una torpeza por mi parte.

Abby se miró la mancha y cerró los ojos, totalmente frustrada.

Sophie se tapó la boca para no gritar. Sabía cuánto esmero había puesto su hermana para estar esa noche perfecta. El vestido lo había escogido a conciencia, el peinado, las joyas… Y Victoria lo había arruinado todo.

Cuando Abby alzó la cabeza y clavó la mirada en Victoria, esperaba encontrar en sus ojos pesar, vergüenza… Lo que no imaginaba era encontrar desafío.

«¡Lo ha hecho adrede!».

Sophie, además de eso, intuyó lo que estaba esperando Victoria: que su hermana estallara. Así quedaría ridiculizada delante de todos.

—Abby… —musitó, pero su hermana levantó una mano.

La baronesa sonrió, convencida de que la condesa amonestaría a su pupila. Y eso era lo que esperaban.

Victoria levantó las cejas y ladeó la sonrisa para que a Abby no le quedase duda de que estaba disfrutando con la situación.

—Disculpadme, señor Hook —pronunció Abby, ignorando a las otras dos —. Debo ausentarme un momento.

El administrador asintió con la cabeza.

Sophie agradeció la contención que había mostrado su hermana y la acompañó hasta el aseo.

Cuando Abby desapareció, la baronesa soltó una risita, le dio un pequeño codazo a Victoria en señal de triunfo y también se alejó.

El señor Hook miró directamente a los ojos a la mujer que tenía delante.

—Podéis ser la dama más hermosa de la fiesta —comentó con acritud—, pero habéis demostrado ser también la muchacha más malcriada de todas.

Victoria parpadeó.

¡Nadie le hablaba así a ella!

—¿Cómo os atrevéis? No sabéis realmente quién soy.

—Oh, sí, sí sé quién sois —respondió sin apartar la mirada—. Una niña caprichosa que cuando no consigue lo que quiere, tiene una pataleta y acaba derramando bebida en el vestido de la dama que le hace la competencia.

A Victoria el rubor le cubrió las mejillas.

—Podéis rezar para que mi padre no se entere de vuestras palabras —lo amenazó.

Hook asintió lentamente.

—Cierto —musitó, acercándose a ella para susurrarle en el oído—: Eso dependerá de usted. Ahora me toca esperar para saber si además de caprichosa, sois chivata y rencorosa.

Y sin más, se alejó, dejándola totalmente anonadada.

Capítulo XXX

Abby tenía los ojos brillantes, las lágrimas se agolpaban, pero se negaba a derramar ni una sola de ellas.

Sophie intentaba animarla pero poco podía hacer; iba a tener que regresar a la casa. Si ese era el plan que habían urdido la baronesa y Victoria, lo habían conseguido. Ninguna dama permanecía en una fiesta con el vestido arruinado.

—Si hubiese sido limonada —se entristeció Abby.

Sophie se mordió los labios. Ahora sí estaba convencida de que lo había derramado con malicia, ya que el contenido era clarete.

—Regresaré a la casa —anunció su partida—. Discúlpame ante el señor Hook.

—¡Pero Abby! —Sophie iba a recriminarla, pero su hermana levantó de nuevo la mano para acallarla.

—Este evento puede ser muy beneficioso para el señor Hook —reconoció—. No permitiré que él abandone la fiesta por culpa de Victoria.

Sophie torció los labios.

Comprendía a su gemela; si el señor Hook se enteraba de que ella pensaba abandonar la fiesta, como caballero que era, la acompañaría hasta la casa.

—Intenta distraerlo —rogó—. Saldré por una de las puertas laterales.

—¿Y cuando se entere? —se inquietó Sophie.

—Ya estaré en casa y no estará obligado a marcharse. Además, utilizaré el carruaje de nuestros padres, por si Hook necesita el suyo antes de que regrese.

Sophie se quedó pensativa. Estaba convencida de que Hook se molestaría; él era su acompañante y estaba en la obligación de proteger a Abby hasta su regreso a *Stanford House*.

—Está bien, esperemos que no se moleste demasiado — deseó—, y que nuestros padres no se enteren.

Abby le dio un beso en la mejilla a su hermana y se despidieron.

El duque de Hamilton, que había sido testigo de lo ocurrido desde la distancia, permanecía en un lateral de la sala, con la mirada clavada en el

corredor por el que debía salir Abby del aseo.

Vio aparecer a Sophie, pero no encontró a la persona que esperaba. Se movió para acercarse más, y justo en ese instante, observó cómo Abby se colaba por una de las puertas laterales que daban a los jardines.

¿En qué pensaba esa mujer?

Gruñó sin importarle que alguien pudiese escucharle.

Abby, una vez en el exterior, se quedó parada; necesitaba ubicarse. Miró a ambos lados.

Cerró los ojos para hacerse un plano mental del lugar.

Sonrió satisfecha. Debía rodear el lado oeste para llegar a la zona trasera; desde allí, encontrar el carruaje de sus padres sería sencillo.

Tras dar un par de pasos, alguien la sujetó con fuerza por los hombros.

—Vaya, vaya, vaya… ¿dónde va mi palomita favorita?

La voz del vizconde Urrea le revolvió el estómago.

—No os incumbe —respondió molesta—. Y os exijo que me soltéis.

La carcajada del vizconde aterró a Abby. Con fuerza, la hizo girar. La mirada de Urrea la hizo estremecer tanto, que por primera vez sintió miedo.

—No sabes cuánto tiempo llevo deseando este momento —pronunció, al tiempo que la sujetaba por los antebrazos con tanta fuerza que le dolió.

—Soltadme —rogó Abby.

El vizconde hizo caso omiso, tenía otros planes.

—Soltadla si no queréis dejar de respirar aquí y ahora —amenazó el duque de Hamilton a su espalda.

El tono de voz fue bajo, pero la rotundidad de sus palabras hizo reaccionar al vizconde, y la soltó de inmediato.

Al darse la vuelta tembló. Por primera vez en toda la noche, la mirada del duque no estaba puesta en Abby, la tenía clavada en el vizconde. Y no era una mirada normal; era tan letal y gélida, que a punto estuvo de arrodillarse y suplicar.

—Yo… yo… —tartamudeó, preso de pánico—. Me equivoqué de dama. Había quedado con…

—Si en algo estimáis vuestra vida, largaos —le aconsejó, dispuesto a matarlo con sus propias manos si no lo hacía—. Y si os vuelvo a ver cerca de

lady Aberdeen, lo lamentaréis.

El vizconde asintió con nerviosismo.

—¡Largo!

No necesitó más, corrió como el cobarde que era.

Abby, que había permanecido inmóvil debido a los nervios, soltó el aire que había estado reteniendo sin darse cuenta.

El duque no se movió.

Ella, al notar que él continuaba con la misma actitud que había mostrado durante la noche, suspiró derrotada, se dio la vuelta e hizo ademán de marcharse. Pero los brazos del duque rodeándola, o más bien abrazándola desde atrás, se lo impidieron.

El duque cerró los ojos y aspiró con fuerza para embriagarse de su perfume, dejando su barbilla pegada en el hombro de Abby.

—No huyáis de mí —suplicó.

Abby tragó saliva, estaba agotada mentalmente. Ese hombre la iba a volver loca. Primero le daba a entender que quería permanecer alejado de ella y ahora le suplicaba que no se alejase de él.

Con valentía, se volteó lentamente para encararse a él.

El duque se negó a soltarla, por lo que quedaron pegados. Él la rodeó por completo con sus brazos, imposibilitando que ella pudiese huir.

—Pensé que era lo que deseabais —musitó—. Lleváis toda la noche enfadado conmigo y no sé por qué.

La respuesta era tan larga, que se le agolpaban las palabras en la garganta:

«Porque yo debí ser vuestro acompañante. Porque me estáis volviendo loco. Porque no soporto que regaléis vuestra sonrisa a otros hombres. Porque quería ser el único con derecho a bailar con vos. Porque vuestro perfume se ha calado dentro de mí. Porque no me hubiese importado matar a Urrea por tocaros…». Sin embargo, respondió:

—No estoy enfadado.

Abby se relajó.

—¿Entonces por qué me habéis evitado?

Hamilton aflojó su agarre para permitirse el lujo de acariciar con una de sus manos la espalda de ella.

Abby le apartó un mechón rebelde de la frente.

El duque sintió un nudo en la garganta, ¿cómo podía explicarse sin que ella se molestara?

Ella, al notar la incomodidad del duque, sin pensar llevó su mano a la mejilla de él.

—Contádmelo.

Ese susurro, junto a la caricia, desarmó a Niall.

Solo Abby tenía ese poder, así que, una vez más, sería franco.

—Soy un hombre, Abby —confesó—. Y como tal, tengo necesidades… —Dejó la frase en el aire, para observar su reacción.

—¿Y? —le instó ella a continuar.

En esa ocasión, fue él quien la soltó para utilizar sus manos, acunando el rostro de ella.

—Y vos esta noche estáis muy hermosa —la halagó—. No solo eso, os habéis convertido en una mujer muy… muy deseable.

Abby parpadeó por la confesión.

Él utilizó sus dedos pulgares para acariciar sus mejillas.

Ella sonrió tímida.

Él sintió que el mundo desaparecía.

—Besadme —rogó con tanto anhelo que el duque no pudo negarse.

No fue un beso rápido, no. Niall se tomó su tiempo, necesitaba memorizar aquel instante. Continuó rozando su sensible piel mientras la miraba a los ojos.

No sabía si estaba dándole tiempo a ella para retractarse o si se lo estaba dando a él para…

¡Al diablo con todo! Dejó de pensar y se dejó llevar.

Rozó los labios de Abby con ternura pero con decisión. Después, llevó una mano a la nuca de ella para ponerla en la postura perfecta.

Ella tembló.

Él se recreó disfrutando de aquel contacto.

Ella lo imitó, acunando su rostro.

Él lamió su labio inferior, instándola a que los abriera para él.

Ella se abrió para él y sus lenguas se unieron en una misma morada.

Él la rodeó por la cintura con los dos brazos.

Ella gimió y se acopló al cuerpo de él, sin dejar espacio libre. Le echó los brazos al cuello y se colgó de él como si su vida dependiera de ello.

Él sintió paz… mucha paz.

Ella deseo.

Él había soñado con el sabor de ella, pero jamás pensó que ese sabor sería tan perfecto. Sus besos sabían a vida, a luz, a hogar.

Ese descubrimiento le hizo separarse de forma abrupta.

Abby parpadeó sin comprender. Al escuchar unas risas acercándose, pensó que él había cesado el beso para no ser descubiertos.

El duque enlazó la mano con la de ella y corrieron en dirección contraria a las voces.

Llegaron a la zona en donde los cocheros estaban reunidos aguardando a sus señores.

Hamilton le hizo una seña al suyo y este, con premura, sacó el carruaje del duque de las cocheras.

Mientras, Abby miró a Niall y notó su turbación. Claro que ella era ajena a los sentimientos contradictorios que él tenía en su interior, como tampoco imaginaba que el duque, tras el descubrimiento del sabor de sus besos, estaba aterrorizado.

Abby debía aclarar las cosas.

—Desearía que nuestra amistad no se viese afectada por lo ocurrido —declaró honesta—. Soy consciente de que no me habéis regalado el beso; yo lo reclamé.

Hamilton la miró.

«Vuestro beso ha sido el mayor regalo de mi vida».

Ella sonrió tímida y avergonzada.

—Prometedme que no cambiará nada entre nosotros.

El duque asintió.

—Os lo prometo.

—Gracias.

«Gracias por el beso», quiso decir, pero se lo calló.

El carruaje llegó hasta ellos.

Abby sujetó al duque del brazo.

—No podéis acompañarme.

—¿Por qué?

Ella soltó una risita que a él le llegó al alma.

—Habéis venido acompañado —informó—. No podéis dejar a lady Victoria sola en la fiesta.

Él cerró los ojos. Se había olvidado por completo de ella.

Abby se mordió los labios para no reírse.

—De acuerdo —accedió—. Mi cochero os llevará directamente a vuestra casa.

Ella asintió.

Dio un paso para subir al carruaje y esta vez fue él quien la retuvo. Necesitaba una respuesta de Abby tanto como respirar.

—¿Invitasteis al señor Hook?

Ella negó con rapidez.

—Deseaba invitaros a vos —se sinceró y se sonrojó—. Pero lady Victoria y la baronesa se me adelantaron.

Él sonrió.

Nadie adivinaría nunca lo que esa respuesta le había hecho sentir al duque.

—Buenas noches —se despidió Abby.

Él la ayudó a subir al carruaje.

Ella se asomó a la ventanilla y él, sonriente, hizo un último comentario:

—Yo solo deseaba ser vuestro acompañante.

Dio un par de golpes y el cochero se puso en marcha.

Abby le regaló una sonrisa plena.

Capítulo XXXI

Cuando se triunfa por mérito propio, la victoria es más placentera

Penelope sostenía entre sus manos el panfleto de los *Ecos de Sociedad* de Londres.

Estaba orgullosa tanto de su amiga Abby como de su administrador.

No se había equivocado, estaba convencida de que el señor Hook obtendría éxito. Claro que, nada tan lejos como la realidad.

Sonrió.

Leighton entró justo en ese instante en el despacho.

—Buenos días —saludó afable.

Penelope lo miró y su sonrisa se ensanchó.

—Tengo entendido que la fiesta fue todo un éxito.

—Sí, parece que hubo una gran participación —comentó el hombre—. La recaudación ayudará a mucha gente.

Penelope asintió.

—Sí pero, no me refería al evento en sí —aclaró risueña—, sino a tu éxito personal.

Leighton levantó las cejas sin comprender.

—Ah, no has leído los *Ecos de Sociedad*.

Él negó con la cabeza.

—Entonces, permíteme que te lo lea:

»Ecos de Sociedad de Londres, 15 de febrero de 1816

Sin duda, la velada de la pasada noche mostró la generosidad y patriotismo de nuestros conciudadanos.

No podemos evitar hacer mención especial a la pareja que eclipsó la fiesta, la formada por la condesa Abigail Yvaine Allende de Aberdeen y su acompañante el señor Leighton Andrew Hook. Señoras, anoten bien el nombre, porque el caballero acaba de entrar en la lista de los solteros más codiciados de nuestro Reino.

El señor Hook le arrebató el panfleto a Penelope de las manos.

Ella no pudo evitar reírse ante tal arranque.

Leighton lo leyó con sus propios ojos, por si Penelope había estado de chanza a su costa.

Desplomó el brazo y la miró con los ojos agrandados.

—Pe… ro… pero —titubeó.

Penelope se sintió satisfecha y además alegre, un estado de ánimo que desde hacía mucho tiempo no sentía.

—Me temo que a partir de hoy tendrás doble trabajo —bromeó—. Además de atender mis invitaciones tendrás que atender las tuyas.

—¿Yo? —preguntó incrédulo.

Ella por fin soltó una pequeña carcajada.

—¡Ay, Leighton! No sabes la cantidad de madres de muchachas casaderas y de viudas que hay que desean encontrar un hombre soltero, ¡y tú te has convertido en uno de los más codiciados!

Él se tapó la cara con las dos manos.

Penelope, con una gran sonrisa en su rostro, se puso en pie, se acercó a él y le retiró las manos del rostro. Quería que la mirase, tenía que decir algo importante y necesitaba que Hook supiese que no estaba bromeando.

—Enhorabuena, amigo mío —le felicitó—. Todos aquellos que te dieron la espalda en tu peor momento —argumentó—, ahora te abrirán sus puertas. Acabas de doblegarlos.

Él tragó saliva, analizando las palabras.

—Gracias —pronunció, emotivo.

Ella negó con la cabeza.

—El mérito es tuyo —aseguró—. Tú has conseguido la respetabilidad que te mereces.

Él sonrió.

Había luchado por ser respetado, por demostrar que él seguía siendo el hombre que en un pasado llegó a tener la dignidad que se había ganado con su esfuerzo, y que no era el culpable de la caída en desgracia de su familia.

Volvía a estar en el puesto que le correspondía y eso había sido gracias a su buen hacer. Nadie le había regalado nada; excepto Penelope, quien le

tendió la mano para demostrar a todos su valía. Y la verdad, esa victoria sabía a gloria.

—Y ahora, mientras damos cuenta al desayuno —anunció la duquesa sus planes—, vas a contarme todos los detalles… hasta el más insignificante.

Él se carcajeó, ella estaba tan aburrida que quería conocer los cotilleos más jugosos.

***

La marquesa de Stanford se sentía pletórica mientras miraba a su hija Abby, que se había quedado tan perpleja como el señor Hook. Nunca la habían nombrado en los *Ecos de Sociedad* de Londres.

El marqués, por el contrario, se sentía malhumorado, y así se lo hizo saber a sus hijas y a su esposa cuando entró en la sala de mañanas, donde se encontraban las tres.

—¡Diez! —exclamó, señalando a su hija Abby con un dedo—. ¡Diez peticiones de mano, y no es ni mediodía!

Abby pestañeó, incrédula ante lo que acababa de escuchar.

—Querido, lo extraño es que no llegasen antes —incordió la marquesa, consciente de que a su marido le hacía poca gracia todo lo relacionado con los hombres interesados en casarse con su hija.

—Voy a encontrar al culpable —acusó—. Nadie ha sido capaz de averiguar quién escribe los *Ecos de Sociedad* de Londres, pero yo lo haré y le prohibiré nombrar a nuestras hijas.

La marquesa se carcajeó.

Muchos lo habían intentando con anterioridad y ninguno había dado con el responsable de la columna.

—Sois un desagradecido —bromeó—. Cualquier padre estaría encantado de saber que sus hijas han sido vanagloriadas. De hecho, hoy la mayoría de ellos estarán dándose cabezazos por no haber recibido una sola propuesta de matrimonio.

El marqués levantó las manos al aire, y dándose por vencido, ya que su esposa siempre tenía respuesta para todo, giró sobre sus talones y salió de la sala protestando:

—¡Por qué no habré tenido hijos!

Capítulo XXXII

No existe hombre o mujer capaz de controlar su destino

Abby estaba en la biblioteca, semitumbada en su diván favorito, con un libro entre las manos, cuando un grito en la voz de su hermana Sophie declamando ayuda, la alertó.

Se levantó sobresaltada y, sin importarle tirar el libro al suelo, salió corriendo.

Mientras corría por el largo pasillo, la figura de su padre salió a su encuentro por una de las salas adyacentes.

—¡Ayuda! —volvió a gritar Sophie.

El marqués fue el primero en llegar a la sala amarilla.

Al abrir la puerta, su corazón sintió un pinchazo.

La imagen de su hija, arrodillada en el suelo sosteniendo la cabeza de su mujer en su regazo, lo dejó turbado.

El cuerpo de Olivia estaba tendido en el suelo, inmóvil y pálido.

—¡Olivia! —bramó, y su voz salió desde lo más profundo de su ser.

Abby se quedó paralizada.

El marqués se arrodilló y tomó a su mujer sin el mínimo esfuerzo. Se alzó con ella entre sus brazos y, sin pensarlo, salió raudo con ella.

El mayordomo se cruzó con el marqués en el pasillo.

—¡Avisad al médico de inmediato! —ordenó sin pararse mientras se dirigía hacia las escaleras para llevar a su mujer hasta su dormitorio.

Olivia parpadeó.

—Olivia, mi amor —pronunció el marqués sin dejar de caminar.

Sophie y Abby iban un paso por detrás, siguiendo a su padre.

—¿Qué… qué ha pasado? —musitó la marquesa, un tanto desconcertada.

En cuanto Phillip la dejó en la cama, se sentó a su vera y besó su frente.

—Mi amor, mi Olivia —susurró—. Te has desmayado.

La marquesa parpadeó, todavía se sentía descuadrada.

Sophie y Abby rodearon la cama. Se quedaron allí de pie, en el lado contrario al elegido por el marqués.

—Mamá, me has dado un susto de muerte —confesó Sophie—. Te has

desplomado de repente.

—Es lo que tienen los desmayos —rechistó Abby, que estaba muy nerviosa.

Sophie la miró con enfado.

—Tú no estabas, no sabes el susto tan grande…

—¡Basta! —las amonestó el padre—. ¡Fuera!

Las dos iban a protestar, pero la mirada reprobatoria del marqués las hizo callar.

Salieron sin rechistar.

Nada más desaparecer, el marqués acarició el rostro de su mujer con las manos temblorosas.

—¿Te has hecho daño?

Ella negó.

—Tan solo estoy algo mareada —reconoció, pues todo le daba vueltas.

Él iba a indagar más, pero el doctor irrumpió en la habitación.

Como era de esperar, el galeno le pidió al marqués que esperase fuera. Allí solo estarían la marquesa, el ama de llaves y él. Este, de mala gana, salió de la habitación.

No pensaba marcharse muy lejos, así que se quedó apoyado en la baranda que daba al acceso principal de la casa, justo a dos pasos de la puerta de su mujer.

Sus dos hijas lo acompañaron en silencio.

Media hora aguantó Phillip hasta que su nerviosismo se apoderó de él.

Dio un paso al frente con la intención de entrar en aquella cámara; ya podía el doctor llamar a toda la guardia real, que él no pensaba salir de allí sin saber qué le sucedía a su mujer.

En cuanto puso la mano en el picaporte, la puerta se abrió.

Se sobresaltó al ver al ama de llaves.

—Su señoría ya puede entrar —avisó.

El marqués pasó por su lado y cerró la puerta, dejando a sus hijas fuera.

Su esposa estaba sentada en una butaca, mirándolo con dulzura.

—¿Estás bien?

Ella asintió, aunque parecía nerviosa.

—¿Qué le ha ocurrido, doctor? —preguntó.

El hombre, que acababa de lavarse las manos en la jofaina que había en el aseo de la marquesa, se estaba bajando las mangas de la camisa.

—Phillip, antes que nada debo advertirte —avisó el médico, pues se conocían de muchos años—. El cuerpo humano —empezó a hablar, pero se corrigió—: El cuerpo de una mujer es todo un misterio.

El marqués levantó las cejas.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó molesto, pues el médico parecía tan nervioso como su esposa. Las cejas canosas entrecerrándose lo confirmaban.

—Que tu esposa está embarazada —sentenció, sin más preámbulos.

La primera reacción del marqués fue quedarse inmóvil.

Después de unos eternos segundos, se abalanzó sobre el médico, lo sujetó del chaleco y lo empotró contra la pared.

—¡Phillip! —amonestó Olivia a su marido, al tiempo que se ponía en pie.

El marqués pareció no escucharla, pues zarandeándolo, se expresó fuera de sí:

—¡Aseguraste que no podría tener más hijos! —se expresó colérico, llevado por la rabia que sentía. Aunque, más bien, lo que sentía era temor.

—Lo sé, lo sé —se apresuró a disculparse el doctor—. Todo apuntaba a que así era. Pero…

El marqués lo soltó de golpe.

Se llevó las manos a la cabeza. No podía ser. Era imposible.

—Llamaré a otro médico —pronunció casi para sí mismo.

La marquesa tocó su hombro para tranquilizarlo y llamar su atención.

—Phillip…

—No, Olivia, no puede ser.

El doctor se estiró el chaleco. No se lo tendría en cuenta, conocía al marqués desde que nacieron sus hijas y sabía que estaba aterrorizado. El parto de las gemelas fue… casi un milagro. La marquesa estuvo convaleciente casi un mes, y nadie pensó que fuese a salir con vida.

—Parece ser que sí —comentó ella con una ligera sonrisa, intentando apaciguar a su marido—. Hemos sido bendecidos.

—¡Bendecidos! —gritó agónico—. No existe bendición cuando tu vida está en peligro.

El galeno intervino:

—No parece que revierta anomalía alguna.

Phillip lo fulminó con la mirada.

—El embarazo en sí ya es toda una anomalía.

La marquesa tembló ante aquella afirmación.

—McAlister, si es tan amable, necesito hablar con mi esposo a solas —pidió Olivia.

—Por supuesto.

El hombre recogió su chaqueta y salió de la habitación.

Una vez a solas, se miraron a los ojos.

—No permitiré que emborrones un momento tan dichoso con tu cólera —adujo la marquesa con brillo en los ojos—. Hemos sido bendecidos.

—Olivia —musitó el marqués, pero ella levantó la mano tajante.

—Bendecidos —repitió—. Cuando nacieron Abby y Sophie fue el mayor regalo de nuestras vidas; incluso la angustia mereció la pena —afirmó, aludiendo a la desazón que sintió toda la familia al imaginar que ella no viviría para conocer a las niñas.

El marqués tembló al recordarlo.

—Pero ellas están ahí y yo estoy aquí. —Alargó el brazo y cogió la mano de su esposo—. Ahora, una vida crece en mi interior y llegará a las nuestras dentro de cinco meses —anunció, haciéndole ver que su estado de gestación ya estaba avanzado. Llevó la mano de él a su vientre—. Necesito saber si tú estarás aquí con nosotros, como un padre agradecido por haber sido bendecido.

La lágrima que resbaló por la mejilla de Olivia fue la estocada mortal para Phillip.

—No sabría vivir sin ti, Olivia —aseguró—. No sabría vivir sin vosotros.

Esa respuesta fue todo cuanto necesitaba oír ella; significaba que aceptaba a la criatura que crecía en su interior.

—Y nosotras sin ti tampoco —reconoció, al tiempo que se dejaba abrazar por su marido.

Así permanecieron un buen rato. En silencio. Aceptando su destino. Por mucho que el marqués poseyera, por mucho que se hubiese esforzado por controlarlo todo para que las vida de sus hijas y la de su mujer estuviesen siempre protegidas y seguras ante cualquier adversidad, ahora se le escapaba de entre las manos, pues no podía controlar su propio destino.

Ahora, pensándolo con perspectiva, de no ser porque pensaba que era imposible que su mujer se quedase embarazada, no podía creer que no se hubiese dado cuenta antes.

Ella había engordado. Claro que, teniendo en cuenta que siempre había sido muy delgada, esas libras de más no las tomó como un aviso. Ni tampoco el hecho de que Olivia últimamente siempre tuviese hambre. O que en los trayectos en el carruaje, incluso en los cortos, se marease más que de costumbre. Y… ¡Sus senos! Por todos los Santos, incluso él advirtió que los pechos de su mujer habían aumentado.

Besó la cabeza de Olivia.

—¿Has dicho nosotras? —bromeó, para que su mujer se sintiera tranquila.

Ella sonrió y se apartó para que la mirase a los ojos.

—Sí.

Él negó con la cabeza.

—Ah, no, no, ni hablar —protestó fingiendo estar ofendido—. Esta criatura —Volvió a llevar su mano al vientre de ella—, será un varón. ¡Otra hija no!

La marquesa se carcajeó y él no pudo evitar levantarla un palmo del suelo para besarla con adoración.

En cuanto los pies de ella tocaron de nuevo el suelo, lo miró con picardía.

—¿Sabes? McAlister me ha prohibido volver a usar desde hoy esa prenda que tanto odias.

De hecho, su desfallecimiento se había debido en parte al corsé; al haber engordado, la marquesa había pedido a su doncella que se lo apretara más.

El marqués sonrió.

—Perfecto —aseguró, al tiempo que llevaba sus manos a los pechos de su mujer—. Así tendré mayor acceso a tu cuerpo.

Ella se carcajeó.

—Y ya que estamos —pronunció seductor—, podrías quemar todos los corsés.

Ella negó con la cabeza.

—En cuanto dé a luz me veré obligada a usarlos de nuevo.

—En ese caso, te dejaré embarazada otra vez —bromeó.

Capítulo XXXIII

Las buenas nuevas no siempre se reciben como tal

Después de gozar de un momento de intimidad, los marqueses se prepararon para dar la buena nueva a sus hijas.

—Estoy preocupada por la reacción de Abby —lamentó Olivia.

Phillip, que estaba intentando colocarse bien el pañuelo ya que no había avisado a su ayuda de cámara, la miró sin comprender.

Ella se acercó y lo ayudó.

—¿Por qué?

La marquesa inspiró con fuerza, su marido no había pensado en ello.

—Si el bebé es un varón… —lo dejó en el aire.

El marqués cerró los ojos.

Se echó hacia atrás hasta quedar apoyado en la puerta.

Necesitó un momento para asimilar la realidad.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó con agobio.

Con todo lo que había luchado para que a su hija le concediesen el título de condesa de Aberdeen, y ahora…

—Phillip —susurró su nombre.

—¿Cómo he podido olvidarme de algo tan importante? —se enfadó consigo mismo—. Abby… Abby… —No sabía cómo terminar la frase sin apesadumbrar a su mujer.

«Odiará a la criatura, se sentirá frustrada hasta el día de su nacimiento, perderá la sonrisa», pensaba.

—Va a detestarme como padre —Se entristeció.

—No digas eso, nuestra hija te adora.

—¿Cómo va a adorarme ahora? —se inquietó—. No voy a poder asegurarle que nada cambiará. Si nace varón se… se…

—Phillip, por favor, no te angusties —le aconsejó su mujer—. Tú no eres quien dictaminó las nomas. Ella sabe que así son las leyes.

Sí, claro que así eran, pero eso no quitaba que su hija lo fuese a mirar con otros ojos.

Respiró con resignación.

Tendió su mano para que su esposa se la cogiera y así bajaron las escaleras, cogidos y unidos.

Sus hijas los estaban esperando en la sala amarilla.

En cuanto los vieron, se levantaron y fueron raudas hasta su madre, a la que abrazaron con fuerza.

—Por favor, tomad asiento —anunció Olivia—. Vuestro padre y yo debemos anunciaros algo.

Las dos muchachas obedecieron, algo intranquilas.

—No debéis preocuparos por el desfallecimiento de vuestra madre —aseguró el marqués.

—¡Qué bien! —se alegró Sophie.

—¿Y qué lo causó? —se apresuró Abby en preguntar.

El matrimonio se miró.

—Mi estado de buena esperanza —anunció la madre con una sonrisa radiante.

Las gemelas se miraron entre sí.

—¿Cómo? —preguntó dubitativa Sophie, por si no habían entendido bien.

—Estoy *encinta*, Sophie.

Abby palideció.

Sophie parpadeó repetidas veces por si estaba soñando.

—¿No vais a darnos la enhorabuena? —indagó la marquesa, un tanto preocupada por la reacción de sus hijas.

—Nos dijiste que el médico había asegurado que después de nuestro alumbramiento no podrías concebir de nuevo —recordó Abby, por si se habían olvidado de sus propias palabras.

—Está claro que se equivocó —dijo el marqués.

—¿Entonces es cierto? —preguntó Sophie.

La marquesa asintió con la cabeza.

—¡Oh! —se expresó, poniéndose en pie y acercándose a su madre para abrazarla—. No me puedo creer que vaya a tener un hermano.

A pesar de la conmoción inicial, se sintió pletórica.

Abby, al escuchar la palabra *hermano* agrandó los ojos.

El marqués no le quitaba ojo.

Sophie, ajena a las elucubraciones de su hermana, abrazó también a su padre.

—Enhorabuena —le felicitó.

—Abby —pronunció la marquesa.

La aludida se puso en pie, se estiró las faldas y se irguió.

—Enhorabuena —pronunció seca—. Si me disculpáis, necesito tomar el aire.

El marqués no sabía qué decir ni qué hacer para quitar esa angustia reflejada en los ojos de su primogénita, por lo que no se opuso a su salida.

La joven paseó por los jardines.

Al llegar a la parte más alejada, se acercó a uno de los bancos de piedra, justo enfrente de la estatua de Zeus.

Se sentó y sus ojos se llenaron de lágrimas.

Pasada una hora, escuchó unos pasos acercándose.

Al levantar la cabeza vio a su padre.

—¿Me permites? —Señaló el banco con un gesto de mano.

Ella asintió con la cabeza y el marqués se sentó junto a ella.

—La noticia ha sido tan inesperada para vosotras como para mí —la informó para que no le quedase duda alguna.

—Por fin tendrás el hijo que tanto has anhelado.

El marqués sintió que el corazón se le desgarraba.

—Eso no es justo.

—Ah, ¿pero existe la justicia? —se molestó la joven. A ella se lo podían arrebatar todo y a nadie le parecería injusto—. ¿Qué esperáis de mí, que sea la hija diplomática o la que una vez más os va a decepcionar?

—Tú nunca nos has decepcionado —aseguró.

Ella soltó una risita carente de humor.

—Por supuesto —ironizó—, por eso tuve que estar escondida —le recordó, aludiendo al día en que su madre tomó la decisión de apartarla temporalmente de la sociedad.

—No te escondimos…

—De acuerdo —lo interrumpió, al tiempo que se ponía en pie. Su padre la imitó—. Tan solo me mantuvisteis apartada de todos —añadió con tristeza—, demostrando que soy un completo *fracaso*.

El marqués no podía creer lo que acababa de escuchar, su hija no podía pensar de esa manera.

—Siempre te he considerado una mujer inteligente —aseguró—. Es imposible que creas tus palabras.

Ella lo miró directamente a los ojos.

—¿Cuáles, las que aseguran que os he decepcionado o las que certifican que soy un fracaso?

—¡Ambas! —se expresó enfadado.

Ella hizo un mohín con los labios.

—No voy a enmascarar la verdad —adujo Abby con los ojos brillantes—. Avergoncé a mamá ante un duque y dos damas. La decepcioné al no convertirme en la dama sofisticada que siempre ha anhelado que su hija fuera —aseguró, cada vez más triste—. Está a punto de cumplirse un año desde mi debut y ya ves, aquí sigo, soltera. Esa es la realidad. Soy un fracaso.

El marqués respiró hondo para controlar su enfado.

—Soy marqués —anunció como si su hija no estuviese al tanto—, y te aseguro que de todo cuanto poseo, tan solo me siento orgulloso de tres cosas: tu madre, tu hermana y tú.

Abby se emocionó.

—Si crees que en algún momento he deseado un hijo varón, es que he fracasado como padre —declaró—. Vosotras habéis sido mi mayor logro, mi única riqueza, mi mayor tesoro.

A ella le rodó una lágrima.

—Tú eres nuestro mayor orgullo —aseveró sin apartar la mirada de su hija —. Tu madre te adora tanto como yo. Nunca nos has decepcionado, no existe nada en este mundo que puedas hacer que consiga tal proeza.

—Pero… —El marqués le puso una mano en la boca.

—Nada, Abby. Tu madre no te escondió —confesó—; te protegió ante la gente que intentaba hacerte daño. En cuanto a lo de ser una dama sofisticada, te aseguro que tu madre hizo un gran trabajo; la sofisticación no se basa solo en la apariencia, sino también en demostrar tener inteligencia y corazón.

Retiró la mano.

—Si estás soltera es porque tú así lo has decidido —la halagó—. Tengo en mi despacho unas cuantas propuestas de matrimonio, las mismas que tú me has pedido que rechace.

Abby asintió, era cierto.

—No sé si tu madre alumbrará un varón, pero te puedo asegurar, que nada podrá cambiar el orgullo que siento por ti.

Abby se abrazó a su padre.

Dejó su cabeza ladeada, apoyada sobre su hombro.

—Perdóname —se disculpó entre susurros—. Me siento tan frustrada… No debí pagarlo contigo.

El padre sintió dolor en el pecho. ¿Cómo podía alejar ese estado de frustración de su hija? La comprendía, pues él se sentía igual.

—Abby, pase lo que pase, tanto Sophie como tú estaréis siempre amparadas —confesó—. Un hombre siempre debe mantener protegido su mayor tesoro.

Abby sonrió.

Era cierto, el marqués jamás presionaría a ninguna de sus hijas para casarse. Puede que otros nobles no se hubiesen tomado la molestia de pensar en el futuro de sus hijas y necesitasen las dotes de las muchachas, o como en su caso, casar a sus hijas con hombres bien posicionados. Desde el mismo día en que sus gemelas llegaron al mundo, él había dejado de vivir de las rentas, por ello administraba sus haciendas con meticulosidad y también se había embarcado en negocios, algo impensable en un noble. Pero él quería, o más bien, se sentía en la obligación de mirar por su mujer e hijas. Por ello, en caso de fallecer, estaba estipulado que las tres recibiesen una renta anual tan elevada como para que no se privasen de nada. Cierto que, además, Abby poseería su título; pero si ahora naciese un heredero, a ella tan solo le quitarían eso. La asignación estipulada sería la misma, con o sin hijo varón.

La joven pensó en su padre, no se merecía que por su frustración él se sintiese decaído. No era culpa de él que a ella le arrebatasen su título. Al fin y al cabo, había sido él quien había luchado por conseguírselo.

Sabía que en cuanto corriese la noticia, la mitad de la alta sociedad se alegraría, consciente de que a ella la podía derrocar un hermano. Por fin

conseguirían vivir tranquilos; no querían a una mujer con poder.

Suspiró resignada, poco podía hacer al respecto.

Pensó en su madre y se entristeció, se había portado mal.

—Debo regresar a la casa —anunció—. Le debo una disculpa a mamá.

El marqués negó con la cabeza.

—Ella es consciente…

—Papá, se la debo.

El padre se enorgulleció una vez más; le ofreció su brazo y caminaron juntos.

—Abby, hay algo que nunca te podrán quitar: tu poder —aseguró.

Su hija lo observó sin comprender. Se pararon y se miraron.

—El título no te da el poder —argumentó sin vacilar—. Tú eres poderosa por tu forma de ser. Eres admirable. —Le acarició el óvalo de la cara—. Nunca lo olvides. Tú eres una dama poderosa.

La joven se emocionó.

Parpadeó perpleja, aunque sabía que su padre jamás sería capaz de mentirle. Por ello, debía creer aquella afirmación tan taxativa.

Sin que el marqués lo supiera, acababa de entregarle a Abby el mayor regalo de su vida: su reconocimiento como persona adulta, como hija, y lo más maravilloso y poderoso, como mujer.

Continuaron el camino en silencio.

Abby sentía la imperiosa necesidad de agradecer a su padre aquellas palabras, merecía ahuyentar el temor al futuro. Poco podían hacer ninguno de los dos con los designios del buen Dios. Por lo que sonrió, consciente de que su semblante relajaría a su progenitor. Necesitaba que él disfrutara de ese día tan especial en el que cualquier padre estaría eufórico por la buena nueva de aumentar su seno familiar.

Ladeó la cabeza y el marqués la miró.

La sonrisa plena de Abby consiguió que él le devolviera el mismo mohín.

Tenía razón el marqués, su hija tenía poder, más del que ella llegaría a comprender, pues con solo una sonrisa conseguía iluminar un día oscuro.

—Mmmm… estoy pensando… —comentó Abby, dejando la frase en el aire.

El marqués levantó las cejas, ese tono de voz sonaba a chanza.

—Miedo me das cuando piensas.

Ella aguantó la risita.

—¿Y si nace mujer? ¿Estás preparado para otra muchacha Allende?

El marqués siguió la broma, fingiendo pavor y alzando los brazos al aire.

—¡Dios me libre! Otra mujer no, por favor.

Padre e hija se carcajearon.

Capítulo XXXIV

Las palabras sinceras pueden ahuyentar cualquier enfado

Odiaba Londres, pero ahí estaba, sin saber todavía la razón por la que continuaba en esa ciudad tediosa.

«Mentiroso», se dijo el duque.

Casi había pasado un mes desde la última vez que había visto a Abby. No, desde la última vez que la había tenido entre sus brazos, cuando aquella descarada le reclamó un beso. ¡Y qué beso!

Movió la cabeza para deshacerse de aquel recuerdo, como si aquel movimiento fuese a borrar todas las emociones que llegó a experimentar.

El día estaba tan nublado como su ánimo. De un momento a otro la tormenta lo pillaría, y con lo encapotado que estaba el cielo, dudaba que mucha gente saliese a pasear. Una suerte, pues él había escogido ese momento exacto para tomar el aire, ya que estaba convencido de que gracias a la inclemencia del tiempo, pocas mujeres se atreverían a aventurarse a salir.

Inspiró con fuerza. Necesitaba marcharse de Londres, más cuando la temporada acababa de comenzar y él, por ser uno de los duques más cotizados, parecía estar en el punto de mira de cualquier dama soltera y, por descontado, de sus madres.

¿Por qué no abandonaba Londres?

Frustrado consigo mismo por no poder apartar a esa condenada mujer de su cabeza, caminó sin prestar atención, de modo que se dio de bruces contra un lacayo que caminaba un tanto inestable.

—Per… Perdón —tartamudeó el hombre.

El duque sintió un chispazo, como si lo hubiese alcanzado un rayo, y no por tener que sostener al susodicho para que no cayese al suelo dado su estado de embriaguez, sino más bien por la voz de aquel… aquel… ¿Qué…?

Debía de estar volviéndose loco, porque no encontraba otra explicación para que su corazón se hubiese acelerado con aquel contacto, ni encontraba lógica alguna para que sus manos empezasen a temblar mientras sostenía por los hombros a…

—¿Abby? —preguntó con voz temblorosa.

No podía ser, lady Aberdeen debía de estar en su casa… No, estaría en *Whellingtton House*, la mansión de la duquesa Penelope, quien ya había

terminado su tiempo de duelo. O eso era lo que él había averiguado el día anterior cuando visitó al marqués.

Como aquel sujeto no respondía, él, sin soltarlo de los hombros, se hizo atrás al tiempo que estiraba los brazos para mirarlo a la cara.

Cuando el joven que tenía cogido levantó la cabeza, los ojos del duque se agrandaron.

¡Conmocionado!

—¿Qué… qué…? —Apenas le salían las palabras.

No se estaba volviendo loco, no; el tipo que tenía… No, la insensata que tenía delante ¡era Abby!

La soltó como si quemara.

Abby se tambaleó un poco.

Él parpadeó para asegurarse de que no estaba siendo víctima de una alucinación.

Le hizo un repaso de arriba abajo, tenía que asegurarse bien. ¿Iba vestida de lacayo? ¡¿Un lacayo?! Sí, y tanto que sí. Pantalones largos, chaqueta de librea, botas negras y sombrero.

—¿Se puede saber qué demonios hacéis vestida de…? —Abby le tapó la boca.

—Shhhh… no es preciso que gritéis —lo amonestó, mirando a ambos lados—. Vais a conseguir que todo Londres se entere —sermoneó—. Y deberíais medir vuestro vocabulario, no es propio de vos maldecir delante de una dama.

Un trueno anunció la inminente tormenta.

Claro que al duque en ese momento lo que menos le importaba era la lluvia que estaba empezando a empaparlos a ambos.

Se frotó la cara con las dos manos, intentando mantener una calma que no sabía cuánto tiempo podría controlar, puesto que la muy insensata ni se avergonzaba por su vestimenta ni por el estado en el que se encontraba. ¡Cielo Santo!

—¿Estáis borracha?

—¡Por supuesto que no! —se ofendió la joven—. Una dama no se emborracha… simplemente se encuentra indispuesta.

Él se mordió el labio inferior tanto, que casi consigue hacerse sangre. Esa irresponsable olía a brandy.

Giró medio tronco y alzó la mano, avisando a su lacayo para que acercase su carruaje.

Abby se sentía mareada… muy mareada.

Intentó poner sus pensamientos en orden, pero le estaba costando un poco conseguirlo.

Tal vez no había sido una buena idea tomar aquella segunda copa de brandy… Bueno, la primera tampoco, y menos cuando no había desayunado debido a la impaciencia por salir cuanto antes de *Whellingtton House*, acompañada de su buena amiga Penelope, ataviadas como un duque y su lacayo con una única misión: espiar a Duncan St. John.

¡Oh! Si la tierra dejase de rodar no se sentiría tan mareada. Podía incluso reconocer que no fue precisamente su mejor idea la de espiar al futuro esposo de su amiga. No, incluso algo perjudicada, era consciente de que había sido una pésima decisión, como también lo había sido implicar al señor Boston en su aventura. Claro que, ahí la culpa la tuvo también el americano por descubrirlas. Y ya puestos, podía ser sincera consigo misma y reconocer que haber aceptado el reto de entrar en una taberna y tomar dos brandis, abrir su boca y soltar cierta perorata inapropiada sobre *la hombría* de los varones, para luego salir corriendo, escapándose de Penelope, St. John y el señor Boston por la vergüenza, no había sido su mejor decisión. Sí, iba a ser sincera consigo misma, pero eso no implicaba tener que reconocer su error ante nadie más, ¿verdad?

La lluvia conseguiría refrescar su… su…

Abrió los ojos como platos al ver a su padre resguardándose bajo el techado de una joyería, esperando su carruaje.

Sin pensarlo, se abalanzó sobre el duque y este, que todavía no había regresado a su posición, perdió el equilibrio y cayeron al suelo los dos; el duque de espaldas y ella encima de él

—¡Abby! —exclamó enfadado.

—Shhh… Shhhh —siseó nerviosa—. No gritéis, mi padre está justo ahí. —Señaló con la cabeza en dirección hacia donde se encontraba el marqués.

El duque reprimió una maldición.

Abby agradeció el seto que los parapetaba de su padre y cualquier viandante.

La joven intentó incorporarse lo justo para mirar por encima del matorral sin ser descubierta.

—A… Ab… Abby —atinó a decir él en un hilo de voz.

Ella ni lo miró, volvió a sisear para que se callara.

—Abb… Abby… Abby… —repitió con cierto apuro, ya que no podía apenas respirar.

En cuanto el marqués se montó en su carruaje y se alejó, Abby prestó la atención debida al duque, ya que este una vez más, ahora en un tono más alto, la apremió.

—¡Abby, vuestro codo!

Ella agrandó los ojos.

La situación era ante todo inapropiada. Si alguien los hubiese visto, su reputación se habría echado a perder. Tragó saliva con dificultad, su reputación en ese instante hubiese sido lo de menos, era la del duque la que estaría en entredicho, y no quería imaginar las consecuencias. ¿Podía un duque ser apresado? Tembló solo de imaginarlo ya que a primera vista no verían al duque tumbado en el césped de uno de los jardines de la zona de Bond Street; verían a un lacayo encima del duque.

¡Cáspita! ¿Se podían complicar más las cosas? ¿Podía avergonzarse más?

Sí, el día se podía complicar más ya que en su desesperado afán por no ser descubierta, al intentar mantenerse algo erguida, había apoyado su codo en… en… ¡En su hombría!

Como un resorte, se puso en pie.

Tendió su mano para ayudar al duque a levantarse, pero este la rechazó de malos modos.

Justo en ese instante, un carruaje hizo un alto justo a la altura de ellos.

Los dos se giraron.

Abby mantuvo la respiración abrupta, temerosa de que alguien más la reconociera.

El duque adoptó su pose más ducal.

En cuanto la duquesa Penelope de Whellingtton asomó su cabeza por la

ventanilla, el duque de Hamilton le regaló su mirada más gélida.

—¡Ab… by, Ab… by! —arrastró las palabras. Un síntoma que la delató de inmediato. ¡También estaba ebria!

La mano de un hombre en su hombro la retiró de la ventanilla.

El hombre en cuestión se asomó.

Cuando la mirada del señor Boston y la del duque se encontraron, a pesar del enfado que en ese momento mostraba el segundo, se entendieron a la perfección, por lo que el americano dio un par de golpes en el techo del carruaje con su bastón de empuñadura de plata y el cochero continuó su camino.

Hamilton tomó por el codo a Abby sin miramiento, arrastrándola a tal velocidad que la joven pensó que estaba levitando.

En cuanto el carruaje del duque llegó a su altura, abrió la puerta y, sin su habitual cortesía hacia ella, la sujetó de las caderas y la lanzó al interior.

Miró a su cochero y ordenó:

—¡A *Whellingtton House*!

Abby todavía estaba intentando reponerse de aquel arrebato, cuando el duque tomó asiento enfrente de ella.

La joven, al mirarlo, se llevó las manos al estómago.

Él, a pesar de su estado de cabreo se preocupó por ella.

—¿Estáis mareada?

Ella asintió y negó.

Él exhaló con fuerza, intentando mantener la calma, una que cada vez estaba más lejos de su control.

¿Cuántas veces había vivido algo parecido? ¿Cuántas veces su padre decía una cosa y negaba la misma, dejando al descubierto su desconcierto?

—Así aprenderéis a no beber más —la regañó.

Abby se molestó.

—La culpa es vuestra —se defendió.

—¡¿Mía?! —exclamó colérico.

—Sí —aseguró—. Mi mareo no se debe tan solo a… —No iba a confesar que había bebido, ¡faltaría más! Una dama no bebía, o no confesaba haberlo hecho—. Una ligera indigestión.

El duque bufó, estaba al límite de su paciencia.

—La culpa en parte la tenéis vos —aclaró—, porque cada vez que os tengo cerca mi estómago se contrae.

Él se quedó conmocionado ante la confesión.

—No me miréis así —se molestó porque él la mirara con cara de… ¿cómo la miraba? Daba igual, tenía que recriminarle muchas cosas, ya que él era el causante de su estado emocional. ¿O no?—. Desde que os vi por primera vez habéis obrado en mí el hechizo de hacerme sentir mareada.

El duque parpadeó.

Además, ¿cómo quería ella que la mirara? Solo había una forma y, por desgracia, la imagen de ella era seductora.

Ufff… El agua había empapado esa carita angelical. El sombrero ya no cubría su cabello y este lucía suelto y mojado. ¿Se podía estar más guapa? No, desde luego que no, y él era incapaz de dejar de mirarla, mal que le pesara.

Sí, definitivamente la joven estaba muy ebria, de lo contrario jamás habría confesado algo así.

—Y no es que me moleste —reveló casi para sí misma, solo que Hamilton la escuchó.

—¿No? —indagó, sin entender por qué aquella revelación significaba tanto para él.

Ella negó con la cabeza.

—No, porque es una sensación extraña, pero también placentera —reconoció, al tiempo que una sonrisa tímida se dibujaba en sus labios.

El adjetivo utilizado no podía haber sido más inoportuno, pues a él le recordó lo *placentero* que había sido besarla. Lo *placentero* que era tenerla entre sus brazos. Lo *placentero* que sería apropiarse de aquellos labios deslenguados y reclamarla para él.

«¡Buen Dios, dadme fuerzas para no perder el control!», rogó.

Ese mohín tan maravilloso en el bello rostro de Abby era una tentación.

A ella la habían creado para pecar. Estaba convencido de ello, y él no podía ser ese pecador.

—Así que no sé a qué clase de hechizo me habéis sometido —dijo

atropelladamente, debido a su estado de embriaguez—, pero os exijo que lo retiréis.

El duque no pudo evitar sonreír.

Un segundo, ¿no se suponía que estaba enfadado con ella?, ¿cuándo había dejado de estarlo?

—Que lo retire —repitió con voz afable.

Ella asintió enérgica.

—Sí, por favor —rogó—. No es justo que me tengáis en este estado de exaltación constantemente —le recriminó—. Si tan solo fuese la sensación de tener mil mariposas revoloteando en el estómago…

—¿Acaso hay más? —preguntó con una gran sonrisa. No podía evitarlo, ella hablaba tan convencida que a él le parecía gracioso. Aunque también era extraordinario que ella pensara que él era el causante de todo aquello.

—¡Oh, sí! —se expresó, molesta porque él no la creyera—. También me aceleráis el corazón.

—El corazón —repitió, bromista.

Ella entrecerró los ojos, enfadada porque él se lo tomara a chanza.

Se inclinó con celeridad, alargó su brazo y tomó el de él, para llevarle la mano hasta su pecho.

Él, en un principio se sorprendió ante aquel arrebato.

De pronto, se quedó casi sin aliento al notar el palpitar acelerado del corazón de Abby.

Dirigió la mirada de sus manos a los ojos de ella.

Estaban tan cerca el uno del otro, que sus bocas podrían unirse con tanta facilidad…

Si él hubiese tenido el valor suficiente para confesar que el suyo estaba a la par del de ella, quizá Abby se habría dado cuenta de que ella también debía tener la misma consideración, y retirar el embrujo al que lo tenía sometido.

—¿Me creéis? —susurró.

El tragó con dificultad.

El aliento de ella le recordó su pasado.

Se apartó y se recostó en su asiento.

Ella lo imitó.

—Estáis bebida… —Pero rectificó, al ver que ella iba a protestar—: Indispuesta. Vuestros síntomas pasarán en cuanto durmáis.

Abby abrió la boca pero la cerró al momento, tras sorprenderse cuando Penelope abrió la puerta del carruaje; ninguno de los dos se había dado cuenta de que ya habían llegado ni de que llevaban un buen rato allí, parados.

—¡Abby, por fin! —se expresó la duquesa—. Date prisa, Mery ha conseguido distraer a todos para que no nos descubran.

El duque las miró a ambas y se enfadó de nuevo.

¿Cómo había podido distraerlo con tanta facilidad? Al final no había averiguado por qué iban disfrazadas de hombres.

—Es consciente de que su vestuario es tan inapropiado como su comportamiento, ¿verdad? —amonestó a Penelope.

La joven duquesa lo miró y sonrió, un síntoma que él reconoció rápido; era una sonrisa nerviosa y, además, ebria.

—Oh, por sus palabras debo entender que usted nunca se ha vestido de mujer, ¿verdad?

Él apretó la mandíbula.

Abby miró a Penelope con los ojos agrandados; ambas sabían, incluso bebidas, que esas palabras eran totalmente inaceptables. Pero la bebida las había convertido en dos mujeres desinhibidas y bastante atrevidas, por lo que sin poderlo evitar, se pronunció:

—Pues te aseguro que Su Excelencia se vería apuesto —vaticinó la condesa—. Yo le he visto con falda y tiene unas rodillas muy sensuales. ¡Demasiado para no fijarse en ellas!

Penelope la miró.

Abby se encogió de hombros.

Hamilton se quedó atónito.

Sensual era una palabra que en la boca de cualquier otra mujer hubiese sido inapropiada. Sin embargo, en los labios de Abby sonaba a tentación, a deseo irracional que a él le calentó más de lo que habría debido. Si ella se hubiese fijado en su pantalón, habría visto un bulto incipiente.

—Vaya, no me lo habías contado.

Abby volvió a encogerse de hombros y ese fue el toque de gracia; el duque

no podía volver a ver a la condesa gesticulando de esa manera, siempre conseguía alterarlo y llevarlo a un estado de excitación insoportable.

No se lo podía creer, deseaba lanzarse a por los labios de Abby, pero antes de cometer el mayor escándalo de Gran Bretaña, lo pensó bien y se expresó alterado:

—¡Largo!

Abby parpadeó, pero reaccionó apeándose del carruaje.

—Menudos modales, Hamilton —lo recriminó Penelope, entre risas.

Él pegó un portazo. Necesitaba alejarse de allí cuanto antes porque la tentación de raptar a Abby era demasiado fuerte y, no lo iba a negar, la de matar a la duquesa por entrometida e insolente, también.

Capítulo XXXV

El corazón de una dama enamorada se puede romper con facilidad

Londres, primavera de 1816

Había pasado una semana desde su último encuentro con el duque, y más de un mes desde la noche más mágica de su vida. Y estaba nerviosa, pues esa noche se verían en el teatro.

Como era de esperar, Londres estaba a rebosar; se acababa de dar por inaugurada la temporada social.

Abby se estremeció al pensarlo; había pasado un año desde se debut. La noche anterior debutaron las jóvenes promesas, y ella empezaba a sentirse una solterona. Tan solo le faltaban dos años para que la catalogaran como tal.

Su amiga Penelope pronto estaría casada.

«Casada».

Inspiró con fuerza. No quería ser pesimista, nunca lo había sido y justo esa noche necesitaba más optimismo que nunca; tenía un plan en mente y no pensaba echarse atrás.

Mientras las hermanas Allende y la marquesa tomaban asiento en el palco del marqués, este se quedó en pie, observando muy concentrado.

—Phillip, siéntate —ordenó la marquesa—. Dudo que el responsable del folleto sea tan indiscreto como para sacar papel y pluma en medio del teatro.

El marqués gruñó. Llevaba un mes atento a cualquier movimiento extraño en los salones de baile; se estaba convirtiendo en una obsesión.

Al final, hizo lo que su esposa demandaba y la miró.

—Lo encontraré.

Ella se rio por lo bajo.

El teatro estaba al completo, nadie quería perderse la función de esa noche, en especial porque el mismo regente había acudido. Era la primera vez que se interpretaba un concierto con un único instrumento y eso había despertado el interés de toda la sociedad.

Las gacetillas y anuncios en prensa consiguieron un reclamo inusual, pues se anunciaba a Fernando Sor, un artista español, con su *Spanish Guitar*. Era la primera vez que un músico actuaba con tan solo una guitarra española, un instrumento poco conocido por los ingleses.

Los lacayos fueron apagando las velas, anunciando así el comienzo del recital.

Abby tomó sus binoculares y, en vez de centrarse en el escenario, los utilizó para ojear a Hamilton, cuyo palco estaba cerca del escenario.

Sonrió al verlo tan guapo, tan elegante, tan…

El corazón le dio un vuelco, pues a su vera estaba la baronesa Montgory. No es que eso fuese preocupante, ya que el barón también se encontraba en el palco. Lo alarmante fue ver cómo ella alargaba su brazo y acariciaba la pierna del duque sin el menor reparo.

El duque la sujetó con fuerza en el mismo instante en el que ella, la muy osada y descarada, subía la mano a punto de alcanzar…

—¡Oh, Dios! —se expresó Abby, presa de indignación.

Sophie la miró y sonrió, pensando que su hermana estaba absorta con aquellos acordes tan gloriosos con los que Sor deleitaba a todos.

Abby sintió que le faltaba el aire, esa mujer era una de las *amantes*.

Palideció.

Sophie la observó.

—¿Qué sucede?

Ella no tenía fuerzas siquiera para responder.

El marqués, al escuchar a su hija, se interesó por Abby.

—¿Te encuentras bien?

Abby inspiró con fuerza.

—Creo… creo que debo ausentarme un momento —anunció—. Iré al salón de las damas para tomar un poco el aire.

El marqués se puso en pie y acompañó a su hija hasta el salón.

—No te preocupes, papá —lo tranquilizó.

Al ver que el marqués la miraba ceñudo, mintió para que él no intuyera lo que le ocurría.

—Es algo normal en esos días de mujeres.

El marqués se echó hacia atrás, negándose a escuchar algo tan inapropiado.

—En cuanto me relaje regresaré —anunció—. En unos minutos estaré de

regreso en el palco.

El marqués asintió y se alejó.

Ella fue directa a una de las ventanas, la subió y se asomó para tomar aire.

Suspiró frustrada.

Una cosa era saber que él mantenía ciertos encuentros con ciertas damas; otra muy distinta haber visto con sus propios ojos hasta qué grado de confianza e intimidad tenía con otra mujer.

¡Qué tonta! Ella anhelante por verlo de nuevo y él deseando intimar con la baronesa.

Si al menos pudiese olvidar todo lo que le había confesado al duque. ¿No se suponía que la bebida nublaba la razón? Pues a ella no, ella lo recordaba todo. Y justo esa noche había pensado pedir disculpas por su comportamiento, aunque también estaba dispuesta a confesarle al duque que todo cuanto le había dicho era cierto; era mejor que él supiese la verdad. ¿Qué podía perder? A parte de morirse de la vergüenza, claro está. Pero su vida en unos meses podía cambiar y ya no podría permitirse el lujo de rechazar todas las propuestas de matrimonio. Le gustase o no, si su hermano nacía varón tendría que cumplir como se esperaba de ella. Y si tenía que casarse, le quedaba la esperanza de que el duque, después de aquel beso, se hubiese dado cuenta de que también sentía algo especial por ella.

Notó cómo su corazón se quebraba; por más que se había negado a hacerse ilusiones, aquel beso lo había cambiado todo. Creía estar segura de que el duque había sentido tanto como ella, pero estaba claro que no. Para él solo se trató de un momento de deseo, nada más.

Escuchó una risita femenina, cercana.

Se alejó de la ventana y de puntillas se acercó hasta la entrada, quedando semiescondida detrás de la espesa cortina.

—Vamos, Hamilton, llevo una eternidad esperando este momento —reclamó sus atenciones la baronesa.

Abby parpadeó, se llevó las manos a la boca para no emitir ruido alguno y dio varios pasos atrás, hasta que chocó con uno de los butacones y este emitió un ruido que llamó la atención de la baronesa.

Al descorrer la cortina, se encontraron frente a frente.

—Lady Aberdeen, ¿acaso no le han enseñado que es de muy mala

educación escuchar detrás de las cortinas? —amonestó la baronesa a Abby, enfadada y consciente de que esa muchacha se había convertido en uno de los motivos por los que el duque últimamente no la visitaba. No era tonta, y además, había sido testigo de sus miradas la noche de la gala benéfica. Esa noche el duque solo había tenido ojos para la condesa y se había negado en rotundo a visitarla en su casa, a sabiendas de que el barón estaba fuera de Londres.

Niall, al escuchar a la baronesa dio un paso adelante y la miró.

Abby se molestó no solo por las palabras de la baronesa, sino además por verlo a él ahí, tan guapo, acompañado por otra mujer.

En esta ocasión no fueron sus nervios los que la hicieron hablar, esta vez fue la rabia:

—No sea condescendiente, baronesa Montgory —pronunció con acritud —. Dar lecciones de moral usted, es lo más descabellado e intolerable que podría escuchar. Para darlas debe predicar con el ejemplo.

Niall no se movió.

La baronesa la miró irritada.

—Deberíais estar en el palco, a la vera de *vuestros padres* —opinó, y matizó—: el único lugar que os corresponde.

Abby apretó los dientes, esa frase había sido pronunciada con maldad. Le había tirado un dardo envenenado, dejando constancia de que seguía soltera después de haber pasado un año desde su debut y de que no tenía un marido esperándola.

—Por supuesto —respondió sin mostrar su malestar—. Claro que, el lugar que os corresponde a vos está vacío —dijo aludiendo al barón, que se encontraba solo en el palco—. Créame, a mis padres ni les molesta ni los ofendo con mi ausencia. Me temo que no podéis decir lo mismo.

Dio un paso y esperó a que el duque se apartara.

Niall se hizo a un lado para dejarla pasar.

Abby dio otro paso y, justo cuando estaba a la altura de Hamilton, se paró, giró la cabeza y lo miró.

—Excelencia, no sé si sois consciente de que en este lugar hay muchos ojos observándole —le informó, por si él no se había dado cuenta—. Cuando noten su ausencia y la de la baronesa, ¿qué cree que especularán? Puede que

a ella no le importe —Señaló con la cabeza a la baronesa—, pero a quienes le apreciamos, no nos gustaría tener que ir a verle al alba a batirse en duelo.

Sin más, continuó su camino, con la cabeza bien alta y el corazón roto.

La baronesa llevó sus manos al pecho del duque.

Hamilton se las apartó de inmediato.

—¡Regresa al palco!

Para él ya se había acabado la noche. Abby tenía razón. Él había abandonado el palco por un único motivo: buscar a la condesa.

En cuanto la vio levantarse de su asiento se preocupó. Lo que no esperaba era que la baronesa lo siguiera.

Puede que el barón fuese un hombre de edad avanzada, que el matrimonio de ellos hubiese sido por convención y que la baronesa no tuviese reparos en ser escandalosa, pero si los rumores llegaban al barón, este lo retaría para salvaguardar su honor.

Abandonó el teatro y durante el trayecto a su casa tomó una decisión: dejar Londres y regresar a Escocia de inmediato.

Debía alejarse de Abby.

Aquel beso le había costado muchas noches de insomnio, muchos días de anhelos y muchos dolores de cabeza. Él no podía enamorarse.

Y así lo hizo. En cuanto entró en su hogar, ordenó al mayordomo que lo dispusiese todo para salir sin demora.

El hombre no puso objeción, aunque se sorprendió por la premura; nunca antes habían emprendido un viaje en mitad de la noche.

Capítulo XXXVI

Los malos entendidos pueden cambiar el destino

Londres, verano de 1816

El duque de Hamilton estaba sentado en el mirador, intentando encontrar la paz que desde hacía dos meses era incapaz de conciliar.

¡Dos meses! Los mismos que llevaba sin ver a la condesa. Los mismos que se sentía perdido y los mismos en los que por más que lo intentaba, no encontraba motivo alguno para sonreír.

Y no es que él fuese un hombre acostumbrado a hacerlo. Pero desde que conoció a Abby, esa sensación que hasta la fecha había sido desconocida e inexistente, ahora la echaba de menos; merecía sonreír y ella era la única capaz de conseguirlo.

Exhaló aire.

Era una locura enamorarse de ella. Una insensatez llegar a creer que un día podría dominar a esa mujer. Una chifladura pensar que un matrimonio con Abby le daría tranquilidad… Aun así, ¿por qué no podía dejar de darle vueltas al tema?

Negó con la cabeza, intentando alejar esos pensamientos.

Alzó la mirada y vio la luna.

Sonrió sin darse cuenta, pues al verla su mente lo trasladó al pasado, cuando estuvo a punto de besar a la condesa allí, en el mismo lugar en donde se encontraba. Aunque ahora estaba «solo».

Suspiró resignado, consciente de que su futuro, si no hacía nada por cambiarlo, siempre sería el mismo: una vida de soledad.

Se mordió el labio inferior al recordar que el marqués le había anunciado a través de una carta, que ese verano la familia Stanford no pasaría su temporada estival en *Valley of Thistles* como solía ser habitual. Debido al estado de la marquesa, habían preferido quedarse en Londres hasta el alumbramiento del bebé.

Eso significaba que a finales de julio la marquesa daría a luz, y dudaba que para finales de agosto viajasen a Escocia con un recién nacido. Así que esa misma mañana, tras leer la carta tomó una decisión: ese año no celebraría su aniversario.

¿Qué importaba? Al fin y al cabo, Abby no había estado presente en

ningún cumpleaños, excepto en el del año anterior. Bueno, pues él no pensaba celebrarlo sin ella.

Se llevó las manos a la cara y se la frotó, desesperado por entenderse a sí mismo. Se estaba volviendo loco de verdad. Que Abby no acudiese a su fiesta de cumpleaños era lo mejor que le podía pasar. Tenerla lejos le aseguraba no caer en la tentación y olvidarse de ella, ¿no? Sí, esa era la mejor solución, mantenerse alejado de Abby.

Sí, sin duda era la mejor determinación.

Se levantó y se dirigió a la entrada del castillo.

Nada más entrar, hizo llamar al mayordomo.

—¿Excelencia? —se interesó el hombre, al llegar a la sala familiar en donde se encontraba el duque.

—Mañana a primera hora que lo preparen todo, partiremos para Londres —declaró.

William asintió y se despidió.

Niall miró el retrato de su padre.

—Lo sé, lo sé, pero he cambiado de opinión —dijo en voz alta, como si su padre le estuviese advirtiendo de la locura que estaba a punto de cometer.

***

Nadie hubiese imaginado que una de las hermanas Allende se casaría con tanta precipitación, pero ahí estaban todos en *Stanford House*, atareados mientras lo preparaban todo para cuando llegase el gran día.

La marquesa, una vez más se había esmerado cuidando hasta el mínimo detalle para la fiesta que en dos noches darían en la casa: la pedida oficial de mano.

Había pasado la mañana en la casa de la modista. El vestido para la pedida estaba preparado, y el elegido para la boda a falta de un par de retoques.

Además, había elegido un ajuar completo que dejaría al novio sin aliento.

La marquesa sonrió al recordar su noche de bodas.

—¿Qué te hace tanta gracia? —se interesó Sophie al ver la sonrisa de su madre.

Abby la miró expectante, se había sonrojado.

Iba a responder cuando lady Chesterfield las saludó.

Sophie aprovechó el momento para entrar en una sombrerería.

Abby, por el contrario, un tanto saturada de tantas compras, decidió caminar unas pocas yardas hasta llegar a Hyde Park, donde esperaría a su madre y hermana, dando de comer a las palomas.

La marquesa se despidió de su amiga y caminó con tranquilidad.

Ya estaba divisando a Abby cuando el duque de Hamilton le interceptó el paso.

—Buenos días, milady —saludó afable el duque, oteando alrededor por si Abby se encontraba cerca.

—Buenos días, Excelencia —respondió al saludo, sorprendida de verlo allí—. ¿Lleváis mucho tiempo en Londres?

—No, en realidad llegué anoche —respondió, justo cuando sus ojos encontraron a la persona que buscaba.

No debía alegrarse tanto, pero lo hizo.

—Ah, entonces no debió llegaros la invitación —dijo sin dejar de mirar al duque, que parecía un tanto absorto.

—¿Invitación? —se interesó.

La marquesa sonrió plena, estaba tan feliz…

—Sí, la invitación de pedida de mano —anunció con orgullo—. Disculpadme por no haberla recibido, en mi defensa diré que pensaba que os encontrabais en Escocia —se justificó—. Pero será un honor para nosotros contar con vuestra presencia. Sé que Abby se alegrará mucho de teneros cerca en un día tan especial; os tiene en gran estima.

«Pedida de mano», esa era la única frase que él había podido retener en su cabeza. «¡Abby va a casarse!», pensó.

De pronto, todo pareció dar vueltas a su alrededor; se sentía mareado.

Apretó los dientes.

Buscó de nuevo con la mirada a la condesa y, dejando a la marquesa con la palabra en la boca, se fue directo hasta Abby.

Olivia parpadeó, ¿qué le pasaba al duque?

Otra dama conocida por la marquesa se acercó a ella para felicitarla por el futuro enlace y su próximo alumbramiento.

Hamilton se quedó a tan solo un paso de Abby.

¿Por qué se sentía tan ofendido e irritado?

—Parece ser que debo daros la enhorabuena —comentó molesto.

Abby se giró y sonrío plena.

¡Qué guapo estaba! Lo había echado tanto de menos.

—Por lo que veo mi madre os ha puesto al tanto —dijo con alegría—. Ha sido todo tan precipitado… pero estamos muy contentos. Cuando se encuentra a la persona adecuada, ¿para qué esperar?

«La persona adecuada», se repitió el duque. ¡Por supuesto! ¿Cómo había sido tan necio? De eso se trataba, de encontrar a la persona adecuada.

—Entonces mi más sincera felicitación —la congratuló con acritud.

Abby se sorprendió por aquel tono de voz utilizado, aun así respondió:

—Gracias.

El duque no sabía qué le molestaba más, si haber perdido días y días pensando en una mujer que no era la apropiada para él, o ver la felicidad plasmada en el rostro de ella.

Se enfadó hasta la saciedad. Abby era feliz y no sentía remordimiento alguno por mostrarse tal cual ante él.

Daba igual, una cosa tenía clara y por una vez no iba a cambiar de opinión.

—Tenéis razón, cuando se encuentra a la persona *adecuada* no hay necesidad de esperar —arguyó—. Es posible que no sea la única boda del año —vaticinó.

A Abby se le aceleró el corazón.

—¿No?

El negó con la cabeza.

—Voy a cumplir veintinueve años —informó serio—. Es hora de casarme y de cumplir con mi deber de traer al mundo a un futuro heredero.

Abby tembló, ¿iba a pedir su mano ahí, en medio de Hyde Park? Era lo más romántico que hubiese podido imaginar en su vida.

Sonrió nerviosa y se mordió el labio inferior a la espera.

El duque, al ver su sonrisa se molestó, ¿quién se lo iba a decir? La sonrisa que siempre deseaba ver, ahora lo estaba destrozando por dentro.

—Sin duda lady Victoria es la dama *adecuada* —aseguró—. Seré un

hombre envidiado, no existe mujer más hermosa y sofisticada en toda Gran Bretaña. Será la duquesa perfecta.

Abby sintió que sus pulmones dejaban de funcionar.

—La realidad es que la *sofisticación* es la principal cualidad que debe poseer una duquesa —añadió con crueldad, consciente de que ese era el talón de Aquiles de ella—. Y Victoria —utilizó su nombre de pila para que creyese el grado de intimidad que compartía con la hija del duque de Manfford—, sin duda la posee.

A Abby se le demudó el semblante.

Nunca había soportado a las mujeres que se desfallecían en público, pero en ese mismo instante no estaba segura de convertirse en una de ellas.

Se quedó tan pálida que incluso el duque se asustó.

—¿Os encontráis bien?

No podía respirar.

No podía hablar.

No podía…

Se tambaleó sin ser consciente.

El duque alargó sus brazos para sostenerla por los codos.

Al notar el contacto de sus manos, el cuerpo de ella reaccionó como si él hubiese conseguido inyectarle la fuerza que necesitaba.

Soltó el aire que tenía retenido en los pulmones.

Se alejó un par de pasos. No quería que la siguiese tocando, no cuando él acababa de confesar que lady Victoria era la duquesa perfecta. No cuando él la había herido a conciencia con sus palabras. No cuando él se estaba mostrando cruel. No cuando él la había besado de aquella manera tan sensual y ahora la despreciaba sin el menor problema.

Carraspeó para recuperar la voz; no estaba muy convencida de que fuese a salirle de forma natural, pero lo intentaría.

«No existe mujer más hermosa y sofisticada», habían sido sus palabras.

—Entonces permitidme que sea la primera en felicitaros —dijo con los ojos brillantes, negándose a llorar delante de él. ¡Faltaría más! —: Mi más sincera enhorabuena.

Hamilton se sorprendió.

¿Iba a llorar? No, no podía ser. ¿Por qué tendría que hacer tal cosa? Ella iba a casarse con su hombre *adecuado*, ¿no?

Abby apartó la mirada. No podía soportar tener al duque delante, al hombre que amaba con toda su alma hablándole de otra mujer, la que él iba a convertir en su esposa.

Niall se quedó atónito. El semblante de Abby había cambiado de forma tan radical, estaba tan… tan… ¿triste?

Iba a interesarse cuando la voz de la marquesa lo interrumpió:

—¿Por qué debemos felicitar a Su Excelencia? —se interesó, ya que tanto ella como Sophie habían escuchado la última frase de Abby.

—El duque va a pedir la mano de lady Victoria —sentenció su hija.

Capítulo XXXVII

Una buena dama inglesa jamás muestra su debilidad

No se podía quitar de la cabeza la imagen de Abby.

Abby con el semblante demudado.

Abby con los ojos brillantes.

Abby a punto de llorar.

Abby triste.

Abby desolada.

¿Qué le importaba a él? Ella iba a casarse con otro hombre.

«Casarse», pensó.

Miró por la ventanilla de su carruaje con la esperanza de apartar aquella imagen de su cabeza de una vez por todas.

Había un momento en la vida de todo hombre o, de todo noble, que no podía eludir: elegir esposa para asegurar el legado del título.

Él no iba a ser menos, ¿verdad?

Cerró los ojos por un segundo, intentando aclarar sus ideas. Aunque la verdad, ¿qué tenía que pensar? Abby nunca había sido una opción. Él no podía casarse con una mujer que pudiese llegarle al corazón, y la condesa era la única capaz de derrotarlo.

«Va a casarse», se recordó.

Solo necesitó esas tres simples palabras para tomar la decisión adecuada.

«Adecuada». Sí, tenía que aferrarse a esa palabra.

Golpeó una vez el techo del carruaje, llamando así la atención del cochero.

—¿Su Excelencia? —preguntó el hombre, abriendo una pequeña trampilla para recibir el mandado del duque.

—A *King Street* —ordenó.

El cochero regresó a su puesto y cambió de dirección.

Al llegar al destino indicado, el duque se apeó.

Por un instante se quedó parado, como si estuviese esperando una señal divina que le ofreciera la posibilidad de echarse atrás.

Pero por lo visto, o el buen Dios no encontraba razón alguna para que él no cumpliera con su cometido, o es que estaba demasiado ocupado como para

atenderle.

Se apretó el sombrero con fuerza y dio los pasos que le separaban de la puerta de entrada de *Manfford House*, consciente de que el duque se encontraba en Londres, ya que su hija Victoria había sido la debutante más admirada de la temporada y ese año parecía que los festejos se habían alargado. En el Parlamento se quería aprobar una nueva ley y todavía no se había dado por finalizada la temporada social.

Apenas tuvo que esperar, nada más entrar lady Victoria lo recibió en persona.

Él la observó.

«Adecuada», pensó.

***

Abby parecía taciturna, o esa era la impresión que toda la familia Stanford tenía.

El marqués se había interesado por esa tristeza que su hija mayor mostraba desde que, dos días antes, regresaron de su paseo diario.

La marquesa le puso al corriente y este se apenó, consciente de los anhelos de su hija por el duque.

—¡Te lo dije! —se expresó, enfadado, el marqués.

Olivia se acarició su abultado vientre.

—Qué lástima Phillip, hacían muy buena pareja —reconoció la marquesa.

—Deberían cambiarle el apodo, de *duque de hielo* a *duque necio*.

La marquesa le recriminó con la mirada su vocabulario.

—Tengo razón —aseguró, alterado—. Cualquier hombre capaz de rechazar a Abby ¡es un necio!

—Intenta medir tus palabras —aconsejó—. Esta noche el duque será un invitado.

El marqués emitió un irritante bufido.

—Phillip —intentó razonar Olivia—. No podemos arruinarle la noche a Sophie.

Él asintió.

—Atenderé a Hamilton como siempre, por eso no te preocupes —aseguró para tranquilizar a su mujer—. Pero sigo pensando que es un *necio*.

Abby miró su reflejo en el espejo.

¿Por qué ella no era adecuada para el duque?

Sus ojos se iluminaron de nuevo, le iba a costar retener las lágrimas.

Se alejó del tocador para llegar a la cama y se sentó con las manos enlazadas.

Recordó las palabras que el duque le había dicho la noche que contemplaron la luna desde el mirador.

«—¿Qué haríais si estuvieseis locamente enamorado? ¿Qué seríais capaz de hacer por amor? —había preguntado ella.

—No puedo responderos a esa pregunta —reconoció él—. No sé de lo que sería capaz de hacer un hombre locamente enamorado porque no creo siquiera que exista el amor.»

Una lágrima rodó por su mejilla, la que paró con celeridad con el dorso de su mano.

Ella sí creía en el amor porque estaba locamente enamorada de él.

Se sentía una tonta ahora ya no podría seguir soñando despierta —ni despierta ni dormida— con él. Era una ofensa que ella suspirara por un hombre que iba a casarse con otra mujer.

«Casarse», pensó.

«—Soy el *duque de hielo*, Abby —le había dicho con voz ronca—. El amor es un sentimiento que no está a mi alcance. Vos sois una mujer soñadora que anheláis enamoraros y casaros como lo hicieron vuestros padres.»

Abby pestañeó, sin comprender qué significaban las palabras del duque.

«—No puedo cortejaros prometiéndoos amor, porque no merecéis que os mienta. De poder conocer o creer en el amor y amar con libertad, os aseguro que vos seríais la única mujer a quien pediría en matrimonio.» Esa fue la explicación que el duque le dio en las caballerizas de *Great Castle*, mientras se escondían de lady Victoria y de su hermano, el marqués de Frotell.

«Os aseguro que vos seríais la única mujer a quien pediría en matrimonio».

Abby se derrumbó, dejando sus codos apoyados en las rodillas y su cara

escondida entre sus manos.

Así la encontró Sophie al entrar en su alcoba.

—¡Oh, Abby! —se angustió al verla en esa tesitura.

Se acercó, se sentó a su lado y la rodeó con un brazo por los hombros.

—Parece mentira que yo vaya a decir esto —la animó—: El tiempo lo cura todo.

Abby no respondió.

Sophie, con un nudo en la garganta, apenada por ver a su hermana tan decaída, sabía que esta vez era ella quién tenía la obligación de animarla, de ahuyentar su pesar.

—Lamentará su decisión —vaticinó.

Abby levantó la cabeza.

—Pero ya será tarde —opinó, y rectificó—: Ya es tarde.

Sophie apretó los labios.

Su gemela tenía razón, si el duque ya había pedido la mano de Victoria y se iba a hacer público su cortejo, a Abby no le quedaba ninguna esperanza. Sería todo un escándalo que él rompiera ese acuerdo, y dudaba que el duque de Hamilton fuese a poner su reputación en entredicho o la de lady Victoria.

Durante un buen rato permanecieron en silencio.

—No puedes flaquear, Abby —la aconsejó—. Tendrás que mostrarte como una auténtica dama inglesa.

La joven asintió. Lo sabía, el problema era cómo conseguirlo.

—No seré capaz —aseguró.

—¡Por supuesto que sí! —se expresó Sophie con rotundidad—. Eres Abigail Yvaine Allende de Aberdeen, la mujer a la que todos han estado esperando ver caer —reconoció con dolor—. La única mujer, junto a Penelope, que ha sido capaz de entrar en *Tattersall*, en Hyde Park Corner —aludió al día que Penelope y ella se enfrentaron solas a todos los hombres que se negaban a dejar entrar mujeres en la afamada subasta de caballos—. No permitas que te quiten tu poder.

Abby mostró una sonrisa sesgada.

—¿Qué poder, Sophie? El mes que viene cuando nazca…

—No, Abby, no me refiero a tu título —la interrumpió su hermana—, sino

a tu poder. Tu personalidad es tu poder. Tu carisma es tu poder. Tu inteligencia es tu poder. Tu alegría es tu poder. Tu fuerza es tu poder… Tú, eres poder.

A la joven condesa le rodó otra lágrima, esta vez de emoción.

—Por favor —suplicó Sophie—. No permitas que te roben ese poder, ni el duque ni nadie.

Abby la abrazó con fuerza.

Sería un infierno tener que mostrarse impasible ante el duque, pero si él había decidido que Victoria era la duquesa perfecta, ella no mostraría su dolor.

En cuanto naciese el bebé, de ser varón se lo arrebatarían todo; todo, excepto su personalidad. Y no estaba dispuesta a que eso también se lo robaran ni el duque ni nadie.

Se acercó de nuevo al tocador y se limpió los ojos y las mejillas con un pañuelo.

—Por cierto, estás preciosa —halagó Abby a su hermana.

Sophie sonrió.

El vestido elegido para la noche más especial de su vida era del estilo al que Abby había llevado en la gala benéfica, tan solo cambiaba el color; ella había elegido un rosa pálido salmón.

—Le gustará, ¿verdad? —se inquietó.

Abby la miró y sonrió.

Su hermana estaba nerviosa. Lógico, ya que esa noche todos los ojos estarían pendientes de ella.

—Oh, sí, tu prometido se quedará hechizado.

A Sophie le brillaron los ojos.

Abby sintió que su vida ya no sería la misma. Su hermana se iba a casar. Penelope se había casado tan solo hacía una semana. Y ella, en cuanto naciese el bebé…

—Tú también estás hermosa —alabó Sophie—. El color amarillo Nápoles te favorece mucho.

Abby sonrió.

—Eso quiere decir que a ti también.

—Por descontado.

Se carcajearon.

La doncella personal de Abby entró.

—Lady Abigail, es la hora —anunció.

Abby asintió.

Se acercó a su hermana.

—¿Preparada? —preguntó Sophie extendiendo su brazo.

Abby entrelazó su mano con la de ella.

—Sí, preparada —pronunció rotunda—. Demostremos quiénes son las hermanas Allende.

Cogidas de la mano, salieron al largo pasillo y caminaron con la cabeza bien alta, mostrando su esbelto porte.

Abby miró de soslayo, quería comprobar cómo se veía el gran salón desde ahí.

Todo estaba preparado. Las flores, las mesas de refrigerios, las lámparas de araña con las velas encendidas, y lo más importante, el prometido de Sophie esperándola.

Sonrió y se sintió orgullosa por su gemela. Sin duda, si alguien se merecía ser amada, esa era su hermana.

Capítulo XXXVIII

A una dama poderosa, pretendientes no le van a faltar

En medio del salón de Stanford House se encontraban Sophie, su pretendiente, los marqueses y la madre del novio, recibiendo las pertinentes felicitaciones de los invitados conforme iban llegando a la fiesta.

Abby estaba de espaldas a la entrada conversando con el señor Boston, Beatrice y el hermano de esta, el señor Hook.

—Su excelencia el duque de Hamilton y lady Victoria Stewart —anunciaron la entrada de la pareja.

Abby se tensó.

El marqués buscó con la mirada a su hija mayor; necesitaba ver su reacción. Ya podía tener la casa llena de invitados, que si veía a Abby desmoralizada, los echaría a todos a patadas.

La marquesa no pudo evitar ladear la cabeza para ver la entrada del duque que le había robado el corazón a su hija junto a la dama que él había elegido para ser su esposa.

Abby se encontró con la mirada inquisitiva de su padre, le sonrió y fingió estar calmada.

El marqués le devolvió la sonrisa.

Beatrice y Boston se miraron cómplices, conscientes de los sentimientos de Abby por el duque.

El señor Hook también estaba mirando a la pareja que acababan de anunciar. Se fijó en Victoria y desvió la mirada con premura. En su último encuentro no había estado muy atinado con sus palabras hacia ella. Por muy caprichosa que fuera, él no tenía ningún derecho a decírselo.

El duque de Hamilton, desde lo más alto de la escalera miró el centro del salón; deseaba conocer la identidad del hombre que iba a pasar el resto de su vida con Abby.

—Qué extraño —pronunció en voz alta sin darse cuenta.

Victoria le miró.

—¿El qué? —preguntó ella, agarrada al hueco de su codo.

—Es una pedida de mano y la novia no está en el centro de la sala.

Victoria miró y entrecerró los ojos.

Rectificar a un duque no era apropiado, pero se vio en la necesidad de hacerlo.

—Oh, sí, sí que está. Además, luce muy elegante —comentó sin corregir el error del duque con maestría—. Lady Sophie ha escogido un traje muy favorecedor.

¿Qué había dicho? ¿Sophie?

Estaba a punto de preguntar, pero ella se adelantó.

—Los marqueses deben de estar muy contentos. Poder casar a su segunda hija debe de ser muy satisfactorio.

Al duque se le nubló la razón.

¿Estaban en la pedida de mano de Sophie? ¡Sophie!

Sus ojos vagaron por todas partes mientras bajaban las escaleras, hasta que la localizó.

«¿Buen Dios, qué he hecho?».

De no ser porque Victoria lo guio hasta llegar a los futuros esposos, se hubiese dirigido directamente hasta Abby para… para… ¿Para qué? ¿Para disculparse por haberse comportado como un necio? ¿Por haberle hablado con tanta crueldad vanagloriando a Victoria delante de ella?

Abby sintió que su estómago se contraía. ¿Qué debía decir cuando tuviese a la pareja feliz delante? «Enhorabuena, lady Victoria». «Mi más sentida enhorabuena…» No, no le iban a salir las palabras, de eso estaba segura.

No necesitó elucubrar más, porque el duque se pronunció justo detrás de ella.

—Buenas noches —la saludó.

Beatrice, Boston y Leighton respondieron al saludo.

Ella se preparó para darse la vuelta.

«Es la más hermosa y sofisticada», se recordó, para no olvidarse de que el duque ya había elegido a la dama perfecta.

Se giró lentamente.

Por primera vez desde que había conocido al duque, no fue capaz de mirarlo a los ojos.

—Buenas noches —se pronunció, afable.

Lady Victoria, al ver al señor Hook se ruborizó. Nadie se percató excepto

Abby, que tenía la mirada clavada en ella.

Necesitaba alejarse de allí.

—Si me disculpan —se excusó—. Me reclama lady Chesterfield.

Tampoco es que mintiese, la dama en cuestión le estaba haciendo señas para que se acercara.

El duque se sintió morir.

Sabía que ella estaba huyendo de él.

«De mí», pensó.

Durante dos horas, Abby consiguió mantenerse lo más alejada posible del duque. Parecían estar jugando al gato y al ratón. Hasta que él, con paciencia, esperó el momento oportuno. Sabía que antes o después ella tendría que acercarse a la mesa de los refrigerios, más cuando no había dejado de bailar con todos los hombres de la fiesta, excepto con él.

—Estaréis agotada —dijo con voz calmada para no asustarla.

Abby, con la copa de limonada en la mano, se dio la vuelta.

—Un poco —respondió sin mirarlo a los ojos; tenía la vista clavada en la copa.

—Abby —pronunció con pesar.

Ella tembló, pero se negó a mirarlo.

—Por favor, miradme —rogó casi en un susurro.

Ella atendió a su súplica.

Cuando sus ojos se encontraron no hizo falta hablar, porque solo con ellos ya se entendieron. Pero él sintió la imperiosa necesidad de disculparse.

—Lamento lo que dije…

—No tenéis por qué —reconoció, afligida, interrumpiéndole—. Un duque no puede conformarse con cualquier mujer —se le quebró la voz—. Merecéis la dama más sofisticada, y Lady Victoria sin duda lo es.

Él se estremeció al escuchar aquella afirmación.

—Por fin os encuentro, lady Aberdeen —interrumpió el marqués de Frotell—. Me prometisteis la siguiente pieza.

Abby asintió y mostró su sonrisa más fingida. Claro que el hermano de Victoria no conocía ese detalle, pero el duque sí. En ese momento deseó asestarle un puñetazo a Benedick por entrometerse y por conseguir que ella le

sonriera, aunque fuese una sonrisa falsa, pues era más de lo que a él le había regalado esa noche.

El señor Boston observaba en silencio.

Abby, esa noche parecía tener un séquito de hombres a su alrededor. Un detalle que no había pasado desapercibido para el duque, que parecía un lobo enjaulado a punto de saltar a por su presa. Y la verdad, esa noche a la presa del duque deseaba cazarla medio Londres, o por lo menos la parte masculina de la sociedad.

—Beatrice —Boston llamó la atención de la señorita Hook, que estaba a su lado.

—¿Sí?

—¿Estáis segura de que Abby os comentó que el duque va a casarse con Victoria?

Ella asintió.

Se lo había contado como un secreto al señor Boston. Confiaba en él y en su discreción.

—Él se lo confesó.

El americano negó con la cabeza.

—No lo entiendo —dijo dubitativo—. Si va a casarse con otra mujer, ¿por qué parece querer asesinar a todos los que bailan con Abby?

Beatrice buscó al duque entre la gente.

Ver cómo este apretaba la mandíbula al observar a Abby manteniendo una conversación con un hombre, la hizo reír.

Volvió a mirar al señor Boston, que también había sido testigo de la reacción de Hamilton.

—Yo tampoco lo entiendo.

Niall no lo soportó más. Avisó a Victoria, y con ella del brazo abandonó la fiesta.

Abby los vio salir y se disculpó ante el caballero con el que estaba manteniendo una conversación.

Se escabulló por los pasillos y subió hasta su habitación, donde nada más entrar se desplomó de nuevo y lloró.

Lloró por perder al hombre que amaba.

Lloró por perder al hombre que consideraba su amigo.

Lloró por ser incapaz de dejar de amarlo.

Lloró por no ser la dama *adecuada*.

Y lloró por sentirse débil y no mantener la promesa que le había hecho a su hermana.

Una vez más, no comprendía cómo su padre y su hermana pensaban que ella era una mujer poderosa, cuando en realidad era una fracasada.

Capítulo XXXIX

La grandeza de una dama está en su bondad

El marqués estaba al borde del infarto. Su esposa se había puesto de parto a las tres de la madrugada, eran las siete de la mañana y no parecía que el bebé tuviese la intención de llegar al mundo.

Abby no dejaba de retorcerse las manos; le dolían, pero era incapaz de parar.

Sophie miraba a su marido, angustiada. En cuanto recibieron el aviso, habían acudido con premura a *Stanford House*.

Un nuevo grito llegó hasta ellos.

El marqués, que estaba con las manos apoyadas en la repisa de la chimenea apagada, apretó tanto los dedos que se le quedaron los nudillos blancos.

Dios no podía hacerle pasar por el mismo calvario que la otra vez.

No podía castigarlo de esa manera tan cruel.

Otro grito los sobresaltó, pero el débil y lejano llanto de un bebé los hizo reaccionar.

El marqués se quedó paralizado.

Abby se llevó las manos a la boca.

Sophie se puso en pie y se acercó a su esposo; él le cogió la mano y se la apretó con suavidad para infundirle valor.

El ama de llaves llegó a la sala familiar.

—Milord, ya podéis…

El marqués no esperó a que ella terminara la frase, salió corriendo como alma que lleva el diablo. Necesitaba ver a su mujer.

En cuanto abrió la puerta y vio a su esposa, despierta y con el bebé entre sus brazos, sintió que era un hombre feliz. Y se sintió vivo, porque si Olivia estaba bien, él podía seguir respirando.

—Enhorabuena —felicitó el doctor—. Ya tenéis un heredero.

El marqués, a pesar de la felicidad del momento, se sintió ofendido por la afirmación del médico.

—Ya tenía una merecedora heredera —afirmó, refiriéndose a Abby.

—Por supuesto —se disculpó McAlister—. Lady Abby hubiese sido una

excelente marquesa.

Sí, lo hubiese sido, pero ya no lo sería.

El doctor se despidió y dejó al matrimonio a solas.

Cuando el marqués miró a su esposa, a pesar del agotamiento que reflejaba su rostro, se enamoró más de ella; lucía tan hermosa…

Se acercó en dos zancadas, se inclinó y la besó en la frente.

—Mi amor.

La marquesa sonrió, incluso exhausta por el esfuerzo, al notar los labios cálidos de su marido. Además, escuchar aquella palabra cariñosa la revitalizó.

—Phillip, te presento a James Leonard Allende de Aberdeen.

El marqués por primera vez miró a su hijo.

Se le empañaron los ojos.

—Gracias, Dios —musitó antes de besar la frente de su hijo—. Gracias por bendecirnos.

La marquesa lloró al escuchar aquellas palabras tan cargadas de sentimiento y emoción.

Avisaron a las gemelas, era el momento de conocer a su nuevo hermano.

La primera en acercarse fue Abby.

—Os presento a James Leonard —anunció la madre.

Sophie tragó con dificultad, su gemela no estaba pasando su mejor momento. Tenía miedo de que la llegada de un hermano la acabase de hundir por completo.

Abby aguantó el tipo, o eso pensaron todos al ver cómo ella se inclinaba para besar al bebé.

—Es precioso —afirmó, sin apartar la mirada de la pequeña criatura—. Y moreno.

El marqués asintió con la cabeza y, aunque nadie lo imaginara, algo dentro de él se rompió.

El sueño de cualquier hombre era tener un hijo varón, un heredero digno. Pero él, al ver a su hija mirando al pequeño con adoración, se sintió roto. Abby era tan digna como su hijo recién nacido.

—¿Puedo? —preguntó.

La marquesa asintió y levantó los brazos para que ella lo sostuviera.

En cuanto lo tuvo en sus brazos lo acunó con cariño, con mimo, con amor.

—Bienvenido a la familia Allende —pronunció.

La marquesa se emocionó. Conocía el gran corazón de Abby, pero jamás habría imaginado aquella aceptación tan pura por su parte.

Su marido tenía razón, el duque era un *necio* por no haber elegido a una mujer incapaz de guardar rencor en su corazón. Abby tenía bondad, y eso estaba por encima de la sofisticación.

Sophie también estaba emocionada.

Se reclinó y besó la frente del pequeño.

Abby le pasó el recién nacido a su hermana.

En cuanto sus brazos quedaron desocupados, se acercó a la cama y besó a su madre.

Después, se giró y besó a su padre.

—Enhorabuena.

—Gracias —pronunció el marqués, con un nudo en la garganta—. Tu madre y yo solo esperamos que James sea tan digno de ser el conde de Aberdeen como lo has sido tú.

—Lo será —afirmó sin titubear—. Al fin y al cabo, es un Allende; por ende, será digno.

Capítulo XL

Si no puedes tener un matrimonio por amor cásate por convención

No hacía ni tres días que la marquesa había alumbrado y el marqués estaba saturado de recibir propuestas de matrimonio para Abby.

Se asqueó al ver los nombres de algunos de los remitentes. Daban por hecho que al ser despojada de su título, el marqués tendría la imperiosa necesidad de casar a su hija.

Abby, al contrario de lo que todos pensaban, en vez de mantenerse distante con el pequeño, había encontrado en él un salvoconducto para mantenerse ocupada. Solo con su hermano en brazos dejaba de pensar en el hombre que le había roto el corazón.

La niñera se llevó a James a su alcoba.

Los marqueses y Abby se encontraban en la sala de mañanas.

Mientras el marqués leía *The Times*, Olivia miraba a su hija, que parecía abstraída.

—¿Sucede algo, Abby?

A la joven, en un principio la tentó negar, pero nunca había mentido a sus padres, así que ese era tan buen momento como cualquier otro para hablar de ello.

—Debo casarme —sentenció.

El marqués bajó el periódico de golpe.

—¿Por qué? —preguntó.

Abby sonrió con tristeza.

—Porque es lo que se espera de mí.

—Eso no es verdad —aseguró el marqués.

La marquesa levantó la mano, impidiendo que él continuara.

—Abby, a pesar de que ciertas cosas han cambiado…

Abby la interrumpió, pues sabía lo que su madre iba a decir. Agradecía que sus padres no la presionaran, pero ya no poseía el título, y se sentía lo suficientemente fracasada en demasiadas cosas como para también eludir la única misión que toda *hija* estaba destinada a realizar: casarse. Le hubiese gustado hacerlo por amor, pero como el único hombre al que amaba la había descartado, lo haría por conveniencia, como la mayoría de matrimonios en

Inglaterra.

—Sí, las cosas han cambiado —argumentó—. Por ello me casaré como se espera de cualquier hija.

El marqués negó con la cabeza.

—No es tan extraño lo que estoy diciendo —alegó la joven—. Eso es lo que se esperaba de Sophie por ser la segunda hija —y anotó—: Yo ya no soy la primogénita.

Tenía gracia, era la mayor y, así, de un plumazo, se había convertido en la segunda ante la sociedad.

—Está bien, te casarás cuando encuentres al hombre adecuado.

«Adecuado». Odió esa palabra como odió el momento en el que el duque se lo restregó en la cara: «Sin duda, lady Victoria es la dama adecuada.»

—Eso lo dejo en tus manos —comentó—. Escoge al hombre *adecuado*.

El marqués se quedó atónito.

—¿Quieres que yo decida por ti?

Abby hizo un mohín, restando importancia.

—Nadie mejor que un padre para decidir quién será el mejor marido para su hija.

Sin dar opción a réplica, se alejó con Lord Virgilio, su perro fiel que la acompañaba a todas partes.

—Ha perdido la razón —sentenció el marqués.

La marquesa tomó aire.

—Lo que ha perdido es al hombre que ama —comentó con pesar—. Y ha perdido su identidad. —Se entristeció—. Anda perdida por completo.

El marqués se acercó a las puertas que daban al jardín trasero, que estaban abiertas; necesitaba aire.

—No puedo decidir por ella —reconoció.

—Tendrás que hacerlo —vaticinó su esposa.

Phillip se giró para mirar a su mujer, totalmente incrédulo ante lo que acababa de escuchar.

Ella se levantó y se acercó con paso lento; todavía le costaba caminar con soltura.

—No es fácil —mostró su desacuerdo—. Pero ella gozaba de privilegios…

—Los mismos de los que puede seguir gozando —se molestó el marqués.

—No, Phillip, no es así —intentó hacerle comprender—. Tú eres marqués, el marqués de Stanford. Si te quitasen el título, ¿quién serías?

Él tragó con dificultad. Era doloroso reconocer la verdad en voz alta. Le habían criado para ser marqués, igual que habían hecho con ella, y le habían quitado lo que era; le habían robado su identidad.

—Abby se siente perdida, ya no sabe quién es ni qué se espera de ella —lloriqueó—. Solo sabe que una mujer en esta sociedad solo tiene dos opciones: casarse o convertirse en una solterona.

Qué mal sonaba aquello cuando se trataba de su hija.

—Ya no es condesa, por lo que se siente en la obligación de casarse para no ser una fracasada —continuó Olivia—. Y como ya no puede casarse con Hamilton, prefiere no perder el tiempo; si no puede casarse por amor, lo tendrá que hacer por convención.

El marqués se mordió el labio.

—Yo no quería esto para ella.

La marquesa asintió con lentitud.

—Lo sé —aseguró—. Pero es lo que necesita.

Capítulo XLI

Confesar la verdad es sinónimo de libertad

Abby pensó que era el verano más tedioso que había vivido desde que tenía uso de razón mientras paseaba a Lord Virgilio por los jardines de *Stanford House*, a la espera de que el mozo de cuadras la avisara de que ya tenía ensillado su caballo. Le apetecía cabalgar.

Era la primera vez en su vida que no pasaba el mes de Agosto ni en *Valley of Thistles* ni en la academia para señoritas en Bath.

Soltó una risita cínica.

Tanto esfuerzo por parte de su madre y sus institutrices para convertirla en una digna condesa y en una gran dama sofisticada, y no había servido para nada.

Suspiró con resignación.

Solo esperaba que cuando su padre eligiese al hombre con el que casarse, no fracasase también como esposa.

Se tapó la cara con las manos.

¡Qué desastre!

Una voz muy conocida la sorprendió.

—Debo felicitaros —premió el duque de Hamilton.

Abby estaba cansada, y sobre todo saturada de escuchar falsas enhorabuenas, pues todas las que había recibido las habían pronunciado con maldad. Ella era consciente del regocijo de cada una de ellas.

Se giró y se manifestó abiertamente. ¿Para qué ocultar la verdad?

—Imagino que vuestra felicitación es sincera.

—Por descontado —rebatió el duque sin comprender ese dolor profundo que mostraba la voz de Abby.

—Disculpadme, pues debe de ser la primera que recibo sin que guardase una segunda intención —confesó, asqueada.

El duque levantó las cejas, invitándola a que le diera una mayor aclaración.

—Si habéis estado en Londres este mes, conoceréis mi nuevo apodo —declaró, disgustada—: *La condesa despojada*.

El duque apretó los puños.

Lo entendió todo al instante, no había pensado en ello en ningún momento.

«Ha perdido el título».

—¿Habéis pensado alguna vez en las ironías de la vida? —preguntó con celeridad, sin darle tiempo a responder—. No, en realidad la vida en sí es toda ironía.

Hamilton se llevó las manos a la espalda.

—Tiene gracia —comentó Abby, como si hablase para ella misma—. Todos los que ahora disfrutan al darme la enhorabuena por mi nuevo hermano, se regocijan con sus palabras, pensando que me duelen.

El duque odió a los culpables de tener a Abby en ese estado de pesadumbre.

—¿Creéis que alguno de ellos se ha preguntado si yo quería poseerlo?

El duque no tenía intención de responder, bien sabía que ella lo haría sola.

—Por supuesto que no. A ninguno le interesa saber la verdad —aseguró hastiada.

—¿Lo deseabais? —se interesó Hamilton.

Abby se quedó callada, nadie le había hecho esa pregunta. Podía mentir, podía buscar una excusa para evitar responder, pero ella no huía nunca, ¿verdad? Por lo tanto, se sinceró. Igual decirlo en voz alta le ayudaría a liberar su alma dolida.

—No.

Hamilton hizo un pequeño asentimiento, no necesitaba más para que ella supiese que la entendía, que estaba ahí para escucharla y que sus labios estarían sellados tras oír su confesión.

Abby sintió algo de paz en su interior.

—Mi padre tuvo un gesto honorable conmigo al ofrecerme lo que a cualquier primogénito varón se le entrega por derecho —dijo orgullosa por la grandeza y generosidad del marqués—. Pero yo no lo pedí. Me lo dieron… Me lo entregaron.

El duque se quitó el sombrero y lo sujetó con el hueco de su codo flexionado, demostrándole que no tenía prisa; quería escucharla, quería estar con ella.

—Y también me lo quitaron, sin importarles si yo lo quería o no —se apenó—. ¿Acaso me dieron la oportunidad de decidir si yo quería entregárselo a mi hermano? No, claro que no.

El duque notó su pena tan profunda, que hubiese entregado todo cuanto poseía con tal de quitarle ese dolor interior que sentía.

—Es irónico, todos piensan que lamento verme despojada —se lamentó—. Si ellos supieran la verdad… ¿Por qué iba a querer un título que solo ha conseguido enemistarme con la sociedad? Yo no lo pedí, y aun así me han detestado por poseerlo.

Niall apretó los dientes. Ella tenía razón, siempre la habían juzgado con menos benevolencia que al resto de damas.

—Una vez más, conmigo se equivocan —aseguró con una sonrisa sesgada—. Piensan que he perdido cuando en realidad he ganado mucho.

Él quiso alargar el brazo y acariciar aquel bello rostro que ese día estaba triste, demasiado triste.

—He perdido un título y he ganado un hermano —adujo con sinceridad—. Soy la triunfadora en esta historia.

Hamilton asintió convencido.

—Ahora que ya no poseo esa carga tan pesada —explicó, reconociendo que el condado para ella era una losa—, podré vivir sin ser tan injustamente juzgada. —Suspiró—. Ahora podré demostrar quién soy.

«La mujer más poderosa», respondió interiormente el duque, pues fue lo primero que pensó cuando la conoció.

—A partir de ahora el único título que tendré será el de *esposa*.

Hamilton sintió un latigazo.

—¿Vais a casaros? —preguntó con voz trémula.

—¿No os parece irónico? —respondió sin humor—. Cuando poseía el título pocos hombres se interesaron en cortejarme —confesó—. Ahora mi padre tiene una ardua tarea, pues no deja de recibir propuestas matrimoniales.

—¿Y vais a permitir que vuestro padre decida por vos?

No podía creer que Abby fuese a hacer tal proeza. La conocía, sabía que ella creía en el amor.

A ella se le nublaron los ojos.

Él se sintió desfallecer al verla.

—Carezco de *sofisticación* —declaró, aludiendo a la cualidad que para él era más importante a la hora de escoger esposa—. Por ello no seré elegida por ningún caballero que quiera casarse por amor. Pero poseo una dote que me asegurará un matrimonio por convención.

—Abby… —le tembló la voz.

—No os preocupéis, Excelencia, conociendo a mi padre sé que su elección del hombre *adecuado* será la correcta —vaticinó—. Me garantizará un matrimonio bien avenido.

—No os merecéis un matrimonio por conveniencia…

—Es el que se suele tener cuando nunca has sido la *adecuada* para nadie —lo interrumpió, dejando caer una lágrima por su mejilla.

Hamilton alargó la mano para pararla pero ella salió corriendo; no podía continuar un segundo más delante de él. No después de haber demostrado su debilidad.

El duque quiso blasfemar en voz alta, golpear todo cuanto se pusiera a su alcance.

«Es el que se suele tener cuando nunca has sido la *adecuada* para nadie.», recordó sus últimas palabras.

¡Por todos los Santos! Ella era la mujer adecuada para cualquiera.

Capítulo XLII

Hay situaciones en la vida que te hacen decidir sin pensar

En el despacho del marqués reinaba el silencio mientras Phillip leía los documentos que el duque le había entregado.

Hamilton clavó la mirada en la torre de cartas que tenía el marqués encima de la mesa.

Un nombre le llamó la atención y se le revolvió el estómago.

«¿Urrea?» Preferiría matarlo antes que permitir que Abby se casase con ese despojo humano.

—¿Es cierto? —preguntó sin más.

El marqués levantó la cabeza y alzó las cejas.

—¿Vais a escoger al marido de vuestra hija?

Phillip se molestó, ¿quién era el duque para cuestionarlo? Justamente él.

—Es lo que suelen hacer la mayoría de nobles de nuestro reino.

Hamilton le dedicó su mirada más fría.

—No podéis permitir que Abby se case por conveniencia. —Más que un comentario, sonó a orden—. Ella cree en el amor.

¿Acaso el duque le estaba dando a entender que conocía a Abby más que él?

Se enfadó.

—Dudo que ningún hombre de esos —Señaló las cartas con la cabeza—, sepa valorarla de verdad.

Ese comentario todavía encendió más al marqués, y sin medir sus palabras, se expresó:

—Vos la pudisteis valorar también —sentenció—, pero no os pareció suficiente. La hija de un marqués no fue suficiente, pero sí la hija de un duque.

Hamilton se puso en pie como un resorte, totalmente ofendido por aquella afirmación.

El marqués lo imitó.

Los gritos desesperados de Abby en el exterior, evitaron acabar aquella refriega que, por la tensión de ambos, habría acabado en batalla campal.

Se giraron y la vieron encima de su jamelgo desbocado.

—¡Dios Santo! —se expresó el marqués.

Todo fue muy rápido, demasiado. Un segundo estaba Abby intentando controlar al animal, y al siguiente ella caía, recibiendo una coz en la cabeza de aquella bestia imposible de controlar.

—¡Abby! —gritó el duque, al tiempo que salía corriendo.

El marqués sintió que se le paralizaba el corazón en cuanto dejó de escuchar la voz de su hija.

Su instinto fue seguir a Hamilton. Claro que, cuando llegó a la balconada se detuvo.

¿Ese hombre había saltado por el balcón? Sí, lo había hecho sin pensárselo dos veces, como si no hubiese una altura de casi tres metros.

Retrocedió y buscó la salida más próxima sin tener que saltar desde un lugar elevado.

El duque no lo había pensado, había saltado desde el balcón, y mientras corría como si le fuese la vida en ello, se había ido desprendiendo de su chaqueta.

Su corazón estaba tan desbocado como aquel caballo que había salido corriendo en dirección oeste.

—¡Abby! —volvió a gritar sin éxito y eso le creó mayor desazón.

Ella no se movía.

Le faltaban un par de metros para llegar hasta ella.

En cuanto la alcanzó se arrodilló.

Sintió un nudo en la garganta.

Tenía su bello rostro mancillado de sangre, la que brotaba del lado izquierdo de su cabeza.

La tomó entre sus brazos sin esfuerzo.

—Yvaine, mi Yvaine, despierta —susurró desesperado.

Era «su estrella de mañana». Claro que para él, Abby era su estrella de mañana, de tarde y de noche. Era su luz.

El marqués lo alcanzó a mitad de recorrido.

Fue a tender sus brazos pero el duque no permitió que nadie se la quitara.

Phillip no se opuso. Caminó junto a él, por llamarlo de algún modo, pues las zancadas del duque eran largas y ágiles.

Entraron en la casa y el marqués lo guio hasta el dormitorio de Abby.

Nada más dejarla en la cama estuvo tentado de acariciarle el rostro, pero el médico se lo impidió, ordenando que saliesen todos de allí.

Todos excepto la marquesa que, junto al doctor, había visto la fatídica escena desde su alcoba, pues acababa de reconocerla.

En cuanto vio al duque portando a su hija hacia la casa, le ordenó al doctor que lo siguiera hasta el dormitorio de Abby.

El marqués y el duque bajaron y se dirigieron a la sala de mañanas.

El mayordomo les sirvió un buen brandy.

Niall se lo tomó de un solo sorbo.

El marqués apenas tomó un trago, le temblaban las manos.

Dejó la copa en una mesa y se acercó a la chimenea. Como el día del parto de su hijo, apoyó en la repisa sus manos y se reclinó como si estuviese encendida y se dedicase a observar el crepitar del fuego.

El duque continuaba con el corazón acelerado y no por el esfuerzo físico, sino por la ansiedad que le producía recordar que Abby no se movía cuando la cogió.

Vio pasar al mayordomo por la puerta en dirección al despacho del marqués, con una bandeja de plata que portaba correo.

Lord Virgilio se acurrucó en los pies del duque.

—Stanford, voy a casarme con vuestra hija —declaró rotundo.

El marqués cerró los ojos.

Podía dar gracias Hamilton por haber colaborado en el pronto auxilio de Abby porque por muy duque que fuera, cuando se trataba de su hija nadie le daba órdenes ni tomaba decisiones por él.

Se giró con lentitud.

—Debo declinar vuestra propuesta.

Hamilton se puso en pie.

—Voy a casarme con ella —aseguró, como hombre acostumbrado a que se hiciese siempre su voluntad.

—No os entregaré a mi hija porque no estoy dispuesto a mancillar la

reputación y el buen nombre de otra dama con mi decisión —le refutó, aludiendo a su compromiso con Victoria.

—No existe dama alguna —declaró Niall.

El marqués se quedó perplejo.

—Lady Victoria…

Hamilton le interrumpió:

—Sé lo que piensa, pero en ningún momento he cortejado o pedido la mano de lady Victoria. —Una confesión que Abby debería haber escuchado de sus propios labios si no hubiese salido corriendo.

Él iba a sincerarse, no soportaba que ella siguiera creyendo aquella mentira que salió de un momento de enfado desmesurado.

Cierto que fue a la casa del duque con esa intención, pero le fue imposible pedir su mano.

El doctor entró y ambos se giraron.

—Lady Abigail ha recuperado el conocimiento —los informó—. El golpe ha sido fuerte pero limpio. Guardando reposo se recuperará sin problema alguno.

«Gracias, buen Dios».

El marqués asintió con la cabeza.

—Si hubiese algún cambio en su estado, mandadme aviso de inmediato.

—Así será —aseguró el marqués.

El doctor se marchó.

El mayordomo entró e interrumpió la conversación que iban a terminar.

—Disculpen, pero han mandado una misiva urgente para Su Excelencia.

Hamilton la tomó y la abrió con premura. Debía de tratarse de algo muy urgente para hacérsela llegar allí.

—Stanford, debo partir de inmediato hacia Cornualles —informó, una vez leída la carta—. Por deferencia a vuestra esposa y a vuestro hijo, la boda no la celebraremos en Escocia.

El marqués agradeció el gesto.

—Os dejo al cuidado de colgar las amonestaciones —argumentó, para que

supiese que no había motivo por el que pedir una licencia especial—. No podré ofrecer una fiesta de pedida de mano porque debo partir y tardaré en regresar casi tres semanas. La boda será el treinta de agosto.

Se dio la vuelta sin dar opción al marqués de rechistar.

Había tomado la decisión y esa sería la fecha, tres semanas después: el día de su cumpleaños.

Que Dios se apiadase de él, porque había tomado la peor decisión de su vida.

***

Los marqueses esperaron tres días para dar la noticia a su hija. Todavía permanecía convaleciente en su cama, por exigencia del doctor, por eso debían ser prudentes.

Cuando Abby vio entrar a sus padres sonrió.

—Buenos días —saludó desde la cama.

—Buenos días —respondió el marqués.

La marquesa se acercó y ahuecó varios de los almohadones para que su hija estuviese más cómoda.

Se sentó en una butaca que había pegada a la cama y sonrió.

El marqués permaneció a los pies del camastro. Levantó el brazo y dejó su mano aferrada al dosel.

—¿Cómo te encuentras? —se interesó.

Abby se llevó una mano a la venda que le cubría la cabeza.

—Bien, espero que el doctor me dé permiso para levantarme —se quejó—. Estoy cansada de permanecer tumbada.

La marquesa le apretó la mano con cariño.

—Un día más, Abby.

La joven suspiró resignada.

El marqués carraspeó.

—Mañana podrás incorporarte —vaticinó—. Además, vas a tener que reponerte, pues te esperan unos días muy ajetreados.

Abby miró a su padre sin comprender.

—Me otorgaste el privilegio de elegirte un esposo —dijo con cautela—, y

he cumplido con ese deber.

Abby parpadeó.

—¿Ya lo has decidido? —indagó, nerviosa.

El marqués asintió con la cabeza.

Ella inspiró con fuerza, confiando en la elección de su padre, pues de no estar de acuerdo, no podría negarse; ella había dejado en sus manos tal cometido. No obstante, se sentía angustiada. Había dos nobles a los que su padre podía haber tomado en mayor consideración y, uno de ellos, a pesar de ser un buen candidato, también se convertiría para ella en un riesgo: el marqués de Frotell. Pensó que el hermano de Victoria seguramente sería el candidato que su padre había tomado en mayor consideración, y eso significaba que se convertiría en la hermana de la mujer que iba a casarse con el hombre que ella amaba.

No podría vivir con ello. Ella necesitaba casarse e intentar tener un matrimonio bien avenido, a ser posible amigable. Pero no podría tener ese matrimonio apacible si tenía que compartir la mayor parte del tiempo social con Victoria y Niall. ¿Cómo iba a olvidarse de él si se convertía en su cuñado? ¿Qué excusas podría darle a su esposo para evitar cualquier encuentro con ellos?

El marqués, al notar el nerviosismo de Abby, tomó la decisión de no dilatar más aquella confesión.

—El duque de Hamilton pidió tu mano.

Abby agrandó los ojos.

—No… no… —titubeó, muy nerviosa—. No es posible. Él… él ya está prometido.

El marqués soltó su mano del dosel.

—Sí, está prometido a ti —anunció—. Vuestro enlace tendrá lugar a finales de mes, en la catedral de St. Paul.

Abby sintió que se mareaba.

Ella amaba a Niall, pero sería incapaz de arruinar la reputación de Victoria.

—Lady Victoria quedará arruinada por mi culpa —dijo, inquieta—. No puedo ser la causante de la desgracia pública de otra mujer.

La marquesa le acarició la mano.

—Nunca ha existido compromiso por parte de Hamilton con lady Victoria —le aseguró el padre.

—Pe… pero él…

La marquesa quiso tranquilizar a su hija.

—Todo fue un malentendido —añadió—. Los hombres también cometen errores cuando se encelan.

El marqués la miró y levantó las cejas, pidiendo una aclaración.

La marquesa sonrió.

—Hamilton debió de malinterpretar mis palabras, seguramente creyó que mi invitación para la pedida de mano de Sophie, en realidad era para Abby.

—¡Oh!

Abby se llevó las manos a la cara. No sabía si reír o llorar. ¡Niall no se había prometido a Victoria!

Los marqueses se miraron entre sí.

—Abby, estoy convencido de que vuestro matrimonio será por amor —reconoció el marqués—. Ese hombre te ama.

Abby tragó saliva y deseó con todas sus fuerzas que fuese verdad, porque ella lo amaba con toda su alma.

Capítulo XLIII

Una boda por amor debería ser cosa de dos

Abby miraba la luna, sentada en el jardín trasero. Estaba nerviosa, faltaban horas para convertirse en la duquesa de Hamilton.

«Duquesa».

Una ironía más de la vida. Por ser condesa la detestaban, y ahora que se iba a convertir en duquesa, los mismos que la habían odiado la adorarían.

Suspiró.

¿Sería capaz de estar a la altura de lo que se esperaba de la mujer de un duque? No era esa la verdadera pregunta que debía hacerse, pero le daba miedo planteársela siquiera.

Se apretó los labios.

¿De verdad iba a casarse con un hombre que había afirmado que la *adecuada* era otra mujer?

Tembló.

Todo había pasado tan rápido.

Se tocó la cabeza buscando la cicatriz que se le había quedado como recuerdo del último día que vio al que iba a ser su marido.

¿Y si el golpe la había dejado inconsciente y estaba viviendo un sueño?

No, no podía ser eso.

Pero era todo tan extraño, tan irreal, tan inaudito. ¿Cómo podía ser que al día siguiente se fuera a casar y Niall no hubiese ido a verla? No tenía lógica alguna. Comprendía que se hubiese marchado a solucionar algo importante, hasta ahí lo entendía; pero que no hubiese regresado todavía de Cornualles cuando según su padre, había recibido la carta donde confirmaba que la boda sería el día treinta de agosto, a las once de la mañana en la catedral de St. Paul…

Abby se estremeció, St. Paul nada menos, un recordatorio del poder que poseía el hombre con el que se iba a casar.

Se levantó.

Miró por última vez la luna que esa noche lucía creciente.

Ella se iba a casar por amor pero, ¿y él?

Giró sobre sus talones y regresó a su alcoba.

***

La catedral de St. Paul estaba a rebosar, ningún noble quería perderse el enlace del duque más importante de Escocia con la hija del marqués de Stanford.

Los abanicos abiertos hicieron estremecer a la marquesa de Stanford; no eran por el calor.

No, no era el calor lo que había provocado que las damas abriesen sus abanicos, sino la tardanza del duque a su propia boda.

Los chismes empezaron a correr entre los bancos.

Sophie apretó la mano de su madre.

—Solo es un retraso —la tranquilizó.

La marquesa asintió y aguantó el tipo delante de todos aquellos ojos curiosos.

En el exterior de la catedral, la calesa del marqués esperaba paciente… o no tan paciente.

El marqués sacó su reloj de bolsillo para comprobar la hora.

Abby no necesitó preguntar, sabía perfectamente la hora que era.

«¿Qué novio llegaba veinte minutos tarde? El que no tiene intención de casarse», se dijo Abby.

Phillip miró a su hija.

Ella respiró hondo, había que afrontar la situación.

—Papá… —El marqués no la dejó seguir. No podía escuchar ese tono de voz derrotado en su hija. No en aquel momento. No cuando su hija estaba vestida de novia y toda la alta sociedad los estaba esperando dentro de la catedral.

—Es un retraso, no será el primer hombre que llega tarde a su boda.

Abby sintió nauseas. Le era imposible decirle a su padre que ningún hombre llegaba tarde, no al menos que ella conociese; siempre era la novia.

—Claro —atinó a decir.

El marqués se bajó, necesitaba aire.

Abby miró por la ventanilla. Qué irónico, un día tan radiante y soleado, perfecto, el día que toda dama desearía para su boda, para ella a partir de esa fecha nunca volvería a ser lo mismo porque le recordaría que justo el día más

hermoso, la habían dejado plantada ante el altar.

Su amiga Penelope abrió la puerta de la calesa y subió, se sentó justo enfrente de Abby.

Se miraron a los ojos y no necesitaron más; Abby necesitaba huir.

Penelope asintió.

—¿Dónde quieres ir? —le preguntó, ofreciéndole el escape que necesitaba, justo en el momento en que el reloj marcaba la media.

—Donde nadie me encuentre —musitó casi en un hilo de voz; no estaba segura de poder usar su voz sin acabar llorando.

Penelope golpeó la trampilla.

El cochero abrió.

—A los muelles de Bristol —ordenó.

El hombre asintió y cerró la trampilla.

Abby se ahogaba.

Penelope sacaría a su amiga de allí aunque fuese lo último que hiciese en su vida. No permitiría que se enfrentara a todos los que esperaban en la iglesia, antes se fugaría con ella que consentir que Abby tuviese que ver o escuchar una sola crítica o burla. La escondería de momento en el barco *My Duchess*, hasta que ella decidiese su destino.

El marqués se giró y corrió.

—¡Abby!

Ella se asomó.

—Déjame irme, papá —suplicó con las lágrimas agolpadas en sus ojos—. Necesito escapar.

El marqués se soltó de la puertecilla y la dejó ir.

Penelope cambió de asiento para rodear a su amiga por los hombros.

No sabía qué era peor, que la dejasen plantada o acabar teniendo un matrimonio como el suyo, que en su misma noche de bodas se había convertido en la *duquesa ultrajada*.

—Y yo que pensaba que no podía haber peor mote que «la condesa despojada» —lloriqueó—. Pues fíjate: «La dama plantada».

—Oh, Abby…

El cochero paró con tanta fuerza, que salieron disparadas hacia delante.

—¡Ay! —se expresó Penelope al golpearse las rodillas con el asiento de enfrente.

Abby estaba totalmente tirada boca abajo.

—¿Dónde creéis que vais, milady? —preguntó con voz firme el duque de Hamilton, a través de la ventana—. Nos están esperando en la catedral.

Abby notó que su corazón volvía a latir con fuerza.

Con ayuda de su amiga Penelope, consiguió regresar a su asiento y adoptar una pose digna.

—Nos esperaban hace media hora —lo acusó.

Él la miró y se quedó embelesado, aunque también se odió al ver aquellas mejillas mojadas.

Se sacó un pañuelo y se lo ofreció.

—Deberíais saber que siempre hago esperar a mis invitados —intentó bromear, aludiendo al día que dejó a todos esperando por estar con ella—. Soy duque, esperarán cuanto yo decida.

A Abby aquel recuerdo le aleteó el corazón, y por primera vez en todo el día, sonrió.

Niall sintió que todo a su alrededor desaparecía, solo la sonrisa de Abby tenía toda su atención.

—Hamilton —intervino Penelope—, aunque no lo creáis, el obispo no esperará eternamente por vos.

Él asintió sin apartar la vista de Abby.

La novia parecía hechizada.

Penelope puso los ojos en blanco.

—¡Apremiad! —gritó, rompiendo el hechizo al que estaban sometidos.

Hamilton reaccionó, se giró y subió a su carruaje, el mismo que había bloqueado el paso de ellas.

—Está aquí —dijo en voz alta Abby, incrédula todavía—. Está aquí y vamos a casarnos.

Penelope sonrió.

—Sí —aseguró—. A no ser que tu padre lo mate antes de que llegue al altar.

Las dos se miraron y se rieron.

La mayoría de los invitados se sintieron un tanto decepcionados con la entrada del duque. Era más jugoso y placentero pensar que el novio se había escapado con otra dama.

La marquesa soltó el aire; por un segundo había pensado que su hija sufriría la mayor humillación que una mujer podía recibir.

Sophie no pudo retener una lágrima. Todos pensaron que era de emoción por ver a su hermana casarse, pero fue de alivio.

En cuanto la novia entró del brazo del padre, todas las cabezas se giraron.

Niall necesitó acopio de toda su voluntad para mantenerse erguido, a punto estuvieron de fallarle las rodillas; las que tanto gustaban a su futura mujer y las mismas que estaban casi al descubierto, al casarse como mandaba en alguien de su posición, respetando su legado de duque escocés.

Abby estaba tan hermosa, tan radiante, tan… perfecta.

En cuanto llegasen a Escocia le encargaría cientos de vestidos azules. El día que la besó ella llevaba un azul *ojos Abby*; hoy llevaba un azul cielo claro, tanto que parecía blanco, pero tenía ese matiz azul *ojos Abby*. Sí, para él todas las tonalidades de azul se habían convertido en Abby.

«No era esto lo que tenías pensado», se recordó.

Durante las tres semanas que había pasado alejado de Abby, había tomado una decisión: no entregarle su corazón. Y para ello debía, o más bien, necesitaba encontrar tiempo antes de hacerla suya. No podía intimar con ella hasta que encontrase la forma de poder separar mente y corazón. No la haría suya hasta que consiguiera estar a salvo de su embrujo.

Abby caminaba por el largo pasillo con los ojos clavados en un único punto: Niall.

¡Ay, caramba! Debía de ser pecado sentir cosquilleos en ciertas partes de una dama delante de toda la sociedad. Pero los sentía, vaya si los sentía.

Estaba tan guapo con su kilt. Además, el tartán rojo y negro le favorecía tanto. Y ese broche de oro con el grabado del cuño ducal, dos dragones enlazados, reflejaba un halo de luz en el rostro del duque que permitía contemplar lo apuesto que era.

Bajó los ojos porque si seguía mirándole a la cara se sonrojaría.

¡Ay, no debió mirar abajo! Esas rodillas seguían siendo una debilidad para

ella, jamás pensó en la palabra sensualidad hasta que las vio por primera vez.

Sí, definitivamente, sentía cosquilleos delante de toda la sociedad.

Capítulo XLIV

La paciencia en una dama es una gran virtud

Estaban a punto de llegar a *Great Castle*, donde entrarían por primera vez como los duques de Hamilton.

Los sirvientes estaban todos apostados en la entrada, esperando la llegada de sus señores para recibir a la duquesa como se merecía. Ahora, ya no solo había un duque, también había una duquesa a la que atender.

Abby estaba nerviosa.

En realidad, no se sentía mal solo por los nervios. Algo no iba bien en su matrimonio, claro que… ¿qué sabía ella de desposorios? Era la primera vez que se casaba y deseaba que también fuese la última. Pero a pesar de no ser una experta, sabía que un matrimonio gozaba de intimidad, y ella no había compartido lecho con su marido.

La noche de bodas se quedó esperándolo, inquieta y con los nervios a flor de piel, hasta que el cansancio se apoderó de ella y se quedó dormida. En esa ocasión lo pasó por alto, ya que el duque le había confesado que el retraso a su propia boda se había debido a un cúmulo de acontecimientos: una pequeña rebelión en Cornualles, más un accidental viaje en el que perdió una rueda del faetón,[8] fueron los causantes de su demora para llegar a la iglesia.

A la mañana siguiente salieron hacia Escocia, y durante los cuatro días que duró el viaje, en cada una de las posadas en las que pernoctaron habían dormido en habitaciones distintas.

La verdad es que ella no había hecho planes de nada, aunque suponía que un viaje de luna de miel entraría en los planes de él también. Cuando se disculpó ante ella por no poder ofrecerle en ese momento el viaje, ella no le dio importancia ya que él aseguró que lo realizarían más adelante y le creyó. Y pensaba que creería siempre en su palabra, hasta que tras dos días de viaje, él parecía estar cada vez más distante con ella.

Se apenó, puesto que ni siquiera se tuteaban. ¿No era ilógico? Si hasta el señor Boston llevaba tiempo tuteándola cuando estaban a solas, aunque con el resto de damas siguiese comportándose como las normas inglesas exigían.

Suspiró.

—¿Estáis nerviosa? —se preocupó el duque.

—Un poco —reconoció.

Él le apretó la mano.

«¡Gracias a Dios!», se expresó interiormente ella, que anhelaba cualquier contacto con él.

—No temáis —la animó—. El servicio os adora.

Ella parpadeó.

—¿A mí?

Hamilton sonrió, ella era tan expresiva.

—Sí —aseguró—. Nunca habían invitado a ninguna dama para la fiesta de los sirvientes —confesó—, y vos fuisteis su invitada de honor.

Ella sonrió agradecida.

Un mohín que, como era de esperar, perturbó a Niall, quien llevaba cuatro días sin apenas pegar ojo, ya que lo único que deseaba era hacerle el amor a su mujer. Pero todavía no estaba preparado. Necesitaba mantenerse frío con ella hasta que encontrase la solución, y a Dios rogaba todas las noches para encontrarla lo antes posible o acabaría enfermando.

Llegaron a su destino y el duque fue el primero en bajar. Ayudó a su esposa a descender y, sin soltarle la mano, fue presentando a todos los sirvientes.

Al llegar a Rose, Abby sonrió.

La muchacha, después de su genuflexión, le devolvió la sonrisa.

La doncella no lo sabía, pero Abby tenía en mente su primer cometido como duquesa: ascenderla a doncella personal. Había hablado con su madre. La doncella personal de la marquesa se retiraba; en las últimas Navidades había conocido al lechero que abastecía a *Valley of Thistles*, habían mantenido contacto a través de cartas y el hombre le había pedido matrimonio. Por eso Abby tomó la decisión: su doncella personal pasaría a ser la doncella personal de la marquesa, y ella le ofrecería el puesto a Rose.

Durante el trayecto, Clare aceptó ocupar el puesto de doncella personal de Abby hasta que llegasen a *Great Castle*. Al pasar por *Valley of Thistles* se apeó, despidiéndose con lágrimas en los ojos de Abby. Llevaba muchos años trabajando para la marquesa y tenía en gran estima a toda la familia Allende.

Los sirvientes de *Valley of Thistles* aprovecharon la parada para dar la enhorabuena a los recién casados.

Una vez terminadas las felicitaciones continuaron hasta *Great Castle*,

donde se encontraban ahora, entrando en el castillo con las manos unidas.

Abby miró a Niall y él la observó.

Cuando ella le regaló la sonrisa más tierna que jamás podría olvidar, su templanza se fue al garete, llevó su mano libre a la mejilla de su esposa y se la acarició con ternura, con suavidad, con adoración.

Acercó sus labios y…

—Perdón —se disculpó un lacayo tras tropezar con el duque, ya que había entrado de espaldas portando, junto a otro lacayo, uno de los baúles más pesados de Abby.

La magia del momento se evaporó.

El duque, interiormente agradeció la intromisión.

Abby se apenó, pero se sintió más esperanzada. Todo era cuestión de paciencia. Eso le habían dicho muchas veces en la escuela para señoritas, ¿no?

«Una verdadera dama debe tener paciencia».

—Excelencia, si deseáis descansar ordenaré que guarden vuestras pertenencias en otro momento —comentó el ama de llaves.

Hamilton miró a Abby esperando una respuesta.

Ella le miró sin comprender.

—¿Y bien? —apremió Niall.

—¡Ah, yo! —se expresó, avergonzada—. Al escuchar Excelencia pensé que se dirigía a vos —cuchicheó Abby en su oído.

El duque se carcajeó.

El ama de llaves sintió un regocijo interior. La señora del castillo acababa de entrar y ya había conseguido que el duque se riera. ¡Bendito fuera Dios por esa unión!

Abby lo amonestó con la mirada.

—No, no, pueden subir mis pertenencias —pronunció con las mejillas encarnadas—. Pero desearía una taza de té.

Ella había sido previsora y se había cambiado de ropa en *Valley of Thistles*; no quería presentarse en su nuevo hogar con la ropa arrugada por el viaje.

El ama de llaves asintió.

La mujer se iba a marchar para dar el mandado, cuando Abby la retuvo.

—Señora Mayes, me gustaría hablar con usted en cuanto le sea posible.

—Por descontado, Excelencia —pronunció la mujer, sonriente—. Si le parece bien, puede esperarme en la sala turquesa.

Abby asintió.

Niall había permanecido en silencio observando a su mujer. Le gustaba que diese las órdenes con tanto respeto que parecían sugerencias; no era muy típico de una duquesa tener tanta amabilidad con los sirvientes, o por lo menos eso le pareció a él cuando visitó a los duques de Parma en una ocasión. Incluso cuando visitó a Victoria. No los había tratado con tanto despotismo como su padre, pero sí ordenaba con aspereza.

El duque acompañó a su esposa hasta la sala turquesa.

—Mientras atendéis a la señora Mayes, me cambiaré de ropaje —anunció.

—¿Tomaréis té conmigo?

Él asintió.

Ella sonrió.

Él se marchó con celeridad, cada vez le costaba más contenerse cuando ella le sonreía.

Abby miró a su alrededor. Parecía mentira, pero por extraño que pudiese parecer, se sentía en casa. Ese era su hogar.

Un lacayo entró portando una bandeja con el té y diversos pasteles.

Abby agrandó los ojos.

Desde luego, la señora Mayes era una gran ama de llaves, ya había previsto que llegarían con hambre y lo tenía todo dispuesto.

Y justo estaba pensando en ella, cuando la mujer le hizo una seña al lacayo, que ya había dejado el té en la mesa redonda, para que se marchara.

Cerró la puerta y se acercó a Abby.

—¿Excelencia?

Abby se sentía extraña cada vez que la llamaban así. Prefería que la llamasen Lady Abby, pero lo comentaría con Niall antes, no fuese cosa que a él no le pareciese apropiado.

—Tengo un grato recuerdo de cuando Rose nos atendió a la señorita Hook y a mí en Navidades.

La señora Mayes asintió.

—Como habréis comprobado, no he venido acompañada de mi doncella personal —comentó, consciente de que el ama de llaves ya se habría dado cuenta—: Desearía que Rose ocupase ese puesto.

La expresión de júbilo del ama de llaves le llegó al alma a Abby.

—Una sabia decisión, si me permitís comentarlo.

La duquesa fue quien asintió en esta ocasión.

—¿Algo más?

—No, gracias señora Mayes. Eso es todo.

La mujer salió apresurada, tenía ganas de llegar a las cocinas.

No se equivocaba, sabía que Abby sería una gran señora para *Great Castle*. Y le había dado las gracias. ¡Increíble!

Capítulo XLV

La paciencia tiene un límite y cuando se pierde no hay vuelta atrás

Después de dos semanas casada, Abby continuaba esperando cada noche ver a su esposo cruzar el umbral de su alcoba.

Ya no estaba muy segura de poder seguir siendo una buena dama, pues su paciencia estaba llegando al límite.

Si al menos supiese por qué él estaba tan esquivo con ella, podría llegar a comprender el problema.

El primer día que desayunaron juntos ella tomó otra decisión: el almuerzo y la cena lo tomarían en el comedor rojo porque, visto lo visto, de hacerlo en el comedor grande capaz sería él de sentarse al otro extremo de la mesa, casi a tres metros de distancia.

El mayordomo entró en la biblioteca, donde Abby estaba leyendo un libro.

—Excelencia… —se corrigió—. Lady Abby, la baronesa Montgory desea ser recibida.

Habían llegado a un acuerdo: el mayordomo, el ama de llaves y Rose, se referirían a ella como lady Abby, excepto cuando hubiese invitados en el castillo.

Abby parpadeó.

Tenía que ser una broma.

Se levantó del diván y cerró el libro.

—¿Está seguro? —preguntó, incrédula.

El mayordomo no respondió, la baronesa entró en la biblioteca como si fuese la dueña y señora del lugar.

—A las visitas se las deja a la espera —comentó con arrogancia—, pero yo nunca he necesitado esperar en esta casa.

El mayordomo se sonrojó por la indignación.

Abby notó un calor tan fuerte en su interior, que se asustó al pensar que podría empezar a arder y morir calcinada.

Era el colmo de los colmos.

La amante de su marido… ¿La amante?

—Pues a partir de este mismo instante lo haréis —declaró la duquesa.

La baronesa notó el enfado de Abby y se rio.

—Dudo que a Hamilton le agrade esa decisión —dijo con doble sentido—. Puedo esperarle donde siempre, sé perfectamente cómo llegar a su alcoba.

¡Se acabó! La paciencia de Abby había llegado al límite. Ya no había vuelta atrás; ella no iba a ser una buena dama.

—Señor Henkin —llamó Abby al mayordomo, que se había alejado para no parecer un entrometido—. Sacad a esta mujer de *mi casa* —ordenó—. Y recordad bien su cara, porque no toleraré que vuelva a entrar en ella. —Y agregó—: Por descontado, su esposo tampoco.

La baronesa no esperaba una reacción tan radical por parte de Abby. Una cosa era querer atormentarla un poco, pero que le prohibiese la entrada daría que hablar. Para empezar, no tendría forma de explicarle al barón el motivo de la prohibición.

—No podéis…

—Puedo, señora mía; puedo, porque aquí mando yo —aseguró sin levantar la voz.

La baronesa tembló.

Prohibirle la entrada significaba, además, estar enemistados con el ducado de Hamilton; por ende, nadie les abriría las puertas si querían continuar teniendo trato con el duque.

El mayordomo tiró de ella y la sacó a rastras.

Durante el trayecto hasta la salida se escucharon los gritos de la baronesa a lo lejos.

—¡Hamilton no lo permitirá!

—Es posible —reconoció Abby en voz baja, hablando sola—. Pero que me maten si yo vivo aquí para verlo.

Se alisó las faldas con fuerza.

Bien, ya tenía la respuesta que buscaba. Ya no era necesario seguir torturándose más por encontrar una explicación al comportamiento de su marido.

Con un dolor en el pecho inaudito, pues acababa de rompérsele en dos, se dirigió a la sala turquesa. Una vez allí llamó al ama de llaves; debía dar nuevas instrucciones.

El duque, ajeno a lo acontecido en *Great Castle* esa tarde, bajó las escaleras en dirección al comedor rojo.

Un lacayo le salió al paso.

—Excelencia, la cena se servirá en el comedor grande.

Hamilton se sorprendió pero no se pronunció; simplemente continuó caminando y cruzó dos corredores más hasta llegar al salón grande.

Al entrar, vio la mesa dispuesta para dos comensales, solo que Abby se encontraba en uno de los extremos.

El rostro de ella era cuanto menos preocupante.

Hizo un gesto con la cabeza para mandar retirarse a los dos lacayos que estaban preparados para servirles.

Los hombres salieron y cerraron la puerta.

Algo pasaba y lo iba a averiguar. Aunque por si acaso, lo primero que hizo fue tomar asiento.

Los cuatro centros florales le impedían ver a Abby, así que se inclinó un poco hacia un lado.

—¿Existe un motivo para cenar en este lugar? —preguntó con cautela.

La duquesa, que permanecía bien erguida, no se inclinó; apenas miró en su dirección. Tenía la vista clavada en el centro floral más cercano a ella, con las manos enlazadas reposando en su falda.

—Si no me equivoco, *Excelencia* —respondió con acritud—, este es el comedor en el que habitualmente habéis dado cuenta de vuestras cenas.

Él se preocupó. Sí, era cierto, pero comía solo, y ella había cambiado esa costumbre.

—Dijisteis que preferíais el comedor rojo —le recordó, por si ella se había olvidado.

—Eso fue antes de saber qué lugar ocupo en esta casa y lo que se espera de mí.

La respuesta puso en alerta a Hamilton.

Se levantó de su asiento para verla bien.

Abby no se movió, simplemente levantó la vista para mirarlo a los ojos y que se diese cuenta de que no pensaba esconderse. No se molestó en ocultar su malestar.

—¿Qué queréis decir?

—La verdad.

Él entrecerró los ojos.

—¿Sabéis, Excelencia? No sé qué os llevó a pedirle mi mano a mi padre —dijo, inexpresiva—. Solo vos conocéis los motivos. Ahora bien —sonó a amenaza—, os habría agradecido que fueseis honesto conmigo desde el principio, me habríais ahorrado muchos quebraderos de cabeza.

A él le sentó mal el comentario, apoyó las manos en la mesa y se reclinó hacia delante.

—Más vale que os expliquéis.

Ella arrastró la silla y se levantó.

—¿Queréis una explicación?, pues os la daré —aseguró con voz serena—. Puede que nuestro matrimonio sea por convención, pero incluso así, esperaba más respeto por vuestra parte.

El duque se irguió.

La distancia entre ellos cada vez parecía mayor.

—Si pensabais que lady Victoria era la *adecuada*, deberíais haberos desposado con ella —explicó, indignada—. De hecho, hubiese sido lo mejor; estoy convencida de que ella en mi lugar habría sabido reaccionar con la mayor sofisticación.

Al duque se le puso la piel de gallina.

Aquel comentario le encendió como si fuese la mecha de una dinamita.

—Es el comentario más irracional que he escuchado nunca —protestó él.

—¡Lo irracional es que recién casada descubra que mi esposo se comporta de manera tan inapropiada! —se expresó vehemente.

Hamilton se quedó paralizado ante aquel arrebato.

Su furia fue en aumento, claro que la de Abby más, y continuó:

—Lady Victoria era vuestra dama *adecuada* —repitió—. Por descontado que siempre lo fue. Ella, con su frialdad y su impecable *sofisticación*, habría mirado hacia otro lado y os hubiese seguido sonriendo, porque así se comporta la *dama perfecta* —argumentó, aguantando las lágrimas—. ¡Pero yo no soy ella! No soy la *adecuada*, nunca lo he sido, como tampoco poseo la *sofisticación* que vos tanto admiráis. Por ello no esperéis de mí que me comporte como la esposa perfecta, la que mira y calla, ¡porque no lo soy!

—¡Callad! —ordenó él fuera de sí.

Pero Abby no podía callar, no podía seguir guardando su rabia dentro.

—Puede que los matrimonios que llevan muchos años casados pasen por alto ciertos deslices —opinó—. Pero recién casada, esperaba de vos más respeto —le acusó—. Y como no soy vuestra esposa adecuada y tampoco soy sofisticada, os diré que vuestra falta de respeto me desgarra las entrañas. ¡Es una falta de respeto que me metáis a vuestra amante en mi propia casa!

Hamilton hizo un barrido con el brazo lanzando toda la cubertería, vajilla y cristalería que tenía delante.

—¡¿Cómo os atrevéis?!

Abby le señaló con el dedo índice.

—¡Cómo os atrevéis vos a humillarme de esa manera!

El duque dio cinco zancadas hasta ponerse a un palmo de ella.

—No volváis a acusarme de algo tan despreciable —amenazó entre dientes.

—¡Lo depravado es que la baronesa quisiera esperaros en vuestra alcoba!

Hamilton se quedó atónito.

El mayordomo entró, interrumpiendo aquella reyerta. Había ordenado a los lacayos que regresaran a la cocina y se alejasen de la puerta en cuanto los vio salir. Y fue el mejor acierto, porque las voces elevadas de sus señores se escuchaban desde fuera.

—Lo lamento, Excelencia —se disculpó.

—Fuera —ordenó sin girarse, mirando a Abby a los ojos.

—Disculpad, pero es urgente —dijo el hombre temblando, y añadió con celeridad—: Malas nuevas de Cornualles.

Al escuchar aquello el duque, sin girarse tendió el brazo hacia atrás para que William le pasara la misiva.

Al entregársela, el mayordomo salió de inmediato.

Abby le mantuvo la mirada.

Durante un rato los dos permanecieron en silencio.

Al final, el duque tomó la decisión de leer la nota antes de continuar con aquella conversación.

Al leer las letras cerró los ojos con frustración.

—Tengo que partir hacia Cornualles de nuevo —anunció con voz serena

—. Cuando regrese aclararemos este malentendido.

Abby no respondió, pero al notar afligimiento en su voz asintió despacio.

Él suspiró derrotado.

Sabía que Abby no se merecía su frialdad. Que ella estuviese molesta con él lo comprendía, pero que pensara que no era la *adecuada* lo mató.

Se alejó frustrado.

Aún no había terminado de cerrar la puerta cuando volvió a abrirla, entró con brío, se acercó hasta ella y, sin pensarlo, la besó con desesperación… con fuerza… con reclamo y con pasión.

Abby, que no lo esperaba, se quedó turbada, más que nada porque le temblaron las piernas. Si él no la hubiese tenido sujeta con una mano por la nuca y con la otra no la hubiese rodeado al completo a la altura de la cintura, se hubiese caído de rodillas.

Capítulo XLVI

Las verdades pueden unir o separar

Dos semanas en Cornualles le bastaron al duque de Hamilton para darse cuenta de que no podía encontrar paz interior si su esposa no estaba a su lado.

Le hubiese encantado descansar, pero necesitaba con desesperación a su mujer. Por ello, cuando entró en *Great Castle* y le informaron de que la duquesa había partido hacia Londres un día después de su marcha, se le nubló la razón y se le aceleró el corazón.

¡Abby se había marchado!

Debía darle las gracias a William por haberse tomado la molestia de organizar el viaje de Abby pensando en su seguridad. Cuatro lacayos, la doncella personal y dos cocheros la habían acompañado.

La sola idea de pensar en su mujer por la campiña inglesa desprotegida le hacía hervir la sangre.

«Tu mujer», se recordó.

Suspiró agotado.

Y no era para menos, no llegó siquiera a entrar en el castillo. En cuanto William le puso al corriente del paradero de Abby, se dio la vuelta y salió al exterior para ordenar que cambiasen los caballos, ya que partían de inmediato a Londres.

Y ahí estaba ahora, a diez minutos de *Bain Manor*, una de sus residencias en Londres, a las afueras de la ciudad. Un lugar que frecuentaba la alta sociedad para sus paseos diarios por los parques que rodeaban la entrada. Una mansión de estilo Tudor y con extensos jardines. La que según William había elegido Abby para pasar su estancia en Londres, ya que era la más cercana a la casa de sus padres.

Él, de normal solía utilizar *Hamilton House* porque estaba más cerca del parlamento, pero si su esposa había tomado aquella decisión, la respetaría. Además, esta vez no iba a Londres por su puesto en la cámara sino por Abby.

Se empezó a inquietar; cuanto más cerca se encontraba de llegar hasta su esposa más turbado se sentía. ¿Qué podía decir? ¿Cómo iba a explicarle lo que sentía sin parecer un necio? ¿Cómo lo recibiría ella? ¿Continuaría enfadada con él? ¿La habría perdido incluso antes de llegar a hacerla suya?

Eran tantas las preguntas que se hacía, que su cabeza estaba saturada.

Había pasado dos semanas en las que, además de solucionar el desastre en las minas de Cornualles, su mente no había dejado de pensar en su mujer cada segundo del día. Sobre todo por las noches, cuando salía al exterior buscando la paz, una que ya no encontraba mirando las estrellas, pues ya había llegado a la conclusión de que para él, su única estrella era ella: «Mi Yvaine».

Entró en la casa y le informaron de que la duquesa se encontraba en *Stanford House*.

De nuevo se dio la vuelta con la intención de partir de inmediato hasta allí; solo estaba a diez minutos a caballo.

—Excelencia —lo retuvo Otto, su ayuda de cámara—. Podréis disponer de un baño reparador y nuevo vestuario en un momento —añadió con celeridad —. A vuestra esposa le agradará veros de nuevo… presentable.

Hamilton miró su reflejo en uno de los espejos cercanos. Otto tenía razón, no podía presentarse ante su esposa con la ropa polvorienta del viaje y arrugada. Necesitaba un baño con urgencia.

En cuanto a su semblante, poco podía hacer; no podía borrar esos surcos negros que mostraban su poco descanso.

***

Abby sostenía a su hermano James entre sus brazos en mitad de la sala familiar de *Stanford House*.

Los marqueses la miraban y sonreían, aunque Phillip había mantenido una conversación con su esposa esa misma mañana. Conocían a su hija, y aunque Abby no decía nada, sabían que algo ocultaba; se veía tristeza en sus ojos.

La marquesa había intentado tranquilizarlo, asegurando que esa tristeza se debía al distanciamiento involuntario del duque, por haber tenido que partir a Cornualles; más, cuando llevaban tan poco tiempo casados. Además, habían pasado una semana muy angustiosa; el marido de su hija Sophie había contraído unas fiebres y ese era el motivo por el que Abby había regresado a Londres, para estar junto a su hermana.

La mejoría del cuñado de Abby fue milagrosa, y por eso se encontraba ahora en el salón de sus padres despidiéndose, ya que regresaría a Escocia al día siguiente.

El marqués quería creer en las palabras de su hija, pues odiaría haberse equivocado al elegir a Hamilton como su esposo.

También era cierto que el viaje del duque había sido obligado ya que según los periódicos, un derrumbe en una de las minas del duque había dejado encerrados a diez hombres, de los cuales tan solo pudieron sacar con vida a ocho de ellos.

Abby, que también había leído la noticia, se sintió desfallecer; le hubiese encantado estar al lado de Niall para apoyarlo en un momento tan trágico.

El marqués, al ver su reacción, fue sincero: «Tu esposo ha intentado evitarte pasar por tan mal trago. Te está protegiendo de tanto dolor.»

Y no se equivocaba. En cuanto Hamilton recibió la nota en la que le avisaban del derrumbe, desechó la idea de inmediato: Abby no viviría la angustia de acompañarlo en un momento tan trágico, donde posiblemente acabaría en el sepelio de alguno de los mineros… o de todos.

—Estás malcriando a James —protestó la marquesa, sonriente.

Abby se encogió de hombros.

—Soy su hermana mayor, vivo lejos y eso me concede todo el derecho a malcriarlo —bromeó—. Vosotros estáis para darle la mejor educación y yo para mimarlo.

El marqués retuvo una sonrisa.

Abby extendió los brazos, llevando a lo más alto a su hermano pequeño.

—¿Acaso hay niño más hermoso en el mundo? —canturreó con cariño.

—Los nuestros cuando nazcan —sentenció el duque a su espalda.

Abby parpadeó.

La marquesa sonrió, encantada de ver a su yerno allí.

El marqués observó atento la reacción de Abby.

Ella se dio la vuelta con lentitud.

Niall estaba ahí, a un paso de ella, mirándola con adoración.

«¿Adoración?»

Ambos se quedaron en silencio, tan solo mirándose.

La marquesa intervino, avisando a la niñera para que se llevase al pequeño.

Abby le dio un beso en la cabeza antes de que se lo quitaran de los brazos.

—Excel… —Pero antes de terminar, la marquesa se corrigió. Ya eran familia, ¿verdad? —. Hamilton, nos agrada vuestro regreso.

El duque, que no podía apartar la mirada de su mujer, asintió con la cabeza.

—Gracias.

Abby observó con detenimiento el rostro del hombre con el que se había casado. Como siempre, estaba tan apuesto, tan impresionante… Claro que, también parecía muy cansado.

—Debéis de estar agotado —opinó Abby.

El marqués arrugó el entrecejo, ¿no se tuteaban? Sabía que había matrimonios que nunca lo hacían, pero era extraño que su hija no lo hiciese, ya que en su casa había visto a su madre y a él tutearse siempre.

—No ha sido un viaje tranquilo —repuso con honestidad, pues no había sido fácil enterrar a sus mineros, y tampoco llegar a su hogar y no encontrar a su esposa.

—Avisaré para que preparen el carruaje —anunció Abby.

Hamilton, simplemente asintió con la cabeza. No sabía qué decir, estaba muy nervioso.

Se despidieron de los marqueses y montaron en el carruaje que Abby había usado para ir a la casa. El caballo del duque lo recogería un lacayo más tarde.

Abby miraba por la ventanilla.

El duque la observaba, estaba tan hermosa.

El trayecto fue más corto de lo que a él le hubiese gustado, pues todavía no sabía cómo actuar ante Abby.

Ella esperaba que él diese un golpecito para que abriesen la puerta, pero al no hacerlo se inquietó.

Hamilton estaba convencido de que en ese instante su destino quedaría grabado a fuego, para bien o para mal. Por ello, no podía permitir que Abby abandonara el carruaje.

Apretó los dientes y se infundió de valor.

—Tengo miedo.

La voz de él retumbó en el interior, un sonido extraño que los envolvió a los dos.

Abby parpadeó, buscando los ojos de él.

¿Qué hombre reconocía algo así en voz alta? Justo en ese instante se dio cuenta de que se había enamorado como nunca antes de su marido.

—Mi madre era la mujer más hermosa de Inglaterra —pronunció con nostalgia y dolor—. Pero también era una mujer sin alma.

Abby permaneció callada, expectante ante aquella confesión que parecía necesitar él para calmar su interior.

—Mi padre la amaba con locura. —Se entristeció al recordar a su progenitor—. Tanto que perdió la cordura el día que ella nos abandonó.

Abby tragó con dificultad, ¿cuándo había ocurrido aquello? Por lo que ella sabía, la duquesa había fallecido.

—Dijisteis que la vida era toda ironía —dijo aludiendo al día que ella se confesó ante él—. Debo daros la razón —aseguró—, porque el mismo día en que ella decidió huir de su hogar, sin importarle la ruina que traería a su esposo e hijo, murió —dijo con dolor—, convirtiéndose en la duquesa que después sería adorada y vanagloriada por su trágica muerte.

Abby sintió un dolor en el pecho. Ahora lo entendía todo.

—Mi padre pasó de ser el gran duque de Hamilton a convertirse en el mayor despojo humano —Se apenó al recordar la imagen del que un día había sido un gran hombre—, al encontrar consuelo para su corazón roto en el alcohol.

Abby mantuvo el tipo, no quería interrumpir, por más que deseara abrazarle y consolarle.

—Ese día me prometí dos cosas: no abrir nunca mi corazón y no creer en el amor.

A ella se le agolparon las lágrimas en los ojos.

—Me convertí en el *duque de hielo* —adujo—. Y hubiese cumplido mi promesa si no os hubiera conocido a vos.

Abby aguantó la respiración.

—Cuando os conocí, me advertí de que debía permanecer lejos, pues sois la mujer más poderosa que he conocido nunca —argumento con tanta honestidad que ella tembló—. La única que podría hacerme perder la razón.

La muchacha se apretó las manos.

—He intentado mantenerme frío y distante —confesó la verdad, ya no tenía nada más que ofrecer a su mujer—, convenciéndome de que si podía

manteneros alejada, aumentaría mi fuerza interior para poder cumplir mi promesa —alegó—. Pero cuanto más lejos estáis, más débil me siento. Sois mi fuerza, no mi debilidad.

Ella no pudo retener una lágrima.

Él se quitó los guantes, necesitaba tocarla más que respirar.

Paró aquella lágrima con su pulgar y fue incapaz de apartar la mano. Con una delicadeza extraordinaria, acarició aquella suave y pálida mejilla que tantos días llevaba soñando con tocar.

—Abby… —susurró emocionado—. Os habéis convertido en mi luz… mi paz… mi fuerza. Y estoy cansado de luchar contra un imposible —reveló sin apartar la mirada—. No puedo vivir sin vos.

Ella se sintió desfallecer; inclinó la cabeza para sentir mejor aquella caricia.

—Sé que nuestro matrimonio no comenzó como deseabais —se disculpó—. Pero debéis saber que nunca ha habido otra mujer más *adecuada*. —Se estremeció. Además, estaba nervioso porque iba a dejar en manos de ella su futuro—. Si sois capaz de perdonarme, dejaré mi vida a vuestra disposición —confesó, ya que si ella se entregaba a él ya nada podría impedirle amarla y convertirse en un hombre normal. Uno que perdería la cordura como su padre si ella lo traicionaba—. Vuestra decisión clamará si el nuestro es un matrimonio por amor.

Por segunda vez, Abby notó unos cosquilleos intensos en cierta parte íntima.

Miró a Niall y notó la zozobra en su mirada; esperaba una respuesta. ¿Acaso había una distinta? Era imposible que él no se diese cuenta de cuanto lo amaba, más cuando aquella confesión la había enamorado hasta el punto de sentir que ya no eran dos almas; se habían fusionado en una.

Bueno, pues, una dama sofisticada habría dicho «os amo». Pero él la conocía, ella no era precisamente la sofisticación personalizada, ¿verdad? Por ello, fue tan sincera como él. Se lo merecía.

—No sé si es propio de una dama reconocer en voz alta lo mucho que desea a su esposo —comentó sonrojándose—. Pero yo al mío lo deseo… y mucho.

Niall, en un principio parpadeó, incrédulo ante las palabras de Abby pero, ¿no era eso lo que le había hecho enamorarse de su mujer?, ¿que ella siempre

lo sorprendiera?

Sonrío y se acercó lentamente a ella.

Abby salió a su encuentro.

Y allí, en el espacio reducido de un carruaje, se fusionaron sus almas a través de un beso íntimo, sincero, deseado y vital.

—Niall… —musitó ella con amor.

El duque se paralizó.

¿Cuándo fue la última vez que alguien le había llamado por su nombre de pila? Nunca. Ni siquiera su madre le llamaba por su verdadero nombre.

Nada más nacer, como futuro heredero del ducado de Hamilton, se le otorgaron los marquesados de Trent, Wexford y Langfrod, además de cuatro baronías, por lo que todos le llamaban lord Trent, al tratarse del marquesado más antiguo. Incluso su madre le llamaba Trent.

Él hubiese deseado que le llamasen Bain, por su apellido, pero nadie se atrevió nunca a tratarlo con tanta familiaridad. Ni siquiera cuando él todavía era un niño vivaz que disfrutaba de la compañía de los hijos de algunos trabajadores.

En la voz de Abby sonaba tan… tan… ¡Gracias, buen Dios, por ponerla en mi camino!

Poseía ocho títulos nobiliarios, y desde hacía poco el más importante de su vida, el único que no le aportaría elogios por parte de los demás, pero el único que estaba dispuesto a mantener por encima de todo. Niall Christopher Bain: *Esposo*.

—Tengo que decirte, esposa mía… —por fin la tuteó—, que me encanta saber que me deseas.

Abby volvió a sonrojarse, aunque le regaló una sonrisa tan plena que él necesitó acopio de toda su voluntad para no hacerle el amor en aquel reducido espacio.

Claro que, como tampoco tenía paciencia para llevarla a su alcoba, no dio un golpe para que el cochero abriera la puerta del carruaje; la abrió él mismo y descendió con tanta premura que asustó a Abby, que no esperaba esa reacción.

Tendió su mano, y en cuanto ella se la sujetó para apearse del carruaje, él la tomó en brazos.

Se escuchó un pequeño griterío por parte de varias mujeres que caminaban cerca.

A él le dio igual; ya podían llamar a la guardia real que no pensaba soltar a su mujer por nada del mundo.

El cochero tosió, pero se encargó de abrir del todo la puerta para darle más accesibilidad a sus movimientos.

Abby enterró su rostro en el cuello de él, no quería que viesen su sonrojo.

Niall suspiró, agradecido por haber tomado la mejor decisión de su vida.

Con zancadas largas y sin titubear, subió las escaleras que daban acceso a su casa, donde el mayordomo de *Bain Manor* ya había dado las órdenes para que todos estuviesen preparados ante la llegada de los duques.

En cuanto pasó por delante del mayordomo, el hombre bajó la cabeza; no era propio que los señores de *Bain Manor* mostraran tanta intimidad delante de los sirvientes. Aunque, en cuanto el duque desapareció de su campo visual, sus ojos se encontraron con los de la señora Winttman, el ama de llaves, y los dos acabaron riendo.

Capítulo XLVII

No quería soltar a su esposa, no quería bajarla, no quería olvidar ese momento. Claro que, si no lo hacía no podría entregarse a ella como tanto necesitaban los dos.

Aunque después de tantos días, no importaban un par de minutos más. Sin soltarla, apoyado en la puerta cerrada, la besó hasta que ambos se quedaron sin aliento.

Cuando Abby tocó suelo con sus pies, se negó a soltar sus manos enlazas alrededor del cuello de su marido.

—Es la tercera vez que me llevas en brazos —bromeó—, me podría acostumbrar con facilidad.

Él ronroneó con su nariz en la de ella.

—En realidad, es la quinta —la corrigió él, antes de entregarle un suave beso en los labios.

—¿La quinta? —preguntó Abby, sin comprender cómo era posible que a ella se le hubiese olvidado un momento tan íntimo.

Él sonrió mientras recorría con sus manos el contorno de su cuerpo.

—La primera fue en el viejo refugio —enumeró—. La segunda fue cuando quisiste rescatar a Romeo.

Volvió a besarla.

Abby sintió que su corazón se henchía de amor. Él recordaba todos aquellos momentos.

—La tercera fue cuando te quedaste dormida en el mirador.

Las manos de él llegaron a su trasero, que palpó con gusto y apretó para acercarla más a él.

Abby se estremeció al notar el bulto incipiente de él.

—La cuarta el día que te caíste del caballo.

—Ah… por eso no lo recordaba —atinó a decir con la respiración acelerada, ya que él estaba besando el hueco entre su cuello y hombro—. En una estaba dormida y en la otra desfallecida.

Él asintió.

—Y ahora, si mi bella esposa me da su beneplácito — susurró—, la

desnudaré y la llevaré en brazos hasta el lecho.

Abby gimió, pues él ya le había desabrochado la lazada trasera sin que ella se diese cuenta y el corpiño había caído al suelo.

Con manos expertas, o eso le pareció a ella, él consiguió desnudarla casi sin tocarla, dejándola tan solo con la fina camisola de lino y las medias de seda.

¿Cómo había conseguido quitarle el corpiño, el corsé, la falda, la enagua y las calzas?

Se sintió avergonzada, hasta que sus ojos se encontraron. Así, sin más, notó que pertenecía a ese hombre. Y por extraño que pudiese parecer, una vez más él consiguió que ella se sintiera tranquila… y deseada.

—Me gustaría poder desnudarte —pidió.

Él asintió.

En un principio sus manos inexpertas trabajaron con torpeza, pero poco a poco las prendas fueron cayendo al suelo.

Cuando tiró del nudo de la corbata, el duque sonrió pensando en Otto; lo que diría si viese que todo el esfuerzo realizado para crear aquel nudo *Mail Coach* perfecto, con un simple tirón había sido deshecho.

Nial estaba embelesado, observando cada reacción de ella. Había escuchado que algunas mujeres se mostraban reacias a la hora de intimar con sus esposos y que lo hacían por obligación.

Deseaba que su mujer no fuese una de ellas, que en la intimidad fuese tan desinhibida como solía serlo ante él en cualquier otra circunstancia.

Mantendría la calma suficiente para que ella gozase de esa primera experiencia, aunque él sufriera por no hacerla suya cuanto antes. Su esposa merecía cualquier espera y cualquier sacrificio.

Cuando la sonrisa de Abby se evaporó, él acunó su rostro con las manos.

—¿Qué sucede?

Ella parpadeó.

No sabía cómo decir su inquietud sin parecer tonta.

Tragó con dificultad.

—Abby, ¿qué tienes? —preguntó alarmado, ya que ella parecía un tanto alterada.

Ella señaló con su dedo índice la erección de él.

Niall bajó la cabeza y se la miró.

—Es… es… es muy grande —determinó.

Niall levantó la vista y contuvo la risa.

¡Cuánto adoraba a su mujer!

—Debes saber que acabas de hacerme uno de los mayores cumplidos que un hombre desea recibir —bromeó para relajarla.

Ella se molestó porque él no se tomase en serio sus palabras.

—Niall, yo no… tú no… —No sabía cómo terminar la frase.

—¿Nunca habías visto antes…?

Ella se sonrojó.

—¡No! Bueno, sí, pero no.

Él aguantó la risa.

—¿Sí o no?

Ella entrecerró los ojos, muy, muy molesta por la burla.

—En *Stanford House* tenemos muchas estatuas —dijo ella con las mejillas ardiendo—. Tenemos una réplica del David, de Miguel Ángel.

Él levantó las cejas.

—No… no… ¡No tiene este tamaño! —se expresó ofendida por sentirse estafada todos esos años.

Niall no pudo retener la risa.

Ella le golpeó en el pecho.

—No tiene gracia —se molestó.

Él la abrazó con fuerza para calmarla y de paso darse tiempo a tomar los mandos de la situación o esa noche acabaría durmiendo solo.

—¿Es uno de los requisitos por los que un duque está por encima de todos? —susurró Abby, y no estaba bromeando. ¿Acaso el tamaño de la hombría de un varón marcaba su estatus social?

Niall se volvió a carcajear, le era imposible parar. Tenía bemoles la cosa, había pasado diecinueve años apenas sin sonreír y ahora le era imposible dejar de hacerlo. ¿Se podía ser más feliz? Sí, sí que se podía, haciéndole el amor a su mujer.

Se serenó.

Miró a Abby a los ojos e hizo lo único que volvería a llevarlos al estado de deseo con el que habían empezado: la besó.

Y fue aumentando la posesión de aquel beso, con pericia y con paciencia, hasta que notó los brazos de Abby relajados.

La tomó en brazos y la llevó hasta la cama.

La tumbó con cuidado, sin apartar los ojos de ella.

El ósculo se convirtió poco a poco en un reguero de besos por todo el cuerpo de ella, explorando cada centímetro de piel.

Ella suspiró con tanto énfasis que él se sintió pleno.

Con las manos en la liga de una de sus medias, se pronunció con la voz grave, cargada de deseo.

—No sabes cuántas noches he soñado con hacer esto sin tener que apartar mis manos de tu piel —confesó—. La primera vez tuve que apartarlas y se convirtió en mi mayor obsesión —dijo, aludiendo al día que ella se cayó del árbol.

Arrastró la media hasta quitársela por completo, y entones tomó su pierna y la levantó hasta llevarla a su boca. Recorrió con sus labios desde el tobillo hasta la rodilla, sin permitir que ella se moviera.

Repitió el movimiento con la otra pierna, solo que en esta ocasión no se conformó con llegar hasta su rodilla; continuó con aquellas caricias templadas por la parte interna de los muslos.

A ella se le aceleró el pulso y la respiración.

—Niall…

Oh… qué bien sonaba su nombre en los tentadores labios de su esposa.

—Niall, no, no puedes… —intentó parar aquella locura que su marido tenía pensado hacer. ¿Se podía? Nadie le había dicho si una verdadera dama podía ser besada y lamida en esa zona tan privada—. Ahhh… —jadeó.

Pues sí se podía, vaya si se podía, pues él lo estaba haciendo y, por primera vez en su vida, le importó poco no ser una verdadera dama. Poco le importaba convertirse en una simple mujer con tal de que Niall continuara.

El duque se entretuvo entre aquellos muslos, hasta que se cercioró de que su mujer estaba preparada para recibirlo.

Abby necesitaba más, mucho más, y cuando notó que él se colocaba encima de ella, a pesar de ser una mujer inexperta, se abrió para recibirlo, olvidándose por completo del tamaño de aquel miembro que tanto anhelaba recibir en su interior.

La primera estocada le hizo cerrar los ojos a causa del dolor; fue tal la conmoción que la dejó sin aliento.

Él se quedó tenso, sin moverse, concediéndole el tiempo suficiente para que se recuperara.

—Pasará en un momento, te lo prometo —aseguró él.

Abby abrió los ojos, necesitaba reconocer la verdad en ellos.

Él aprovechó para besarla y distraerla.

Ella pensó que jamás volvería a copular con su esposo, pero cuando sus labios se unieron y disfrutaron de aquella intimidad en la que él le entregaba todo su amor a través del contacto, se relajó tanto que aquella primera molestia tan dolorosa se evaporó, dando paso a una sensación más placentera y desconocida, por lo que musitó rozando los labios de él.

—Ámame, Niall —suplicó—. Hazme tuya.

Y él le hizo el amor con tanto cuidado, con tanta suavidad y con tanto sentimiento, que ella lloró de felicidad.

***

La marquesa de Stanford dejó su labor a un lado, incrédula al ver a su marido sonriente mientras sostenía entre sus manos el panfleto de cotilleos.

—Si no lo veo, no lo creo —reconoció—. ¿Mi esposo sonriendo mientras lee el panfleto de la discordia?

Phillip bajó las manos y asintió.

—Conociéndote, Olivia —aventuró—, tu sonrisa se quedará estampada en tu rostro durante días.

Ella levantó las cejas.

El marqués le tendió el folleto.

«Ecos de Sociedad de Londres, 30 Septiembre de 1816

No existe mayor estupefacción que ser testigo del escándalo tan

bochornoso que ayer tuvo lugar en la entrada de Bain Manor, la residencia de los duques de Hamilton, al mostrar públicamente el duque, que su matrimonio fue por amor. ¡Intolerable! ¡Un duque portando a su esposa en brazos hasta la entrada de su hogar! ¿A dónde vamos a llegar si otros nobles imitan su fechoría para dejar constancia de que últimamente ya nadie se casa por convención?

Y ahora, además, nos vemos en la obligación de cambiar el mote de «el duque de hielo» por «el duque apasionado».

¡Buen Dios, lady Hamilton ha arruinado a nuestro duque más vanagloriado!»

La marquesa se llevó las manos al corazón con una radiante sonrisa.

—Se aman, Phillip, se aman.

Capítulo XLVIII

Los viajes de recién casados pasan demasiado rápido

El regreso a Escocia quedó suspendido ya que el duque se entregó a su mujer durante toda la noche, olvidándose por completo de su agotamiento.

Necesitó un día entero para reponer fuerzas.

La tercera noche, después de hacerle el amor a su mujer, se quedó mirándola; quería sorprenderla, y cuando encontró la idea perfecta para hacerlo, se durmió con una sonrisa en los labios.

Al despertar, lo primero que hizo fue acariciar, disimuladamente, los senos de Abby.

Ella se despertó y le miró con cariño.

—¡Milord, sois un descarado! —bromeó.

Él se carcajeó, pues ella había intentado parecer ofendida.

—Voy a demostraros lo descarado que puedo llegar a ser.

Y se entregó a ella sin recibir queja ni obstáculo alguno por su parte.

Los sirvientes habían recibido órdenes por parte del duque: no serían molestados hasta que ellos diesen aviso.

Fue una decisión que tomó la primera mañana después de que su ayuda de cámara, como era habitual, se presentase a primera hora de la mañana para despertarlo. Suerte que Abby en ese momento estaba dormida y tapada, porque de pensar que otro hombre hubiese visto a su mujer desnuda… Habría tenido que buscar otro ayudante, pues a Otto lo habría matado.

Abby se despidió con un beso cargado de amor, antes de alejarse y cruzar el umbral de la puerta que separaba la alcoba destinada a la duquesa.

Justo en ese instante, Niall estiró del cordón que avisaba de que subiera Otto a vestirle.

—Avisa al señor Demine, quiero que mande esta misiva con urgencia —dijo con un objetivo en mente. Alargó el brazo y se la entregó a Otto.

Media hora más tarde, Abby y él daban cuenta del desayuno entre bromas.

Bromear con su esposa se estaba convirtiendo en toda una afición del duque.

Esa misma tarde recibió la respuesta que esperaba.

Con la carta en la mano se fue en busca de Abby, que estaba en el jardín

trasero cortando unas flores.

—Tenemos un jardinero para tal fin —comentó él.

Ella se encogió de hombros.

Esta vez él no se contuvo, se acercó y la levantó un palmo del suelo, y en esa posición la besó.

—Está todo dispuesto para partir, ¿verdad? —preguntó él, al tiempo que volvía a dejarla en el suelo.

—Sí —reconoció ella, pues los baúles llevaban tres días preparados.

—Bien, pues si te apetece pasaremos a tomar el té por *Stanford House* para que te despidas de tus padres —comentó, consciente de que ese gesto le encantaría—. Mañana al alba zarpamos.

Ella le miró con extrañeza.

—¿Zarpamos?

Él amplió su sonrisa.

Alargó la mano y le entregó los pasajes de *My Duchess*, el lujoso barco del duque de Whellingtton.

—Te prometí una luna de miel —le recordó—, y, consciente de tu pasión por Dante, viajaremos a Italia.

Ella se lanzó a sus brazos al tiempo que soltaba un gritito.

Él se carcajeó; era tan fácil hacer feliz a su mujer, que apenas le costaba esfuerzo.

—Pero Lord Virgilio se queda —sentenció.

Ella se separó de él y lo miró con la frente arrugada.

—No, donde yo vaya él irá —aseguró—. Fue tu regalo y no me he separado de él desde entonces.

Niall lo sabía, y por ello adoraba más a aquel perro, aunque a veces se mostrara ante ella celoso por los mimos que le profesaba, consciente de que a Abby le divertía verlo celoso de su mascota.

—Quieres más a ese perro que a mí —sentenció, haciéndose el ofendido.

Ella aguantó la risa.

—Ah, milord, es que él me pone ojitos.

Al final los dos rieron.

***

Abby estaba tumbada en un diván de la biblioteca de *Bain Manor*. Llevaban dos días en Londres pero su corazón seguía en Venecia. Se había enamorado de aquel lugar.

Hamilton entró en su busca y se quedó embelesado mirándola.

Cuatro meses en Italia habían pasado volando.

En un principio, el viaje estaba organizado para pasar allí un mes, pero al ver a Abby tan feliz en aquel país, decidieron recorrerlo visitando Roma, Florencia y Venecia.

Tampoco estaba de más controlar sus haciendas, ya que él poseía residencias en los tres lugares. Aunque su administrador le tenía al tanto, se quedó más tranquilo al comprobar él mismo que todo estaba en orden.

—Abby, Rose te espera en tu alcoba —la informó.

Ella se levantó y miró el reloj.

—¡Ay, lo había olvidado! —se disculpó.

Él hizo un gesto restando importancia.

Habían sido invitados a la pedida de mano de una de las hijas del barón Treinton. Él hubiese preferido partir de inmediato a Escocia, pero Abby aceptó la invitación; sentía aprecio por la hija del barón y, además, sería la primera aparición pública como marido y mujer.

Dos horas más tarde, Abby se encontraba a pocos metros de la entrada de *Treinton House* esperando a Niall, que se había alejado para recuperar los guantes que se había dejado en el asiento del carruaje.

—Vaya, vaya, vaya. —La voz del vizconde Urrea le puso el bello de punta —. Tengo entendido que ya no sois *condesa*.

Abby inspiró con fuerza antes de darse la vuelta.

Urrea la recibió con una sonrisa petulante.

—Si queréis seguir respirando, os referiréis a *mi duquesa* con respeto —tronó la voz del duque, justo detrás del vizconde.

Urrea tembló, ¿se había casado? Él llevaba seis meses lejos de Londres y no le habían llegado noticias.

¡Maldito fuera el duque! Uno de sus planes era conseguir la dote de ella, y

ya que el marqués no había tenido a bien responderle concediendo su mano, había planeado pillarla en los jardines y comprometerla, asegurándose de esa manera la cuantiosa dote de Abby.

A Abby le aleteó el corazón, no por las palabras del petulante que tenía delante, sino por aquella posesión que mostró el duque en voz alta.

«Mi duquesa».

Sus ojos se encontraron con los del duque y este hizo a un lado al vizconde, sin importarle lo que estuviera diciendo; solo quería estar con su mujer, quien lo estaba mirando con tanta adoración y a quien podía leer a través de sus ojos.

«Tuya».

«Mía».

Dejando a Urrea con la palabra en la boca mientras se disculpaba, caminaron hasta la entrada, subieron las escaleras y esperaron a ser anunciados.

—Sus excelencias los duques de Hamilton.

El vizconde Urrea permaneció escondido, urdiendo un plan que pudiese satisfacer sus ansias de venganza.

Era una insana obsesión. Abby siempre había ganado ante él, pero esta vez lo iba a pagar muy caro.

Observó con atención a la pareja; tanto, que poco importó que hubiese casi doscientas personas más en aquel lugar.

Maldijo para sus adentros.

¡Todo echado a perder! ¿O no?

Sonrió al darse cuenta de que tenía ante él la posibilidad de lapidar aquella felicidad que tanto el duque como su esposa parecían gozar.

¿Cómo no se había dado cuenta antes? No había nada más infame para un hombre, que encontrar a su esposa con otro. Y lo mejor: la reputación de la nueva *duquesita* sería malograda.

No había podido casarse con ella pero bien podía destrozar aquel matrimonio.

Con su nuevo plan en mente, entró en la sala y buscó a un lacayo.

Abby sonreía junto a su amiga Penelope.

—Es el primer enlace que se celebra antes de empezar la temporada —comentó Penelope.

—Cuando el amor llega… —respondió Abby.

Penelope asintió con tristeza.

Su matrimonio se encontraba más lejos que cerca del amor. Buscó por la sala a su esposo; al encontrarlo, el corazón le palpitó. A pesar de todas las penas por las que estaban pasando, él siempre tenía ese poder sobre ella.

Abby, consciente de los sentimientos de su amiga, le apretó la mano con cariño.

—Todo se arreglará —aseguró convencida—. Veo cómo te mira; lo creas o no, sigue enamorado.

Penelope agradeció sus palabras dándole dos palmaditas en la mano.

—Lady Hamilton —interrumpió un lacayo—. Su esposo desea verla en la sala de música.

Abby entrecerró los ojos.

Asintió con la cabeza para que el hombre se retirase.

—Es extraño —reconoció en voz alta.

—¿Por qué?

—Niall nunca ha estado con anterioridad en esta casa —objetó—. ¿Por qué iba a pedirme acudir a una sala que seguramente estará cerrada y que él ni siquiera sabrá encontrar?

Penelope recordó una noche en la que Duncan también la solicitó en un lugar parecido.

Suspiró con nostalgia.

—¡Ay, Abby! —Se acercó a ella y susurró en su oído, para que nadie más las escuchara—: Tu esposo te está preparando una cita clandestina.

Abby abrió los ojos.

Se miraron y al final sonrieron.

—En ese caso, debo acudir de inmediato.

—Sí, antes de que la hija del barón nos traslade a la sala y nos deleite con el violín —bromeó Penelope, ya que si la muchacha en cuestión hubiese tenido que enamorar a su futuro marido a través de sus dotes musicales, el pobre incauto habría huido despavorido.

Abby, intentando disimular, se fue alejando mientras miraba en todas direcciones para escabullirse por detrás de las cortinas que separaban el salón de baile donde se celebraba el cortejo, de la intimidad de la casa del barón.

La oscuridad la envolvió.

El lacayo que le había dado el aviso del duque salió de una habitación con un candil en la mano para que lo siguiera.

Penelope, que se había quedado en el salón, se sorprendió al ver aparecer al lacayo minutos después, acercarse al vizconde Urrea y entregarle lo que parecía una llave, antes de alejarse.

Observó cómo el vizconde se acercaba a un grupo de damas y, por las expresiones de ellas, pudo suponer que se trataba de algún escándalo.

Negó con la cabeza. Estaba cansada de tantos chismorreos; no había un solo baile o fiesta en el que nadie saliese malparada, porque como siempre, la más perjudicada en un escándalo, bien fuese cierto o no, era la mujer.

Se dio la vuelta para avisar a Duncan de que tenía intención de marcharse. Al hacerlo, vio que estaba hablando con Niall.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo entero. No creía en los presentimientos, pero en esta ocasión…

Giró la cabeza con tanta habilidad, que de haberla observado alguien la habrían tachado de bruja; era casi imposible ladearla con tanta rapidez y salir ilesa, pero ella lo había conseguido.

El corrillo de damas con las que hablaba Urrea se dirigían con celeridad, unos pasos por detrás de él, en dirección al corredor por el que había desaparecido Abby.

«¡Dios Santo!»

Con premura, se acercó a Duncan y a su acompañante.

—Hamilton, ¿no habíais mandado recado a Abby de reunirse con vos en la sala de música? —preguntó con un tono alarmante, tanto, que el duque y Duncan se inquietaron.

—¿Qué sucede? —intervino Duncan, al ver que Hamilton buscaba a su esposa por la sala.

—¡Le han tendido una trampa! —se expresó furiosa—. Seguidme, no hay tiempo que perder.

Los dos hombres no comprendían nada, pero la siguieron cual ratones

hipnotizados por el flautista de Hamelin.

Penelope salió por una de las puertas que daban acceso al jardín exterior, se levantó las faldas y corrió. Con suerte llegarían a tiempo, ya que la sala de música estaba justo al final del corredor y por el jardín se adelantaba.

Al llegar se encontraron una estampa ante todo inusual; las puertas correderas que daban al jardín estaban franqueadas por un pañuelo cuyo nudo impedía que se pudiesen descorrer.

Hamilton comprendió lo que allí estaba sucediendo y con la rabia que se apoderó de él, rasgó aquel pañuelo como si se tratase de una simple hoja de papel.

Abby soltó un gritito, asustada, y se desplomó en el taburete delante del piano.

Nada más llegar a la sala de música, el lacayo cerró la puerta con llave tras salir, y cuando ella vio que la persona que estaba allí no era precisamente su marido, tembló.

El señor Boston levantó las manos en señal de rendición, anunciando que él no tenía nada que ver con todo aquello.

Justo en ese mismo instante, la puerta de la sala de música se abrió y se escucharon los grititos de varias damas en señal de consternación y escándalo.

—¡Lady Hamilton! —se expresó Urrea, cantarín—. ¿Por qué no me extraña encontrarla en una situación tan escandalosa? Encerrada con un hombre que no es su esposo. ¡Eso es inmoral!

Abby no sabía qué decir, se había quedado tan turbada que apenas le salían las palabras. Se sintió mareada, los nervios se apoderaron de su estómago, que se le revolvió.

—Hay dos cosas que no consiento —tronó la voz del duque de Hamilton.

Las mujeres, que ya estaban a punto de salir corriendo para dar parte del escándalo, se quedaron petrificadas al darse la vuelta y ver, justo detrás de ellas, al duque de Hamilton con una mirada heladora, a la duquesa de Whellingtton sentada en una de las butacas, justo en medio de su esposo, y al duque escocés.

El vizconde miró de soslayo la puerta de la terraza. Él personalmente se

había encargado de cerrarlas con su propio pañuelo para que Abby no pudiese escapar y, de una vez por todas, acabar con su reputación.

—Detesto que se interrumpa a mi esposa cuando me está deleitando con una pieza musical —sentenció el duque, para que todos creyesen que por eso estaban allí—. Y por descontado, que se refieran a mi duquesa con tan poco respeto. Más, cuando han intentado ensuciar su intachable reputación delante de todas estas personas.

Abby se temió lo peor. La ofensa de Urrea podría acabar en un duelo al alba.

El miedo se vio reflejado en sus ojos tanto, que el temor llegó incluso a sentirlo Niall.

Urrea merecía que él lo retara, pero la aflicción de su mujer fue más poderosa, por lo que pensando con frialdad, algo a lo que solía estar acostumbrado, se dio cuenta de que él no tenía necesidad de poner en riesgo su vida; era duque.

—Desde este instante os acabáis de enemistar con el ducado de Hamilton.

—¡Ohh…! —Se escucharon unas cuantas voces femeninas en la sala.

—Por descontado, también con los ducados de Whellingtton y Kennt —reconoció Duncan.

Penelope sintió un ramalazo de orgullo al escuchar aquella afirmación por parte de su esposo. Daban la espalda a Urrea y, por descontado, a todos aquellos que tuviesen a bien brindar amistad al vizconde.

—¡Ohhh….! —esta vez exclamó prácticamente toda la gente que estaba allí.

El barón tragó saliva. Estaban en su casa, era el anfitrión y como tal, debía mostrar lealtad a uno u otros.

—Urrea, debe abandonar la fiesta —se pronunció el barón—. Ya no es bienvenido en *Treinton House*.

Urrea miró a todos. Al comprobar que las mujeres que lo habían acompañado con las mismas ansias de despellejar a la duquesa como tenía él, se daban la vuelta, ignorándolo como si fuese poco menos que un perro sarnoso, se dio cuenta de que una vez más, Abby le había vencido. Y esta vez con una estocada casi mortal, pues con las deudas que arrastraba, a partir de ese momento tendría pocas posibilidades de conseguir una buena dote; nadie

querría enemistarse con dos duques.

Urrea apretó los dientes y, con la poca dignidad que le quedaba, salió dando codazos, pues nadie se apartó para dejarle paso.

Hamilton continuaba con los ojos clavados en Abby.

—No tendré piedad con la próxima persona que intente dañar la reputación de mi esposa —anunció delante de toda la alta sociedad—. Bien sea hombre o mujer.

La amenaza quedó bien entendida. Y la verdad, las mismas mujeres que minutos antes deseaban ver caer en desgracia a la duquesa, temblaron; el duque tenía el poder suficiente para acatar su voluntad y destrozar la vida de cualquiera de ellas.

Penelope, que había permanecido en segundo plano observando a todo el mundo, se asqueó al ver que muchas de las mujeres presentes habrían disfrutado destrozando a su mejor amiga y, además, se habrían regocijado rompiendo un matrimonio, tan solo por diversión.

Se puso en pie y se alisó las faldas.

—Treinton, nos congratula vuestra decisión —se expresó con voz serena. Después, hizo un barrido a las mujeres que habían entrado con Urrea y añadió—: Señoras, le deben una disculpa a lady Hamilton.

Las aludidas agrandaron los ojos. La exigencia de la duquesa era inaceptable, pero eso a Penelope no le importaba, pues daba a entender que si no lo hacían, se enemistarían con sus ducados tal cual había sucedido con Urrea.

Hamilton comprendió por qué Abby sentía tanto aprecio por Penelope; era una buena amiga, la mejor.

No tenía necesidad de enemistarse con nadie, pero ahí estaba, defendiendo a Abby porque lo merecía.

El conde de Harrid apretó a su mujer del brazo y la empujó para que fuese la primera en pedir perdón. No se enemistaría con los duques de Hamilton y Whellingtton.

Abby, haciendo un esfuerzo sobrehumano, se puso en pie. No tenía fuerzas, estaba tan angustiada que no estaba segura de acabar desfalleciéndose.

Una a una se disculpó y fueron abandonando la sala.

Hamilton tenía la imperiosa necesidad de sacar a su mujer de aquel lugar.

Duncan, que había pensado en ello mientras las damas pedían disculpas, ya había avisado de que tuviesen preparados los carruajes de ambos.

Niall le ofreció a Abby su brazo.

Ella lo enlazó con el suyo.

Duncan y Penelope los imitaron.

Y así, las dos parejas, con las cabezas bien altas, recorrieron el largo pasillo que los llevaría hasta el salón principal, donde la fiesta continuaba.

Al llegar allí, la gente se hizo a un lado para dejar paso. El chisme había corrido como la pólvora, no había una sola persona que no estuviese al tanto de lo acontecido.

Abby montó en el carruaje.

Niall tardó un poco más, se estaba despidiendo de Duncan y Penelope.

En cuanto montó y vio la palidez de su mujer y su estado de aflicción, con la mirada perdida, se pronunció:

—Abby, mírame —habló con voz calmada.

Ella obedeció y las lágrimas se le agolparon en los ojos.

El duque alargó los brazos y cogió a su mujer, instándola a sentarse en su regazo.

—Nunca más volverá a molestarte —aseguró.

Abby, que tenía la cabeza apoyada en el hombro de él, por fin rompió el silencio:

—Estaba tan asustada —confesó—. Cuando el lacayo cerró con llave y tú no estabas allí… —Se angustió al recordarlo—. El señor Boston intentó abrir las puertas correderas pero estaban atascadas.

—Ya está —consoló—. Ya nadie volverá a intentar hacerte daño.

Ella negó con la cabeza.

—No me importaba el escándalo —aclaró con las lágrimas rodando por su mejillas—. Tan solo me destrozaba que tú no me creyeses.

Niall se emocionó.

—Abby…

Ella lo interrumpió:

—No podía soportar la idea de que retaras a Urrea —sollozó tan emotiva que Niall sintió que cualquier coraza que pudiese quedar en su interior, se evaporaba de su ser—. Niall…

Se quedó callada por un segundo.

Atrapó la mano de él, la que estaba acariciándole las mejillas para limpiar sus lágrimas, y se la llevó a su vientre.

—Niall… —repitió—. Tu hijo y yo te necesitamos vivo.

El duque se quedó paralizado.

¿Qué había dicho? ¿Su hijo?

Abby no esperaba dar la noticia de aquella manera tan… De hecho, esa misma mañana mientras almorzaba en *Stanford House* junto a sus padres, su hermana Sophie y su amiga Penelope, se había sentido desfallecida. El marqués mandó aviso al doctor y este corroboró su estado de buena esperanza. Ella pidió a todos que le guardasen el secreto, quería sorprender a Niall con tan grata noticia en cuanto llegasen a *Great Castle*.

Y ese había sido su mayor temor esa noche.

No le importaba salir en la portada de los panfletos de chismes como la estrella del escándalo. Eso le daba igual. Tan solo necesitaba que Niall la creyese, porque no habría soportado su rechazo, más cuando un bebé crecía en su interior. Lo único que deseaba era ser feliz, y esa felicidad tenía un principio y un fin: Niall.

—Has… Has… ¿Has dicho un hijo? —titubeó, emocionado.

Abby asintió lentamente.

¿Podía existir mejor madre para sus hijos? No, desde luego que no. Y si le hubiese quedado algún resquicio de duda al respecto, esa noche ella la había disipado de un plumazo.

Una vez más, Abby podría haberse jactado ante las disculpas de todas aquellas mujeres. Y podría haberse sentido satisfecha regocijándose por la humillación de verlas a todas con las mejillas encarnadas y contrariadas ante ella, pero Abby no era así. Ella no se había rebajado a la mezquindad de todos los que la habían intentado humillar durante años, porque ella se diferenciaba por su bondad y su personalidad. Podía gustar o no, pero era fiel a sus principios y en ellos jamás entraba la venganza o la superioridad, menos si con eso se disfrutaba viendo humillados a los demás. Sí, su mujer les había

dado una vez más una gran lección de *humildad*; ella era poderosa pero no se mostraba como tal, pues no tenía necesidad.

—Dios, Abby, no se puede ser más feliz —reconoció, pegando sus labios a los de ella.

En cuanto sus labios se separaron, Abby, con el corazón en la mano, pronunció tres palabras que marcaron a fuego a Niall.

—Llévanos a casa.

El duque golpeó dos veces, dando la orden al cochero para que los llevase a *Bain Manor*.

Abby acunó el rostro de él, no la había entendido bien.

—A nuestro hogar, Niall —repitió con una sonrisa en los labios—. Llévanos a *Great Castle*.

Hamilton la abrazó con fuerza. Que ella hubiese elegido *Great Castle* como su único hogar cuando podía haber elegido entre multitud de propiedades, le llegó al corazón.

Aunque para él su hogar era Abby. Donde ella estuviese, él se sentiría en casa.

Capítulo XLIX

La felicidad en ocasiones parece efímera

Llevaban una semana en su hogar, *Great Castle,* y el duque, a pesar de que hacía mucho frío, había planeado sorprender a Abby.

Ya no había obstáculos para él y no había nada que le impidiera amar a su mujer. No podía creer lo equivocado y estúpido que había sido al intentar alejarse de ella. Ahora lo tenía claro, su felicidad tenía un nombre: Abby.

—¿Qué te propones? —preguntó la duquesa, riéndose.

—Ya lo verás —respondió Hamilton, antes de besarla en la frente.

Abby suspiró y se aferró con fuerza al cuello de su marido. Daba igual dónde la llevase o lo que pretendiese, era feliz. Niall la había rodeado por detrás, la había besado en la sien con dulzura, y cuando ella se había dado la vuelta para corresponder a su caricia, la había sorprendido cubriéndole los ojos con un pañuelo de seda, instándola a confiar en él y a dejarse llevar.

Y ahí estaba ella, en sus brazos, notando el suave aliento de su boca en su mejilla mientras bajaban las escaleras.

Al salir al exterior, notó el frío y se estremeció.

Niall se dio cuenta y susurró en su oído:

—Te prometo que enseguida entrarás en calor.

Esa voz sensual prometía más de lo que dejaba intuir.

En cuanto Niall se agachó para que ella pusiese los pies en el suelo, la abrazó con fuerza.

—¿Preparada?

Abby asintió.

Niall le quitó el pañuelo.

Ella agrandó los ojos y se llevó las manos a la boca para no gritar.

Él se sintió pletórico.

Abby parpadeó. No podía creer que él hubiese orquestado aquella locura, más que nada porque para ello había implicado a varios lacayos, haciéndoles partícipes de un momento tan íntimo. Parecía mentira que a él, el duque de hielo, no le importase que todo el mundo supiese lo que estaban a punto de hacer allí.

—¿Sorprendida?

Ella asintió con energía.

Él empezó a acariciarle la espalda.

—Hubiese preferido hacer esto en verano —se disculpó—. Pero para esa fecha tú estarás ya en un estado de gestación avanzado.

A ella el corazón se le desbocó.

—No obstante —pronunció seductor—, te he prometido que entrarías en calor —Lamió el cuello de Abby—, y yo nunca falto a mi palabra.

Ella estaba convencida de ello.

—No podía esperar más para hacerte el amor a la luz de la luna y tener como testigo a todas las estrellas.

Abby sintió un calor sofocante cuando las manos de Niall se colaron por debajo de su capa y rozaron sus pezones.

Aquello era demasiado hermoso. Parecía un sueño.

Había colocado una cama en medio del mirador, rodeada de docenas de candiles para aportar calidez al lugar.

Iba a hacer el amor en plena noche, al aire libre, mirando las estrellas.

—Oh, Niall —se expresó con ensoñación—. Hazme tuya.

Él sonrió al escuchar aquella voz tan anhelante.

La acarició sin demora.

Mientras sus bocas desesperadas se devoraban la una a la otra, Niall desgarró el camisón de Abby a la altura de los hombros, consiguiendo que la prenda cayera al suelo sin quitarle la capa.

La ferocidad de aquel arrebato excitó a Abby, que ardió de deseo y así se lo hizo saber a su marido cuando sus manos se introdujeron en el pantalón de él, buscando aquel miembro grande que tanto le hacía gozar.

Cuando él notó la mano fría de Abby en su pene, gruñó desesperado. Jamás imaginó que un contacto tan helado en su erección, fuese a producirle tanto placer; pero sí, en lugar de venirse abajo, tuvo el efecto contrario: se empalmó con más intensidad.

—Abby… —musitó.

—Shhhh —lo acalló ella, dándole un beso voraz—. Déjame a mí.

No estaba seguro de poder permanecer derecho durante mucho rato si ella continuaba acariciándole de esa manera tan… tan… tan gloriosa.

Y no estaba equivocado, se tuvo que apoyar de espaldas en una de las columnas de piedra.

Abby se lamió los labios, sintiéndose poderosa ante la reacción de él.

—Me vas a matar —aseguró Niall.

Ella sonrió con tanta seducción, que él tembló.

Las manos de Abby se volvieron expertas, como si hubiese pasado toda la vida desvistiendo a hombres.

Y para cuando Niall se percató de su entera desnudez, poco le importaba el frío de la noche.

La imagen de Abby, sonrojada, con el cabello suelto, relamiéndose los labios y vestida con tan solo una capa roja mientras su mano se encargaba de masturbarlo, era más de lo que un hombre podía soportar.

«¡Cielo Santo!», se expresó interiormente, pues no tenía fuerza para hablar en voz alta. Sí se podía soportar más, ya lo creía que sí, pues su mujer, totalmente entregada a la pasión y el deseo, estaba trazando besos por todo su torso, bajando poco a poco hacia su epicentro.

—Abby…

—No voy a parar, Niall —aseguró jadeante y deseosa de llegar a su hombría. Poco le importaba si eso estaba bien visto o no, ella lo deseaba y no permitiría que nada se lo prohibiera—. Voy a saborearte.

Él tuvo que cerrar los ojos y sujetarse con fuerza para no caer en el instante en que la caliente boca de ella tocaba su glande con posesión.

Ni en sus mejores sueños había imaginado esa entrega plena de Abby, y por Dios que lo había anhelado con todo su ser. Pero aquello era superior a todo cuanto había soñado y deseado.

Ya no podía más, estaba a punto de estallar; agarró a Abby por las axilas y la aupó. Ella se abrazó a él por el cuello y le rodeó con las piernas.

Niall, que estaba tan excitado como un animal salvaje, la llevó hasta la baranda y la dejó allí sentada; no tenía tiempo de acercarla hasta la cama. Con premura se ensartó en ella, haciéndola gemir con su primer embiste.

Sin apartar sus miradas el uno del otro, con cada embestida se hablaron. Cada estocada era un sueño, un anhelo, una promesa, un recuerdo, una ilusión y, sobre todo, un futuro; un futuro lleno de esperanza.

Sincronizados y sin pretenderlo ni esperarlo, llegaron al clímax al unísono.

Exhaustos, se quedaron allí, abrazados y en silencio.

Niall con la cabeza enterrada en el cuello de Abby.

Ella con su cabeza apoyada en el pelo de él.

Ambos intentando controlar sus respiraciones.

El primero en reponerse fue el duque; sujetó a su mujer con fuerza y la llevó hasta la cama, donde la metió bajo las mantas y le quitó la capa. La lanzó al suelo sin miramiento y se tumbó a su lado. La rodeó con su brazo y repartió cientos de besos por su rostro.

Cuando Abby pudo controlar su cuerpo, abrió los ojos y le regaló su mejor sonrisa: el mohín perfecto de una mujer enamorada.

***

Después de tantos años de silencio en *Great Castle*, las risas de los duques últimamente inundaban las salas, contagiando de felicidad y alegría a los sirvientes, que aplaudían interiormente la gran elección del duque al escoger a lady Abby como señora del castillo.

La señora Mayes adoraba a la duquesa. De haber tenido una hija le hubiese encantado que fuese como ella. En tan poco tiempo le había tomado tanto cariño, que no dudaría en dar la vida por su señora si la necesitara.

—¡Señora Mayes! —gritó Abby, al verla pasar por el corredor.

El ama de llaves entró en la sala turquesa, donde los duques mantenían una conversación animada, pues los había escuchado reír al pasar.

—¿Lady Abby?

Niall ya se había acostumbrado a que el mayordomo, el ama de llaves y su doncella personal la tratasen con tanta familiaridad. No le parecía mal, aunque al principio le costó asimilarlo, ya que su posición de duquesa exigía un mayor grado de austeridad. Pero una vez más, Abby había conseguido encandilar tanto a los sirvientes como a él para salirse con la suya.

—Verá, tenemos una pequeña desavenencia —comentó Abby con naturalidad, tocándose la abultada barriga, puesto que ya estaba en su sexto mes de gestación—. Y su presencia en este instante es prodigiosa —argumentó—. ¿Qué nombre le gusta más, Tabitha o Ashlyn?

La mujer no supo qué responder, aunque antes debería encontrar el aliento; integrarla en una conversación tan personal y tan decisiva era cuanto menos *inaudito*.

Abby le sonrió con naturalidad, esperando su respuesta sin mostrar diferencia entre ellas, como si una no fuese la gran duquesa y la otra una simple ama de llaves.

Tragó saliva al escuchar el carraspeo del duque, seguramente la amonestaría por entrometerse, aunque en realidad hubiese sido la duquesa quien la había hecho partícipe.

—Ejem… —carraspeó Niall—. Quizá le ayudaría a decidirse si supiese el significado de los nombres.

¡Atónita! Así se quedó la mujer.

—Es posible —atinó a decir.

El duque sonrió e hizo un gesto vencedor ante su esposa.

—Ah, no, no, eso no es justo —le reprendió Abby a su esposo por intentar salirse con la suya—. Señora Mayes, mi esposo intenta manipularla —dijo señalando al duque con un dedo en señal de protesta.

El duque sonrió travieso y se encogió de hombros ante el ama de llaves.

La mujer parpadeó, y dio gracias al buen Dios por haber escuchado sus plegarias.

El duque era un hombre feliz y, además, había dejado apartada su frialdad.

—Debo decir que ambos nombres son hermosos —reconoció la mujer, honesta. Pero ella tenía sangre tanto irlandesa como escocesa por lo que, consciente del significado de uno de los nombres y sabedora de que sería el elegido por el duque, ya que significaba «sueño», se pronunció—. Ashlyn me gusta más.

El duque se puso en pie y se situó justo al lado de la señora Mayes.

—Dos contra uno, Abby —declaró, sintiéndose ganador—. Si das a luz una niña, se llamará Yvaine Ashlyn Bain —sentenció orgulloso. Todavía no había nacido y ya amaba a esa criatura.

—En ese caso nacerá varón —protestó Abby—. Y además, será idéntico a mí.

Niall se llevó las manos al pecho.

Se giró y salió de la sala. Desde el corredor, levantando las manos al cielo gritó para que Abby lo escuchara:

—¡Buen Dios, escucha a mi esposa y concede sus deseos! —se carcajeó

—. Kylian Wesley Bain, marqués de Trent, futuro duque de Hamilton.

Abby negó con la cabeza.

—No puedo con este hombre.

La señora Mayes sonrió plena.

—Oh, milady, creedme, sí podéis —comentó—. Sois la única para él, y la única que ha podido con él.

Y se marchó, dejando a Abby sonriente por aquella confesión.

***

El duque llevaba una semana alejado de *Great Castle*; había tenido que viajar hasta Londres sin Abby. La idea no le gustó, pero teniendo en cuenta que ella ya había cumplido su séptimo mes de gestación, un viaje tan largo no le haría ningún bien.

Y tampoco pudo negarse, pues el mismo regente le había mandado una misiva para presentarse ante él.

No había nada más exasperante que pasar una semana alejado de su hogar, por la mala cabeza del príncipe de Gales, quien se había endeudado… una vez más.

Ese hombre no tenía cabeza. El duque no podía creer que hubiese dilapidado el dinero que obtuvo al alcanzar su mayoría de edad. Recibió nada menos que la friolera cantidad de sesenta mil libras por parte del Parlamento, más una renta anual de cincuenta mil por parte de su padre. Y el muy descerebrado tuvo la osadía de casarse con una mujer viuda ¡católica!, por lo que ese matrimonio se consideró ilegal. Como era de esperar, taparon el escándalo bajo coste que salió de las arcas de los nobles. Después de eso, no aprendió la lección, pues años más tarde el Parlamento tuvo que donarle ciento sesenta y una mil libras más para rebajar sus deudas, además de un extra de veinte mil para adecuar *Carlton House*, su residencia habitual, y un aumento de diez mil libras de la renta de su padre. El duque pensó que los despilfarros y escándalos de Prinny quedarían en el olvido, pero se equivocó, pues con los años tuvieron que volver a invertir sesenta y cinco mil más anuales, hasta que hacía catorce años, se consiguió liquidar por completo las deudas. Hamilton creía que al convertirse en regente se centraría y se convertiría en un príncipe ejemplar, digno del Gran Imperio… pues no. Con ese afán de convertirse en el gran mecenas de las artes y remodelar todas las propiedades que pertenecían a la corona, los iba a arrastrar a todos al abismo.

Cierto que tenía un encanto para engatusar a todos, pues nadie negaría que era con diferencia el monarca más ilustrado. Aun así, llevaría a la ruina a todos.

Cada vez que lo pensaba se le contraía el estómago, el futuro con el próximo monarca era incierto. Negó con la cabeza, para desechar esos pensamientos, ahora solo tenía que pensar en su mujer, que estaría esperándolo con los brazos abiertos.

Entró en *Great Castle* y lo primero que hizo fue preguntar por Abby.

—William, avisad a mi esposa —pronunció al tiempo que entregaba su abrigo a un lacayo.

—Excelencia, debo hablar con usted… —dijo el mayordomo en voz baja.

—Ahora no, primero quiero saludar a Abby.

El mayordomo hizo un gesto al lacayo para que se alejara de inmediato.

—Insisto, Excelencia —reiteró—. Debo hablaros en privado —añadió para que él le prestase atención—. Es sobre lady Abby.

Niall notó la premura en su voz.

Con un movimiento de cabeza, le instó a entrar en la sala más cercana, la de visitas.

Una vez dentro, el mayordomo, sin tiempo que perder, se pronunció cauto:

—Esta mañana lady Abby… —Se quedó callado, no sabía cómo continuar.

—Apremiad —ordenó Niall.

—Se marchó en un carruaje.

¿Qué significaba eso?

—Vuestra explicación no me está resultando muy concluyente —lo reprendió el duque, ya que aquello no tenía ningún sentido.

—Un carruaje del que desconozco la identidad del propietario paró junto a lady Abby, que había salido a pasear —Tragó saliva—. Entonces se apeó un hombre de él, y lady Abby… ella…

Niall estaba agotado y aquella historia sin concluir le estaba alterando más de lo que William podría imaginar.

—¿Qué, William? —alzó la voz.

—Se abrazó al hombre y se montó en el carruaje.

Niall sintió que las piernas le flaqueaban.

—¿Dónde está mi mujer? —indagó en un hilo de voz.

—No lo sé, Excelencia —reconoció con pesar—. Se alejaron a gran velocidad.

Niall se quedó paralizado.

Una imagen del pasado se cruzó por su mente: su madre subiéndose al carruaje sin mirar atrás, sin despedirse de él, ni de su padre, ni de nadie… Huyendo.

—Retiraos.

El mayordomo se alejó sin mirar atrás. No podía seguir mirando aquellos ojos llenos de rabia, de pesar y frialdad.

Nada más cerrarse la puerta, Niall se desdobló; tuvo que apoyarse en el sofá que tenían para las visitas.

Intentó respirar, pues le faltaba el aire.

¿Abby se había marchado? ¿Lo había abandonado como hizo su madre?

Durante casi una hora permaneció allí, incapaz de moverse.

En cuanto su mente aceptó lo ocurrido, se irguió. Salió de la sala de visitas y se dirigió a la sala familiar.

Un lacayo le abrió la puerta y él le hizo un gesto para que se alejara, no quería a nadie cerca.

El hombre cerró y cumplió la orden.

Niall se sentó delante del retrato de su padre.

Se levantó de nuevo, fue directo a la licorera y se sirvió un vaso de *whisky* él mismo. De un solo trago se lo bebió. Repitió una segunda vez y optó por dejar el vaso en su lugar. ¿Para qué perder el tiempo? Bebió directamente de la botella.

Se volvió a sentar con la botella en la mano.

«Si no quieres acabar como yo, no te cases por amor», esa fue la advertencia que su padre le hizo.

—Pues aquí estoy. —Alzó la botella en señal de brindis—. A punto de convertirme en un despojo humano.

Capítulo L

Si a una dama conoces de verdad, nunca te estafarán

Abby no se permitió el lujo de llorar delante de aquel maleante. ¡Faltaría más!

Tembló al pensar en Niall cuando recibiese el aviso de que su esposa había desaparecido, pero estaba convencida de que en cuanto se percatasen de su larga ausencia, todos saldrían a buscarla, y al no encontrarla darían aviso a las autoridades.

¿Cómo podía haber caído en la trampa? Claro que, ¿cómo iba ella a pensar que alguien pudiese tener tanta maldad?

Cerró los ojos y recordó lo ocurrido. Estaba paseando por los alrededores del castillo cuando un carruaje paró justo delante de ella. Un hombre bien vestido de unos treinta años se apeó, y mostrando nerviosismo, la llamó:

—¿Lady Hamilton?

Ella asintió con la cabeza.

—Milady, debe acompañarnos —apremió—. El duque ha sufrido un accidente en la cantera.

Ella se quedó sin aliento, le flaquearon las piernas y el hombre, con rapidez, la sostuvo de los codos.

—Está muy grave, milady.

Ella se derrumbó y el hombre la abrazó para infundirle ánimo, o eso pensaba ella. Ahora ya no, pero en aquel momento no se dio cuenta de lo impropio que era su comportamiento. Solo supo reaccionar de una manera: subiéndose al carruaje que la llevaría junto a su marido.

En cuanto tomaron la dirección contraria a las canteras, ella se expresó:

—¡Habéis tomado un camino equivocado!

El hombre se carcajeó.

—Ah, así sería si os llevásemos a las canteras —se burló de ella—. Pero vuestro destino está algo más lejos.

El carruaje paró y otro hombre entró; este se bajó y tomó el asiento del cochero.

Abby abrió los ojos, intentando calmar su corazón agitado.

—Supongo que sabe que el secuestro de una duquesa está penado con la horca, ¿verdad?

El secuestrador, un hombre de entrada edad, cabello sucio canoso y barriga de tonel de whisky, se inquietó; un gesto que no pasó desapercibido a Abby. Igual no estaba todo perdido.

—Si me encuentro aquí es porque alguien le ha encargado mi secuestro —razonó ella con toda lógica—. Podemos llegar a un acuerdo, le doblo el precio acordado.

El hombre se quedó pensativo.

Abby aguantó el tipo sin mostrar su malestar, aunque no solo estaba asustada; aquellos baches le estaban provocando un malestar mayor, su futuro hijo estaba en peligro.

—Señor —rogó—, en mi estado no es apropiado viajar. Os suplico que paréis de inmediato; os pagaré el triple si es necesario.

—No —sentenció el secuestrador, mostrando sus dientes mellados.

—Entonces acabaréis ahorcados —vaticinó Abby.

—No podrán hacerlo, nadie sabe que la hemos secuestrado —anunció con petulancia—. De hecho, a los ojos del mayordomo de su castillo, usted ha abandonado a su señor.

Abby parpadeó.

—Sí, palomita, sí —la intimidó—. Fuimos precavidos, pagamos a un zagal para que hiciese salir al mayordomo y viese con sus propios ojos la escena.

Abby hizo un gesto que él reconoció de inmediato.

—¡Harry, para, para! —gritó a su compañero.

Abby no pudo esperar a que cumpliera la orden, abrió la puerta y, en marcha, arrojó todo el desayuno que había ingerido esa mañana.

Fue pensar en la escena que el mayordomo habría visto y se temió lo peor.

Niall pensaría que ella lo había abandonado, igual que hizo su madre.

Se le revolvió el estómago hasta las entrañas.

***

Nadie comprendía qué estaba pasando en *Great Castle*, tan solo sabían que la señora no estaba y que el duque llevaba horas encerrado en la sala

familiar.

Niall se había tumbado en el suelo y desde allí miraba los retratos de sus ancestros.

Se lamentó al darse cuenta de que la última duquesa retratada en la sala era su madre; faltaba Abby.

Se incorporó, quedándose sentado, con la vista clavada en su madre.

La observó durante un buen rato y algo dentro de él se removió.

Se puso en pie y se acercó al retrato.

—Ella no es como tú —defendió a Abby, sin saber por qué; tan solo sabía que no podía permitir que se las comparara.

Nada tenía sentido, pues sus recuerdos junto a Abby eran felices, llenos de sonrisas… Era como si alguien estuviese burlándose de él.

Abby no era una mujer mentirosa. Tampoco había dado muestras de estar interesada en otro hombre, entonces… ¿Por qué se había marchado con otro?

Tragó con dificultad, pues su mundo sin Abby estaba vacío.

Unos rasguños en la puerta alertaron al duque.

Movido por el cabreo que llevaba por ser importunado, abrió la puerta con tanta fuerza que por poco la saca del quicio.

Lord Virgilio entró sollozando, como si estuviese lloriqueando por la ausencia de Abby.

Niall se agachó y acarició al animal, que debía de sentirse tan desamparado como él en ese instante.

Y entonces abrió los ojos, como si hubiese descubierto…

Se acercó al tirador y empezó a llamar con tanta insistencia que la campanilla retumbó por todas partes en el castillo.

Se acercó de nuevo al retrato de su madre.

—Ella tiene alma, ¡no es como tú! —sentenció con el corazón agitado.

Necesitaba obtener todos los datos posibles. Abby no podía abandonarlo, no cuando esperaban un hijo. Ella jamás permitiría que su hijo se viese mancillado por un escándalo.

Su mujer era una dama con corazón y con mucha bondad, jamás haría daño a su hijo. Eso era imposible para ella; solo las mujeres sin alma podían dañar con tanta maldad.

Y estaba convencido de que algo malo le había pasado, porque Abby no se marcharía de *Great Castle* sin Lord Virgilio.

El mayordomo entró y el duque se apresuró en las preguntas.

—¿Cómo era el carruaje? ¿Cuántos hombres había? ¿Ella lo abrazó o fue él quien lo hizo?

—Era un landó —aseguró William porque se había fijado en que tenía capota para cubrir a los ocupantes—. Tirado por cuatro caballos.

Niall se quedó pensativo.

Quien estuviese con Abby era un hombre pudiente; poca gente se podía permitir tener coches tirados por cuatro caballos en los tiempos que corrían. La guerra había hecho estragos en familias incluso de la más alta sociedad.

—Hombres solo vi a dos: el cochero y el que bajó del carruaje.

Después de repasar la historia tres veces, el mayordomo se quedó pensativo.

—Esperad, hay algo que se me había pasado por alto —reconoció el hombre, encontrando sentido ahora—. Un joven del pueblo se interesó por mí.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Pues no lo sé, pero esta mañana no le di importancia —recordó—. Pidió explícitamente que yo le atendiera, que tenía algo que contarme de vital importancia.

—¿Y?

—No dejaba de mirar hacia atrás, como si estuviese esperando a alguien. Además, estaba nervioso y al final no me dijo nada significativo, tan solo se ofreció como mozo de cuadras —explicó, rememorando el momento—. Cuando el landó llegó hasta lady Abby, él dejó de hablar, como si quisiera que yo prestase toda mi atención en la señora.

Los dos se miraron, llegando a la misma conclusión.

—¡Dios, William! —se expresó el duque, preso del pánico y a la vez aliviado—. ¡La han secuestrado!

El hombre se sintió culpable por no haber salvado a su señora.

El duque miró a su mayordomo.

—La encontraré, William —le aseguró—. La traeré de vuelta a casa.

—¿Qué puedo hacer, Excelencia?

—Ordenad que preparen a *Relámpago*, hoy la velocidad es imperiosa —comentó, convencido de sus palabras—. Y no contéis nada a nadie.

—Jamás saldría de mi boca palabra alguna en contra de mi señora.

El duque estaba convencido de que William, incluso pensando que Abby había escapado con un amante, sería incapaz de mancillar su nombre.

Niall subió a su alcoba, donde Otto lo estaba esperando.

—Mi traje de montar.

El hombre se apresuró, la impaciencia del duque dejaba a las claras que no podían perder el tiempo.

En cuanto Niall llegó a las cuadras, el mayordomo se acercó hasta él.

—Excelencia, tomad.

Alargó el brazo y le entregó un arma envuelta en un pañuelo.

Niall lo miró.

—Traedla a casa —imploró.

El duque tomó el arma y la metió en las alforjas.

—Lo haré, William —aseguró con rotundidad.

***

Abby respiraba con dificultad, no se encontraba bien. Los maleantes apenas la habían dejado apearse del carruaje en seis ocasiones, y ya llevaban tres días de camino.

Desde luego, lo tenían muy bien planeado todo. Mientras uno dormía o comía, el otro se ocupaba de tirar de los caballos. Solo habían parado seis veces para cambiar los animales.

Si el dolor físico era casi insoportable, el dolor mental era más turbador.

No podía dejar de pensar en Niall. No era justo que la vida le golpeara de esa manera.

Recordó cuando una noche, después de hacer el amor, él le narró cómo su madre se había marchado y le confesó el dolor y la pena que lo embargó.

También le reveló que lo que jamás podría perdonar a su madre, era que por su culpa perdió al hombre que tanto admiraba: su padre.

¿Y ahora Niall pensaría que ella se había escapado con otro hombre? No

podía creerlo, menos cuando llevaba en su interior un hijo de él.

«Buen Dios, ayúdanos», rogó en silencio.

—¡Ah! —gritó Abby cuando el landó pilló un bache—. Harry —utilizó el nombre de uno de sus secuestradores; por lo menos sabía que se llamaban Harry y Michael—. Debe parar de inmediato.

Él la miró de soslayo.

—No me encuentro bien —reconoció en voz alta—. Por si no se ha dado cuenta, estoy embarazada.

El hombre se apiadó de ella. Estaba muy pálida, demasiado, y su aspecto dejaba constancia de que decía la verdad. Dio un par de golpes para que Michael parase y ella pudiese bajar a estirar las piernas o a hacer lo que toda persona necesitaba cuando había una llamada de la naturaleza.

—¿Qué pasa? —indagó el hombre mellado.

—La duquesa necesita bajar —anunció.

—Eso nos retrasará, las paradas estaban establecidas —se quejó Michael.

—Solo es un momento.

—Está bien, que se dé prisa, nos queda todavía mucho por recorrer.

Abby bajó del carruaje y tuvo que apoyarse en la puerta porque un dolor en su vientre casi la parte en dos.

—¿Qué hace? —protestó Harry, pensando que ella fingía para retrasarlos.

—No… no me… encuentro bien —fue todo lo que atinó a decir antes de desmayarse.

Harry estuvo rápido, la sostuvo antes de que tocara el suelo.

—¡Maldición, Michael, con esto no contábamos!

El mellado apretó los labios.

—Métela de nuevo —ordenó Michael—. Aprovechemos para adelantar mientras no habla.

—Esto no entraba en el acuerdo —se molestó Harry por que nadie les hubiese dicho que la mujer estaba embarazada.

—No te preocupes, tendrá que pagarnos más.

Harry no estaba muy convencido.

—Por su bien, y sobre todo por el nuestro, que así sea —deseó—. Porque

nos estamos jugando la horca.

—Todo saldrá bien —aseguró Michael—. Es un buen negocio: llevar a la duquesa a cambio de este landó y cuatro caballos. En un año seremos ricos.

—Ya no sé si es tan buen trato —reconoció—. Los caballos cuestan mucho de alimentar.

—Sí, pero también entra en el trato la alimentación de los jamelgos durante un año.

Capítulo LI

La venganza que ha nacido de una obsesión, maltrecha vidas sin compasión

Si alguien le hubiese dicho que él, el duque de Hamilton, se vería aporreando una puerta, se hubiese reído. Pero ahí estaba, golpeando con todas sus fuerzas la aldaba de *Stanford House* a las cuatro de la madrugada.

Estaba agotado.

El mayordomo abrió y agrandó los ojos.

No era para menos ver al duque con barba de varios días, desaliñado, y seguramente maloliente; no era de esperar.

—Avise al marqués —ordenó, sin más.

No necesitó acatar el mandado, pues Phillip llegó hasta ellos, con el pelo despeinado y en bata.

Cuando escuchó los golpes se alteró, y al mirar por la ventana y ver al marido de su hija no necesitó más.

—Stanford, tenemos que hablar —dijo, sin dar opción a réplica, y caminó con decisión, como si aquel lugar le perteneciera, hasta que llegó al despacho del marqués.

—¿Qué sucede?

—Han secuestrado a Abby.

El marqués se sentó en la mesa, o más bien, se tambaleó hacia atrás hasta llegar a ella.

Hamilton le puso al corriente de lo sucedido.

—¿Quién puede tener tanta maldad? —preguntó para sí mismo, pero Niall le escuchó.

—Eso es lo que tengo que averiguar.

Había seguido la pista del landó hasta llegar a Londres, pero allí le perdió el rastro.

—Es que no puedo encontrar una sola persona que quisiese hacerle daño a Abby —reconoció el marqués—. ¿Quién podría odiarla tanto?

Niall golpeó la mesa.

—¡Urrea! —bramó—. Debí matarlo en su día.

El marqués pidió calma con la mano. A él también le habría gustado hacerlo, pero su hija necesitaba un marido a su lado, no uno preso o con la

respetabilidad dañada en boca de todos. Solo faltaría que ahora le llamasen *el duque asesino*.

—¿Sabéis llegar hasta su propiedad?

El marqués asintió.

—Entonces no perdamos más tiempo.

Phillip salió del despacho y subió a su alcoba para vestirse.

Niall se sentó.

«Te encontraré, mi amor, y nadie volverá a separarnos».

Se lamentó por haber desconfiado de ella en un primer momento. Eso no se lo perdonaría a sí mismo jamás.

¿Cómo estaría? Si por lo que había averiguado, la habían llevado hasta Londres haciendo pocas paradas, seguramente su mujer…

Tembló al pensarlo.

La vida ya lo había castigado suficiente, no podía también quitarle a su mujer e hijo, ¿no?

Solo existían tres personas para él intocables: su mujer, William y la señora Mayes.

William, porque fue su único apoyo cuando más lo necesitó.

La señora Mayes, por haber sido su niñera, la mejor que nadie pudiese imaginar. Con el tiempo, no solo se comportó como tal sino que también lo trató como a un hijo en los peores momentos. Por más que él se creó una coraza para no volver a sufrir por el abandono de nadie, la señora Mayes siempre estuvo ahí, a su lado, dándole lo que la mujer que debería habérselo dado todo se negó a hacer.

El mayordomo dio un golpe en la puerta.

—Disculpad, Excelencia —se aventuró—. Me he tomado la libertad de preparos un té.

Dejó la bandeja encima de la mesa y se alejó.

Niall agradeció el gesto, lo necesitaba. Tenía el cuerpo entumecido de tanto cabalgar.

Le dolía el torso como si le hubiesen pegado una paliza de muerte.

Se tomó aquel humeante té caliente y cogió el bollo que lo acompañaba. No estaba recién horneado, como estaba acostumbrado a tomarlo, pero le

supo a gloria.

Todavía no había amanecido, lo que les permitió agazaparse con mayor facilidad.

Estaban en la entrada de gravilla que delimitaba las tierras de Urrea, cuando justo en ese mismo instante, el carruaje pasó por delante de ellos.

Los dos giraron sus caballos y los siguieron.

—¡Alto! —gritó el duque.

Michael, al ver al duque acompañado, avivó las cuerdas para que los caballos corrieran más.

—¡Está loco! —se expresó el marqués.

A la velocidad que tiraban de los caballos acabarían volcando.

—¡Nooo! —bramó Hamilton, al ver cómo aquel insensato, al tomar la curva volcaba por la pendiente que llevaba directo al río.

Al marqués se le nubló la vista cuando vio cómo aquel carruaje daba vueltas sin parar, saltando trozos de madera por todas partes.

Niall saltó del caballo en marcha y corrió como si le fuese la vida en ello; y lo hacía, pues Abby estaba ahí.

El marqués lo imitó.

—¡Abby, Abby! —llamó el duque a su esposa, con temblor en las manos.

Se agachó y miró en el interior de la cabina, o en lo que quedaba de ella.

El marqués paró justo al lado de Niall.

Lo tomó del hombro.

Ese hombre no debería ver a su mujer destrozada, menos cuando ella portaba a su hijo en su vientre.

—No… No… No está. —Golpeó lo poco que quedaba del landó, expulsando su angustia—. ¡No está!

El marqués se arrodilló y miró para comprobarlo con sus propios ojos.

—Gracias a Dios.

Entonces escucharon un gemido débil.

—Ayúdenme —suplicó, casi sin aliento.

Niall se movió y miró al más joven, que yacía sin vida a una yarda de él.

El marqués se acercó al que todavía respiraba, aunque por poco tiempo, pues tenía el cuerpo destrozado por completo, justo debajo de una puerta del carruaje.

—Ayúdenme —balbuceó, escupiendo sangre—. No era nada personal contra la duquesa.

Eso fue suficiente para que el marqués se girara y apremiara al duque. Debían entrar en la casa de Urrea; si Abby no estaba en el landó, es que ya la habían entregado.

Niall estuvo tentado de apretar con su pie la puerta para que aquel bastardo dejase de respirar en menor tiempo.

Regresaron a por sus caballos y retomaron su marcha.

La puerta trasera estaba abierta.

Una vez dentro, los dos se miraron.

Aquel lugar estaba abandonado, no quedaban casi muebles y, desde luego, llevaban tiempo sin limpiar.

Escucharon unos pasos.

Niall no tuvo paciencia, con paso firme entró en la sala de la que provenía el ruido. Al ver a Urrea, lo golpeó con todas sus fuerzas.

El vizconde perdió el conocimiento.

—¡Abby! —vociferó Niall con tanta fuerza que su voz retumbó por toda la casa.

Al no recibir respuesta, se asustaron.

—¡Abby! —repitió.

El sonido de la puerta por la que habían entrado, al cerrarse les hizo retroceder; no se habían asegurado de que hubiese más gente en la casa.

El marqués sacó un arma.

Niall no había pensado en la que le dio William.

—¡Alto ahí! —ordenó el marqués.

Empezaba a despuntar el alba y la poca claridad que entraba por las ventanas desprovistas de cortinas, era lo único que les impedía estar a ciegas.

—Su señoría, no disparéis —tembló el hombre—. Soy Marcus.

El marqués parpadeó.

¿Es que su mayordomo se había vuelto loco? Podía haberlo matado.

El duque le miró con intensidad. ¿Qué hacía allí?, ¿estaba implicado en el secuestro?

El hombre, al ver el rostro del duque, se imaginó sus dudas.

—Discúlpenme —se excusó el mayordomo, nervioso—. Me acerqué para interesarme por si necesitaban algo y escuché la conversación.

—¿Y se te ha ocurrido seguirnos? —preguntó el marqués, incrédulo.

—Lady Abby está en estado de buena esperanza —se justificó—. Ustedes han venido a por ella en caballo. He traído el *curricle*.

El marqués agrandó los ojos.

¿Cómo no lo había pensado? Había que agradecer la sabia decisión de Marcus al elegir el carruaje de carrera. Dos ruedas, un solo caballo y capota; rápido y con la discreción necesaria para poder ocultar a Abby dentro. A esas horas, los más jóvenes solían tomar los parques para realizar sus carreras ilegales y mostrar su presteza. Si se cruzaban con alguien, pasarían desapercibidos.

—Gracias, Marcus —reconoció el marqués—. Ahora encontremos a Abby.

Los tres hombres se dividieron y fueron entrando en salas distintas.

—¡Hamilton! —gritó el marqués—. En la primera planta —le avisó de su paradero.

El duque subió las escaleras de cuatro en cuatro. Al llegar a la habitación donde se encontraba su mujer, se paralizó; estaba pálida, demasiado pálida…

Él marqués la había incorporado para tenerla semitumbada.

Niall se arrodilló.

—Abby, mi amor —musitó, acariciándole la cara—. Por favor, Abby, por favor, despierta.

A pesar de que había sido emitida en un susurro, el marqués escuchó la súplica y se le encogió el corazón.

—Debemos llevarla a casa de inmediato.

—A *Bain Manor* —sentenció el duque.

El marqués la tomó en sus brazos y la levantó.

Niall le besó la frente.

—Partid —comentó el duque—. Que Marcus se lleve vuestro caballo.

—Niall… —pronunció el marqués con temor.

Hamilton, que no podía apartar la mirada de su mujer, se pronunció:

—Partid, Stanford —repitió—. En cuanto me ocupe de Urrea regresaré.

El marqués no encontró palabra ni motivo alguno para disuadir a Niall; menos, cuando al entrar en aquella habitación había visto a su hija en el suelo, sin un simple camastro ni manta para resguardarla.

Urrea se merecía la paliza que el duque le pretendía dar.

—Os esperamos en *Bain Manor* —afirmó el marqués, y se alejó con su hija en brazos.

Niall volvió a la planta baja, donde Urrea continuaba inconsciente.

Miró a su alrededor, y al encontrar una cuerda en el suelo, la tomó entre sus manos.

Se entretuvo lo justo para hacer la lazada apropiada, se la puso a Urrea en el cuello, pasó la cuerda por encima de la viga que tenían encima, y colocó en medio de la sala el único mueble que quedaba en aquel lugar: un taburete.

Caminó hasta la puerta por la que habían entrado y tomó el cubo de agua que había visto al llegar.

Regresó a por Urrea y le lanzó el agua con todas sus fuerzas.

Urrea se espabiló.

Hamilton se agachó, tomó la cuerda y tiró de ella, consiguiendo que Urrea se levantara con premura y se llevara las manos al cuello para quitarse la horca que le había puesto el duque. Al no conseguirlo, sus pies se levantaron, momento que aprovechó para subirse al taburete que el duque había preparado.

En cuanto Niall vio que la cuerda estaba lo suficientemente tirante, hizo un nudo en el tirador de la puerta y se situó justo delante del vizconde.

Urrea, al notarse más suelto, se quitó las manos del cuello.

—¿Quién lo iba a decir? —ironizó con desprecio—. Al final el gran duque de Hamilton en mi casa.

—Llamarla así, demuestra vuestra falta de inteligencia —afirmó, aludiendo a que aquel lugar despoblado de muebles, cortinas y cualquier cosa de valor, no se podía llamar casa.

—La culpa es de tu queridísima *duquesa* —acusó—. Pero ya ha tenido su castigo.

Niall apretó los puños.

Urrea, a pesar de la situación en la que se encontraba, se sentía vencedor.

—Toda acción tiene una reacción —dijo, aludiendo a las leyes de Newton y al hecho de haber salido victoriosa de la trampa que él le tendió—. Ella nunca debió tener tanto poder. Una mujer no debería poseer más que a un hombre. ¡Debió entregármelo!

Niall apretó tanto los dientes que se hizo daño.

—Yo merecía ser el conde de Aberdeen —aseguró—. O por lo menos, la dote de la que en su día fue la condesa.

—Deliráis.

—Oh, ese vástago no hubiese nacido de haberse casado conmigo —aludió ahora al hermano de Abby—. Las mujeres pierden los niños con facilidad.

Niall lo atravesó con la mirada y se dio cuenta de la enfermiza obsesión que sentía por su esposa, pues no le hubiese importado hacer abortar a la marquesa.

—Ya no puedo tener ese poder —se mostró altanero—, pero puedo tener lo que más le importa y que siempre ha salvaguardado: su reputación.

Niall sintió un nudo en la boca del estómago. ¿La había secuestrado por eso?

—Yo contaba con su dote y al casarse contigo —tuteaba a conciencia al duque, para no mostrar respeto ante él—, todo lo echasteis a perder.

—Nunca se hubiese casado con vos —reconoció con orgullo, sin tutearlo; no se rebajaría a ser como él, eso lo había aprendido de su mujer—. Sois poco hombre para una dama como ella.

A Urrea se le ampliaron las fosas nasales.

—No importa, a partir de hoy ya no será una gran dama a ojos de nuestra sociedad —liberó sus pensamientos.

—Seguirá siéndolo ante los míos, que es lo único que importa.

El vizconde se carcajeó.

—Cuando las versiones contradictorias corran por Londres, siempre quedará la duda.

—No existe duda alguna.

—Yo creo que sí, Hamilton —debatió con acritud—. Tú me acusarás de secuestro —vaticinó—. Yo lo negaré, alegando que el hijo que espera es mío y que fui a por lo que me pertenece...

Hamilton entrecerró los ojos.

—El secuestro de una duquesa se paga con la horca. —Señaló la cuerda con la cabeza.

Urrea sonrió, tan déspota como siempre.

—Ah, Hamilton, tú eres de los pocos nobles que no tienen secretos ocultos —afirmó, descubriendo que lo había investigado—. Y siempre has cumplido con tu deber, sin tomar atajos.

El duque no sabía a qué venía todo aquello.

—Por eso siempre has sido un hombre de ley —argumentó—. Me llevarás ante el magistrado, porque es tu deber.

Hamilton llegó a una conclusión: quería mancillar el honor de Abby delante de toda Inglaterra.

—Declararme tu enemistad no hizo más que aumentar mis deudas —apuntó para que se sintiese culpable—. Nadie hace tratos con un enemigo del duque de Hamilton. Lo he perdido todo y ahora tú lo perderás también.

—Siempre tendré lo único que me importa, a Abby.

—Una mujer que a partir de hoy será considerada de dudosa reputación —escupió las palabras—. Y ese bastardo que lleva quedará marcado, nunca le considerarán digno del ducado de Hamilton. ¿Quién tiene ahora el poder? —se mofó.

El duque pensó con rapidez.

Nadie había visto a Abby con Urrea, de eso estaba convencido pues su mujer, siempre tan lista, en las paradas en las que le permitieron entrar a las posadas para usar el aseo, había sido precavida y se había tapado el rostro con un pañuelo. Eso lo sabía gracias a los testigos que encontró y a quienes, por una módica cantidad de dinero, les había sacado información.

Y los dos miserables que la habían raptado estaban muertos.

—Esta vez soy el vencedor —aseguró Urrea, aprovechando el silencio del duque—. ¿Quién tiene ahora el poder? —repitió porque su ego declamaba escuchar en voz alta que lo tenía él.

Al duque se le agolparon cientos de imágenes de su mujer: Abby sonriendo y consiguiendo que todo aquel que la mirara se sintiera pequeño ante ella.

Abby en la gala benéfica, tan hermosa que ningún hombre pudo dejar de admirarla.

Abby escuchando a sus arrendatarios, ganándose el corazón y el respeto de todas las gentes de Hamilton.

Abby emocionada al ser declamada como la invitada de honor de *Great Castle*.

Abby arropada por todos los sirvientes del castillo en sus peores momentos del embarazo…

Sonrió de medio lado; ella siempre se ganaba el afecto y el respeto de todos cuantos la conocían de verdad. No necesitaba un título, ella era el poder personificado.

—Mi esposa —sentenció—. Ella siempre ha tenido el poder. Siempre ha sido superior a vos.

—Ya no —negó, ofendido—. Y ahora, cumple con tu deber —ordenó, dando a entender que debía soltarle y entregarle a las autoridades. Así podría destrozar la vida de Abby para siempre de manera pública, la única forma que tenía de acabar con ella.

—Vos lo habéis pedido. —Señaló Niall la cuerda.

Urrea se inquietó.

—Debes entregarme a las autoridades, es tu deber.

—Escuchad bien mis últimas palabras —le aconsejó—. Os equivocasteis al raptar a mi esposa, porque cuando se juega con la reputación y con la vida de mi mujer y de mi hijo… —Dio un paso más y se quedó a un palmo escaso de Urrea—. No soy el duque, me convierto en *juez y verdugo*.

Tras emitir su sentencia, golpeó el taburete con el pie, haciendo que cayese a unos cuantos metros.

Urrea intentó soltarse.

El duque podría haber cortado la cuerda para acabar con aquella agonía, con estirar un brazo habría puesto fin al sufrimiento de Urrea. Pero no se movió, no tenía intención de hacerlo. Ese hombre no merecía vivir. El muy cobarde no había tenido piedad con su mujer.

—Te… te… veré en… en el infierno —agonizó sus últimas palabras.

«Es posible», pensó el duque. Pero le compensaría una eternidad en el infierno con tal de que su mujer e hijo pudiesen vivir tranquilos.

—Mientras me esperas allí, yo viviré en el paraíso —dijo en voz alta, consciente de que Urrea ya no podía escuchar su voz. Y no mentía, pues vivir con Abby era como vivir en el paraíso.

Niall se acercó para comprobar que ese desgraciado nunca más podría poner en peligro a Abby.

Se dio la vuelta y salió de aquella casa sin mirar atrás.

Capítulo LII

No existe poder suficiente para comprar una vida

El marqués se vio obligado a poner al corriente al médico. El hombre, al ver el estado de Abby, pidió explicaciones, aunque sabía que jamás saldría de su boca una palabra de lo sucedido.

Hamilton subió las escaleras acelerado. Necesitaba ver a Abby tanto como respirar.

Nada más alcanzar el largo pasillo que daba a la habitación de su mujer, corrió.

El marqués se encontraba apoyado en la pared, esperando a que el médico saliese.

Justo cuando a Niall le faltaban dos pasos para llegar, el hombre salió con el rostro desencajado.

Al duque se le paralizaron las piernas, aquella expresión no anunciaba nada bueno.

—¿Cómo está? —preguntó con la respiración abrupta por el esfuerzo.

El médico tragó primero, miró al marqués y bajó la vista. Se conocían de muchos años, él mismo había asistido al alumbramiento de la muchacha.

—Su estado es preocupante —respondió con cautela—. Todavía no ha recuperado la conciencia —informó con tranquilidad, necesitaba aplacar la desesperación que mostraba el duque en su semblante.

—¿Pero lo hará? —se interesó Hamilton casi en un hilo de voz.

El doctor no estaba muy seguro. Era imposible saberlo, así que buscó la mejor forma de decirlo:

—No está en mi mano asegurarlo.

—¡Usted es el médico! —exclamó fuera de sí el duque.

El marqués dio un paso y le apretó el hombro, pidiéndole calma.

—Creo que el reposo ayudará a que la duquesa vuelva en sí. —vaticinó lo que él esperaba, o al menos lo que deseaba—

Hamilton apretó los dientes, eso no era suficiente para él.

Claro que no esperaba lo que el doctor todavía tenía que decir.

—El desfallecimiento ha sido provocado por varias causas: la extenuación, la mala alimentación de estos últimos días y… —Se quedó callado.

—¡¿Y qué?! —apremió Niall con voz alta y alterado.

—Las contracciones.

Hamilton no entendía nada.

—¿Qué trata de decirme?

—El bebé quiere venir al mundo —anunció con pesar—. No sé de cuánto tiempo disponemos para el alumbramiento.

Hamilton se tambaleó hacia atrás.

El marqués lo sostuvo por la espalda.

—Eso… eso no puede ser —habló casi para sí mismo.

—Me temo…

—Mi hijo tiene que nacer a mediados de octubre —anunció Niall con temblor en la voz—. Estamos a finales de agosto.

El doctor tragó saliva.

—Si la duquesa no despierta…

No pudo terminar la frase, se le atragantaron las palabras en la garganta.

Niall negó con la cabeza una y otra vez.

—No. No… no… no voy a perder a mi esposa —aseguró sin poder dar crédito a las palabras del médico—. No voy a perder ni a mi esposa ni a mi hijo.

El marqués se agarró a la baranda que tenía justo a su derecha.

—Recemos para que despierte y que el reposo ayude a retrasar lo inevitable.

Lo inevitable sonaba mal.

Abby no estaba en condiciones de dar a luz.

Hamilton apartó al doctor de su camino y entró sin vacilar.

La marquesa se levantó de golpe, estaba sentada en el borde de la cama acariciando la cara de su hija.

Al ver al duque bajó la cabeza y salió de la alcoba.

Niall avanzó despacio, incapaz de apartar la mirada del rostro angelical de Abby.

La habían bañado y todavía tenía su largo y sedoso cabello mojado.

Se tumbó a su lado, con el cuerpo inclinado hacia ella.

Extendió su mano y acarició la mejilla de Abby con temblor.

—Mi amor, mi luz, despierta —habló con dulzura—. No puedes abandonarme; no me dejes, Abby.

Sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Tengo tantos planes de futuro —susurró, pegando su cabeza a la de ella—; y en todos estás tú.

Durante tres horas nadie se atrevió a interrumpir a Niall, pero la marquesa pensó que el duque necesitaba descansar o acabaría perdiendo la conciencia como su hija por el agotamiento.

Al entrar, se le encogió el corazón al ver al duque tumbado junto a su hija, con los ojos rojizos, sosteniendo la mano de ella entre las suyas y sin poder dejar de mirarla.

—Hamilton, debes descansar —le habló como si fuese su propio hijo.

Él negó con la cabeza, sin apartar la mirada de su esposa.

—En cuanto Abby despierte te va a necesitar a su lado —afirmó, y añadió—: Fuerte.

—Y aquí estaré —aseguró.

—Pero te necesitará fuerte y limpio —intentó hacerlo entrar en razón—. Debes darte un baño, comer y descansar.

Él no se movió ni respondió al comentario.

—Hazlo por Abby —rogó—. Verte en estas condiciones será un mal recuerdo de lo sucedido.

Hamilton cerró los ojos con dolor.

Al abrirlos, besó la frente de su mujer y se incorporó.

—Tenéis razón —comprendió.

—Yo me quedaré aquí —lo tranquilizó—. Si despierta daré aviso de inmediato.

Él miró de nuevo a Abby y asintió con la cabeza.

—Gracias.

Aunque cumplió en lo relacionado a su aseo personal y a ingerir algo para no desfallecer, no se fue a descansar, o por lo menos no tenía intención de hacerlo en su alcoba sino en la de su mujer, junto a ella.

Y ahí estaba, con los ojos abiertos, mirando a su esposa. No podía cerrarlos, pues temía que en el momento en que lo hiciese, ella fuera a desaparecer para siempre de su vida.

Un gesto extraño por parte de Abby le hizo reaccionar, y como un resorte, se puso en pie. Rodeó la cama y se sentó en el otro extremo de donde había dormido para mirarla bien.

Ella volvió a gemir. Un sonido perturbador que anunciaba que estaba sufriendo, pero alentador; parecía que iba a despertar.

—Mi amor —musitó—. Estoy aquí.

Abby parpadeó.

Él le tomó la mano y se la acarició.

—Abby… Abby… —la llamó con voz serena.

Ella abrió poco a poco los ojos.

Él la recibió con una sonrisa.

—N… iall…

El duque se inclinó y la besó en la frente.

—Sí, mi amor, soy yo.

—¡Ah! —protestó y se llevó las manos a su vientre—. Me duele, me duele mucho.

Intentó incorporarse pero se sentía demasiado agotada.

Él la retuvo.

—No te muevas —pronunció con voz tranquila, aunque por dentro estaba hecho un manojo de nervios—. Avisaré al doctor.

Hizo ademán de levantarse, pero Abby le sostuvo del brazo.

Se miraron.

—Yo no me fugué —intentó justificar su ausencia de *Great Castle*—. Me secuestraron. Yo nunca, jamás, podría vivir sin ti.

Niall perdió toda su templanza, se arrodilló y acarició el rostro de Abby.

—Lo sé, mi amor, lo sé —aseguró con la mirada brillante, aguantando las lágrimas—. Y fui a buscarte.

Ella le regaló una sonrisa tan pura, que a él le faltó aire en los pulmones.

Tuvo que levantarse y tirar del cordón, no sabía si para llamar al doctor o

para ayudarse a tenerse en pie.

Una hora más tarde, el médico, algo más optimista que la última vez, dio el parte al duque:

—Los dolores son contracciones —informó—. El descanso y su total reposo pueden ayudar a retrasar unos días más lo inevitable, pero vaya buscando una nodriza por si acaso.

—Es muy pronto, doctor —alegó el duque—. No puede dar a luz tan pronto.

El hombro hizo una mueca.

—Dé gracias a que está despierta —dijo afable—. No será el primer bebé que viene a este mundo con siete meses.

—¿Y cuántos han sobrevivido?

El hombre le miró a los ojos.

—Más de los que cree.

Sí, pero también era bien sabido que muchas madres perdían la vida en los partos de niños que nacían prematuros.

¿Cómo podía ser que él poseyera el ducado más importante de Escocia, que tuviese una gran fortuna, y nada de eso le pudiera asegurar el futuro de su mujer? Habría dado todo cuanto poseía con tal de poder ver a Abby tranquila, feliz y viva.

«Viva».

Antes de entrar en la alcoba de su mujer, se sentó en la butaca del pasillo que había ordenado que subieran mientras el doctor reconocía a Abby.

Necesitaba respirar hondo y, sobre todo, hallar la forma de encontrar la fuerza suficiente para no desmoronarse de nuevo, menos delante de ella.

Se inclinó hacia delante, dejó los brazos apoyados en sus rodillas y escondió la cabeza entre sus manos.

El marqués lo vio desde el otro extremo del corredor y se apenó por el joven.

A Niall la cabeza le iba a estallar y, a pesar de estar recibiendo el apoyo de la familia Stanford, sintió que le faltaban dos personas. Nunca hubiese imaginado cuánto necesitaría a William y a la señora Mayes.

No comprendía por qué, pero de alguna forma, esas dos personas le aportaban tranquilidad. No había vivido una sola situación en su vida en la que ellos no hubiesen estado a su lado.

Si alguien supiera que el gran duque de Hamilton había encontrado en sus sirvientes a su única familia, se echarían a reír. Pero así era, William y la señora Mayes se habían convertido en lo más parecido a un padre y una madre.

Se levantó y entró en la alcoba.

Abby, que estaba recostada con unos cuantos cojines en su espalda, lo miró y, sin hablar, notó su pena.

—¿Qué ocurre?

Niall no podía mentirle, pero tampoco podía contarle toda la verdad.

Se acercó, se quitó los zapatos y se recostó junto a ella.

Tomó la mano de Abby con fuerza.

—No podemos viajar a *Great Castle* —habló con voz tranquilizadora—. El doctor te ha recomendado reposo absoluto.

Ella asintió lentamente.

Él levantó el brazo y besó la mano de Abby con cariño.

La duquesa apoyó su cabeza en el hombro de él, analizando aquellas palabras.

—Será el primer bebé Bain que no nacerá en *Great Castle* —se apenó.

Niall intentó mantenerse sereno.

A él le daba igual que su hijo naciera en Escocia, lo único que deseaba era poder regresar allí con los dos… vivos.

Abby miró a Niall con interés, intentando leer sus pensamientos.

Sabía que a él le hubiese encantado recibir a su hijo en *Great Castle*, como todos los duques habían hecho anteriormente. Además, era consciente de que allí había dos personas muy especiales para Niall.

—Si no puedo dar a luz en *Great Castle* —pronunció ella con cariño—, trae el alma de *Great Castle* a Londres.

Él ladeó la cabeza para mirarla bien.

Ella acunó su rostro.

—Manda llamar a William y a la señora Mayes —imploró sin vacilar—.

Necesito tenerlos aquí cuando llegue nuestro hijo.

A Niall el corazón se le aceleró, ella siempre conseguía sorprenderlo.

Se acercaron el uno al otro con lentitud, como si quisieran paralizar el tiempo para memorizar aquel recuerdo.

Al final, sus labios se encontraron.

El cansancio pudo con los dos, pero Niall, antes de dejarse vencer por el sueño, bajó al estudio, escribió una carta, y ordenó a uno de sus lacayos que partiera de inmediato hacia *Great Castle*.

Capítulo LIII

Un heredero no es tan importante como una esposa para ciertos nobles

Abby sabía que algo no iba bien, sus dolores no cesaban. Al contrario, cada día eran más angustiosos.

Estaba cansada y aburrida.

El reposo absoluto no era una recomendación sino una orden, o así se lo había tomado el duque, pues no la dejaba salir de la cama. Y cada vez que necesitaba ir al aseo o darse un baño, él se encargaba personalmente de llevarla en brazos hasta allí.

Ocho días llevaba así.

Sintió un dolor tan fuerte que pensó que se partía en dos.

—¡Ahh!

Niall dio un brinco.

—¿Qué ocurre?

Abby estaba pálida.

—Ha sido un pinchazo muy fuerte —dijo Abby con la respiración entrecortada.

Niall salió de la cama.

Eran las seis de la madrugada.

Empezó a vestirse sin esperar a su ayuda de cámara.

—¿Qué… qué haces?

—Voy a buscar al doctor.

Ella negó con la cabeza y dio un par golpecitos con la mano en la cama, pidiendo que regresara a su lado.

—Llevo días sufriendo los mismos calambres —alegó—. No despiertes a nadie, no estoy de parto.

Él tragó con dificultad.

Ella lo miró extrañada.

Tener varios candiles encendidos le permitía ver con claridad. Niall se había negado a apagarlos para estar prevenido en cualquier momento.

Abby agrandó los ojos. Acababa de comprenderlo todo.

—Voy a dar a luz antes de tiempo, ¿es eso?

El pánico en la voz de Abby mató a Niall.

Se acercó a ella y se sentó en el borde de la cama.

Cuando sus miradas se encontraron no pudo seguir ocultando la verdad.

—Cabe la posibilidad.

—Por eso el doctor McAlister está viviendo en esta casa —razonó Abby.

Niall no había permitido que el médico abandonase *Bain Manor*; le pagaría el triple de sus honorarios, pero no saldría de allí hasta que Abby diese a luz.

—No es seguro —esperanzó—. Tus calambres, según McAlister, son contracciones —la informó con calma, observando la reacción de Abby—. Es posible que el reposo y una buena alimentación consigan parar…

Abby lo interrumpió:

—No lo creo —dudó—. Este bebé desea llegar al mundo.

Niall no supo qué decir.

Ella lo miró y sonrió de medio lado.

—Bueno, pronto veremos si será Kylian Wesley o Yvaine Ashlyn —dijo con alegría, intentando animar a Niall, pues parecía muy asustado—. ¿No tienes ganas de ver su carita?

La verdad es que no tenía ganas de ponerle cara a su futuro hijo o hija. Él solo quería seguir mirando el rostro de la mujer que tenía delante y que amaba con todo su ser.

Al mediodía, llegaron William, la señora Mayes y Rose, a *Bain Manor*.

En la carta que el duque mandó había dado instrucciones precisas para que William lo dejase todo dispuesto en *Great Castle*, ya que tanto él como el ama de llaves y la doncella personal de Abby, pasarían una larga temporada en Londres. Le explicó la gravedad de la situación y la necesidad de que acudiesen a *Bain Manor* de inmediato.

La doncella personal de Abby, Rose, se quedó rezagada; antes de entrar en la casa debía pasear a Lord Virgilio, pues después de tantas horas en el carruaje, el perro estaba nervioso.

Esa fue una orden muy clara del duque. Le importaba poco que llegasen los baúles de Abby, ya que tenía ropa de sobra en *Bain Manor*, pero su

mascota debían llevarla a Londres porque era un bien muy preciado para su esposa.

Y ahí estaban, entrando por la puerta, mientras los recibía el mayordomo de *Bain Manor*.

—Señor Henkin, señora Mayes —saludó el hombre, que conocía a William desde hacía muchos años, ya que fue él quien lo contrató como mayordomo de la propiedad—. La duquesa desea verles.

—¿Dónde nos espera? —preguntó William.

—En sus aposentos.

Los dos se miraron, pero no se sorprendieron; conociendo a Abby y sabiendo que ella no podía levantarse de la cama…

—Gracias.

Ambos se dirigieron a la escalera y subieron sin perder tiempo.

Dieron unos golpecitos en la puerta.

—Adelante —los invitó Abby a entrar.

William cedió el paso a la señora Mayes.

—¡Oh, qué alegría! —se expresó Abby, con júbilo.

A los recién llegados se les aceleró el corazón. Era tan emotivo ser recibidos con tanto cariño.

Niall se levantó de su sillón. Había tomado por norma pasar el día junto a su esposa, leyéndole o simplemente haciéndole compañía.

La marquesa, que también se encontraba en la habitación sentada en otra butaca, se puso de pie, imitando al duque.

—Excelencia, nos complace estar aquí.

—Ah, no, no, ni hablar —protestó Abby con cariño—. No podéis llamarme Excelencia.

La señora Mayes se carcajeó.

El duque también se alegró, no solo por ver a esas dos personas, sino por la alegría que habían aportado a Abby.

—¿Cómo os encontráis? —preguntó William.

—Cansada de estar tumbada todo el día.

Una doncella entró con una bandeja portando té y servicio para tres

personas, ya que Abby lo había solicitado un poco antes de llegar ellos.

—Bernice —llamó la madre de Abby a la muchacha—. Traiga dos tazas más. Y avise de que para el almuerzo también contaremos con dos comensales más —añadió con soltura—. El señor Henkin y la señora Mayes permanecerán en *Bain Manor* en calidad de invitados.

A la señora Mayes se le agrandaron los ojos.

A William se le disparó el pulso y le temblaron incluso las manos.

Abby y Niall se miraron y sonrieron.

La marquesa había sido informada por Abby de la llegada de los tres; además, no quería que ni el señor Henkin ni la señora Mayes estuviesen allí como sirvientes, los quería como invitados.

La marquesa, en un principio estuvo tentada de apuntar lo inapropiado que era tener a dos sirvientes como invitados, pero su hija ya era adulta, era la señora de *Bain Manor* y podía tomar sus propias decisiones; algo le decía que aquella decisión había sido tomada a conciencia y que, por alguna extraña razón, el duque no se opondría.

Niall, que no era una persona dada a mostrar sus sentimientos y menos a dar muestras de afecto en público, acarició el rostro de Abby y la besó. Fue un beso cálido, tierno y gratificante.

Una vez más, Abby lo había sorprendido.

—Tomad asiento —los invitó Niall, señalando dos butacas que habían justo detrás de ellos.

El señor Henkin miró a la señora Mayes; esta, al final hizo lo que se le había pedido y él la imitó.

La marquesa sirvió el té para todos.

En cuanto Lord Virgilio entró en la habitación, a Abby se le iluminó el rostro. Miró a Niall con adoración; había pensado en ella. Más que eso, había dado la orden de llevar a su mascota, y eso para Abby era una muestra más de amor por su parte.

Niall sintió una opresión en el pecho al verla sonreír con tanto sentimiento.

«Buen Dios, no la alejes de mi lado, te lo ruego», rezó en silencio.

Una hora más tarde, Abby se estaba riendo.

Niall la contemplaba, quería memorizar cada segundo.

—No os riais, no miento —aseguró la señora Mayes—. Nunca conocí un diablillo mayor que vuestro esposo.

De repente, Abby se convulsionó.

—¡Ahhh! —gritó, y su semblante se demudó.

Un sudor frío la embargó; esta vez estaba convencida de que su cuerpo se había divido en dos.

Agarró la mano de Niall y la apretó con fuerza.

Él la miró a los ojos y lo supo.

—¡McAlister! —bramó con tanta fuerza que sobresaltó a todos los que trabajaban en *Bain Manor*.

La marquesa se puso en pie como un resorte.

El señor Henkin retiró los butacones con precisión.

—¡McAlister! —repitió, sin importarle lo impropio y vulgar que era llamar a alguien a voz en grito.

La señora Mayes ya había salido de la alcoba para ordenar que preparasen agua caliente y muchas toallas.

El doctor entró e hizo una seña al duque para que saliese del dormitorio.

No tenía intención de salir de aquella habitación, pero William, con presteza, lo sacó de allí, arrastrándolo hasta la planta baja. Era mejor alejar al duque de aquella habitación; si un parto normal era complicado, el de una primeriza que daría a luz a un sietemesino, más.

El marqués entró en la casa y se miraron a los ojos. También, sin palabras se entendieron.

Se dirigieron a la sala verde.

William sirvió tres copas de whisky; él estaba en calidad de invitado y lo cierto es que lo necesitaba, pues estaba tan nervioso como el padre y el marido. Al fin y al cabo, Niall era toda la familia que tenía.

Durante cuatro angustiosas horas Niall permaneció sentado y callado, con la mente muy lejos.

De pronto, él rompió el silencio de la sala verde, llamando la atención del marqués y de William.

—Sé que nadie me creería, pero deseo una niña —dijo en voz baja, como si hablase para sí mismo—. Una niña de ojos azules y cabello rubio, tan vivaz como su madre.

A William le costó retener las lágrimas, era tan doloroso ver el miedo reflejado en los ojos del duque...

El marqués no pudo evitar sentirse orgulloso de aquel hombre: el marido de su hija. Reconocer en voz alta algo semejante viniendo de un duque que necesitaba un heredero para mantener el título, era digno de admiración.

—Quiero la casa llena de juguetes esparcidos por todas las salas —continuó hablando con ensoñación—. Escuchar risas, lloros, gritos, peleas… Quiero a mi mujer y a mis hijos jugando y corriendo por los jardines —deseó—. Necesito vivir en *Great Castle* con mi mujer a mi lado… La necesito a ella. La necesito viva… Viva y feliz.

El médico llegó hasta ellos y Niall apenas tuvo fuerzas de ponerse en pie. ¿Por qué no había escuchado gritos ni llanto?

—Excelencia —se pronunció McAlister—. Mi más sincera enhorabuena.

Niall se quedó perplejo.

El marqués permaneció inmóvil.

—Ya tenéis un heredero—añadió el doctor.

—¿Y mi esposa? —preguntó el duque con temblor en la voz.

—Agotada —reconoció el galeno y esbozó una sonrisa—. Tenéis una esposa muy fuerte, Excelencia.

—Está viva… —siseó Niall, incrédulo.

Se giró y miró a William.

—¡Está viva, William, está viva!

Y sin más, se abrazó al hombre que siempre había estado a su lado volcando en él toda su alegría, euforia, agonía, rabia, pánico y amor.

—Está viva, viva —repetía sin parar.

William sonrió y no pudo evitar que una lágrima saliera de sus ojos.

—Lo está, mi señor, lo está —aseguró—. Y os estará esperando.

Niall le dio una palmada en la espalda antes de separarse y extendió el brazo al marqués para estrechar sus manos.

—Enhorabuena —pronunció Phillip.

—Igualmente —respondió con una sonrisa plena, y salió corriendo de la sala.

—¿El bebé está bien? —preguntó el marqués, ahora que el duque no estaba.

—Cierto que ha nacido con anticipación y es algo más pequeño, pero no parece que haya problema alguno para que crezca sano.

En cuanto Niall entró en la habitación, la marquesa le dio un beso en la mejilla y la señora Mayes la imitó. Él sonrió, parecía un niño; su alma se había liberado tanto que parecía haber rejuvenecido muchos… muchos años.

Las dos mujeres salieron de la alcoba.

Abby se encontraba en mitad de la cama, recién arreglada y con su hijo en brazos.

Niall los miró, y los miró, y los miró… Necesitaba memorizar aquella estampa.

A pesar del cansancio que mostraba el rostro de ella, sus mejillas sonrosadas le aportaban un aire fresco.

—Mi amor —susurró Abby—. Te presento a Kylian Wesley Bain.

Por fin Niall reaccionó, se acercó a la cama y se tumbó junto a su esposa e hijo.

Miró a aquel niño tan pequeño y su corazón se desbocó.

Besó la frente del bebé, con miedo de poder hacerle daño.

Luego miró a Abby a los ojos y la besó en los labios.

Durante un rato, ambos permanecieron en silencio, él rodeando con un brazo a su mujer y con el otro tocando la manita diminuta de su hijo.

—Al final he ganado yo —apuntó Abby—. Te dije que sería un chico y que se parecería a mí.

Él sonrió pleno.

El ganador era él, pues la tenía a ella a su lado y viva.

—¡Oh! —se expresó, alertando a Niall—. Oh, no… —dijo riéndose.

Aquella risa revitalizó al duque.

¡Dios, cuánto la amaba!

—¿Qué ocurre? —preguntó por preguntar, pues la risa de ella era lo único importante.

—No te has dado cuenta —señaló ella sin parar de reír—. Nuestro hijo te ha robado el protagonismo…

—¿Cómo dices? —preguntó sin comprender.

—Hoy es tu cumpleaños.

Él parpadeó, no había pensado en otra cosa que en ella.

A Niall se le fue ensanchando la sonrisa.

¿Se podía ser más feliz?

—Me temo, milady, que también es nuestro aniversario.

Esta vez fue Abby la que pestañeó.

Los dos se miraron y, sincronizados, se rieron.

Niall besó la sien de Abby y dejó allí sus labios.

Lo tenía todo en esa habitación; todo excepto una cosa, algo que había pospuesto durante mucho tiempo y que no sabía por qué, pero estaba convencido de que ese era el momento perfecto y el que declamaba que lo dijera:

—Una vez me preguntaste qué haría si estuviese locamente enamorado, qué sería capaz de hacer por amor.

Abby recordó aquel momento, sentados en el mirador de *Great Castle*, y se estremeció al escuchar su voz emotiva.

—Ahora ya puedo responderte —musitó rozando los labios de ella—. Por ti soy capaz de todo.

A ella le resbaló una lágrima que él paró con sus labios.

—De todo, mi amor —aseguró—. Porque ahora sé lo que es estar locamente enamorado.

Ella recostó la cabeza en el pecho de él.

—Te amo, Abby —rectificó al mirar a su hijo—: Os amo con todo mi ser.

Ella sintió que había merecido la pena esperar para escuchar las palabras que había deseado durante tanto tiempo. Ese era el momento exacto, el más especial para escucharlas. Era el instante perfecto, pues se quedarían grabadas en su mente para siempre, consciente de que eran ciertas.

—Nosotros también te amamos —respondió Abby con la misma sinceridad que él había mostrado.

Y Niall lloró.

Notas de la autora.

Ya comenté que en esta nueva entrega os dejaría anotado el tratamiento correcto hacia los aristócratas.

El tratamiento de un duque: Su excelencia el duque de Hamilton; aquí «excelencia» no va con mayúsculas porque utilizamos la connotación de «duque de Hamilton». Si nos dirigiésemos directamente al duque diríamos: «Duque de Hamilton, Su Excelencia o Excelencia». La duquesa sería: «Duquesa de Hamilton». Sus familiares o amigos más allegados pueden referirse a ellos como «duque», o usar solo su título: «Hamilton».

El tratamiento para los hijos sería el siguiente. Al heredero, se le atribuye el título de marqués o en su defecto, el título más antiguo y honorable que posea el padre. En el caso de nuestro Niall, como su título más antiguo era el de marqués de Trent, su primogénito es: «Marqués de Trent o Lord Trent». No se le puede llamar por el apellido del padre, solo se usará su título, al contrario que a sus hermanos que siempre tendremos que referirnos a ellos por su nombre más su apellido. Un ejemplo en el caso de una de nuestros personajes, Victoria, la hija del duque de Manfford: «Lady Victoria Stewart». Nadie podrá llamarla lady Stewart.

El tratamiento para un marqués: «El marqués de + título, o lord + título». La esposa será «la marquesa de + título; o lady + título». Ejemplo: El marqués de Stanford o lord Stanford. El heredero recibirá el título más próximo en la jerarquía y sus hermanos por cortesía; el heredero «lord + nombre + título; o el título + de». En el caso de nuestras protagonistas por ejemplo: «Lady Abigail de Aberdeen o lady Aberdeen». El resto de hijos son tratados como «lord + nombre + apellido», por ello nuestra Sophie sería «lady Sophie Allende». En el caso de Abby, que poseía el título de condesa, de haberse casado con un hombre de menor rango, ella podría seguir adoptando su título, pero en la intimidad siempre sería nombrada por el apellido del esposo.

En el caso del conde las cosas cambian, por lo menos para los hijos. El tratamiento será «el conde de Stanton o lord Stanton». A su heredero se le entregará el título más próximo en la jerarquía, como siempre. Sin embargo,

todas sus hijas son «lady + nombre». Aquí ya vemos que no se usa el apellido. Y los hijos pequeños ya no son «lord»; pasan a ser «el honorable + apellido». Ejemplos: «Lady Alice, o el honorable McAlister».

El vizconde también empieza a recibir cambios con respecto al trato hasta el momento en la jerarquía, ya que ya no suelen utilizar el «de», como es el caso de «vizconde Urrea, o lord Urrea». Por ello, sus hijos ya no reciben «lord», al igual que los hijos pequeños de los condes serán «los honorables». Excepto las hijas, que por cortesía se las solía tratar como lady, de ahí que a la hija de la vizcondesa Armony en la novela la llamasen lady Jezabel.

El barón, que es el más bajo en la jerarquía, simplemente nos referiremos como «lord + título», o «lady» a la esposa. Sus hijos: «los honorables», aunque dependiendo del grado de antigüedad del título del padre, a las hijas se las tratará como «lady» por cortesía.

Los baronets que no tienen título aristocrático, pues sus títulos son simplemente de cortesía. Siempre diremos «sir + nombre + apellido», su esposa será «lady + apellido». Ella no usará su nombre exceptuando que fuese hija de un duque, marqués o también conde; en tal caso podría firmar su correspondencia como «lady + nombre + apellido». Ejemplo: «Sir Thomas Murray y su esposa lady Murray». Si fuese hija de un alto cargo firmaría como «lady Mary Murray». Sus hijos no reciben mención especial alguna: «señor o señorita». Aunque su primogénito sí heredará el título de baronet y pasará a ser «Sir Murray».

Por último, los caballeros reciben el mismo trato que un baronet, exceptuando a sus hijos, que no heredarán título, ya que es vitalicio.

Habéis comprobado lo complejo que es todo en cuanto al tratamiento de la nobleza. Ahora entenderéis que me haya tomado ciertas libertadas en cuanto al tratamiento de los personajes, como nombrar a Sophie y Duncan en vez de poner lady Sophie Allende o lord Duncan St. John como correspondería cada vez que aparecen en la novela.

Otra cosa que debo decir, es que me he tomado ciertas libertades para que

ciertos acontecimientos históricos cuadrasen en la novela. Por ello voy a aclarar que la actuación del músico español Fernando Sor, que fue una gran revelación para la sociedad inglesa, ya que nunca había actuado nadie con una guitarra española con anterioridad, no fue en 1816 como me he permitido anotar. La actuación que encumbró a Sor en Londres, delante de la alta sociedad y del mismo príncipe regente, fue a finales de abril de 1815.

En cuanto a William Shakespeare, es cierto que en 1815 ya se pronunciaba como lo conocemos en la actualidad. En la novela aparece como Shakspere, haciendo referencia a que ellos hablan de una primera edición, ya que en la época Isabelina, considerada «la edad de oro» de Inglaterra por su gran desarrollo económico, cultural y social, comenzaron los cambios lingüísticos, y las primeras obras de William Shakespeare se firmaron y fueron pronunciadas como Shakspere, Shake-speare y Shaksper.

Otra de las licencias que me he tomado, ha sido la entrada a la iglesia de Abby. En la regencia, la novia entraba la primera, no era el novio quien la esperaba en el altar. La novia iba acompañada por su «dama de honor», normalmente una niña menor de doce años que tenía que ser parte de la familia. En su ausencia, su puesto lo ocupaba la mejor amiga de la novia o las damas que solían ser confidentes. Una anécdota curiosa es el color del vestido de novia. Las damas pudientes solían utilizar colores pasteles y las jóvenes de pocos recursos colores oscuros, ya que sus trajes de novia los usarían para diario con posterioridad. El color blanco empezó a tomar fuerza y costumbre a partir de la «época victoriana», ya que la misma reina Victoria se casó de blanco.

En cuanto a los invitados, las bodas en la iglesia no solían estar muy concurridas, solo acudían a la ceremonia la familia y amigos más allegados, exceptuando en las bodas de los más altos cargos de la jerarquía social. Eso sí, los banquetes eran multitudinarios, ya que al banquete acudían todos.

Y por último, como dato, una de las mayores tasas de mortandad entre las mujeres de clase media y alta, se debía a los partos prematuros de madres primerizas. Con los años, los estudios médicos advirtieron que el uso del corsé era el causante, ya que provocaba dificultad para respirar, estancación

de la sangre en los pulmones, tisis, aneurismas del corazón y otras enfermedades. De cada cien mujeres embarazadas se calcula que quince morían en el parto, otras tantas quedaban enfermas y veinticinco morían por problemas de corazón. Las mujeres de baja clase social tenían mayor facilidad para ser prolíferas, ya que el corsé era una prenda que no podían permitirse con tanta asiduidad. Por ello en la novela, la marquesa de Stanford pierde el conocimiento debido a la dificultad respiratoria que le originaba el corsé. Y la desazón de nuestro protagonista por su amada Abby al enfrentarse a la posibilidad de perder a su mujer en el parto.

Dedicatorias de las lectoras

En esta ocasión, las lectoras han querido aportar un pequeño homenaje a todas las mujeres que nos allanaron el camino, tanto a las grandes desconocidas como a todas aquellas que han formado parte de sus vidas. Porque existen tantas DAMAS PODEROSAS como mujeres respiran. A todas ellas, sin excepción, mil gracias por ayudarnos a vivir en un mundo mejor.

Audrey Mar

A las mujeres de mi familia, que me enseñaron a luchar pero, sobre todo, a reír.

Chari Martines

Para esas mujeres luchadoras que valen mucho, mis más sinceras felicitaciones.

Isa Arraez Cordoba

La mujer que más admiro en esta vida es mi madre. Por su lucha, amor… y porque de la nada me lo dio todo.

Beatriz Mariscal

En honor a todas las mujeres luchadoras del mundo, da igual su raza o color; porque nos han ido abriendo el camino para seguir luchando por la igualdad.

Rosa Plaza

GRACIAS a todas las mujeres que lucharon y no se rindieron para conseguir nuestros derechos, y a todas las jóvenes que no permiten que les roben todo lo conseguido.

Gema Pomares Quesada

Para mi gran dama poderosa, MI MAMÁ, una luchadora incansable. Te quiero.

Encarna Cobo Fernández

A mi madre. Cada día te echo más de menos. TQM

Manoli Morcillo Ruiz

Para ti, una mujer que siempre has demostrado estar ahí con una sonrisa.

Loli Martinez Castellano

Mil GRACIAS a todas esas extraordinarias mujeres que abrieron el camino para que hoy en día podamos disfrutar de un mundo con un poco más de igualdad. Y para las que siguen luchando por no perder lo conseguido y así, algún día poder llegar a la igualdad total.

Nataliuki Al

A todas las que en un mundo vetado a las mujeres, se empeñaron en luchar para conseguir unos derechos que ellas no llegaron a disfrutar, pagándolo incluso con su vida.

Nuri Ferrer Martinez

Gracias por vuestra lucha, por vuestros esfuerzos, por no rendiros, por darnos voz y voto. ¡Gracias por tanto!

Mari Carmen Gonzalez

A todas las mujeres, empezando por mi abuela, que fueron capaces de engendrar la vida de diez hijos, amamantarlos, criarlos, cuidar de todo y de todos, y transmitir y conservar los mejores valores. ¡Qué sería del mundo sin las manos de las mujeres!

Rita Monzon Santana

Gracias por la lucha de la primera mujer, pues hoy, en estos momentos podemos decir que ahora nos escuchan, aunque aún siga haciendo falta que nos sigan escuchando... Nuestras antepasadas han luchado por nuestros derechos y ahora nos toca a nosotras seguir. Somos mujeres fuertes, mujeres que podemos con dos cosas y más a la vez, y que seguimos luchando por nuestros derechos, porque la vida es de las mujeres también y, sobre todo, SOMOS DAMAS Y PANTERAS.

Natti Ruano

A ti, mujer, que no dejas que la adversidad te haga caer, y ante lo imposible haces lo posible, porque eres madre y muchas veces padre; porque eres abuela, tía, hermana e hija.

Por esa lucha diaria que nos hace fuertes a cada instante, mujeres admirables que luchamos con uñas y dientes para salir triunfadoras contra corriente y marea.

A ti, mujer, que la palabra «IMPOSIBLE» no existe... Solo a ti. ¡MUJER!

María Inmaculada Vacas Campos

¡A ti, mamá! Mujer luchadora desde niña, que apenas conociste a tu madre, criada por tus abuelos, que más que eso fueron padres; personas que te guiaron he hicieron que no pasases nunca hambre, un verdadero ejemplo a seguir. Desde pequeña trabajando para llevar un jornal a tu casa, luchando con tus hermanas, por los caminos de la vida... Gracias por tener el coraje de sortear todas las piedras del camino que te pusieron...

Maria Del Mar Santos

A todas esas mujeres valientes que lucharon por nuestros derechos para que podamos disfrutar de lo que ellas no pudieron; aunque hay que coger el relevo para las siguientes generaciones.

Ester Villarroel Prats

Por todas las mujeres valientes y tenaces que lucharon para que nosotras tengamos un mundo mejor. Por mi madre, una luchadora incansable, por mi hermana, «MI CAMPEONA», y por todas nosotras, pues seguiremos luchando sin desfallecer para seguir allanando el camino a las mujeres que vendrán. Por esa fuerza que tenemos que hace que luchemos como Panteras hasta el final.

Maria Moreno Maldonado

Por mi madre, mujer incansable. Por mi hermana, sin la cual no sé dónde estaría. Ahora es ella quien *tira* de mi madre y de mí. Inigualable.

Manoli Morcillo Ruiz

Por ellas, por nosotras, por todas.

Mariangel Rivas

Por y para todas las mujeres que, a través del más sincero amor, damos y entregamos VIDA.

Martin Na

A mi madre y a mi hermana pequeña, pues me ayudaron a salir de una relación tóxica y gracias a ellas hoy estoy viva.

Patricia Cano

Por todas las mujeres que han sido parte de la historia, haciendo que nuestro presente sea mejor, y a nuestras mujeres del presente que ya hacen historia, tirando barreras por un mejor futuro para todas. Mil gracias.

Arrate Solana

A todas las mujeres que lucharon, contra todo y todos, por un futuro mejor, que nos enseñaron que no hay nada imposible y que siempre hay que pelear para lograr nuestros sueños. A todas las mujeres del presente que nos levantamos todos los días para conseguir un mundo diferente, enseñando a las generaciones futuras a no rendirse.

Veronica Cuenca Rodriguez

A mi madre, porque para mí es la mujer más especial que conozco, por apoyarnos a mi hermano y a mí. Y sobre todo, porque aparte de ser mi madre, es mi amiga.

Montse Rodriguez

A ti, mujer. No pierdas nunca tus valores y tu dignidad.

Sara Isabel Rodríguez

A mi madre y sus amigas, porque me demuestran cada día que no hace falta tener músculos, sino un alma de acero, para ser fuerte y poderosa.

Miriam Passerini

A mi madre, Inés Mansilla, por haberme dado la vida en primer lugar; y en segundo lugar, por haberme ayudado y apoyado en todo cuanto he hecho y seguiré haciendo.

Isita Real Amaya

A mis abuelas por ser grandes luchadoras. Y ami MADRE, con mayúsculas, por ser una gran mujer. Os quiero muchísimo, pues sois los pilares más importantes de mi vida.

Virginia Muñoz

A todas las mujeres luchadoras. A mi ABUELA, que tanto luchó para salir adelante. A mi MADRE, porque por ella soy quien soy, y todo se lo debo. Y a todas aquellas que yo elegí como familia y que tanto me dan, pues sois lo mejor de mi vida.

Nieves Diaz Castilla

A mi madre, abuela y hermanas, porque cada una me ha dado su esencia y todas han contribuido a que sea quien soy.

Carmen Lázaro Martín

A todas las mujeres en general y a las de mi familia en particular, por una lucha que nunca debió existir. Hoy soy quien soy gracias a todas ellas. Mi agradecimiento y recuerdo para ellas.

Elisa Fernández

Para todas las mujeres que han sido, son y serán: Mediadoras en los conflictos. Únicas pasa salir de ellos. Juiciosas en la vida. Enérgicas con los problemas. Realistas con las circunstancias. Emprendedoras siempre. Solidarias con los demás. ¡Gracias a todas ellas!

Angels Arilla

A todas las mujeres que luchan en la vida, y en especial a mi MADRE y mis AMIGAS, porque siempre han estado y están ahí.

Lorena López Pérez

Para todas las mujeres que luchan cada día, que no se rinden y tienen fuerza. Por su mérito y constancia… SIMPLEMENTE ELLAS.

Elsa Maximiliano

A mi madre, por todo lo que me enseñó durante toda la vida, y a mis hermanas por no abandonarme cuando estoy en el suelo por la pérdida de mi mami.

Marisa Gallen Guerrero

Por todas nosotras, madres, hijas, hermanas, compañeras, amigas. Por las incansables, las inagotables. Por nosotras las Mujeres.

Mónica Martínez López

A todas las mujeres, las que estuvieron y lucharon, las que están y luchan, las que estarán y lucharán; por todas sin excepción. ¡Grandes guerreras!

Mila Sanchez

A mi madre y a mi abuela, dos grandes mujeres que la primera luchó por mi vida y la segunda era toda bondad, toda una guerrera. Siempre.

Beatriz Jimenez

A mi madre, por enseñarme que hay que luchar todos los días, por tener esa fuerza, constancia y ganas de seguir disfrutando de la vida con la familia y amigos. Ojalá podamos seguir disfrutando y aprendiendo de ti muchos años más.

Chris M. Navarro

A mi madre, la mujer más luchadora que he conocido en mi vida, pues vivió más de la mitad de su vida enferma, trabajando día y noche para sacar a sus hijas adelante, sola, y además pudo ser mi gran apoyo en la mía, mi fuerza, mi pilar, mi todo. Dondequiera que esté, espero que se sienta orgullosa de mí, ya que aunque a veces me den bajones, su fuerza me acompaña y me hacer pensar que si ella, con lo que tenía encima, fue capaz, yo no puedo ser menos. Por ti, mamá, por ser mi mejor amiga, por ser la mujer más grande. Te quiero y te querré siempre.

Pili Doria

Por todas las mujeres luchadoras, pasadas, presentes y futuras. Porque juntas nadie nos podrá parar.

Bibliografía

Noa Pascual nació en Valencia, España, en 1973 y se trasladó a Miranda de Ebro, por amor. Donde vive en la actualidad con su marido, aunque sigue enamorada de su tierra natal y sus fiestas.

Desde su adolescencia ya le gustaba inventar historias divertidas y que estas transmitieran algunos valores humanos que la sociedad actual deja al margen.

Su alegría y ganas de vivir son contagiosas, por eso es que le encanta leer *Chick Lit* y romántica, género que escribe de manera divertida y jovial.

En 2012 ve publicada su primera novela, *Desconocidos en un andén,* y con ello comprueba que los sueños pueden cumplirse con tesón y esfuerzo. Le sigue *Amigos enredados* (2013), una divertida ficción que pone en la palestra el verdadero sentido de la amistad. *Una chica sin igual* (2014) ha conseguido unir a infinidad de personas que forman parte de su grupo P@nter@s Incomprendid@s en Facebook.

Colaboradora en las antologías El trabajo de cupido (2014), la antología benéfica *La vida es bella* (2015) y en la antología *Siete vecinos y un San Valentín* (2016).

La Saga Los Irwin: Dance therapy (2015), *Desafíos por amor* (2015) y *El gran nido* (2016), abrió otra fase de la creativa autora que no dejó de sorprender a sus seguidores. Consiguiendo que miles de lectores se enamorasen de una familia entera.

Nos ofreció una recopilación de doce relatos, *Todo un año de amor* (2017)

Su pasión por la escritura va más allá, y su mente es una continua máquina de concebir historias para sorprender a sus lectores, como demostró con un cambio de registro al escribir el thriller *Lo que todos callan* (2017)

En su tónica habitual de querer sorprender a sus seguidores, se ventura en este nuevo proyecto, transportándonos a la época de la regencia con la saga *Damas poderosas (2018): La duquesa ultrajada*, *La condesa despojada* y *La dama envidiada*.

Índice

---

[1] Aproximadamente un metro ochenta (N. de la A.)

[2] Elizabeth I, quinta y última monarca de la Dinastía Tudor. (N. de la A.)

[3] Actualmente conocido como William Shakespeare. Cuando se firmó la obra, la ortografía todavía no era fija. (N. de la A.)

[4] Carruaje ligero para una o dos personas, tirado por un solo caballo. Muy utilizado por los médicos para visitar a sus pacientes. (N. de la A.)

[5] Carruaje con capota para cuatro personas, tirado por cuatro caballos. (N. de la A.)

[6] El décimo segundo día es la fiesta de Reyes, el 6 de enero. (N. de la A.)

[7] Carruaje que solo las personas muy pudientes podían permitírselo. Podían ser abiertos o con capota, y solían llevar estampado los escudos en las puertas. (N. de la A.)

[8] Carruaje sin cubierta, muy alto, de cuatro ruedas, las delanteras más pequeñas que las traseras. Un vehículo muy rápido pero muy inestable, tirado por dos o cuatro caballos.